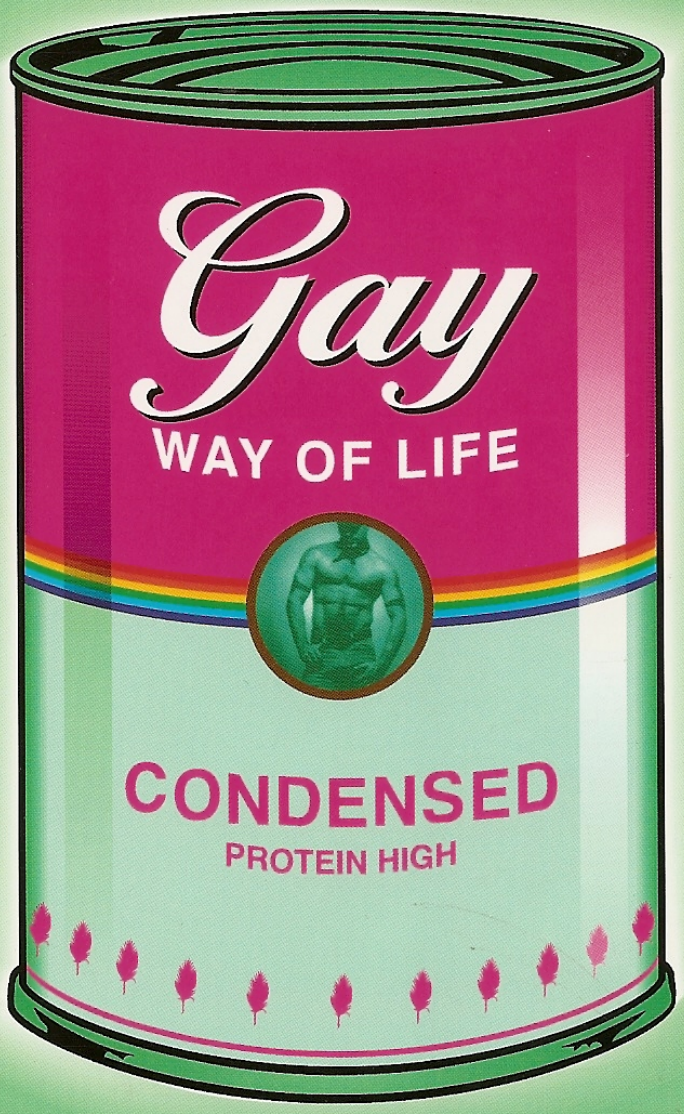
ESPASA HOY



HOMOGRAFÍAS

Ricardo Llamas / Francisco Javier Vidarte

2ª edición

© Ricardo Llamas y Francisco Javier Vidarte

© Espasa Calpe, S.A., 1999

Depósito Legal: M. 43.945-1999

ISBN: 84-239-7797-8

Diseño de cubierta: Tasmanias

Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

ÍNDICE

Presentación

Hecho una fiera
Meditación inconfesable de un marica anónimo

Quetzal: especie protegida
El estatuto problemático de gays y lesbianas como animales de derecho

Urinarios
Parajes de hecho y meandros de la cultura gay

Galletones
El gimnasio y la política del cuerpo

Armario
La vida privada del homosexual o el homosexual privado de vida

Nenaza
La invención del niño mariquita

Kit-kat
Un análisis entre esperanzado y escéptico de nuestra situación actual

Polinomios
Dignidad, claudicación y matrimonios de conveniencia

Pesquisas
Las maricas frente a la curiosidad científica: de mujeres barbudas a conejillos de Indias

Yogurines
Requisitos de género y nueva juventud gay

Outing
La cólera de los gays

Territorio
Chueca: el laboratorio de la comunidad contenta

Nefandarios
El "Diccionario" de la Real Academia o el espejo del alma de una sociedad "tolerante"

Nomadismo
Los colores de mi bandera

Falucine
Bastos o espadas: durmiendo con su enemigo

Identidad
Moverse y salir en la foto: el tocino y la velocidad

BIBLIOGRAFÍA

PRESENTACIÓN

Hay varias formas, muchas, de escapar del aburrimiento y de eso que se ha dado en llamar el tedio de la vida. Una de ellas es ser gay. Otra es escribir como un gay. Otra más es leer lo que escriben los gays acerca de sí mismos y de su comunidad. Hemos querido escribir *Homografías* con el propósito de poner en marcha otro tipo de discurso, otro tipo de escritura capaz de decir una palabra certera, aguda, cargada de ironía y de segundas intenciones acerca de "lo gay" sin sumir en el sopor y en la estupefacción a sus lectores (y a sus escritores).

Debemos confesar que estábamos un poco hartos de los debates de siempre, de los mismos temas y argumentos repetidos hasta la saciedad, de los topicazos más que manidos, así como de la superficialidad, del grosero humor y de la poca gracia con que a veces se intenta huir de un discurso serio para caer directamente en el ámbito de la chorrada y del vespertino cotilleo televisivo de tertulianos malajes. Tal vez no consigamos realizar más que a medias nuestro deseo, pero lo que sí está claro es que lo que se escribe sobre y por los gays en nuestro país está necesitando y, más que necesitando, pidiendo a gritos, con honrosas excepciones, una bocanada de aire fresco. Por intentar ofrecer algo distinto no pasa nada.

Aunque *Homografías* no vive sólo de buena voluntad ni se justifica por sus buenas, y no tan buenas, intenciones. La verdad es que incluso ha llegado a sorprendernos el resultado de este experimento de escritura a cuatro manos. Y no es que queramos echarnos flores antes de que algunos decidan arrojarnos otros vegetales y hasta alguna hortaliza tras haber leído el libro. Lee el índice y te darás cuenta de que lo que tienes entre las manos no es otro libro más de ensayo gay. A poco que lo hojees descubrirás que nuestro acercamiento o, mejor, nuestra forma de contar y ver aquello de lo que estamos (empapados) hasta el moño se sale de los cauces habituales.

La provocación, la sonrisa, hasta la carcajada no están reñidas con un análisis serio y penetrante de los puntos de interés que hemos creído más necesario y urgente tratar. No sólo por lo insólito y marginal de los mismos, sino porque a veces nunca se han tocado, han sido silenciados no se sabe muy bien por qué o se los ha pasado culpablemente por alto. A *Homografías* no se le caen los anillos por hablar de los urinarios como singular y secular espacio de encuentro y esparcimiento de los gays. Ni es tan inocente como para no darse cuenta de que, en lo que a derechos se refiere, a veces éstos se nos otorgan aduciendo las mismas razones que abogan por el respeto hacia los animales y el entorno natural. Prueba de ello es la sorprendente consigna de los colectivos informando de que "los derechos de los

homosexuales son derechos humanos". Siempre será mejor que decir: "La comunidad gay, como el bosque, es de todos. No la quemes". Y si hay que hablar de niños, niñas, nenazas y mariquitas parvularios (¡existen!), pues se habla. Y se informa de que en Norteamérica, por ejemplo, están organizados, tienen sus clubs, se reúnen. Todo ello sin necesidad de llegar a la edad de consentimiento.

Y de los urinarios a los gimnasios, un lugar más aceptado socialmente para pasar el tiempo libre o perder hora tras hora haciendo (de) cuerpo, comunidad, tomando batidos y hablando por el móvil. Nada vergonzante, por otra parte. Otra faceta más del laboratorio social en el que se ha convertido el *village* madrileño de Chueca, otro aspecto digno de mención en la fatigosa vida privada del homosexual residente o visitante. Por no hablar, como sí lo haremos, de los homosexuales privados de vida que llevan siempre, junto a las llaves de casa, las del armario. Son las dificultades de vivir tras una doble puerta y el riesgo de que algún día, alguien decida hacernos un improvisado *outing* y sacarnos del armario a trompicones. Controvertida cuestión que tampoco hemos querido que se nos quedara en el tintero.

En ocasiones ha sido conveniente mirar las cosas un poco más a vista de pájaro y hacer alguna que otra interpretación de conjunto de la situación actual de la comunidad gay en el contexto internacional, nacional y también nacionalista o regionalista. Es el caso de los artículos *Kit-kat, Nomadismo* o *Polinomios,* donde a un derroche de ironía se le une una crítica mordaz de una comunidad que parece estar muriendo de éxito, que fracasa justamente cuando parece haber triunfado, encontrado al amor de su vida y haberse inscrito en el registro de parejas. Unido todo ello a un cierto resquemor y sospecha por lo que les pueda estar pasando por la mente a los homófobos de toda la vida que tan tranquilitos e inofensivos nos parecen mientras se toman un respiro y unas cuantas barritas de chocolate. A saber qué ocurre cuando se les acabe la rojiza chocolatina.

Con todo ello, y con un leve repaso por el mundo de la ciencia, de los lingüistas, de los médicos, psicólogos y psiquiatras que tanto han hecho para que los gays nunca pudieran hablar en primera persona, para que nunca fueran posibles ni estas *Homografías* ni ninguna otra, sino sólo un aséptico discurso, ideológico como pocos, de heterosexuales hablando de pervertidos y sodomitas, sólo nos quedaba ya el intento de reconstruir nuestra identidad a partir de todos estos retazos y retales, confiando que el *patchwork* final no resultara demasiado estridente, aunque sí muy colorido.

Así las cosas, cualquier recomendación para hincarle el diente a este libro se hace superflua. La única recomendación que se nos ocurre es, precisamente, hincárselo. Por donde

sea. Está claro que no es un ensayo para leerlo necesariamente de un tirón porque se vaya a perder el hilo. Tampoco hay asesino. El asesino o los asesinos de sobra sabemos ya todos quiénes son. Los apartados no son capítulos, sino artículos completamente autónomos que permiten ser leídos de una tacada y pasar a otro o pasar a hacer otra cosa. Abdominales mismamente. Incluso a veces, bastantes veces, procuramos remitir a otras partes de *Homografías* para aquellos a quien les guste leer con un cierto orden. En fin, hemos procurado a toda costa solventar de antemano todas las excusas posibles que normalmente ponemos para no leer ensayo gay ni a tiros. Habrá que inventarse buenas y creíbles razones a partir de ahora para decir: "*¿Homografías*? No, yo todavía no lo he leído".

HECHO UNA FIERA

Meditación inconfesable de un marica anónimo

«A veces, sin dramas ni victimismos, *me siento gobernado por otra especie.* He de excusarme si comienzo por una confesión nacida de la más íntima privacidad de mis sentimientos y que trasluce una extraña e inquietante sensación que pocos compartirán y que quizás a nadie en el fondo interese por ser tan mía. Y no sólo me asalta este extraño afecto cuando oigo hablar a los políticos acerca de gays y lesbianas, en general lo siento casi siempre que un heterosexual habla de nosotros, con nosotras, conmigo o de mí, ya sea para maldecirme, alabarme, despreciarme, acariciarme, pisotearme, declarárseme, examinarme, comprenderme o abrazarme. Sí, no puedo evitar mirar a los heterosexuales como individuos de otra especie. Y sentirme de una especie diferente a la suya. Ya sé que no se puede generalizar sin cometer injusticias -como ellos hacen con nosotras- y meterlos a todos en un mismo saco, pero si no se generaliza de vez en cuando más vale renunciar a la política. Aparte del hecho evidente de que no es lo mismo que un homosexual mida a todos los heteros con el mismo rasero que su contraria: lo primero no pasa de ser una actitud defensiva, irónica, contestataria o reivindicativa, lo segundo a menudo se revela voluntad de exterminio. Por supuesto que todos tenemos amigos heterosexuales estupendos, sólo que el potencial emancipador de una amigable charla en una mesa de camilla con cualquiera de ellos se me antoja nulo. La heterosexualidad señala un régimen de poder. Hace mucho tiempo que la heterosexualidad dejó de tener nada que ver con el sexo. Ser heterosexual no dice nada ni aporta ninguna información acerca de nadie. Y es que sólo comprendo esta relación *homo-het-erótica* como una guerra entre especies. Entre especies de diverso rango y jerarquía. Los heterosexuales son la especie dominante, la especie gobernante siempre, también en democracia. "*La democracia es heterosexual*": me digo en ocasiones sin poder, ni querer siquiera, fundamentar una frase venida de no sé dónde, pero que me resulta amable oír cuando la pronuncio bajito para mí sólo, como si hubiera descubierto una gran verdad socio-política. Nos gobierna otra especie como una especie ejerce su gobierno y dominio sobre otra especie, sobre los que no son o lo que no es de su propia especie. Nuestra especie es siempre “la otra” especie.

»Y lo que resulta extraordinariamente curioso es que los afectos de ellos hacia nosotros se parecen mucho al modo como tratan a los animales de compañía que suelen tener en sus casas. Todos parecen estar cortados por el mismo patrón de modistilla en lo tocante a su comportamiento hacia los miembros de especies distintas a la suya: canarios, perros, lesbianas,

gatos, osos panda, maricas. Siento que los heterosexuales me gobiernan pero también me quieren como un lindo animalito de compañía que no llegan a comprender del todo y les intriga y desconcierta la forma en que los miro y por qué hago las cosas que hago. Siempre andan preguntándose qué estará rondando por mi cabeza, qué sentimientos albergará mi corazón hacia ellos y si los comprendo cuando me hablan y me tratan bien o mal. Al menos eso creo que piensan. No sé si este sentimiento es generalizable a otros grupos. Yo al menos no tengo ningún interés en hacer de mi opresión el canon de la opresión en general como ya intentaran los judíos o los negros. ¿Qué quieres que te diga? Estoy harto de que comparen la homofobia con el racismo o el antisemitismo. A mí, que soy blanco y estudié en colegios católicos, la homofobia me parece mucho más terrible, entre otras cosas porque declararse racista y antisemita ya no se lleva y resulta a todas luces inaceptable. El Papa lo prohíbe. Sin embargo, ejerce la homofobia en la teoría y en la práctica con más intensidad que la oración, porque no se puede estar todo el día rezando pero sí se puede ser homófobo las veinticuatro horas sin mayor problema. Y quizás lo más definitivo en todo este asunto es que por más patadas en el hígado que me dé un nazi en el Retiro mientras me llama "maricón de mierda" yo no logro sentirme ni negro ni judío. Puede que se trate de un bloqueo mental mío o que tenga el corazón de piedra. Cada cosa a su tiempo. No se suman discriminaciones como quien suma manzanas. Me da la sensación que haber equiparado la homofobia con otro tipo de opresiones como si fuera lo mismo no nos ha reportado demasiados beneficios, ni legales, ni sociales, ni políticos. Pese a todo, me creo (acaso me equivoque) más antirracista y más en contra del antisemitismo, de lo antihomofóbicos que me parecen muchos de los heterosexuales de una y otra comunidad. Ojalá sea un error de apreciación mío.

»Que otra especie nos gobierna lo tengo claro cuando me doy cuenta de que todos mis escasos derechos y libertades como marica me han sido graciosamente concedidos, en un rancio gesto de despotismo ilustrado, por ellos, redactados por ellos y concedidos amablemente en un acto de libertad otorgada que refuerza, si no instituye, nuestra convivencia jerárquica entre especies. Poco importa lo que yo haya luchado por mi dignidad ya que sospecho, tal vez infundadamente, que el trato que nos dan, tanto afectivo como legal o, mejor, el discurso ideológico mediante el cual expresan sus afectos y leyes para con maricas y lesbianas, procede o se asemeja enormemente o discurre en paralelo con el discurso ideológico que regula los afectos y la legalidad del comportamiento de la especie heterosexual hacia los animales, que hasta la fecha no han reclamado sus derechos. Lo mismo ocurre con los niños aunque, como nosotros, ya empiezan a tomar la palabra. Habría algo así como un comportamiento ecológico-etológico-conservacionista *sui generis*, motivado por una cierta compasión y sensibilidad exacerbada por

el sufrimiento y las condiciones de vida de otras especies, en el corazón de la progresía de toda sociedad tecno-capitalista avanzada y civilizada que apuesta por la biodiversidad. No es que de pronto se hayan dado cuenta de que las otras especies, animales y homosexuales (preferentemente aseados, pulcros, desparasitados, bonitos, esterilizados y presentables) entre otras, también sufren y tienen una dignidad inviolable, es que, caprichos de la historia, de repente o en un lento proceso, han decidido que ya no está de moda o que no toleran el sufrimiento gratuito de los animales perseguidos, cazados, martirizados, despellejados, clonados ni tampoco toleran el sufrimiento innecesario de maricas y bollos. Habría que preguntarse qué es para ellos el sufrimiento necesario y no gratuito de maricas y bollos. Quizás un cierto sinvivir cotidiano deberá permanecer siempre. Seguramente acabarán regulándolo por ley: por ejemplo, vestir a un bollo con encajes el día de su primera comunión o regalarle a Pepín un chándal de repuesto para que cuando vengan sus brutos amigos a recogerlo para jugar al fútbol ya no pueda decir que no puede, porque su madre le tiene tendido el chándal, destrozándole su única coartada para conseguir un poco de tiempo para sí misma y sus recortables, tiene toda la pinta de seguir siendo un sufrimiento necesario.

»Abusaría demasiado de vosotros si esbozara siquiera la hipótesis de que el respeto que más o menos demuestra la especie gobernante hacia nosotros, al menos en su discurso ideológico, procede, emana o tiene su principal causa en la ecología, el respeto, la compasión y la tempestad de sentimientos benéficos que sienten de un tiempo a esta parte hacia la especie animal y que generalizan hacia las demás especies que no son la suya. Abusaría también si os hiciera creer que la relativa bonanza que vivimos en estos tiempos cuando la progresía habla de nosotros se debe exclusivamente a la hipersensibilidad del heterosexual para con los seres vivos sin distinción, una vez ha llegado éste al fin de su historia. Quizá no tenga nada que ver el modo como tratan a los animales (a las mujeres, a los negros, a los pueblos indígenas, a los niños, a los judíos) con el modo como nos tratan a nosotras y simplemente es mera coincidencia que en la época en que el heterosexual comprendió que los animales debían ser respetados y no maltratados, también comprendió que las maricas tampoco debían serlo y sobrarían las explicaciones acerca de esta casualidad enorme.

»Sin embargo, hay algo que no me resisto a callar, algo inaudito que chirriaría en los oídos de la especie gobernante y en los oídos de algunos de nuestra propia especie que viven tan a gusto siendo tratados con los inmensos privilegios del caniche de una condesa rica que les dejará todo en herencia. Y es que, aparte de un gran número de heterosexuales con los que se puede hablar porque son gente excelente, buena gente sin más, hay otros que nos tratan como al mejor amigo del hombre o de la mujer heterosexual, como a su animal de compañía favorito o

su canario flauta que canta estupendamente con un arte admirable; otros como a un oso panda amenazado de extinción o como a un quetzal de magnífico plumaje; heterosexuales que nos ven con el mismo asombro que contemplan un ornitorrinco de imposible taxonomía y heterosexuales que nos ven como una plaga de ratas promiscuas de cloaca, como una banda de hienas o como los pájaros de Hitchcock, los más asustadizos; los menos despiertos se conforman con vernos aún como mariposas, mariquitas o palomos cojos (siento no poder caracterizar a las lesbianas animalísticamente pero, como para los heteros no existen, no hay metáfora animal alguna para ellas; siguen sin nombre). Una relación entre especies mediada a veces por una ecología posmoderna, otras veces por el precepto bíblico de dominación y sometimiento.

»Maltratar maricas suena cada vez más a delito ecológico. Gracias a que este último sí está recogido en el código penal también lo está el delito de homofobia, por un desliz entre especies o por confundir simplemente bajo un mismo rótulo, un mismo trato y una misma ley o ausencia de ley a todos los individuos que no son de la especie heterosexual, de las especies amenazadas por la heterosexualidad metidas por arte de magia en un mismo saco, todos los gatos son pardos: "todos iguales, todos diferentes", "por todos y todas un respeto", como rezaban algunas campañas institucionales promoviendo la tolerancia. La repugnancia que sienten, no todos ellos, sólo los más progresistas, la avanzadilla de su civilización, por el martirio del zorro, los toros de lidia y los visones despellejados me suena que a veces es el soporte ideológico y afectivo de su cariño hacia nosotros, especie también maltratada injustamente. Con un poco de suerte quizá lleguemos a vivir en una sociedad protectora de animales... y de maricas y lesbianas por extensión. Y debamos acudir al Ministerio de (Medio) *Ambiente* para denunciar las escasas agresiones y discriminaciones a manos de furtivos que suframos en nuestro hábitat, nuestro parque natural, custodiado por acariciadores guardas forestales. En el futuro serán los animales quienes vivirán en ghetos. O quizá nadie.»

QUETZAL: ESPECIE PROTEGIDA

El estatuto problemático de gays y lesbianas como animales sujetos de derecho

Ecosistemas amenazados

Cuando los ecologistas desean proteger un ecosistema que se ve amenazado en su conjunto emplean una estrategia singular: escogen a un animalito o a una flor perteneciente a dicho entorno y los elevan a la categoría de animal o planta representativos del ecosistema en general. Este modo de proceder tiene su razón de ser, ya que facilita la imprescindible labor informativa que ha de iniciar toda estrategia de lucha. En efecto, ¿cómo hacer que la gente de una multitud de países y culturas se preocupe y se interese por el hecho de que en cierta parte del mundo, a menudo bastante remota e incógnita, hay un ecosistema que se encuentra en peligro? Los movimientos en favor de la defensa de la naturaleza saben perfectamente que acumular una multitud de datos sobre la degradación de un paraje natural y los riesgos que corren todas las especies vivas que en él habitan y darlas a conocer no tiene casi repercusión en la opinión pública.

Por ello se inventaron lo del animal representativo: el oso panda, la ballena azul, el tigre, el lince, el edelweiss. La razón de esta estrategia publicitaria es precisamente llegar al corazón de la gente, ya que sus mentes resultan tan inaccesibles. Una imagen, a ser posible que despierte la compasión y la ternura, vale más que mil palabras. Por mucho que se le explique al gran público la situación tan espantosa de las zonas donde vive el oso panda, la presión demográfica que va talando los bosques de bambú de los que se alimenta, al final acaban por aburrirse.

Pero, si por el contrario, se adopta como estandarte a un pequeño oso panda, monísimo, tierno, indefenso, se hacen pegatinas, miles de camisetas y se dice que esta criaturita está al borde de la extinción, la gente reacciona súbitamente porque le han tocado directamente su sensible corazón. Y, concienciando a todos de que el oso panda debe ser protegido, se consigue un fin más amplio, a saber, proteger todo su ecosistema donde viven muchas más especies aparte del osito pero que, tal vez, no sean tan bonitas ni tengan un pelo tan suave. Nadie movería un dedo por proteger un bosque de bambú que a lo más que se parece es a un cañaveral, ni por librar de la extinción a una extraña cucaracha o a un escarabajo sudamericano, repugnantes, pero sí se conmueven ante la belleza del plumaje del soberbio y mítico quetzal, ave que también habita en el vecindario. Y salvado él, salvados todos.

Esta manera de transmitir a la opinión pública noticias espeluznantes intentando suscitar en ella una mínima complicidad y colaboración en términos económicos o simplemente solidarios no sólo la llevan a cabo los ecologistas. El anuncio que llegó a ser tan popular y que se repone al comienzo de cada vacación estival donde un perro con una cara de bueno que se te saltan las lágrimas es abandonado en medio de una carretera, va en la misma línea. El problema es que quizás nadie abandonaría a ese perro en concreto, pero sí a otros muchos menos agraciados o menos inofensivos.

Algo similar sucede con las campañas en favor de los niños del tercer mundo. Sacarlos a la hora de comer, muriéndose a docenas, famélicos y ofreciendo un espectáculo dantesco sólo provoca el horror y un rápido cambio de canal. Más efectiva es la campaña que, huyendo de cualquier imagen que hiera la sensibilidad general, intenta reconducir dicha sensibilidad hacia fines más prácticos como es el de apadrinar a un niño en particular. El mensaje que se transmite, en el fondo, aunque sea importante y nada banal, debe comunicarse por los cauces adecuados para no provocar el rechazo y la mala conciencia. Lo que siempre encontramos en el trasfondo de este proceder son oposiciones rígidas jerarquizadas: hombre/animal, raza blanca/otra raza, rico/pobre, primer mundo/tercer mundo, heterosexual/homosexual donde uno de los términos es el destinatario del mensaje y el otro la víctima que busca mejorar su imagen directamente o a través de una necesaria intermediación, como son los ecologistas en el caso de los animales y los asesores de imagen en los casos restantes. Y, según la circunstancia, cada uno puede verse inscrito en uno u otro extremo del par de opuestos, bien sea del lado del agredido o del agresor.

Liberad a Willy

En lo que al colectivo de gays y lesbianas se refiere, también se han llevado a cabo estrategias publicitarias parecidas en las que, esta vez, nos hallamos del lado más desfavorecido por muy blancos, ricos y primer mundo que puedan ser algunos homosexuales. Y ello ha tenido una doble repercusión, con sus efectos beneficiosos y otros mucho más perjudiciales. La primera consecuencia derivada de este modo de proceder es la tendencia generalizada en los medios de comunicación y dentro de una gran parte de los responsables de los colectivos de homosexuales, así como de una gran mayoría de la población gay y lésbica, a intentar enseñar en público lo más digno de la propia fauna. Sólo que en nuestro caso, nuestros animales y flores representativos no son precisamente los de colorido más intenso y los de más terso y polícromo plumaje. Justamente es el color de nuestras plumas lo que no resulta conveniente para sensibilizar a la población sobre nuestros problemas. El plumerío, una cierta estética que se

asocia con la homosexualidad, unos ciertos homosexuales, no parecen ser, según algunos, la mejor imagen para aparecer en público reclamando los derechos de todos.

Los imperativos de la imagen que ha de ser publicitada son aquí muy rigurosos y exigen que toda lesbiana o todo gay que pueda herir la sensibilidad colectiva no sirve al propósito de lograr la solidaridad universal para nuestra causa. Como si tuviéramos que esconder nuestras vergüenzas, como si tener pluma o abrigarse con ellas fuera motivo de escándalo, como si todos fuéramos dóciles ositos panda y como si la dignidad de los homosexuales en cuanto personas dependiese de nuestra imagen pública: lo que efectivamente, de modo tan triste, sucede y, hoy por hoy, es un hecho. Hasta la gente más dispuesta a la equiparación con el común de los mortales en lo que atañe a nuestros derechos no deja de señalar, con su mejor intención, que hay ciertas cosas que nos pierden: vestirse de mujer nos pierde, nuestra actitud ante el sexo nos pierde, la provocación nos pierde, las manifestaciones de orgullo gay y lésbico nos pierden. Menos ser homosexuales, todo el resto de nuestra actividad diaria nos pierde. Una cosa es ser homosexual y otra muy distinta es ser un impresentable, porque la homosexualidad se asocia a lo impresentable de forma casi permanente. Y, si de lo que se trata es de hacer una campaña publicitaria, hay que borrar todo rastro que recuerde a esa homosexualidad en vías de perdición o de extinción. Extraña paradoja. A lo mejor o a lo peor, lo que se pretende es una depuración de nuestra especie, una selección de nuestros caracteres adquiridos escogiendo los que pueden beneficiarnos de cara al público cuya solidaridad se solicita y extinguiendo nuestros caracteres más inadaptados, aquellos que entran en conflicto con el medio, aquellos incompatibles con nuestra supervivencia porque no se adaptan convenientemente al entorno.

Tener que elegir entre nosotros un osito panda o una osita panda que suscite la ternura y el compromiso heterosexual, puede llevarnos a hacernos cómplices de lo más conservador de esta estrategia ecologista de selección natural que sólo está dispuesta a conceder derechos a los individuos que mejor se adapten a su entorno: y este entorno es la homofobia. Adáptate a nuestra homofobia, despréndete de los caracteres adquiridos y/o heredados que no te convienen y te concederemos los derechos que te correspondan. Demasiado lamarckismo. Demasiado darwinismo. La sociedad en la que vivimos no es un ecosistema, ni nuestro gueto es un bosque de bambú, ni reclamar nuestros derechos debe inscribirse en un proceso más general de lucha por la vida, de *struggle for life*, que queda más evolucionista.

Sin embargo, estas ideas van calando, se van imponiendo incluso entre nosotros. Hay homosexuales horrorizados por tener que soportar, según su modo de ver las cosas, el "lastre" que suponen otros homosexuales plumíferos, ostentosos, petardos, promiscuos, que se besan en público, que tanto "perjuicio", eso dicen, suponen para su mejor integración y adaptación a una

sociedad tolerante, pero que tampoco admite lo que ella considera excesos de confianza. A la sociedad le molesta habernos tendido la mano y que ahora queramos quedarnos con el brazo entero. La equiparación total en derechos le parece un abuso. Así que, algunos asesores de imagen han considerado que lo mejor para nosotros es elegir al homosexual y a la lesbiana del año o del mes o del milenio que sean nuestros representantes legítimos de cara al público: con estudios superiores, vestida como si no fuera lesbiana, hablando como si tampoco lo fuera, sin notársele nada su homosexualidad; se nos recomienda tener una pareja estable y que dure lo más posible, en un proceso de heterosexualización creciente (lo que no han podido conseguir en las consultas de psicólogos y psiquiatras) *more* sociológico con vistas a que, una vez heterosexualizados, habiendo adquirido todos sus caracteres tan adaptativos y adaptados al entorno, obtengamos los mismos derechos que ellos. Sólo así será posible liberar a *Willy*, nuestra presentable mascota que habrá conseguido la simpatía de la gente, que al final se habrá encariñado con ella y no será capaz de negarle nada. En el camino, no obstante, nos habremos quedado muchos y muchas. Aunque, quizás, si los ecologistas tienen razón, al triunfar *Willy*, el oso panda, la ballena azul y la mariposa monarca, habremos triunfado todos, todas las especies y subespecies que *per se* jamás habrían logrado despertar la compasión del público y nuestro ecosistema, nuestro gueto, ya no correría peligro.

Petróleo por alimentos

El problema más preocupante consiste en tener que reivindicar nuestros derechos (humanos) de modo políticamente correcto y atractivo, con gancho, porque de otro modo seríamos ignorados. Es curioso también que, respecto a la corrección política, nacida originariamente para no discriminar a los grupos marginados con verbalizaciones y conductas ofensivas, ahora se aplica a estos mismos grupos del lado de la heterosexualidad más fascistoide. Ésta se siente, pese a su inmenso poder inquisitorial, muy ofendida y escandalizada con las reivindicaciones legítimas de las minorías que deben recurrir en ocasiones a estrategias de provocación para no ser ignoradas completamente. Dichas estrategias son inmediatamente censuradas en nombre de lo políticamente correcto, jugando así la corrección política un indeseable papel del lado de la represión heterosexista con respecto a nuestras reivindicaciones: se confunden el respeto y la igualdad (lo que originariamente fue el germen de la corrección política) con la normalización y la homogeneización, a saber, con la heterosexualización incluso de nuestros comportamientos, costumbres, aficiones y formas de vehicular nuestra

disconformidad y nuestra protesta. “Reivindicad vuestros derechos, pero, por favor, hacedlo como heterosexuales, sin montar numeritos”.

Es humillante que si somos discriminados, tengamos encima que bailarle el agua a la sociedad que nos discrimina para que deje de hacerlo. Si no seguimos estas directrices, puede que al final no logremos la equiparación total en derechos por eso que los juristas llaman "defecto de forma" y que otros, más bestialmente, llaman sin más, "malformación": siempre volvemos a lo mismo. Lo más grave de todo es que, con esta táctica de tinte ecológico que no daña el medio ambiente, todo lo que se consiga será por vía de la sensiblería, la compasión y la ternura. No se habrá vencido el prejuicio a nivel racional. No tiene sentido argumentar ni dirigirse al cerebro de éste o aquel heterosexual homófobo que nos discrimina: es más práctico, fácil y rápido tocarle su lindo corazoncito y poner cara de oso panda con ojos grandes y tímidos a ver si lo conmovemos. Pues que lo hagan otros.

Lo que nos faltaba era que nos obligaran a esta estrategia de camuflaje, de tener que seducir sentimentalmente a los homófobos y heterosexistas porque no se dejan convencer racionalmente. Volvemos a las andadas teniendo que engañarlos, en cierto modo, y atacarles por su lado más débil: el corazón, el oído, la coquetería o el estómago haciéndoles ropita mona que ponerse, canciones que puedan tararear, estilismos y peinados divinos o rica comidita que mitigue su homofobia como en otros tiempos aplacaba su machismo o su misoginia a cambio de encasillarnos en estos papeles cuyo mero cometido y servicio es promover el bienestar del dictador o la dictadora de turno que respeta al oso panda porque le hace gracia, le recrea la vista y, en el fondo, es una criaturita entrañable.

Not tested in animals

El punto crucial de toda esta estrategia y puesta en escena del gay o la lesbiana que pueda resultarle más agradable al opresor potencial o real es el mecanismo al que se apela, el resorte en el que se deposita toda la confianza y las expectativas para lograr que las cosas cambien hacia mejor: la sensiblería. Los seres humanos actuamos la mayor parte del tiempo guiados por nuestro solo corazón y sólo raras veces recurrimos a la sinapsis neuronal. De esto pecamos todos, lesbianas y gays incluidos y emocionados por la fotografía del pobre lince mutilado por un furtivo cepo. Ahora bien, que la sensiblería sea el medio más adecuado para conseguir el respeto por el mundo animal, vegetal y mineral (lo que es discutible, porque este recurso ya va siendo abandonado por los ecologistas en favor de otros, como considerar

individualmente aquello que amenaza a cada especie en particular) no implica que los derechos de gays y lesbianas deban promoverse siguiendo un patrón idéntico o, en todo caso, muy similar.

Lo que cuestionamos aquí no es la eficacia de dicha operación, sino la labilidad del resorte en el que se apoya, la ya mencionada sensiblería o sensibilidad generalizadas. La eficacia es indiscutible: los animales ya tienen su *Declaración Universal de los Derechos del Animal* desde 1977, texto que fue luego corroborado por la UNESCO primero y por la ONU después. Casi se podría decir, irónicamente, que nos llevan la delantera aunque nosotros no queramos nuestra propia declaración de derechos humanos y civiles, sino que nos conformamos con la que vale para todo el mundo, con el leve matiz de que, efectivamente, valga para todo el mundo.

No obstante, observamos un eco distante, un cierto paralelismo en el tono general e incluso en los contenidos de la *Declaración Universal de los Derechos del Animal* con lo que se viene haciendo con nosotros y nuestros derechos, con el modo en el que se nos conceden amablemente, y en un acto de desmesurada generosidad, -¡grande es el corazón heterosexista!- estos derechos. Y lo más sobrecogedor es la simetría con la actitud, con el modo de abordar el problema, con el modo en que se exponen los argumentos y la conveniencia de ir ampliando nuestros derechos hasta la equiparación. Uno siente un frío estremecimiento cuando, quizás por lo escarmentado que ya va estando, observa que se lo respeta y quiere igual que a un perro, a un lince o a nuestro famoso osito bicolor. La validez universal de los derechos humanos pasa, en nuestro caso, de tener su fundamento en la dignidad de cada hombre y mujer por ser tales, a fundamentarse en algo más sutil y menos racional: lo desagradable que puede llegar a resultar ver sufrir a cualquier ser vivo, lo intolerable para la sensibilidad humana de su martirio y su dolor gratuitos que destrozan el corazón más duro. Algo así como la *Declaración Universal, de todo corazón, de los derechos de Lesbianas y Gays*. Si los homófobos nos respetan es porque no pueden evitar ser sensibles y, egoístamente, para que su propia sensibilidad no se vea herida -en el fondo les da igual o no creen en la dignidad del animal, de la lesbiana o de la marica- prohíben por ley (mejor dicho, hacen una declaración de principios sin validez legal o no vinculante como la del Parlamento Europeo) nuestro sufrimiento. Antes volvían la cara. Es un avance.

Permítannos esbozar una perversa analogía e invitarles a cambiar en las citas que vamos a traer a colación, extraídas de la susodicha *Declaración Universal de los Derechos del Animal*, el vocablo "animal" por el de "homosexual", "gay" o "lesbiana" o, sin llegar a tanto, tener en la mente mientras se leen algunos de estos derechos del animal, la polémica que se ha suscitado en la sociedad sobre la equiparación en derechos de heterosexuales y homosexuales. Comencemos

por el artículo segundo: "Todo animal tiene derecho al respeto". Lo que se pretende señalar, aunque tal vez sea una vivencia idiosincrásica imposible de compartir, es sólo eso, el tono tan distinto con el que se enuncian derechos idénticos dependiendo del sujeto del derecho en cuestión. No es lo mismo, no creemos que sea lo mismo, no es idéntico el compromiso, la motivación, la convicción, incluso la burla solapada con la que una misma persona pueda llegar a decir estos tres enunciados simétricos: "Todo ser humano tiene derecho al respeto", "Todo animal tiene derecho al respeto", "Todo homosexual tiene derecho al respeto". Algo cruje. Y si a alguien no le cruje, que deje de leer. Bien mirado, la más universal de las tres proposiciones y que haría superflua a las otras dos es la segunda, porque, al fin y al cabo, animales somos todos. Sin embargo, la que detenta la primacía a nivel jurídico, legal, social, político y educativo es sólo la primera. Sólo ella es válida y reconocida más o menos universalmente y sólo ante ella agachamos la cabeza con reverencia. Por eso se hace preciso decir que el respeto ha de hacerse extensivo a los animales y a los homosexuales. Cuestión de dignidad y antropoheterocentrismo. Porque, sutilmente, el ser humano se ha apropiado del derecho al respeto como cosa suya que luego concede a otros. Incluso concede a otros, a nosotros, el derecho a ser reconocidos como seres humanos dignos (esto último no es tontería y decir esto no es victimismo, sino motivo de escándalo: por ley somos indignos en muchos países, pesa sobre la homosexualidad la pena de muerte, se nos deja morir de SIDA, se nos recluye para curarnos y educarnos como perros de Pavlov, etc.). El artículo tercero abunda en este sentido: "Ningún animal será sometido a malos tratos ni a actos crueles" y también el cuarto: "a)Todo animal perteneciente a una especie salvaje, tiene derecho a vivir libre en su propio ambiente natural, terrestre, aéreo o acuático y a reproducirse; b) Toda privación de libertad, incluso aquélla que tenga fines educativos, es contraria a este derecho". También hay un derecho para los padres que optan por echar de casa a su hija lesbiana o a su hijo gay y que quizás no tendrían entrañas para abandonar en medio de un descampado al pastor alemán de tres meses que le regalaron las últimas navidades: "El abandono de un animal es un acto cruel y degradante".

La mayoría de los artículos de esta *Declaración* están destinados a proteger a los animales de los malos tratos, la explotación, la experimentación, el abuso de todo tipo y la muerte, el sacrificio o el asesinato. Se ve con claridad que es la *Declaración* de una minoría oprimida que reclama simplemente que no se la pisotee y que no se la avasalle. Por ejemplo, el artículo octavo toca un punto muy sensible: "a) La experimentación animal que implique un sufrimiento físico o psicológico es incompatible con los derechos del animal, tanto si se trata de experimentos médicos, científicos, comerciales, como toda otra forma de experimentación". Los homosexuales sabemos mucho de experimentación ya que, tradicionalmente, hemos sido

conejillos de indias de la ciencia y la psicología, curiosas por saber más acerca de nosotros y de la posibilidad de heterosexualizarnos. Admirable resulta, en este sentido, y por no citar más que un ejemplo, la curiosidad científica del célebre doctor López Ibor, quien allá por 1973, declaraba en un Congreso de Medicina celebrado en San Remo: “Mi último paciente era un desviado. Después de la intervención quirúrgica en el lóbulo inferior del cerebro, presenta, es cierto, trastornos en la memoria y en la vista, pero se muestra más ligeramente atraído por las mujeres”.

La marica franquista, graciosa, folclórica que tenía que disfrazarse grotescamente para hacer reír a sus Generales y a sus Eminencias con lo extravagante de su puesta en escena y evitar de este modo ir a la cárcel consiguiendo una precaria aceptación social; los personajes supuestamente homosexuales que aparecen en cine y televisión con el único fin de lograr la risa boba y procaz de un público soez que se divierte viendo al homosexual ridiculizado; también tienen su eco en el artículo décimo y decimotercero de la *Declaración Universal de los Derechos del Animal*: "a)Ningún animal debe ser explotado para esparcimiento del hombre. b)Las exhibiciones de animales y los espectáculos que se sirvan de animales son incompatibles con la dignidad del animal"; "Las escenas de violencia en las cuales los animales son víctimas, deben ser prohibidas en el cine y en la televisión, salvo si ellas tienen como fin el dar muestra de los atentados contra los derechos del animal". En fin, la política sanitaria, de prevención, investigación y de lucha contra el SIDA podría muy bien criticarse desde estos otros pronunciamientos: “b)El hombre, en tanto que especie animal, no puede atribuirse el derecho de exterminar a los otros animales o de explotarlos violando ese derecho. Tiene la obligación de poner sus conocimientos al servicio de los animales"; "Todo animal que el hombre ha escogido como compañero, tiene derecho a que la duración de su vida sea conforme a su longevidad natural".

Y por último, el artículo decimocuarto: "Los derechos del animal deben ser defendidos por la Ley, como lo son los derechos del hombre". En eso estamos, formando a nuestros representantes, escogiendo a los mejores especialistas homosexuales en Leyes para que, *por ser unos linces*, logren nuestra equiparación en derechos. Para que un homosexual logre el respeto social y no se lo discrimine no tiene más remedio que convertirse en lince. Otros se consolarán viendo cada noche su gastada cinta de *Los pájaros* de Hitchcock, soñando plumíferas revoluciones.

URINARIOS

Parajes de hecho y meandros de la cultura gay

> "Me quedé estupefacto, igual que si me hubieran dicho que mi esposa había asesinado a su hija".
>
> Lyndon Johnson, 1963

La estupefacción a la que se refiere el candidato a la presidencia de los Estados Unidos es la que le produjo el hecho de saber que el jefe de su gabinete electoral, Walter Jenkins, sólo tres semanas antes de las elecciones, había sido arrestado por la policía en los baños del YMCA, a sólo dos manzanas de la Casa Blanca, junto con un joven "de origen húngaro" por realizar "gestos indecentes". La anécdota (que dio pie a un verdadero escándalo), es recordada por Lee Edelman como signo de un ambiente de paranoia donde homosexualidad, política, seguridad nacional y amenaza a la familia se confunden. Pero no es esa ansiedad lo que aquí nos interesa (ya abordaremos la cuestión más adelante al hablar de la invención del "niño mariquita"), sino más bien el aspecto más circunstancial del suceso, a saber, el emplazamiento preciso en que cristalizó una determinada "homosexualidad".

La historia y las costumbres de las comunidades gays se escriben y sedimentan simbólicamente poco a poco. La articulación de los referentes que las estructuran en un *corpus* compartido por una comunidad; la construcción de una cultura común es un proceso que sigue sinuosas trayectorias, como las del afluente de un riachuelo que va a parar a otro de mayor tamaño, el cual, a su vez, acaba desembocando en un gran cauce fluvial. El caprichoso u ondulante curso que sigue esa tarea de construcción de un marco simbólico depende casi siempre de accidentes. Por ejemplo, en ocasiones pasa por situaciones que responden a necesidades tan cotidianas y banales, accidentales y recurrentes como las que tienen lugar en los cuartos de baño. Del requisito fisiológico de la micción a la cultura gay no va —¡Ay!, para horror de muchos— más que un paso.

Los urinarios y sus aledaños (parques, aparcamientos, escaleras de emergencia, pasajes subterráneos, estaciones de tren…) son, de hecho, parajes donde se han articulado muchas identidades gays. Espacios periféricos y marginales adonde han sido expulsadas las posibilidades de encuentro y de placer que, en ningún caso (dada la presión de unas sociedades hostiles) podían organizarse entre sujetos, individuos o ciudadanos identificables

como tales; con sus nombres, empleos, lugares de residencia… O, por decirlo de otro modo, muchos gays (pre-gays, proto-gays… llámeseles como se quiera), de muy distintas latitudes y a lo largo de muchas décadas, se han construido como tales en tanto que usuarios de los urinarios.

Si en muchos casos (quizás la mayoría), no son más que anecdóticas "parada y fonda" en el camino hacia una estabilización de la cotidianidad en otros ámbitos (una relación estable en un contexto doméstico, la integración en una comunidad gay —local o vecina— de bares y asociaciones…), o excepcionales "canitas al aire", en otros casos aún constituyen la columna vertebral de la vida afectiva y sexual de muchos gays. Los baños, como los vestuarios, son los lugares donde los jóvenes acceden por vez primera a situaciones de intimidad y descubrimiento físico de la escondida anatomía genital de otros jóvenes o adultos. Sólo este dato (y las fantasías o inquietudes a que dicha revelación conduce) justifica ya que le prestemos atención a este espacio constituyente. Estamos ante el pariente pobre del Territorio. Su otra cara.

Hay, como veremos, baldosines que han sido testigos mudos de historias que sólo podían escribirse en superficies de limpieza fácil; un poquito de lejía, y borrada (de nuevo y para siempre) aquella historia de intensidad insondable pero fugaz; acaso de inicio de un amor tan puro y duradero como cualquiera de los socialmente reconocidos… Muchos han intentado escribir e incluso grabar a punta de cuchillo en sus muros, puertas y paneles sus inquietudes, deseos y emociones camuflados, eso sí, en fórmulas muy precisas de apariencia exclusivamente funcional (dimensiones, fechas y horas de encuentro, prácticas anheladas…). Todo para hacerlos algo más imperecederos; como las parejas heterosexuales grababan y aún graban su amor en los troncos de los árboles para júbilo de la sociedad entera. Ellos y ellas tenían y aún tienen parejas. A nosotros, los parajes.

Tales dependencias, en cualquier caso, constituyen una versión escatológica reciente de los otrora clásicos y aún en buena medida vigentes lugares de intimidad y encuentro intermasculino: los baños, las termas, los gimnasios, las saunas, los vestuarios… El "servicio", que en lengua inglesa se conoce como WC, tiene el imprescindible elemento líquido de aquéllos (*Water*), y plantea además la cuestión del secreto, el ocultamiento y la complicidad en la clandestinidad (el *Closet*). Así, insistimos, en el discurrir de esos fluidos secretos, en esas historias pasajeras que se van desagüe abajo con un tirar de la cadena, se han escrito a lo largo del último siglo y pico muchas páginas de la historia gay. No podemos remontarnos en este caso a tiempos inmemoriales, ya que la instalación de urinarios es un fenómeno reciente, contemporáneo de la explosión urbana de las grandes ciudades donde una

inédita preocupación por la higiene (más que por el pudor, aunque algo de eso también hay), fomenta la instalación de tales dependencias. Unas páginas de la historia inmediata que, en definitiva, la mayoría (y significativamente la mayoría de los propios gays) preferiría ignorar… u olvidar.

Los urinarios han sido y siguen siendo un fértil caldo de cultivo de ritos y mitologías; una cisterna donde se acumulan de manera precaria ilusiones, modos de vida, sensaciones y deseos, que desaparecen en un torrente cuando una amenaza obliga a dejarlos discurrir impidiendo que sedimenten. Seguramente ello se deba a que son el lugar donde, por antonomasia, lo más privado (las funciones fisiológicas localizadas por inquietudes sanitarias en emplazamientos precisos; las funciones que el pudor burgués esconde cada vez con más ahínco a partir del s. XVIII), convive con lo más público. En los mingitorios, lo más secreto se comparte azarosamente con cualquiera, y el máximo pudor se vuelve impúdico en una especie de hiperintimidad generosamente compartida. Constituyen, pues, un espacio radical pero sólo semiacotado (cerrado a las mujeres; a todas las mujeres, y abierto a los hombres; a cualquiera), donde las intimidades se escenifican en un contexto aparente de ausencia de reglas o códigos. El único requisito de acceso es la adecuación de género: la representación de la masculinidad como signo de una particularidad anatómica.

Pero que no haya reglas; que no se distingan entre sus muros clases sociales, razas, edades, estatus económicos o laborales, no significa que no se haya desarrollado con cierta precisión y a través de muchos lugares y épocas un ritual mingitorio casi universal y único. En el caso del rito puramente aliviador de la vejiga, el silencio casi siempre forma parte de la representación (su alternativa es la escenificación histriónica de un *male bonding* o compañerismo intermasculino tan exacerbado —a medio camino entre la falocracia y la falofilia—, como forzadamente desapasionado); así como la pose firme y rígida, la mirada inalterable y consistentemente al frente (alternativa: hacia abajo —narcisista—, o hacia arriba —pidiendo clemencia o fortaleza—, pero sin apartarse de la vertical), y la brevedad como objetivo. Todo ello en un ambiente de cierta turbación incómoda.

El rito tiene, nadie podría negarlo, un componente moral preciso que define en términos restrictivos las situaciones de intimidad entre los hombres. Al haber un fundamento moral en la organización de una actividad tan básicamente banal, existe también la posibilidad de una subversión que convierta el programa mingitorio en algo completamente distinto y esencialmente desestabilizador. El acto se convierte entonces en el origen de una situación todavía más turbadora. Y es precisamente allí donde la hetero-masculinidad ha de

ser más estrictamente sometida a formas codificadas de autocontrol donde su aparente inviolabilidad hace aguas… menores.

De los elementos citados, sólo el primero (el silencio) es respetado en el ritual paralelo: aquél que, partiendo de la misma base (la igualdad de los participantes, su transversalidad en cualquier escala —edad, clase…—, el anonimato…) busca algo más. Un ritual que el sociólogo Humphreys (autor de un libro titulado "Comercio de váteres" —*Tearoom trade*—) define como "una escalada de señales recíprocas progresivamente explícitas". En estos casos, como bien observa el sagaz investigador de la microsociología de las cloacas de la sociedad norteamericana, en un primer momento, la pose se relaja, la mirada deambula y la operación (a menudo también el miembro que la desarrolla) se dilata mucho más allá de lo necesario o conveniente para la eficaz resolución de la operación aliviadora.

De hecho, es esa continuidad por encima de lo razonable lo que actúa como señal dando pie al establecimiento de poses y actitudes de solicitación que, si las circunstancias son propicias, pueden acabar en una cabina al abrigo de miradas extrañas. Ya lo dice la sabiduría del *grafitti* soez o casi obsceno (acaso también reveladora de historias inéditas) que prolifera en las paredes de los urinarios menos vigilados: "más de tres sacudidas se considera paja"; todo un aviso a navegantes in(ad)vertidos de los torrentes de aguas residuales. Los aterradores peligros que para los pilares de la civilización representa este tipo de contactos, dicen los estudios, se resuelven la mayor parte de las veces en actos sexuales tirando a inocentones: onanismo en paralelo o, subiendo peligrosamente en la escala de la audacia y aumentando el riesgo para la moral de la nación, cruzado.

Además del anonimato y, (precisamente para mayor garantía de anonimato), además de la conveniencia —convertida en gusto— de la transgresión de los límites del propio entorno social, laboral o étnico, el vértigo de la inmediatez es otro elemento que coadyuva a la consagración de los lavabos como espacio de articulación de encuentros homosexuales. Los baños se convierten entonces en una válvula de escape de las cotidianas contenciones a las que los gays se ven abocados por culpa de los prejuicios homofóbicos. Y como la prudencia exige que esa posibilidad de desfogue tenga en cuenta los riesgos implícitos en la operación, el ligue de váter da pie a la constitución de un saber práctico que a menudo señala unas dependencias precisas y unos momentos concretos además de ese ritual codificado a lo largo de generaciones.

La transmisión de ese saber clandestino sofisticado y afinado a lo largo de muchas décadas que nunca deja un rastro documental no transcurre, claro está, por las vías usuales por donde pasa la información de unas generaciones a otras (las familias, escuelas, iglesias,

libros…). Y, sin embargo, todo un saber sobre el modo, y todo un saber sobre el espacio y el tiempo permanecen, se perpetúan, se comparten y se extienden a nuevos contextos.

Váteres del mundo

Según informaba el diario londinense *Times* muy a principios del último año del milenio, una parte del dinero que sale de la lotería británica (y que se destina siempre a obras de carácter socio-cultural), se dedicaría próximamente a un fin peculiar. Parece ser que el erario público británico iba a destinar parte de esos fondos a la restauración de unos urinarios igualmente públicos que datan de la época victoriana. El ayuntamiento de Candem, al norte de la capital británica (y que estaba en manos laboristas), esperaba que se aprobara su propuesta de dedicar cincuenta mil libras esterlinas a la restauración de unos servicios públicos que tenían más de un siglo de antigüedad y que están situados en *South End Green*, en un pasaje subterráneo que forma parte de la red ferroviaria de Hampstead. Una placa conmemorativa recordaría que es la lotería la que había costeado la renovación de tales sanitarios.

Hasta aquí, la cosa queda casi en lo anecdótico. Pero hay un detalle que no se le escapaba al cronista del *Times* y que ha dado lugar a una cierta polémica. Los citados baños, además de su valor histórico y arquitectónico y su dimensión sociológica, tienen un cierto interés cultural, entre otras cosas, porque aparecen mencionados repetidamente a lo largo de los prolijos diarios de Joe Orton. El dramaturgo británico se refiere a ellos en numerosas ocasiones como uno de sus lugares favoritos de "caza". También los citados servicios —decorados con azulejos blancos y verdes, y cuyas cabinas están separadas por paneles de madera y decorativas placas de hierro—, aparecen en la película *Prick up your ears* (o *Ábrete de orejas*), protagonizada por Gary Oldman y realizada a partir de los citados diarios.

Orton fue uno de esos gays de rompe y rasga; desacomplejadamente aficionado por lo demás a las peculiares formas de entablar relaciones en dependencias sanitarias que históricamente se han desarrollado entre los gays de casi cualquier rincón del mundo. Los baños de *South End Green*, los últimos en conservarse intactos desde su construcción en 1897, eran su coto de ligue favorito. En favor del dramaturgo de Leicester, autor de obras como *Loot*, *Entertaining Mr. Sloan* o *What The Butler Saw*, hay que señalar que contribuyó (cuando ello era aún más complicado de lo que ahora resulta) a hacer de esa dinámica de urinario algo menos clandestino, secreto o vergonzante. Orton murió en 1967 asesinado por su amante, Kenneth Halliwell, en el apartamento que ambos compartían en Islington. No

eludamos el final de la historia: tras matar a Orton, que tenía sólo 34 años, Halliwell se suicidó. Para los aficionados a lo de la "pulsión de muerte" (que se la atribuyen siempre a los gays y no, pongamos por caso, a la familia Kennedy), ahí está el dato.

¿Y cuál ha sido la reacción de la familia del autor británico ante esta iniciativa que consagrará a Orton como incuestionable "Reina de los Lavabos"? Leoni Orton-Barnett, hermana del fallecido escritor, ha manifestado que "es un monumento peculiar, pero, ¿por qué no? Joe visitaba los urinarios con muchísima frecuencia. Muchos gays se conocen allí y hacen sus cosas; como sabemos, sigue siendo una práctica frecuente". Los baños habían estado a punto de ser destruidos hace unos pocos años, pero su valor arquitectónico los había salvado *in extremis* en 1993. Ahora, acaso no sólo se salve el patrimonio arquitectónico, sino que puede incluso que la tolerante ciudad del Támesis consagre ese lugar como punto de peregrinación para amantes de arquitecturas de la intimidad, pero también para amantes de la literatura, de la historia y de la cultura gay.

Podría pensarse que esta afición de los gays al alicatado sanitario es una peculiaridad anglosajona. A fin de cuentas, en apoyo de esta idea no sólo estarían las referencias que encontramos en la obra de Joe Orton, sino muchas otras. La literatura británica y norteamericana, efectivamente, recoge el desafío de las estrategias que pretenden borrar del mapa de la historia gay el submundo de ácido úrico, inmortalizando profusamente en papel impreso sus anécdotas. Sin ir más lejos, en las novelas de otro inglés, David Leavitt; en las de otro compatriota, Alan Hollinghurst, y por ejemplo en las del norteamericano Edmund White encontramos abundantes pasajes parecidos. No se trata ya (al menos explícitamente) de recreaciones autobiográficas, pero es indudable que una parada en los urinarios forma parte de los "ritos de paso" por medio de los cuales —al menos en el mundo anglosajón— se entra en la cultura gay. Otra novela, *A matter of life and sex* (*Un asunto de vida y sexo*), de Oscar Moore, incluye generosos pasajes de pasión y morbo de mingitorio, de revelación y pulsión incontenible entre aromas de orín.

Pues no. Además de la abundantemente documentada pasión de los gays anglosajones por los *restrooms, facilities, toilets…*, hay también en este asunto, que liga baños públicos y gays, una dimensión latina. A tenor de esta constatación, concluyamos que los nómadas no son sólo migrantes en busca de análisis y perspectivas, de museos y paisajes. Abundantes son las crónicas que en países meridionales como Francia se han escrito sobre la relación entre los baños y la articulación de las comunidades gays. Desde que se empezaron a construir urinarios en Francia (a los que se dio el coqueto nombre de *vespassiennes*, en recuerdo del

emperador romano que instaló siglos atrás por primera vez tales dependencias), hay datos para afirmar que por allí se cocían historias de amor o fugaz pasión entre hombres.

La relación entre los gays y las actividades urinarias, también en Francia, ha perdurado, como quien dice, hasta el presente. En tiempos de revolución, cuando en París se derrumbaban (casi) todos los muros del convencionalismo burgués, en pleno mayo del 68, la Universidad de la Sorbona era ocupada por los estudiantes. La "liberación" del espacio universitario se producía trufada de ciertos "tics" que por entonces aún no eran considerados anacrónicos, ni contrarrevolucionarios, ni siquiera remotamente reaccionarios. El Comité de ocupación de la Universidad decidió poner un servicio (!) de vigilancia en las dependencias aduciendo, *grosso modo*, que aquello era una revolución, y no una cochinada. En cualquier caso, no la cochinada de los maricas.

Cuando años más tarde (ya en la última década del siglo) se cerraron esos mismos baños de la Sorbona (porque nuevas instalaciones iban a substituirlos), una pintada anónima protestaba a las puertas de las dependencias clausuradas: "*Foucault et Barthes ont baisé ici*"; o sea, aquí han follado Barthes y Foucault. Figuras claves del pensamiento galo como los mencionados Michel y Roland habrían hecho uso (según se desprendía de la anónima revelación / rebelión) de aquellas instalaciones para mantener (conjuntamente o cada uno por separado; este dato inquietante no queda claro) relaciones íntimas. ¿Por qué misteriosos vericuetos pudo pasar esa información a través de los años?; ¿Cuál no sería la importancia histórica de aquellas dependencias para la comunidad gay de la Sorbona, considerando lo inhabitual y sacrílego de la protesta?

Muchas otras referencias podrían citarse, por ejemplo del mundo del celuloide, y con unas y otras podríamos dar la vuelta al mundo. Entre ellas, y dirigiendo nuestra mirada hacia el norte, la película alemana *Taxi zum Klo* (*Taxi al WC*), o la también francesa *L'homme blessé* (*El hombre herido*, de Patrice Chéreau). Si hemos de referirnos a una estrategia de rescate activista y redentora de dicha tradición, de obligada mención es el docudrama *Urinal*, obra del canadiense John Greyson (el realizador del musical *Zero Patience*), financiada con la ayuda de varias administraciones públicas de ese país, y premiado con el *Teddy Bear* a la mejor película de temática gay en el Festival de Cine de Berlín de 1988. Aunque para redención, la que encontramos en un poema del argentino Rodolfo Rivas publicado en 1974 en la revista *Somos*. "Si los cristianos se reunían entre esqueletos y cadáveres, ¿por qué habríamos de avergonzarnos nosotros por reunirnos entre meadas y mierda?". Y ya en los albores del 2000, destaca el cortometraje *Malas compañías* del malagueño Antonio Hens,

donde un joven de 16 años entra en el mundo gay pasando por los servicios de un centro comercial.

Así pues, nada tiene de particular que por estos lares contemos con nuestras propias (bien que escasas) referencias a la importancia de los urinarios en el seno de las comunidades gays. Una de las primeras es la surrealista anécdota que cuenta otro francés, Jean Genet, en su *Diario de un ladrón*; una historia con ciertas referencias autobiográficas que transcurre en la Barcelona anterior a la guerra civil. Al parecer, si hemos de creer el relato, unos baños públicos emplazados al final de Las Ramblas y que eran punto de encuentro para gays, fueron destruidos por una bomba. Y entonces el luto se apoderó de las mariconas barcelonesas:

> "Los rebeldes, cuando las revueltas de 1933, arrancaron uno de los mingitorios más sucios, pero más queridos. Estaba junto al puerto y el cuartel y era la orina caliente de millares de soldados la que había corroído la chapa. Cuando se confirmó su muerte definitiva, con chales, con mantillas, con vestidos de seda, con chaquetas entalladas, las Carolinas […] vinieron al solar a depositar un ramo de rosas rojas, anudado con un velo de crespón […]. Habría unas treinta mariconas […]. Las vi pasar. Las acompañé de lejos. Sabía que mi lugar estaba entre ellas, no porque fuera una más, sino porque sus voces avinagradas, sus gritos, sus gestos indignados no tenían, a lo que me parecía, otra finalidad que querer traspasar la capa de desprecio del mundo. Las Carolinas eran grandes. Eran las Hijas de la Vergüenza".

También parece ser que unos servicios públicos situados en la madrileña Plaza de Chueca son el punto de partida —hoy ya desaparecido— de lo que ha acabado por constituir el primer *Village* / Territorio tan asimilable a los que proliferan en otras ciudades del mundo occidental como inequívocamente ibérico. Acaso, hasta el barrio-territorio acabe surgiendo de un urinario. (¡Ay gays madrileños y barceloneses ingratos, ignorantes del pasado, acaso predestinados a reactualizar su propia historia cualquier tarde cuando un apretón los conduzca a unas más o menos higienizadas dependencias…!). Un *Village* éste de Chueca (como el *Gaixample* barcelonés, emigrado del Puerto hacia la zona burguesa) plagado de profetas de la respetabilidad que seguramente desconocen o prefieren ignorar tan dudosamente dignos orígenes, tan parias fundamentos.

Por no extendernos mucho, en *Una prudente distancia*, la novela del valenciano Lluis Fernández, Marnie la ladrona (una de las mariconas protagonistas) recuerda con nostalgia un

pasado de “mogollón de sofocos acallados contra la almohada encendida, refriegas juveniles en oscuras habitaciones y urinarios hoy, ¡ay!, clausurados”. Es decir, que al sofocante imperativo de respetabilidad se le escapa de cuando en cuando y de la pluma de algún iconoclasta una cierta manifestación de nostalgia. En todas las grandes ciudades (y sin duda alguna en muchísimas ciudades pequeñas y pueblos de nuestra geografía), hay historias de maricas que se tejen con olores a ácido úrico, miradas clandestinas y gestos de solicitación.

Baños de popularidad

Por otro lado, y por si alguien piensa que esa cultura de sanitario es parte de un pasado lejano, o propia de los sectores de la comunidad gay que han quedado marginados en los espacios más *underground*, conviene recordar que fue un asunto de azulejos y porcelana tipo Roca lo que sacó del armario (un tanto a trompicones) al cantante británico George Michael. Rico y famoso, joven y guapo, el *ex* del dúo *Wham!* podía utilizar montones de recursos para ligar que nada tuvieran que ver con el riesgo y la imagen “cutre” que van a menudo asociados a la aventura de sanitario. Podía, sobre todo, ignorar las convenciones, los lenguajes y los códigos viviendo, como hace desde muy jovencito, rodeado de privilegios y oportunidades.

Sin embargo, la lustrosa y próspera estrella demostró ser buena conocedora de un ritual que es igual en Inglaterra que en California, y no pudo resistir a la tentación personificada en un insinuante maromo latino de mirada y gestos provocadores… que resultó ser (para gozo de la prensa sensacionalista y sorpresa de todos) un agente de policía. El oficial que Michael tenía al lado le animó, acaso con una buena razón entre las manos, hasta lograr de George un signo de solicitación delictivo según la quisquillosa legislación que dio pie al arresto.

Pocos detalles más se conocen del encuentro antes del arresto, pero abundan los testimonios que muestran cómo quienes se encargan de ese trabajo: 1. Conocen perfectamente el ritual, 2. Lo ponen en práctica incitando al sospechoso a la comisión del delito; incitación al delito que, por sí sola, constituye un acto delictivo (que queda siempre impune), 3. Con frecuencia, el arresto se produce no ante el primer gesto de solicitación, sino una vez culminada una mutuamente satisfactoria (sobre todo para quien no tendrá necesidad de arrepentirse por ser la autoridad represiva misma) relación sexual.

Edificante historia que nos lleva a formular una última hipótesis: en el contexto del desarrollo imparable de la cultura y los espacios de sociabilidad gay, los urinarios

permanecen como lugares donde aún se articulan experiencias pre-identitarias. O, por decirlo de otro modo, son los homosexuales en el armario (como George Michael), y los que ni siquiera aún tienen conciencia de ese armario (quienes no tienen desarrollada una concepción de sí mismos siquiera vecina de lo gay… y los heterosexuales en un momento de transgresión), quienes constituyen el grueso del contingente Porcelanosa. De este modo, no estamos ante el lumpen social o económico, pero sí ante la marginalidad de los descastados; ante los desclasados de la comunidad gay… en lúdica interacción con otros que (recordemos a Orton) consideran excitante un arriesgado y puntual *cross-over* hacia ese colectivo indefinido.

En contra de toda esta reivindicación de culturas de sanitarios se han confabulado diversas estrategias, además del tan extendido *denial* intrahomosexual. Una verdadera arquitectura de la contención se ha desarrollado en España según los mismos parámetros que la han orientado en otros lugares. Ésta es quizás la prueba más palpable de la vigencia de la cultura de mingitorio en nuestro país, y sobre todo, la prueba de que (pese a los silencios), no se trata de un submundo tan clandestino como se quiere creer ni sólo accesible a los más descentrados gays. Ese dato muestra, en suma, hasta qué punto no son esa dinámica y ese ritual cuestiones que pertenezcan en exclusiva a los iniciados o a los integrantes de un supuesto club clandestino o marginal.

También fuera de esa comunidad nefanda se conocen los devaneos que la arquitectura y la ecología de los sanitarios cataliza, alienta o autoriza. Y son diferentes instancias (constructores, arquitectos, estudios de aparejadores, propietarios de locales de diverso tipo, autoridades competentes en unos u otros regímenes disciplinarios —policías, vigilantes de distintos cuerpos y uniformes…—, diseñadores de espacios y decoradores…) las que se han unido para aguar las lúbricas intenciones de algunos díscolos usuarios. O, mejor dicho, para desecarlas y disecarlas, dejando sólo retazos de historia que las autoridades más concienciadas quieran preservar.

La prevención de unos excesos que ya están suscitando una inquietud por el mantenimiento y documentación de tan añejas tradiciones, se ha manifestado a través de estrategias múltiples. El policía-cebo que puso fin a la carrera de armario (que no a la de cantante) de George Michael es una táctica eminentemente anglosajona (británica y estadounidense, pero también canadiense y australiana), que cuenta con escasa tradición fuera de ese ámbito.

Por estos pagos se estila más la vigilancia descarada de GJs (léase: guardias jurados) y señoras de la limpieza a las que no se paga por esa labor adicional de aguafiestas que se les

encomienda. Que no se droguen y que no follen. Curiosa asociación de interdicciones. Pero la inquietud no está sólo sobre el terreno, sino en los despachos de las más altas instancias. Para el recuerdo queda aquella disposición interna de la Renfe descubierta a mediados de los noventa, y que autorizaba a los servicios de vigilancia a identificar y expulsar de las dependencias ferroviarias a aquéllos que "dañaran" la imagen de la compañía. Vagabundos, punkis, pero también maricones de urinario eran los objetivos de una campaña de "limpieza" contra la que se organizaron protestas, como la que llevó a medio centenar de parias convocados por La Radical Gai a la comisaría de la estación de Chamartín.

Pero la estrategia de contención más habitual combina el hostigamiento (que a menudo se materializa en procesos de identificación, elaboración de listas, intimidación, agresiones… archivos enteros de datos que van desapareciendo a medida que se impone la democracia; nada queda de los controles que acaban con sangre), con el blindaje y el aislamiento casi hermético de unos espacios con respecto a otros (muros reforzados anti-*glory holes* de suelo a techo entre una cabina y su vecina; paneles de tamaños excesivamente generosos entre un urinario y el de al lado…). Claro que lo que se gana en disuasión se pierde en eficacia del dispositivo, dado el inevitable exceso de esfuerzo y descaro por parte de los más pertinaces aficionados a estos menesteres. Que los hay. Y por parte, sobre todo, de quienes aún no tienen otro modo de concebir una salida para esa dimensión de la vida que mucha gente heterosexual reconoce acaso como la más importante: el sexo, el amor, el placer, el deseo… Que también los hay.

En justa respuesta a la intención represiva y censora, el negocio rosa ha elaborado sus propias estrategias de resistencia que funcionan casi como reclamos comerciales. Una discoteca madrileña presume de baño donde meadas y miradas tienen lugar a ambos lados de una gran luna de cristal; un muro bañado en sus dos caras por una fina cortina de agua que permite el lavado de las superficies, y que torna el vidrio en una plano translúcido a través de la cual se puede ver lo más substancial y ahorrarse convenientemente los detalles.

Ya va siendo lugar común, por otro lado, reconocer que los locales destinados al sexo emplean la estrategia de la cañería rota y el desagüe atascado como parte de una estrategia aromática de apelaciones atávicas destinada a soliviantar pasiones. Con dispositivos estratégicos de este calado intentan algunas empresas rosas rentabilizar unos espacios de ocio e intimidad que, en ocasiones, cuando se abren en perfecto alicatado, cuidada y generosa iluminación, desinfectados inodoros y perfumadas superficies…, sencillamente, no funcionan del todo bien. Los locales son entonces "ambientados" de otro modo. Éstos y tantos otros dispositivos ingeniosos son los signos de una cultura y de unos hábitos que van

sobreviviendo a todos los avatares de “normalización” e “integración” que vivimos desde hace un par de décadas.

En última instancia, el caso de George Michael parece venir a corroborar anecdóticamente una sospecha. Seguramente, quienes más se rasgan las vestiduras ante las historias de urinario; los que parecen más “normalitos” en su falsa pero aparente heterosexualidad o en su intachable integración gay; quienes se empeñan en mantener una espesa discreción o una imagen inmaculada, pero también esos perfectos heterosexuales que disfrutan en ocasiones de los juegos al borde del abismo de la identidad…, todos ellos son los que más profundamente sienten en uno u otro momento la mordedura de la tentación.

Por estos pagos gozamos de una tradición de respeto que se manifiesta en lo inconcebible de casos como el de Walter Jenkins o el de George Michael, pero que es compatible con todas las estrategias de control y, llegado el caso, represión de los “excesos” que surgen en cualquier parte de Occidente. De no ser así, seguramente también aquí tendríamos escándalos de cuarto de baño con figuras prominentes de la política o la cultura como atribulados protagonistas. Y (paradojas de una complejísima dinámica entre represión y liberación), acaso esos escándalos contribuyeran (como está sucediendo en el mundo anglosajón) a echar abajo los paneles (o los muros) de algunos armarios.

GALLETONES

El gimnasio y la política del cuerpo

Los gimnasios, nos atreveremos a sugerir aquí, son un elemento clave de las sociedades del inicio del nuevo milenio. El signo de que se está fraguando una nueva transición de la civilización occidental hacia no se sabe dónde. ¿Qué nos depara el futuro? Acaso estemos en los albores de un nuevo mundo habitado por alegres cuerpos construidos a base de bífidus activo y avena kinesia. A lo peor, puede que a las puertas de un inenarrable apocalipsis de anabolizantes. La cultura física nos hará más libres si somos capaces de acompañarla de cultura a secas. De otro modo, puede que nos haga más esclavos. De nosotros depende.

Quien más y quien menos, todos hemos coqueteado alguna vez con la idea de apuntarnos a un gimnasio. Unos hemos renunciado definitivamente, otros lo hemos hecho y seguimos en la brecha. Algunos, por último, caímos en la tentación y ésta se nos acabó revelando como pasajera. En todo caso, nadie (y mucho menos quienes formamos parte de la comunidad gay) parece escapar a la tentación de examinar hasta qué punto eso del gimnasio le afecta. Toda una institución en la Grecia de Pericles, resulta que hoy vuelve a estar de actualidad. En lo que respecta a la comunidad gay, esa actualidad puede medirse en la proliferación de centros destinados al cultivo del cuerpo en el seno mismo de los territorios urbanos donde se sedimentan las comunidades gays.

Poco a poco, vamos desertando los lugares en torno a los que anteriormente se estructuraban nuestras vidas. Ahora organizamos nuestras agendas en función de las citas con ese mundo donde el propio cuerpo parece serlo todo. Es exactamente lo mismo que pensábamos de la discoteca (punto de encuentro y sociabilidad o, según el caso y las circunstancias, de ensimismamiento y reflexión; lugar de charla y coqueteo o de introspección…), pero con algunas ventajas añadidas. No tenemos ya necesidad de acostarnos tardísimo y, sobre todo, no tenemos por qué beber brebajes que alteran (entre otras funciones) la conciencia. Otra cosa es el riesgo para las funciones hepáticas o el equilibrio emocional que representan los “ciclados” pertinentes; es decir, el seguimiento consecutivo de ciclos regulares de anabolizantes, que para algunos incautos —los que verdaderamente se entregan en cuerpo y alma— forma ineludiblemente parte del programa.

Podemos considerar los gimnasios (abusando de la hipérbole) como uno de esos espacios donde se escribe la historia y se elabora la conciencia de una época. Los gimnasios

parecen destinados a ocupar hoy el papel que otros tiempos detentaron los castillos, las catedrales, las plazas de los pueblos, las ferias de ganado, las cortes reales, los puertos, los salones, los teatros de ópera, los hospitales, las fábricas, las bolsas de valores, las universidades, los guetos, los cuarteles, las salas de la televisión, los centros comerciales o (como decíamos, hace bien poco), las discotecas. Son, en definitiva, lugares donde suceden cosas que afectan a toda la comunidad y en los que ésta se refleja. El hecho de que hasta los gabinetes de imagen de Aznar sintieran la necesidad de que éste se aficionara al *paddle* debe hacernos reflexionar.

Si nos planteamos la cuestión en términos puramente egoístas, la pregunta que hemos de formularnos es: ¿En qué nos vamos a convertir tras unos meses de brear despiadadamente nuestros cuerpos? Pero esa pregunta no recoge todo el dramatismo de la cuestión gimnástica. En principio, porque lo que está en juego no es sólo una cuestión anatómica. Nuestro paso por el gimnasio nos altera en formas imprevisibles; no sólo en la superficie, sino también en profundidad. De hecho, el grosor de los pectorales, las franjas de músculos que atraviesan el estómago, la finura del talle o el pliegue que poco a poco se define entre la ingle y la parte superior de la cadera… son sólo detalles.

Pero además, no es tan sólo una cuestión personal. El gimnasio define sus efectos a muy amplia escala. Que nadie caiga en la trampa de pensar que ir al gimnasio es una cuestión que tan sólo concierne personalmente al sacrificado levantapesas. El verdadero interrogante que se nos plantea es mucho más inquietante: ¿En qué rayos vamos a convertir nuestras sociedades? (o: ¿Qué hay detrás del ocasional *paddle* presidencial, además de una adaptación —que deja muy atrás el dominó de Felipe González— del *footing* de Reagan, Bush y Clinton?).

La palestra como lugar de disciplina.

El gimnasio tiene unos códigos, reglas y exigencias que se imponen a quien lo visita. Pero quedarse al margen del *fitness*, el *jogging*, la *gym* y el *paddle* no garantiza que podamos evitar los efectos de esa disciplina. Una actitud de alerta democrática, crítica y responsable exige que sepamos qué se cuece allí y que participemos en ese proceso, modificándolo si hace falta. Para muchos, en esa participación tan sólo se esconde una cierta vanidad. Sin embargo, insistimos, en el gimnasio no sólo se educan cuerpos y espíritus, sino que se elabora la conciencia colectiva. Así pues, podemos ir al gimnasio con espíritu participativo y a la vez rebelde; con curiosidad e ilusión, pero también con desconfianza y afán combativo.

Por una mera inquietud intelectual que nos neguemos a considerar más digna de mejor causa, o con la acaso no del todo vana ilusión de encontrar quien quiera compartir con nosotros un rato de debate… o ejercicios de variados tipos.

Creer que se va al gimnasio por el placer del ejercicio es una tontería. No hay más que ver la sonrisa forzada ante la prensa de un Clinton a la carrera, o la pose de felicidad *post-paddle* de Aznar. Hacemos deporte (adelgazamos, dormimos e incluso comemos) no por el placer intrínseco de esas actividades (que puede haberlo), sino sobre todo para mejorar nuestras posibilidades de triunfar en el sexo, el trabajo, las relaciones sociales, la longevidad… incluso la política. Pero sobre todo, en el sexo.

El único placer que conlleva levantar repetidamente un peso muerto es el que se deriva de los efectos de ese ejercicio en el cuerpo (y en la mente), y de los efectos esperados en el espacio social que nos rodea. Esos efectos tardan en presentarse: los primeros días de acomodación a la rutina de las flexiones y levantamientos son un tanto aburridos y uno parece seguir siendo el mismo. Pero se vuelven más interesantes cuando se empiezan a apreciar los resultados del esfuerzo. En esa transformación; en la propia metamorfosis y en lo que de ella se espera, reside el placer. Porque excepcionalmente, por una vez, (a diferencia de los "descontroles" que tienen lugar en la adolescencia, la vejez o la enfermedad), los cambios del propio cuerpo parecen obedecer a nuestros deseos.

El ejercicio físico quiere señalar la vocación de triunfo en el sexo y la salud, y lleva al extremo la voluntad de autocontrol. Muchas veces, la gimnasia sublima el sexo o lo sustituye, pero esa renuncia permite conjurar también el descontrol en que nos puede sumir el abandono al placer sexual. Su auge y su particular éxito en el seno de la comunidad gay se ha producido en medio de la crisis del sida. Una pandemia que ha deparado la imagen recurrente de cuerpos depauperados, infectados a menudo por falta de información o de recursos de prevención, pero también, en otros casos, por incapacidad de control de los actos que lleva a cabo el cuerpo cuando va camino del éxtasis. Los cuerpos satisfechos representan (aunque no necesariamente constituyen) ejemplos de salud y autocontrol.

Las fábricas de galletones

Los gimnasios son a menudo considerados por sus abundantes detractores como meras "fábricas de galletones". Una idea que tiene cierto atractivo, aunque no hace justicia al papel que desarrollan. Porque la pasta de palestra no es simplemente una materia prima

inerte. La cosa no es tan sencilla. Por eso, más que hablar de los gimnasios, hay que hablar de los galletones; es decir, de los seres que los pueblan en busca de una determinada constitución de su subjetividad. El galletón se fabrica a partir de una masa blanca. El color no es tan sólo una referencia al tono de la piel; ese dato señala un requisito de integración y participación social. Ya estemos ante un proyecto de galletón de vainilla, café, fresa o chocolate, lo importante es señalar que todos aspiran a ocupar un lugar preciso en el mundo de los dulces; en el mundo de las posibilidades de triunfo y supervivencia. Y para eso hace falta harina de un costal preciso. Para llegar a ser todo un galletón, es necesario contar con los ingredientes que impone la receta del éxito social.

No debe entenderse que la blancura de la masa originaria supone una ausencia de materia gris. Es ésta una hipótesis con gran predicamento entre los críticos del espíritu gimnástico. Pero resulta un tanto facilona, y a menudo la contradice la experiencia. La conciencia social, la inteligencia, el sentido común, las habilidades sociales o la simpatía, no se reparten en función de emplazamientos concretos. De hecho, al ser el gimnasio un espacio transversal más heterogéneo que los lugares de trabajo o de ocio, en él conviven cualidades y habilidades muy diversas. Como en cualquier sitio, entre los seguidores del culto al cuerpo hay tontos y listos. Y (por acabar con otro tópico recurrente) tampoco la "mucha dinamita" entraña necesariamente "poca mecha". De la crítica a la envidia (o la miopía), a veces no hay más que un paso.

El galletón es, pues, masa blanca aderezada y posteriormente tostada. No es sólo cuestión de rayos UVA o de piscina en la urbanización. El tueste radioactivo o natural (si es que puede considerarse "natural" ese vuelta-y-vuelta en el *solarium* de alguna piscina —o piscifactoría— municipal al que tanto galletón se entrega), señala un proceso de transformación según criterios estéticos y, sobre todo, morales. El galletón "se fabrica", pero no es el resultado de un proceso productivo que escapa a su libre albedrío. Al revés: el galletón se fabrica a sí mismo. Transforma su cuerpo y se entretiene en los menesteres adecuados a tal fin. Elige las superficies que va a desarrollar, se administra la levadura oportuna (en ocasiones farmacológica; otras veces proteína "natural" en batidos *ad hoc*), y la emplaza en las superficies más necesitadas. Como quien se toma un café para despabilarse o enciende un cigarrillo para calmar una ansiedad.

De igual modo que la "cultura física" afecta a todo el entramado social, casi ningún rincón del galletón se resiste a su vocación hipertrófica o perfiladora. Aunque en ocasiones no hay esfuerzo que valga. Por ejemplo, las pantorrillas, o están ya previamente esperando a que se incentive su desarrollo, o sencillamente no aparecerán nunca. Por mucho que uno se

empeñe. Igual sucede con otras musculaturas ocultas bajo los pantaloncitos, que no suelen ejercitarse socialmente y que aquí (a no ser que haya involuntarios reflejos en las duchas… o estrategias de ligue de vestuario) tampoco son objeto de excesiva atención.

Pero eso no es lo que importa. Lo esencial es que el cuerpo responde (más o menos) a la idea que cada cual se hace sobre cómo debe ser. Sólo hace falta tomar conciencia de que está ahí, de que hay que llevarlo a todas partes y de que podemos hacer con él lo que nos plazca: desarrollarlo en volumen, modificarlo en forma, controlarlo en apetencias… En este caso hace falta algo de dinero, un poco de tiempo y, lo más difícil, un proyecto ("moral") de actuación sobre la propia anatomía. Es decir, "ganas" de tomar el propio cuerpo entre las propias manos. El cuerpo social, por su parte, reflejará esas anatomías impúdicas y sus inquietudes. Si vamos al gimnasio para estar y vernos bien (o para estar y vernos mejor), nuestras sociedades saldrán ganando. Si no vamos por autoestima, sino por aburrimiento, alienación, falta de habilidades sociales o pura "comedura de coco" y moda, entonces vamos por mal camino. Las "manos en la masa" tienen que ser las de cada cual; no las de los vendedores de quimeras.

El galletón tostado, por más que desafíe cualquier manual de cuidado dérmico o canon de proporciones anatómicas, es nutritivo y de apariencia sabrosa. Y es fundamental que ese sabor no llegue nunca al gusto, sino que se metamorfosee en alimento para la vista. Lo verás, pero no lo catarás. El solipsismo que envuelve a los integrantes de esos grupitos cerrados de torsos desnudos que exponen su rutina de ejercicios pectorales en las discotecas; ese traslado del gimnasio al lugar donde antes se articulaba la sociabilidad gay es el mejor exponente de esa componente exhibicionista y prohibitiva que señalamos.

Así, el galletón alimenta, como poco, la mirada de quienes comparten su proceso de autoescultura. Otros que no se trabajan el *body* sólo mirarán con disimulo. Una mirada cómplice o extraña que siempre es entre bulímica (la admiración entraña cierta ansiedad) y aniquiladora (porque siempre conlleva celos). Con frecuencia, además, el galletón concentra toda la visibilidad autorizada, dejando en la inexistencia a quienes niegan displicentemente su esfuerzo y miran de soslayo. Queda él mismo vampirizado por esa inmediatez que da la apariencia y tras la que pueden ocultarse vicios y virtudes, pero lo hace con gusto. Aunque no sea lo que más valore de sí mismo, el galletón acepta que sea su apariencia musculada lo primero que los demás juzguen; acaso no le falte razón al suponer que es eso lo que antes quiere verse, antes que ninguna otra cosa, y acaso sólo eso.

El principio básico del galletón es ser observado, al menos, tanto como se mira él mismo (y que se desee tocarlo tanto como él se toca); que se dé primacía a su aspecto porque

él ha comprendido que es eso lo que se le pide, y ha hecho ese sacrificio, precisamente, para satisfacer esa exigencia ajena que demanda excesos musculares. El galletón quiere ser, en definitiva, tan importante para los demás como lo es para sí mismo. O sea, conseguir un reconocimiento (y un amor) que superen su autoestima (o su narcisismo). Las camarillas de galletones que sacan juntos sus musculaturas fuera de los gimnasios ilustran ese onanismo colectivo de miradas, afectos y deseos.

Una actitud que, de nuevo, se les reprocha insistentemente. Y una crítica, de nuevo, en cierto modo injusta. Para lograr parecidos fines de autoestima y admiración, otros hacen uso de su conversación divertida, de su impresionante acervo de cultura, del cargo que ocupan, de las marcas de las ropas que llevan o de su modelo de coche. Los criterios que legitiman ciertos protagonismos borrando del mapa las posibilidades de participación de otras gentes son muchos. Al menos, el criterio del cuerpo responde a normas más democráticas. El atractivo que da el reconocimiento y control de la propia dimensión física puede alcanzarse antes que un permiso de residencia, un título académico, una amistad influyente o un puesto de trabajo. Es más difícil quitarle a uno el cuerpo que la ilusión.

¿Cuerpos proletarios?

El gimnasio, de hecho, cuestiona los privilegios de quienes nunca necesitaron hacer ejercicio porque contaban con recursos de otro tipo. Levantar pesos muertos es menos caro que ir a la Universidad; acudir regularmente a unas instalaciones municipales es más asequible que hacerse un fondo de armario en las tiendas de Smith, Lang y compañía y, en definitiva, estar en forma cuesta menos que hacerse habitual de esos círculos selectos donde se reparten prebendas. Pero el gimnasio tampoco es necesariamente germen de revolución. Es cierto que se confunde el cuerpo galletón con el cuerpo proletario (musculado por su labor en la mina, la construcción o la agricultura). Pero esa confusión es ilusoria: la musculatura de anuncio es clamorosamente inútil ante cualquier ejercicio que se salga del protocolo de las pesas; inútil, en suma, casi para cualquier actividad práctica. Más que activo, el galletón es pasivo objeto de miradas, atenciones, admiración, envidia o seducción. La inutilidad funcional del programa es, de hecho, una parte fundamental del protocolo. Por otro lado, tampoco el cuerpo proletario es lo que era; hoy encaja más en la imagen de la cajera del Día, la operadora de *telemarketing* o el tabulador de encuestas.

De este modo, los cuerpos modelados ya no señalan la pertenencia a una determinada clase social. Sobre todo, no ponen de manifiesto un *status* inferior sino, al revés, una

voluntad de continuar ascendiendo en la escala del bienestar. Una escala que ya no se mide sólo en términos monetarios, y en la que la "calidad de vida" y la autoestima (llámesele "vanidad" si se quiere mantener el espíritu hostil), juegan un papel antes inédito. Hacer ejercicio (como estar moreno) no es ya señal de haber fracasado, sino al revés, de ir camino del triunfo… o, como poco, de no haber perdido la esperanza.

En tanto que fábrica de galletones, el gimnasio debe hacernos pensar que lo que sale de sus entrañas son cajas de Surtidos Cuétara, de esas donde hay montones de variantes, formas, colores, sabores, envoltorios… a partir de la misma idea básica. A partir del marchamo que hace de él un espacio privilegiado en la organización de nuestras sociedades. Efectivamente, el gimnasio es un espacio donde se entrecruzan gentes de todo tipo. Cada cual lleva allí su harina y se busca una forma y un tueste convenientes. Y así, las galletas de fresa euro-aria, de chocolate africano, de café meridional o magrebí, o de vainilla oriental… todas señalan procesos de autodeterminación. En todas hay voluntad de autocontrol, de libertad. O puede haberlas.

Riesgos de exclusión

Porque, también hay que decirlo, tampoco estamos ante un espacio de integración y disolución de las diferencias y los prejuicios. En el lance de la educación y definición del propio cuerpo, hay tantas posibilidades de cambiar las cosas como de mantenerlas como están. Y hay también muchas posibilidades de empeorarlas. Por ello debemos reconocer los problemas que plantea el furor del *fitness* y buscar modos de resistir a sus posibles derivaciones.

Un problema es la misoginia. La sociabilidad aeróbica o anaeróbica no puede quedar en un simple colegueo entre (aspirantes a) machos cuya única base es la exclusión de las mujeres. Una exclusión que apenas sirve más que para ocultar la estrategia de apropiación de caracteres de feminidad que se produce en el gimnasio. El despliegue de depilaciones y cosméticas, de exhibición en poses inverosímiles, de coqueteo frente al espejo, de sociabilidad en ámbitos de privacidad estética… son elementos que se asocian con lo femenino, y que el galletón asume como propios… sin querer las más de las veces admitir lo que de subversivo tiene su estrategia. El galletón no tiene por qué ser de sexo masculino (su género, pese a sus deseos —y mientras no cambien las concepciones al respecto—, decididamente ya no lo es). Mal lo lleva y mayor ridículo hará quien no quiera compartir

sudores con los miles de galletonas que ya están sobre patines, bajo las canastas, subiendo a la red y, por supuesto, haciendo pesas.

Otro problema es la patética presunción de heterosexualidad (equivalente a la presunción de masculinidad) del galletón. La participación gimnástica no puede exigir el ocultamiento de otras opciones sexuales, ni ser lugar donde se reproduzca el disimulo. Sobre todo porque lo que tiene la *gym* de coqueteo con uno mismo, lo que tiene de exhibición es acaso lo más alejado que podamos imaginar del modelo de heterosexualidad vigente. La *drag-queen* y la *muscle-queen* tienen en común la corona de reinas, aunque sus reinos (y sus reyes) sean distintos. La palestra no puede ser un lugar de deseos inconfesables o fobias trasnochadas.

Por último, hay que desterrar esa idea según la cual, para ir al gimnasio, hay que tener una determinada edad, un peso específico, una cierta "estética" o condición física. Si no se convierte en un espacio de interacción, integración y pluralismo, el gimnasio acabará siendo un lugar de opresión. De igual modo, conviene acabar con la idea que asocia al galletón con la pasividad, con la autarquía, con la falta de iniciativa en cualquier ámbito de actuación, incluyendo la pasividad política. Si el galletón no es rebelde, de poco le servirá su proyecto.

Para que no se convierta en una nueva Bastilla; para que el gimnasio no traiga o perpetúe un proyecto ideológico de exclusión, abulia, anomia o desinterés, podemos (acaso debamos) colapsar sus salones con una "acción mutante". Abarrotar las palestras con cuerpos maduros, transexuales, gordos, delgadísimos, prepúberes, postmenopáusicos, inmigrantes, seropositivos, alocados… Gentes capaces de no sentir la necesidad de aparentar o infligirse penalidades; que no suscriban esa mitología del sacrificio y el dolor como requisitos para cualquier gozo, que no renuncien a los encantos de sus particularidades, que hagan de ellos la base de su autoafirmación. Gentes que no vendan desde la inverosimilitud más absoluta un modelo de masculinidad que no quiere ser gay. Que sepan, en definitiva, divertirse en un paulatino, relativo y relajado proceso de moldear, confirmar o modificar las propias superficies como medio de participación de todas y de todos en este nuestro mundo.

Excursus 1. El deporte y los dos sexos

El deporte ha sido utilizado durante muchos años como medio de contención de la desbordante energía sexual de los adolescentes. Lo cual no deja de ser una paradoja. La institucionalización de un espacio donde ejercitar el cuerpo se produjo en la Antigua Grecia. Y, por entonces, la palestra (palabra que viene del griego), era tanto el sitio donde tenía lugar

la lucha o la competición, como el espacio de iniciación sexual de los jóvenes. “Gymnós”, en griego, significa desnudo. De aquel Edén de la Hélade (un poco a la carrera), se pasó a los abundantes accesorios de *sex-shop* de los gladiadores romanos, a la desmedida parafernalia de los caballeros medievales y a la pluma mosquetera del barroco con mallas y la mano hacia atrás para llegar al renacer del primer espíritu clásico.

El resurgimiento de los lugares destinados a brear el cuerpo se produce claramente en el siglo XIX. Para entonces, la idea básica había cambiado substancialmente: ahora se pensaba que si se lograba mantener a chicos y chicas separados y dedicados al ejercicio, se evitaría una cierta promiscuidad. Por supuesto, en ese momento ya ni se concibe siquiera que dentro de un mismo sexo pueda haber nada parecido al sexo; frente a la impudicia griega se impone el pudor burgués. Las manifestaciones de deseo o atracción, a partir de ahora, se sublimarán en toda una serie de ritos (palmaditas en el culo, exhibición o admiración de genitales…) y en el lenguaje (plagado de referencias y conminaciones relativas al follar o al chupar…)

La segregación por sexos aún permanece vigente en el mundo del deporte. Como en el ejército, en las cárceles, en los conventos y en los monasterios. Pero aquí no se trata (en principio) de un castigo, ni la segregación es el fruto de un voto de castidad. Aunque algo al respecto tendrán que decir los futbolistas, amenazados por el principio de “si no rindes, no chingas”. La segregación, en suma, se justifica en función del distinto nivel de competición (siendo las mujeres “inferiores” en sus actuaciones). Sin embargo, las marcas se van acercando, y en determinadas competiciones ya casi son comparables. Mientras no esté bien visto que las niñas se suban a los árboles; mientras haya miedo a que “sean un poco machorras”, las mujeres partirán de una posición de inferioridad a la hora de competir con los hombres.

Otra cuestión igualmente interesante es la división sexual de determinadas competiciones deportivas. Por ejemplo, ¿Por qué no hay natación sincronizada masculina o boxeo femenino? (¿y por qué se sigue llamando deporte al intento de desencajarle la mandíbula a otro ser humano?). ¿Por qué la gimnasia deportiva de los chicos se mide en anillas y paralelas, y la de las chicas en barra fija y asimétricas? (¿y por qué coinciden en los ejercicios de suelo?). ¿Por qué no hay gimnasia rítmica masculina, con lo graciosos que estarían los muchachos con sus aros, sus mazas y sus cintas?

Parece obvio que la competición deportiva (o aún muchas de las competiciones deportivas, ya que otras —tenis, baloncesto…— están ya perdidas para la causa), tiene como uno de sus objetivos la legitimación de un sistema de género particular (masculino /

femenino). Con él, a los chicos se les asocia con demostraciones de fortaleza, mientras que las chicas ejecutan actos de estética. Ellos muestran su poder o su fuerza, y ellas su belleza y plasticidad. Dicho de otro modo, ellas deben tener fuerza y control, pero sin que se note demasiado, o sin que ello le quite protagonismo a la gracia y la lindeza. Ellos, correlativamente, harán gala de sagacidad en el planteamiento estatégico o plasticidad en los movimientos, pero sin que jamás parezca que lo que hacen es una danza del vientre.

Cuando tengamos a una chica haciendo un ejercicio en caballo con arcos, y a un grupo de seis muchachos en grácil coreografía, combinando lanzamientos de cintas de colores y aros sobre el tatami, la competición deportiva habrá dejado al fin de ejercer el riguroso control que desde hace muchas décadas ejerce sobre los chicos y las chicas. Y habrá dejado de promocionar la idea de que, en el fondo, somos radical y esencialmente distintos unos de otras. La igualdad, entonces, habrá llegado —al menos formalmente— al deporte.

Excursus 2. Las dictaduras y los cuerpos bonitos

La práctica totalidad de los regímenes dictatoriales han promocionado el deporte como modelo de idealización de determinados valores. El cultivo de la anatomía, en este caso, poco tiene que ver con el bienestar del practicante, y mucho con los intereses del régimen. Los gobiernos comunistas, por ejemplo, hicieron de las competiciones deportivas un instrumento de promoción de su imagen ante el mundo. Y para ello no dudaron en atiborrar de química escandalosamente a los y sobre todo las atletas (¡…Ay, aquellas nadadoras de la RDA…!).

En general, todas las dictaduras anulan las libertades individuales. El ejercicio puede considerarse en un contexto autoritario como un sacrificio personal en favor de una entidad superior (la patria). Así, en ocasiones, todo el esfuerzo sólo sirve para que se lleve la gloria un trapo de recargada trascendencia simbólica (una bandera) y, a través de ésta, una ideología o un sistema político. Ya no se trata del placer personal en la superación de las propias limitaciones. Lo que está en juego a través de la alienación del individuo es el beneficio del régimen; los réditos que proporciona esa renuncia voluntaria al derecho a la pereza, a la libertad de no hacer nada (nada que no le interese al gobierno de turno). El sacrificio puede esconder una esclavitud consentida.

La competición deportiva también puede ponerse al servicio de prejuicios racistas. La “superioridad de la raza aria” debía quedar expuesta a los ojos del mundo en los Juegos

Olímpicos de Berlín de 1936. El régimen nazi debió mirar a otro lado cuando atletas de raza negra derrotaban en las carreras y saltos a los rubios teutones.

Pero además, el ejercicio, lejos de ser una práctica democrática accesible a todo el mundo, puede ser la señal de la exclusión de gentes consideradas "imperfectas". Para los nazis, las personas discapacitadas o con minusvalías psíquicas formaban parte (junto con homosexuales, comunistas, gitanos, judíos…) de las que "no merecían vivir". La imagen de "salud" del pueblo alemán se establecía ocultando, encerrando y exterminando a los cuerpos (y las mentes) "diferentes".

Pero las turbias relaciones entre deporte y política no se limitan a los regímenes dictatoriales. Más delicadamente, nuestras democracias también hacen uso del ejercicio ajeno en beneficio propio. También aquí el Estado (junto con grandes empresas privadas) gastó muchos millones en la preparación de posibles medallistas para Barcelona 92 a través del (después renovado) programa ADO. Era cuestión de imagen o de orgullo patrio, más que de fomentar hábitos saludables o de bienestar entre toda la población. Del mismo modo que una selección olímpica catalana le interesa sobremanera al *president* Pujol (escasamente en forma, por más que convoque elecciones desde el pico del Aneto… aunque para eso tiene una esposa que hace paracaidismo) y les interesa a los ciudadanos catalanes que suscriben la reivindicación del pleno reconocimiento de la nación catalana al margen de su condición física o inquietud al respecto.

Aún hoy, el deporte traduce diferencias de raza y, sobre todo, de clase social: hay deportes "blancos" (los de nieve, claro, pero en general los más caros y elitistas —a menudo no los más lucrativos, pero ¿qué falta hace?—: golf, hípica, vela…) y deportes "de color" (más propios del ghetto: fútbol, básket…; con sus contratos milmillonarios y el sueño del triunfo vendido al mundo: el sueño de llegar a lo más alto partiendo de la nada). La alta competición, como a menor escala el gimnasio, añade un *plus* de lujo que puede, sin duda, ser beneficioso en determinados aspectos (el aspecto, el dinero, la fama…), pero que también, a buen seguro, deja intactas otras condiciones que permanecen inalterables: salido del arroyo, negro, inculto, maricón… Todavía hoy, por último, vivimos una dictadura sutil de los cuerpos "perfectos". Las enfermedades sociales y los trastornos de la alimentación (anorexia, bulimia…) nos lo recuerdan dramáticamente. Nuevos trastornos, como la vigorexia, van camino de poner en su sitio unos excesos que (como dicen ora el sentido común, ora cualquier ideología conservadora —con distintos fines, claro está—), se acaban pagando.

Excursus 3. La monstruosa mujer culturista

El acceso de las mujeres a las formas de ejercicio del género (entendido éste de manera general como la presentación pública del propio cuerpo y del potencial de "sexo" —placer, comunicación, interacción— que en él reside) que están asociadas con el desempeño de roles "de poder" (más relacionados con el género masculino), está drásticamente limitado. La relación entre el ejercicio de las posiciones de poder reconocidas por parte de una mujer y su presentación pública en términos de "feminidad escasa" está ampliamente establecida. La dureza corporal, las líneas derechas y las aristas puras (todo lo que está lejos de las voluptuosas formas que definen la "verdad" de la mujer), son factores que conforman el tópico de un inusual ejercicio de agencia y representación que "apela" a una cierta regulación; a la neutralización del posible desafío que encarna.

Sin embargo, una diferencia fundamental puede establecerse entre estas actuaciones y representaciones de la mujer ("masculina") y sus equivalentes invertidos. El ejercicio de subversión que realizan travestis y *drag queens* tiene un espacio reconocido que no es el de la resistencia política, sino el de la parodia; y un ámbito de reconocimiento: la subcultura gay que le da una razón de ser, un sentido. A algunos "hombres" —adultos pero no hechos y derechos; desviados en una curva praxitélica de consecuencias impredecibles— se les consiente jugar con "lo femenino"; único género considerado artificio y *performance*. Siempre que no lo hagan cerca de los jóvenes. La representación es bienvenida, celebrada y aplaudida, y se le reconoce incluso un potencial liberador, carnavalesco, seguramente porque la economía fálica del deseo permanece, en última instancia, relativamente inalterada.

Sin embargo, cuando lo que está en juego es "la masculinidad" y su fundamento, "el hombre", todo se vuelve sospechoso; aquí ya no hay lugar para la parodia: sólo desnaturalización y sacrilegio. Se puede aspirar a la sumisión, no al poder; imitar lo falso, no lo verdadero; jugar con lo negociable, no con lo inalterable. Bien lo saben las mujeres culturistas: las que ensanchan sus espaldas, pierden los senos, hinchan los brazos y endurecen las caderas; las que, sobre todo, pueden dejar de tener la regla. Su presencia despierta reacciones de rechazo y desasosiego. Y una normativa de contención que no se articula de manera explícita, se pone en marcha: la mujer culturista, por musculosa que sea, estará al final sujeta a un imperativo de feminidad, y deberá cubrirse con un bikini del que sobra, como poco, una mitad, y maquillarse y lucir una melena cuidada.

Porque si no lo hace, si cambia el mínimo dos-piezas por un arnés y se afeita la cabeza, si traspasa la frontera de lo aceptable o "natural", se convierte en un monstruo, se

hace irrecuperable. Y se trata de suscribir la ideología que define qué es tener "un cuerpo bonito"; la misma que establece unos límites que amenazan a la mujer culturista con convertirla en un ente donde, desaparecidos los rasgos de mujer / feminidad, ya no se ve nada más que aberración; un organismo que siembra incertidumbre porque quizás ya no sea fértil, no pueda ya ser el de una esposa, capaz de amar a un hombre y cumplir "su destino". Si ese cuerpo evidencia cómo se ha musculado para escapar al corsé de los roles femeninos, ya no es un cuerpo de mujer, sino —dirá el imaginario social— un cuerpo lesbiano. Su presentación pública, entonces, no suscita adhesión o risa, sino espanto o lástima, porque surge en el vacío; porque parte de una parca, arbitraria (y desertada) identidad femenina y no (se le permite) llega(r) a ningún sitio. Figura de castración o automutilada: un horror, una tragedia, un fracaso.

Un "cuerpo lesbiano" por su apariencia y sus aspiraciones, quizás no por su deseo; un cuerpo, en todo caso, roto, partido —como poco— en dos (presencia / esencia). El cuerpo de ella —de el/la— debe entonces, si no ha de perderse irremisiblemente, reconstruirse víscera a víscera. Ése era el proyecto que animó a Monique Wittig a escribir en 1973 *El cuerpo lesbiano*. Un cuerpo nuevo, establecido a partir del despiece y posterior ensamblaje de ese cuerpo de mujer que se resiste a las sobredeterminaciones que se le imponen. Un cuerpo entre la poesía y la cirugía: "y/o admiro la delicadeza de los metacarpos y de las falanges de los dedos, y/o toco las costillas admirablemente dispuestas, m/e sobrecoge el deseo de ti, y/o babeo, y/o lloro, la sangre presiona los ventrículos de m/i corazón, tus huesos completamente secos pulidos blancos desnudos me penetran en los ojos, y/o los toco, y/o m/e tumbo sobre ellos conmocionada". El resultado es algo completamente nuevo. "Lo que aquí ha sucedido, ninguna lo ignora, no tiene hasta ahora nombre; que ellas lo busquen si tienen absoluta necesidad".

En cualquier caso, estamos ante un cuerpo que demuestra la posibilidad (literaria y políticamente fructífera) de acceder al poder de su propia representación al margen de los usos, los términos y los discursos establecidos; un cuerpo radicalmente no recuperable por una economía política libidinal de orden falócrata, pero cómplice con cualquier resistencia frente a ese orden. Un ariete contra esa ordenación simbólica de la realidad de los cuerpos como sede del deseo que hace de la "escena lésbica" un elemento inevitable de la —a menudo rancia— pornografía para el consumo hetero-masculino. Un acicate contra el orden que limita la práctica de autodeterminación de las mujeres culturistas.

ARMARIO

La vida privada del homosexual o el homosexual privado de vida

> "Dejar de ser un armario no es difícil, basta con dejar en el aire estas palabras: Papá, soy un armario."
> "Ser un armario es, en el mejor de los casos, una triste ironía, una paradoja divertida, la contradicción de estar siempre a cuatro patas y ser impenetrable"
> (Urri Oriols. "Mobiliario". *De un Plumazo*. nº 4)

Un término para designar lo inexistente

"Estar dentro del armario" o "salir del armario" han venido a constituirse, y no de manera casual, casi en las expresiones emblemáticas y más características del vocabulario que los gays y las lesbianas han tenido que inventarse para dar cuenta de su propia realidad. En efecto, que existen modismos, giros, expresiones que en un momento dado sólo la población homosexual *entendía*, pero que, poco a poco, por muy diversos motivos, van pasando al lenguaje corriente, es un hecho. La necesidad de crear dicho lenguaje responde, cómo no, a la marginalidad, cuando no a la marginación, de la que la homosexualidad ha sido objeto en una sociedad mayoritariamente heterosexual. Ésta sólo ha sido capaz a lo largo de su dilatada historia de producir términos peyorativos, irónicos, ofensivos, ridiculizantes, condescendientes o divertidos, en el mejor de los casos, para referirse a nosotros y a nuestro modo de vivir. De ahí, y ello es un buen síntoma, el surgimiento de un lenguaje privado capaz de vehicular realidades, sentimientos, situaciones, vivencias en primera persona y libre de la mofa, el escarnio y la risa que nuestra vida parece provocar a cierta gente y que se cristaliza en multitud de palabras y expresiones hirientes, pero que todo el mundo utiliza sin darles mayor importancia. O lo que es peor, perfectamente conscientes de la carga de profundo desprecio que palabras como "maricón", "bujarrón", "machorra", etc., a menudo portan en su seno.

Decíamos que, no por azar, esta frase es de las primeras cosas que se aprenden nada más entrar a formar parte de la comunidad gay o al más mínimo contacto que se tenga con ella, que se trabe amistad con alguno de sus miembros. Enseguida saldrá, casi sin motivo, la palabra "armario". Y lo dicho, ello no responde al azar. Como tampoco es casual tropezarse con la enigmática pregunta de : "¿entiendes?" y el uso tan característico que gays y lesbianas

hacen de este verbo. Antes de proseguir, y pidiendo retóricas excusas para quienes saben demasiado bien qué es eso de "estar en el armario", no podemos pasar sin aclarar un poquito para el resto a qué se hace referencia con este vocablo que, a primera vista, nada o muy poco tiene que ver con los gays y lesbianas. "Armario" ha venido a traducir en nuestro país la expresión de habla inglesa "*to be in the closet*", tan enigmática como puede resultar la nuestra, y que designa a la lesbiana o al gay que mantiene en secreto su opción sexual, que no hace pública su homosexualidad y guarda silencio o la desmiente cuando es preguntado por sus amigos, su familia, en el trabajo, en el colegio o donde sea. Entonces accede a esta categoría tan popular y extendida de los homosexuales que "están en el armario", o bien, más corto y adjetivando el término, de las "lesbianas armarias" o de los "gays armarios" o, más simplemente todavía, de los "armarios" y "armarias" sin más. Gente que guarda su homosexualidad bajo llave y la tiene bien oculta en el fondo de su armario a prueba de cualquier registro indiscreto, cuando no se meten ellos mismos dentro del armario y cierran por dentro.

Y volvemos a lo del azar. Porque es triste que se haya tenido que inventar una expresión que cada día oímos, utilizamos, vivimos o sufrimos para dar cuenta justamente de una situación tan desagradable. Situación que nos obliga, nadie o casi nadie se ha salvado de pasar en su vida por esta etapa, a llevar una doble vida, a hacer encajes de bolillos para hacer de heterosexuales la mayor parte del tiempo y según con quién, y concedernos ratos de esparcimiento y reencuentro con nosotros mismos en ámbitos donde damos rienda suelta o, más bien, un respiro, para que no perezca de asfixia, a nuestra personalidad. Es triste y significativo que hayamos tenido que inventarnos lo del armario porque había una cierta urgencia por ponerle un nombre a una experiencia vital que los lingüistas y literatos, haciendo de portavoces de toda la sociedad, no habían considerado relevante, desconocían o preferían ignorar. Se le pone nombre a las cosas importantes y, además, ya había un nombre, "marica o bollera reprimida": un nombre que parecía portar, o bien un reproche nacido de la propia comunidad contra quienes no exteriorizaban su homosexualidad; o bien una tajante conminación de la sociedad bienpensante a mantener oculto lo que jamás debería salir a la luz, lo que para siempre debería permanecer bajo el imperio de una inquietante tautología: marica = reprimida.

Por una parte, y viendo la alternativa, algo se ha ganado y podemos confesar sin echar por tierra nuestra dignidad que estamos en el armario y hasta es moneda corriente preguntar: "¿Tú estás todavía en el armario?" y no sorprenderse por obtener una respuesta afirmativa, sino intentar ayudar. Porque comprender y entender a quien se declara armario es algo que

ocurre siempre. Además, no es lo mismo ser una “armaria” que una “reprimida”. Para empezar, porque la “represión” se presta a demasiados malentendidos, ya que es un término clínico del psicoanálisis, disciplina cuyos practicantes se han portado regular con nosotros, sólo que muy vulgarizado. Y cuando se dice de alguien que está reprimido se mezclan excesivo número de cosas: se lo está llamando enfermo, neurótico, angustiado, infeliz, muerto de miedo y casi se le está recomendando que acuda a algún especialista. Estar reprimido parece querer volcar toda la responsabilidad y algo tan grave como la culpa sobre el individuo en cuestión, al que se lo aplasta más todavía si cabe. Estar en el armario nos abre hacia una realidad mucho más compleja y donde se dan cita múltiples factores que conducen a esa situación. Y, sobre todo, estar en el armario no tiene nada que ver con ninguna realidad clínica ni con ninguna psicopatía o enfermedad mental y mucho menos con la culpa. El armario apunta hacia una realidad muy distinta: la reclusión, el encerramiento, la disimulación ante unas circunstancias externas tan hostiles que se prefiere no hacerles frente directamente y capear el temporal como mejor se pueda. Hasta cierto punto, depende de si fuera caen o no chuzos de punta, la culpa no está en quien se mete en el armario, sino en quienes lo obligan a ello, en una sociedad represiva que manifiesta sin tapujos su animadversión por los homosexuales.

Fondo de armario

Ya va siendo hora de que pasemos a analizar las consecuencias y el significado del armario menos anecdóticamente, aunque lo anecdótico para nada es secundario y a veces dice más verdad que las grandes generalizaciones. Sólo que estar en el armario en absoluto puede reducirse exclusivamente a casos o vivencias particulares, personales e intransferibles. El hecho de que toda lesbiana o todo gay casi sin excepción haya pasado una temporadita viviendo en su interior obliga a considerar el armario como una verdadera institución opresora promovida, controlada e instigada por la propia sociedad: éste es el fondo del armario, lo que el armario es en el fondo. No es, por tanto, una casualidad en la vida del homosexual. Más bien parece un trago amargo ineludible el tener que entrar en el armario -a menudo siendo empujados dentro sin saber bien cómo ni por qué- para luego tener que salir de él. Es el peaje que la sociedad nos obliga a pagar a todos nosotros. Un rito de iniciación del que se sale con mayor o menor éxito, pero que, en principio, está diseñado para que sea lo más difícil posible superarlo. Lo que hemos llamado “el armario” responde a una estrategia

de exclusión y reclusión impuesta desde fuera, que no nos la hemos inventado nosotros porque en absoluto nos divierte, como es de suponer.

Hacer el amor en el armario es una experiencia muy poco satisfactoria. Uno se da muchos golpes, no hay luz, el aire se enrarece pronto. Hay escaso espacio para el deseo. El armario es una verdadera estrategia, una verdadera institución de represión, persecución, control, invisibilidad y conminación al silencio: el armario está pensado para borrarnos de la sociedad robándonos la palabra y el acceso a la vida pública. Estamos ahí, es algo contra lo que no se puede hacer nada, pero, si consiguen meternos al mayor número posible dentro del armario, no haremos ruido, no se nos notará, parecerá que la homosexualidad no existe o es algo marginal, despreciable, no digno de consideración. Si cada vez que se organiza un acto público, una manifestación, una reivindicación la mayoría se queda en casa, en el armario, la lucha por nuestros derechos no pasará de lo meramente anecdótico y lo que podría haber sido una reivindicación masiva se quedará en unos cuantos exaltados reclamando a gritos no se sabe qué por una calle medio vacía.

La eficacia del armario es múltiple: condena al gay y a la lesbiana a llevar una vida esquizofrénica, causándole un desdoblamiento de personalidad a lo Dr. Jeckill y Mr. o Mrs. Hide; provoca la extraña sensación de que el recluido se considere un ser único en el mundo, convencido de que quizás sea el único gay o la única lesbiana sobre la tierra; a veces, si la situación es particularmente desastrosa y hostil, da lugar a un sentimiento de culpa por parte de la víctima que acaba sintiéndose la única responsable de su encierro; las estadísticas sobre los índices de suicidio en adolescentes homosexuales muestran que la tendencias suicidas de éstos es mucho mayor que la de los adolescentes heterosexuales; la autoestima, el amor propio quedan heridos de muerte y por lo mismo han de ser depositados en otros aspectos de la personalidad que sustenten un mínimo de orgullo por ser uno mismo; por otra parte, más allá del nivel de destrucción personal, el armario elimina e impide cualquier posibilidad de que se forme un colectivo fuerte y bien organizado que pueda pedirle cuentas al gobierno y a las instituciones; erradica la posibilidad de que surjan y se promocionen, al mismo nivel que la heterosexualidad, modelos de vida positivos llevados a cabo por gays y lesbianas que permitan una estructuración básica de la personalidad necesitada de referentes válidos, cuando no de la simple posibilidad de identificarse con o admirar personajes de la escena pública que no se correspondan en absoluto con la propaganda prejuicial de la marica enferma e infeliz; dificulta asimismo el establecimiento de una identidad personal y comunitaria capaz de emitir un discurso autorreferencial en primera persona que contrarreste o venga a matizar los desmanes de tantos estudios, tantas opiniones y pronunciamientos en

tercera persona acerca de la homosexualidad tomada como curioso y extraño objeto de experimentación científica; conduce a la consolidación de un discurso pacato, victimista y lastimero dentro de amplios sectores conservadores del propio movimiento homosexual, el cual, incapaz de reivindicar, no sabe más que implorar a través del llanto, la conmiseración y la súplica, negociando derechos a cambio de no escandalizar y seguir metidos en el armario, consiguiendo únicamente con ello perpetuar la reclusión, llamándose ahora el armario tolerancia y permisividad; lleva también a la paradoja de que los homosexuales, como colectivo, hemos salido del armario hace muchos años, sólo que individualmente hay mucha gente que todavía permanece dentro. Una especie de Internacional Proletaria fantasma donde sus miembros, tomados en conjunto, sí fueran proletarios, pero individualmente no. Con el problema añadido de que cada vez que se convoca una asamblea general, al ser sus miembros fantasmas, no va nadie. Y, sin embargo, están ahí, deben de estar por ahí, en alguna parte, por todos lados. Reducidos por el armario a una mera presencia invisible e inquietante que en ocasiones se hace efectiva. Como sucedió en el concurso de Eurovisión del año 98. Sorprendentemente, los medios de comunicación, al ser la primera vez que el público podía emitir su voto directo para decidir quién ganaba, achacaron la victoria de Dana Internacional al voto rosa, también internacional. Los niveles de paranoia resultan indescriptibles. Están ahí. Los hemos metido en el armario, pero nos han boicoteado el concurso. Que los homosexuales existan colectivamente, pero no individualmente, es algo que provoca estupor y un cierto miedo al resultar ilocalizables. Parece que es preferible pensar cualquier aberración de este tipo antes que contemplar la posibilidad de que Dana hubiera ganado gracias al voto heterosexual. Todo menos pensar que los heterosexuales hayan podido concederle una pizca de gloria a una transexual. Todo menos pensar que la voz y la música de Dana triunfaron porque aquello, a fin de cuentas, tenía un cierto ritmillo, era pegadizo como todas las canciones ganadoras de ese concurso. Lo más sintomático de todo fue poder comprobar que, ni aun estando en el armario, la “amenaza homosexual” les parecía estar suficientemente conjurada y neutralizada. No sé qué nos ven, pero el discurso del miedo y de la amenaza social resurge tristemente de cuando en cuando. Haya contribuido o no el voto rosa a cambiar el resultado de un acontecimiento tan puntual, nosotros no caeremos en la paranoia equivalente de pensar las atrocidades -mucho mayores que la de ganar Eurovisión- a las que haya podido conducir el voto heterosexual internacional en el presente y a lo largo de la historia.

Y es que, Dana Internacional y contadas excepciones aparte, la sociedad, a través de un sinnúmero de procedimientos que van desde el rechazo puro y duro, la condena más

explícita, la ironía, el chiste ofensivo, el escarnio, la promoción de discursos científicos, religiosos, éticos, sociológicos descalificadores de la homosexualidad hasta la educación en la cuna, en el pupitre, en la universidad, en el cine, en la iglesia, en la salita de estar, consigue aislar y excluir al gay y a la lesbiana del espacio público y del ámbito político. La única esfera aceptable para la homosexualidad es la privacidad y la intimidad. El ocultamiento como forma de ser y como forma de vida. O, en su defecto, acceder a lo público sólo para el goce, el disfrute y la hilaridad de un público heterosexual que se divierte contemplando un reguero de plumas, una marica estereotipada, obscena y grotesca que les hace reír. Un beso, una caricia, cogerse de la mano no son comportamientos ni socialmente aceptados ni siquiera sociales en el caso de los gays y las lesbianas. No pertenecen a la sociedad como tampoco los sujetos que llevan a cabo tales prácticas. La homosexualidad es sólo un asunto sexual, es sólo sexo y, por tanto, no tiene por qué ocupar un espacio en la vida pública. La vida del homosexual es exclusivamente vida privada. Ser homosexual no ha de tener ninguna implicación de puertas para afuera. En cambio, la heterosexualidad sí que tiene implicaciones públicas y políticas: un beso heterosexual alegra un parque en un atardecer de primavera; una pareja heterosexual cogida de la mano camino de alguna parte consolida la familia y un montón de buenos valores y sentimientos; una boda heterosexual es una promesa de futuro y estabilidad social, un regocijo para muchísimos televidentes y una magnífica cuota de pantalla caso de ser retransmitida en *prime time*. La heterosexualidad sí sale fuera de casa e incluso va a sitios inverosímiles como un supermercado en domingo y se pasa horas buscando aparcamiento.

No se trata de renunciar a la intimidad del hogar y de la vida privada o desvalorizarlas, sino de caer en la cuenta de que, en el régimen del armario, la privacidad, la discreción y la intimidad no son un derecho o una opción, sino una imposición, una obligación. No responden a lo que se entiende normalmente por tener derecho a una vida privada o a no mezclar la vida privada con otros asuntos o al hecho de convertir aquélla en comidilla de la prensa del corazón. Responde a una distinción radical entre lo que se considera público o publicable, lo decible, lo admisible socialmente y lo nefando, lo que no debe salir a la luz, lo indecible, aquello cuyo solo nombre produce espanto, indignación, escándalo o es capaz de corromper la estructura social y las buenas costumbres. Responde a una estrategia de silencio impuesto de los modos más diversos, con los mayores grados de sutileza y menos sutilmente otras veces.

Hasta tal punto se considera denigrante el hecho de ser homosexual que decir públicamente que alguien es gay o lesbiana, o sea, sacarlo del armario, se considera un

insulto, una calumnia, desde luego, un grave ataque contra la dignidad de la persona de la cual lo único que se ha dicho es que es homosexual. Y si encima es un personaje público, no digamos. Hasta ahora nadie se ha irritado ni ha llevado a nadie a juicio porque su heterosexualidad se publique a los cuatro vientos. La heterosexualidad no tiene nada de nefando, ni siquiera es posible, es casi absurdo e impensable considerar noticia la confesión pública de heterosexualidad de nadie. Es algo que se presupone, que es normal, que cae claramente dentro del ámbito de lo decible y que se encuentra a años luz del régimen del armario y de la conminación al silencio. Si hay algo realmente público, quizás sea la heterosexualidad. Indecible por evidente. Verdad de Perogrullo tan invisible como la luz que nos alumbra. Pero no nos extenderemos más sobre esta cuestión porque al *outing* y a las salidas forzadas del armario ya le hemos dedicado otro artículo.

Del otro lado del confesionario

Recluirse en el armario, si bien puede ser una solución y una estrategia para protegerse y defenderse, debe ser también, y mientras las cosas sigan como están y no alcancemos el ¿paraíso? en el que heterosexuales y homosexuales tengamos los mismos derechos, una medida temporal y transitoria. Porque tampoco es que las cosas estén tan mal como para justificar un encierro de por vida. Ni tan bien como nos las pintan. Es frecuente que suceda que, al salir del armario, el heterosexual que ha sido objeto de la confesión, se asombre y diga: "¿Acaso creías que te iba a comer, a insultar o que me iba a levantar, a dejarte de hablar para siempre y negarte el saludo?". Y acto seguido añada: "Enhorabuena, te felicito por tu valentía. Seguro que ha sido muy difícil para ti". Es como si por el mero hecho de haber presenciado una salida del armario -o *coming out*- el testigo se sintiera de repente miembro de la comunidad opresora, hiciera un breve repaso en segundos de las veces que hubiera bromeado malintencionadamente sobre los homosexuales, le invadiera un peculiar sentimiento de culpa y necesitara darse un baño de buena conciencia: "Si yo no tengo nada en contra de los homosexuales no comprendo por qué me lo ha ocultado todo este tiempo. Alguna bromilla que todo el mundo hace no justifica esta falta de confianza. Será cosa suya". Entonces, la sorpresa viene del otro lado al recibir las felicitaciones: "Si tan absurdo le

parecía mi silencio, ¿a qué viene darme la enhorabuena y llamarme valiente? Si sabe lo difícil que ha sido para mí, ¿por qué no me lo ha puesto más fácil cuando pudo y no obligarme a este derroche de valor?".

Es curioso, se va estando un poco harto y siempre deja perplejo, que siempre nos llamen "valientes" o algo por el estilo cuando salimos del armario. Si ello no es un reconocimiento explícito de culpa o de que algo pasa, no sabemos a qué responde. Desde luego, no puede ser un comentario predeterminado genéticamente en los heterosexuales. Más bien puede ser la resultante de que a nadie en su sano juicio le guste saberse partícipe de una mayoría intolerante y llena de prejuicios para con los homosexuales y que, en ese repaso de breves segundos por la propia vida, siempre asome algún trapillo sucio que les deje en mal lugar ante el gay o la lesbiana que, desde hace breves instantes, saben que tienen en frente. En adelante constituirá una diversión o un cansadísimo ejercicio de tolerancia, esta vez por nuestra parte, ver cómo se muerden la lengua ante determinadas situaciones quienes antes no se la mordían. O ver cómo piden perdón ante meteduras de pata que nunca habían sido advertidas previamente. Y ver el esfuerzo de hipervigilancia al que les obliga sentirse observados por un amigo, un colega o un familiar homosexual. Pero esto es otra historia.

Lo más curioso de una salida del armario es lo no dicho, las implicaciones y connotaciones que circulan en esas absurdas conversaciones entre heterosexual y lesbiana o gay cuando uno de estos últimos se declara abiertamente tal. "Nunca hubiera creído que eras marica. Jamás lo hubiera dicho. Es que no se te nota nada". Una buena respuesta tal vez podría ser: "Eso es porque tus prejuicios sobre los maricas te hacen buscar una realidad que no existe y, por supuesto, que, si no te lo digo, nunca te habrías dado cuenta porque tu búsqueda se centra exclusivamente en muñecas dislocadas, voces agudas, rostros maquillados y demacrados, y toda otra serie de prejuicios adquiridos culturalmente que denostan a los homosexuales y que, coincidiendo aquí y allá con la realidad, no se pueden generalizar en un estereotipo. Y tú los compartes uno por uno. El marica soy yo, no lo que tú piensas, ni siquiera lo que tú piensas que soy, ni siquiera, dada tu sorpresa, creo que te vayas a enterar de nada hasta dentro de mucho tiempo. Ahora seguirás buscando una esencia oculta, me someterás a vigilancia y comenzarás a hacer un catálogo de señas de identidad maricas nuevas o las viejas que ya tenías, para poder catalogarme y no llevarte más sorpresas con nadie. Y te estrellarás de nuevo. Ser marica es no cumplir, romper con las expectativas de todo el mundo: no ajustarse a ningún patrón predeterminado, a ninguna esencia ni rasgos definitorios, y mucho menos atribuidos desde el exterior. Ser marica es algo que está lejos del alcance de cualquier heterosexual, no sólo el hecho de serlo, sino la posibilidad misma de

llegar siquiera a arañar el concepto". Esta desmentida inicial que suelen verbalizar los heterosexuales cuando se sale del armario en su cara: "Nunca hubiera dicho que eres homosexual" no responde sino al cariño que en el fondo nos tienen. Traducida sería así: "Nunca hubiera dicho que eras uno de esos depravados grotescos, degenerados, afeminados y pintados de voz chillona en los que estoy pensando [Que nada tienen de malo ni de criticable, por otra parte. Pero aprender esta enseñanza le cuesta al heterosexual algo más de tiempo]. Jamás hubiera pensado que estabas tan cerca de la prostitución, la droga y la delincuencia. Para nada te correspondes con mis prejuicios. Te quiero tanto que cómo iba yo a pensar tan mal de ti".

Es el momento del bloqueo mental en el que una chispa de racionalidad salta como por azar en el cerebro heterosexual asediado por una confesión inesperada: "¿Es que las maricas pueden ser como mi mejor amigo, como mi hermano, como mi hijo, como mi sobrino, como mi marido? ¿Tan normales, tan agradables, tan cariñosos, tan educados, tan listos, tan admirables? ¿Es que es posible que yo sienta afecto por una marica y que sea una parte tan importante de mi vida?" Y comienzan a cuestionarse el prejuicio. A veces no es todo tan horrible, hay heteros estupendos. Con frecuencia el prejuicio no se discute porque es firme, tan firme, que la persona querida, por ser marica y caer en el prejuicio, es odiada y denostada y despreciada *ipso facto*. Otras veces el prejuicio se pone entre paréntesis y ya no se habla más del tema. No se lo echa de casa, pero se corre un tupido velo que ni el telón de acero. O sea, que el prejuicio también permanece, pero se suprime su vertiente represiva, condenatoria y de castigo. Otras veces se hace una excepción en el prejuicio sólo con la persona querida, con el amigo, con el hermano, con el hijo. Pero todos los demás maricas siguen siendo unos depravados. El novio no puede ir a casa, ni los amigos. La colectividad sigue estando marcada, pero mi hijo es diferente, aunque se pinte y se ponga minifalda, es muy digno. Se ha educado en casa. Luego, hay esfuerzos mayores que rozan lo políticamente correcto. Y siempre hay mucha buena gente que ni reacciona porque no tenía prejuicios.

Cómo salir del armario sin patetismos: entre la ironía y la revolución

Salir del armario implica el hecho del "saber" sobre el sexo, sobre la vida privada. Salir del armario supone proponer un insólito tema de conversación: hablemos de sexo. En lo que toca a la opción sexual contraria, no se trata de hacer una confesión puntual, sino que hay que mantener todo el tiempo informada a la sociedad acerca de nuestra heterosexualidad, o

sea, paradójicamente, no hay que decir nada. Cuando se dice algo es para desmentirla. Acceder al discurso acerca del sexo, la única vez que se habla de sexo con los padres de nuestra generación, es cuando se es marica y se cuenta. Por lo demás, la heterosexualidad es silenciosa. No necesita confesarse un buen día: Papá, soy heterosexual. Lo más probable es que al padre en cuestión le diera un sofoco por no localizar el significado preciso de la palabra a tiempo. Para romper con la dinámica de la confesión (que siempre es penosa por lo que tiene de antiguo y culpabilizador y lo mal que se pasa), lo mejor es un buen ataque. Al salir del armario hay que procurar siempre abrir la puerta violentamente, con fuerza, y darle con la misma puerta en las narices a quien estaba fuera esperando una confesión victimaria. Una salida del armario no ha de ser pusilánime y autoinculpatoria. Hasta puede ser todo un acto reivindicativo y político. Los heteros (y perdón por generalizar como algunos de ellos lo hacen cuando hablan de las maricas o de los homosexuales o de las lesbianas) se ponen nerviosísimos ante una marica agresiva saliendo del armario atacada y como una loca, dando portazos en la cara a diestro y siniestro. Hay que quitarle la iniciativa al que escucha, cortarle todas las salidas, devolverle invertidas todas las preguntas, hacerle ver que hasta la fecha no se está seguro de su heterosexualidad porque nunca ha alcanzado el nivel discursivo, y mucho menos el de una confesión. No es lo mismo situarse frente a un armario y que de él salga la cenicienta, tímidamente, primero asomando su sucia naricilla, luego un dedo, luego toda la manecita, luego un pie, pedir permiso con un hilillo de voz, y decir tan bajito que casi no se oye: “soy lesbiana”, “soy gay”, “soy homosexual”, etc., a que salga una especie de Chewbacca enfurecido con todos sus rubios pelos de punta mascullando no se sabe muy bien qué, pero dejando bien a las claras que lo suyo no es hacer concesiones. Si no haces esto último, estás muerta y entregada y presta a ser degollada, o lo que es peor, a que te traten con condescendencia, comprensión, consuelo, babitas y que te hablen flojito ellos también.

Cuando se sale del armario no sé por qué los heteros siempre empiezan a hablar flojito, muy flojito. Como quien acaricia a un perrillo asustado para tranquilizarlo y darle confianza. Nada, nada. ¿Para qué darles ventaja? Hay que salir del armario a lo Van Damm, a lo Rambo o a lo Demi Moore, a lo Juana de Arco, a lo *marine* (no se me ocurre nada más obsceno, ineducado y violento). Formando una escandalera de la hostia. No hay que abrir la puerta, sino derribarla a patadas y que tengan cuidadito fuera con las astillas, y salir hecho una alimaña, metralleta en mano, pantalones de camuflaje, y pintura negra bajo los ojos, que siempre impone mucho (al fin y al cabo nos gusta travestirnos y pintarnos ¿no?); o tipo el monstruo de *Alien*. ¿Qué pasa? Soy bollo y a ver si te voy a partir la cara. Al fin y al cabo, son ellos los que nos han metido en el armario y el cabreo es comprensible. Es una

liberación, es salir de la cárcel y para ello no hay que pedir permiso. Es un acto revolucionario. Nada de contemplaciones con el carcelero ni con quienes silenciaban nuestra prisión, la incentivaban o promovían como fuera. El factor sorpresa es fundamental. Para romper el hielo es suficiente. Luego, poco a poco, sin bajar nunca la guardia, se puede ir llegando a un tono de conversación más habitual, sin perder la naturalidad ni la espontaneidad nunca (a estas alturas convendría haberse quitado ya el disfraz de Rambo). Y sin mostrar flaquezas, debilidades, ni miramientos. Hay que demostrar -o fingir- que la reclusión en el armario no nos ha afectado para nada. Nos metieron allí para ver si nos curaban o si cambiábamos de idea y al salir hay que dejar bien clarito que las prácticas de reclusión son contraproducentes y que salimos más maricas que entramos, más cabreados, para no volver a entrar nunca y para luchar por la destrucción de una práctica tan salvaje, el *armario perpetuo*: algo que atenta contra los derechos del niño, del adolescente, del joven, del adulto y del anciano, porque puede durar toda la vida. Dan mucha pena los niños en las cárceles, pero a nadie se le cae una lagrimita por los niños y adolescentes metidos en el armario. En fin, la hipocresía de siempre.

Otra estrategia posible si no se quiere poner en práctica esta salida del armario que puede resultar un tanto ridícula y sobreactuada, o si nos sienta fatal el disfraz de *marine* de los EE.UU., es eso que ahora se da en llamar la política de hechos consumados. A saber, pasar de la confesión, pasar de tener que decirlo, que verbalizarlo. Si ellos no lo hacen, nosotros tampoco. De pronto el hermanito viene con la novia a casa o con la revista porno que le descubre mamá debajo del colchón. Pues nosotros le plantamos al novio un beso en los morros en medio del salón y nuestros chulos impresos a todo color debajo de la cama, como todo hijo de vecino. Tratamiento de *shock*. La contraofensiva puede ser brutal. Pero, si se está alerta y con todo lo necesario en la trinchera para arrasar al enemigo, no hay nada que temer. Siempre te pueden echar de casa. Pues tú vas y te quedas. Que llamen a la policía. Si no te dan de comer, saqueas la nevera. Si no te dan dinero, lo robas o vendes el televisor. Si no te compran ropa, te pones la de mamá. Y no dejes de llevar a tus amigos a casa. Convierte la salita de estar en una manifestación diaria. Un heterosexual no puede vivir en un estado de cabreo permanente, pero una marica es marica las veinticuatro horas del día. Y ser marica, de por sí, ya es una lucha. Sin que haya que hacer nada del otro jueves. La gente se cansa de estar cabreada, pero una no se cansa nunca de ser maribollo. Ésa es nuestra ventaja. Que papá sólo de vernos se pone hecho una fiera y le sube la tensión y nosotras tan relajadas con las piernas cruzadas viendo cómo se va poniendo rojo y se le hinchan las venas del cuello, mientras le damos un educado: “Buenos días, ¿quieres café?”. Lo importante es no perder

nunca la compostura ni enzarzarse en absurdas discusiones. Y sobre todo no dialogar. No dialogar nunca. ¿De qué hay que dialogar o discutir? ¿De qué hay que dar explicaciones si lo más probable es que una misma no las tenga ni le importe? Pregúntale a tu padre por qué él es heterosexual. Te asombrarás de las tonterías que dice. No tiene explicación. No sabe explicarlo. Lo más racional que dirá es: “Pues porque sí, porque es lo normal, como todo el mundo, como mi padre, vaya pregunta. Este niño, además de maricón, es idiota”. Tranquilo, aunque te insulte, tú ya lo has dejado en ridículo y en adelante no tendrás que respetarlo como solías y habrás comenzado a destruir la imagen idílica que de él tenías. Si quiere recuperarla, tendrá que demostrar que se merece tu cariño y tu respeto. Aunque hay padres que pierden a sus hijos como pierden paraguas, uno cada invierno. Les fastidia, pero no parece pasar de ahí. Hasta que se quedan sin más hijos que perder, transidos de dolor por su intransigencia. Hasta que se quedan sin más inviernos. El problema es que hay más inviernos que hijos. Pero es su problema.

NENAZA

La invención del "niño mariquita"

Las categorías con que nos manejamos en el presente nos parecen tan incuestionables y tan obvias, que apenas podemos imaginar que tengan una historia precisa. Por no encender una vez más la polémica (habrá quien piense que ya lo hacemos lo suficiente a lo largo de estas páginas), digamos que, si bien puede que históricamente haya habido siempre "niños mariquitas", éstos jamás han suscitado la inquietud que podemos señalar a lo largo de las últimas décadas, y que aún hoy despiertan. Los niños "afeminados" tienen, en lo que se refiere a las implicaciones de dicha categoría social, una historia breve y precisa. Una historia que nace cuando el siglo XIX llega a su fin, que tiene su apogeo poco después de mediado el siglo XX, y que empieza a decaer (abriendo nuevas posibilidades de identificación) en los años ochenta y noventa.

Son esas dos primeras fases (ya que la tercera es objeto de un artículo específico con el título de "Jóvenes"), las que aquí centran nuestra atención. La complejidad de los procesos sociales hace que, en este caso, la "invención del niño mariquita" como figura relevante en el conjunto de la ordenación de las sociedades occidentales, constituya un ejemplo paradigmático de cómo las categorías son fichas diseñadas *ad hoc* que se incorporan a un dominó, interaccionando en toda una matriz de relaciones. El "niño mariquita" no es sino un instrumento (entre otros muchos) que se utiliza en un juego social complejo. La última de las inquietudes que se pone de manifiesto, en este caso, es la que se refiere al bienestar o a los "derechos humanos" de los menores… por más que sea la etiqueta de la "protección de la infancia" la que se utilice en los debates sobre la promoción de una figura patologizada, o que se aluda a la inquietud por su "felicidad" a la hora de justificar intervenciones de diversos tipos.

Volver la vista atrás

De acuerdo. Puede que "niños mariquitas" haya habido siempre, pero nadie (ni siquiera quienes parecían más susceptibles de hacerlo) les han prestado atención. Los primeros movimientos de emancipación sexual de finales del siglo XIX y principios del siglo XX ni siquiera tuvieron en cuenta la mera posibilidad de una "infancia y juventud gay, lesbiana o bisexual". Los "uranistas" de Ulrichs o el "tercer sexo" de Hirschfeld, pioneros en

las cuestiones reivindicativas, eran mayoritariamente (casi valdría decir exclusivamente) hombres y mujeres adultas. O al menos así siempre los presentaron.

Sin embargo, ya entonces, los reformadores sexuales promovían consistentemente la idea de una homosexualidad de etiología innata. Un postulado con el que podían oponerse de manera más eficaz a las explicaciones de orden moral entonces vigentes, según las cuales la "desviación" era fruto del "vicio" o la "perversión"; es decir, algo "adquirido". Lógicamente, según ese argumento, la "homosexualidad" ya podría encontrarse en niños, niñas y adolescentes, aunque esa implicación no llegó a articularse como elemento digno de atención, y ninguna reivindicación en este sentido llegó a plantearse.

Acaso esta dejación se debiera, entre otros factores, a que la "protección de la infancia" tal y como se articuló penalmente, por ejemplo, en Francia o España, era considerada como la única alternativa penal posible a una criminalización generalizada de "la homosexualidad" al estilo de lo que se había impuesto en Gran Bretaña o Alemania. James A. Symonds en su libro *A Problem in Modern Ethics* (1891) y especialmente Edward Carpenter en su obra *The Intermediate Sex* (1894-1907) admiten de manera explícita (aunque sólo fuera en un pasado lejano) la existencia de lazos eróticos y afectivos entre chicos o chicas y personas adultas de su "mismo" sexo, pero lo hacían (al gusto antiguo) en el contexto de un esquema pedagógico de descubrimiento de sentimientos y sensaciones no condensadas en modo alguno en una personalidad peculiar.

Así las cosas, la gente más joven no sólo escapó a unas primeras aproximaciones científicas a la sexualidad pre-terapéuticas (y en cierto modo liberacionistas: los primeros sexólogos no tenían inquietudes represoras). Los y las pre-adultas también serían olvidados por la mayor parte de los utopistas sexuales (Fourier, por ejemplo, o muchos años después Marcuse y Huxley). La sexualidad (y de este modo la homosexualidad), ya fuera anormal o potencialmente "libre", se establecía en el imaginario político como una dimensión pertinente en la edad adulta. Si la sexualidad había marcado durante siglos el momento de adiós a la infancia, ahora ese final de la niñez empezaba a ser una realidad socialmente construida (y legalmente precisada); el momento en que se reconocía el consentimiento y se autorizaba el desarrollo de prácticas sexuales… tuvieran éstas lugar o no.

La publicación de una serie de artículos en la londinense *Pall Mall Gazette* a lo largo del mes de julio de 1885, con el título de *El tributo de las doncellas de la Babilonia moderna* (*The Maiden Tribute of Modern Babylon*), por parte del editor de esa publicación, W.T. Stead, y donde abordaba las (por todos conocidas) posibilidades de encontrar prostitutas adolescentes en la capital del Támesis, contribuyó al "pánico moral" de aquel fin de siglo. Un

pánico que se iba a articular en torno a la sexualidad infantil y adolescente (y no tanto, por ejemplo, en torno a la prostitución, las enfermedades "venéreas" o la masturbación), y que se establecería firmemente durante muchas décadas en el mundo Occidental. Un nuevo espacio de controversia en el que, paradójicamente, el conservadurismo moral coexistía e iba de la mano de un incipiente feminismo y del primer movimiento de defensa de los derechos de la niñez.

Ese mismo pánico referente a las niñas afectaba también a la "inocencia" de los muchachos jóvenes. De hecho, es la combinación de menores y homosexualidad la que resultaría particularmente fértil como caldo de cultivo de ansiedades. En este contexto de miedo y paranoia, los adolescentes (como la clase obrera o los hombres de razas distintas a la blanca —siempre y cuando las aproximaciones no ocultaran proyectos con tintes clasistas o racistas—), constituían el objeto "natural" (aunque "pervertido") que ponía de manifiesto al sujeto verdadero y "enfermo": el "invertido". Y el invertido (como Oscar Wilde, que había de convertirse en su prototipo), era necesariamente un adulto (burgués y blanco). Ganimedes había sido abducido por un omnímodo Zeus que lo convertiría a la fuerza en su favorito; el celibato de san Sebastián tenía un final trágico… la mayor parte de los seculares mitos gays cristalizaron en provocativos iconos de juventud carentes de una sexualidad propia. No había aún niños mariquitas, sino inocencias violadas.

Aunque un deseo sexual específico no condujera por el camino del establecimiento de un discurso público, desde la fundación misma de la civilización occidental se ha reconocido que los jóvenes mantenían actividad sexual. El *tópos* de la Antigua Grecia proporciona abundantes ejemplos que, por pudor (tal ha sido y aún es la insistencia en dicho *tópos*), no volveremos a abordar en detalle. Cuando no se trataba de "un problema de ética griego" (Symonds), los escritos etnográficos tendían a localizar esa conflictiva confluencia de infancia o juventud y sexo en tierras "exóticas". Así, Sir Richard Burton, en el "ensayo final" de su traducción de *Las mil y una noches* (1886) describe sin aparente escándalo en la metrópolis los tres "lupanares o burdeles" de Karachi "donde no son mujeres, sino muchachos, […] quienes esperan indolentes a ser alquilados".

Es cierto que pueden encontrarse algunos textos verdaderamente excepcionales, como uno del Comité Científico y Humanitario alemán, fechado en 1903 —y reproducido en un libro compilado por Blasius y Phelan—, en el que podemos leer: "todos los padres tienen el deber de ser conscientes de que alguno de sus propios hijos puede ser un uranista, y tienen que comprender que el párrafo 175 [del Código Penal] puede amenazar a sus seres más próximos y queridos". Pero al margen de tales excepciones, "la homosexualidad" de la gente

joven se localizaba bien en un pasado histórico lejano, bien lejos de Europa. En estas "aproximaciones por distanciamiento", lo que se pone en cuestión, en cualquier caso, son "actos" y no "identidades" sexuales.

De igual modo, los chicos (o las chicas) que desarrollaban entonces prácticas homosexuales estaban muy lejos de considerarse a sí mismos "uranistas" o de ser considerados como tales por terceros. Jeffrey Weeks, al comentar la subcultura de la prostitución masculina en la Inglaterra del siglo XIX, escribe: "para el muchacho que se prostituía, efectivamente las posibilidades eran bien conservar una idea de sí mismo convencional (adoptando consecuentemente técnicas de neutralización para explicarse a sí mismo y a los demás su comportamiento), o bien aceptar una identidad homosexual con todos los peligros que de ella se derivaban en una sociedad hostil". La "identidad sexual" estigmatizadora no se imponía a los jóvenes, y éstos ciertamente la consideraban más un problema que no les incumbía en absoluto que un posible factor de resistencia contra el prejuicio social.

En 1889, tres años después de que se aprobara la criminalizadora "Enmienda Labouchère" que le destrozaría los últimos años de su vida a Wilde y cuatro años después de los artículos en la *Pall Mall Gazette*, se descubrió (en medio de un escándalo muy de la época) un burdel de muchachos en la londinense calle Cleveland. Nada que ver con Karachi. Como podemos leer en un libro publicado por Hyde a propósito de esta historia, sobre los jóvenes que se vieron involucrados en el proceso (y cuyas edades estaban comprendidas entre los 15 y los 20 años), el propio Labouchère decía en la Cámara de los Comunes que "más que pecadores, han sido objeto de pecado".

La "inocencia de la juventud" y la necesidad de protegerla como *tópos* ideológico (un *tópos* que establece el deseo por los jóvenes como intrínsecamente peligroso y que niega, al mismo tiempo y de modo absoluto, los deseos de los jóvenes) ha sobrevivido a través de la construcción consistente del deseo de los adultos como depredador. Y esta violencia potencial era atribuida con especial inquina a la "lujuria homosexual". Un "privilegio" de responsabilidad atribuido que perdura hasta el presente a pesar de las evidencias proporcionadas por una multitud de estudios posteriores (comentados por Evan *et al*.), y que apuntan en sentido contrario: las relaciones homosexuales entre adolescente y adulto se basan sólo de manera muy excepcional en la violencia; la inmensa mayor parte de la violencia adulta hacia la gente joven es de signo heterosexual (muy por encima de la *ratio* homo/hetero en la población); la mayor parte de las relaciones adulto-adolescente (con y sin violencia) tienen lugar en el seno de la familia y no con "extraños"…

En un libro de Robert Kronemeyer publicado en 1980 y significativamente titulado "Superar la homosexualidad", podemos leer: "Los padres tienen razón al tomar las precauciones razonables para salvaguardar a sus hijos del peligro de extraviarse por los caminos de los depredadores sexuales". La inquietud, pues, sigue bien viva. A lo largo de todo el siglo XX, los deseos de los y las adolescentes hacia sus compañeros o mayores (del mismo sexo) no han recibido un nombre (¿habría alguien utilizado el término "gerontofilia"?). En el más osado de los casos se presentaban como "*amitiés particulières*" (es el caso de una novela de Roger de Peyrefitte), pero la mayor parte de las veces seguíamos ante objetos de exhibición neutros, aún inocentes, retratados para la voyeurística mirada de terceros (las fotografías de jóvenes sicilianos de Van Gloeden, o los ociosos y bien dotados jovencitos dibujados por Cocteau en *Le livre blanc*, por ejemplo).

Un proyecto (trans)nacional: la recomposición de la familia nuclear

A pesar de esa reconfortante "desexualización" de la infancia y la adolescencia, desde los inicios del siglo XX, con el desarrollo de un discurso científico sobre "el sexo" se ha remontando el origen de la "desviación" continuadamente hacia estadios cada vez más tempranos. Freud establecía el complejo de Edipo no-del-todo-bien-resuelto como la base de la homosexualidad. Pero, como explica Lewes en un exhaustivo estudio sobre las relaciones entre el psicoanálisis y la homosexualidad, entre 1930 y 1960 dicha disciplina concedió una importancia creciente a los estadios anal y más aún oral previos al conflicto edípico. Una desordenada carrera hacia el pasado se había desencadenado.

Tampoco la cosa queda ahí. La idea de un desequilibrio hormonal durante el desarrollo del feto (una hipótesis que ya contaba con gran predicamento en los años treinta y que seguiría vigente varias décadas más), le atribuía una importancia crucial a los momentos inmediatamente posteriores a la concepción en la ulterior "desviación" de la preferencia sexual. Y los estudios genéticos (que contaban a su vez con antecedentes en la tosca "teoría de la degeneración" elaborada en el siglo XIX), tendían a situar la "orientación sexual" en el corazón mismo de la estructura genética desde el momento mismo de la fertilización. Significativamente, esa remontada iba a llevar dichos orígenes hasta los progenitores mismos.

Todas estas teorías favorecían el desarrollo de un nuevo paradigma que consideraba que, en el momento en que se manifestaba, "la homosexualidad" evidenciaba que "siempre (ya)" había estado ahí. Pero para que ese paradigma funcionara en un nivel nacional-político,

debía ser definido democráticamente. El hecho de que una narración freudiana vulgarizada (y a menudo desvirtuada) de la desviación se convirtiera en un asunto de interés general; la importancia concedida a los signos sociales y ecológicos del "sexo" en la niñez y la adolescencia… todo ello tiene que ver con un proyecto (trans)nacional de democratización de la ansiedad y de vigilancia del género que debe analizarse en el contexto de un haz de razones que van mucho más allá de esa supuesta "protección".

Todo un abanico de motivaciones explica por qué un proceso de identificación de la "desviación" fácilmente accesible (que abría variadas posibilidades de intervención con, no obstante, limitada efectividad) llegó a hacerse tan popular. Resultaba bien complicado establecer efectos sociales ampliamente extendidos a partir de hipótesis tan "elitistas" como el desequilibrio hormonal o la estructura genética. Tales teorías, por lo demás, establecían "la homosexualidad" como una condición fatal no modificable. La explicación psicoanalítica de una "homosexualidad adquirida" demostraría ser más útil, pese al riesgo de ser contestada si, tras consistente intervención, quedaran aún algunos "homosexuales" para probar su fracaso. Por último, una combinación de ambas teorías (la explicación multicausal de la etiología de la homosexualidad) irá cobrando creciente credibilidad: permite un control exhaustivo en la mayor parte de los contextos sociales; un control que deberá ser tanto más intenso toda vez que queda definido como la posibilidad de entablar batalla contra un pedacito de "destino".

Pero la inquietud sobre el género no es sino el signo de una intervención más profunda en la estructura familiar. A fin de cuentas, el niño mariquita es cuestión de falta de masculinidad, no de desarrollo de unas u otras prácticas sexuales. Y lo que empieza a dirimirse no es de dónde viene la homosexualidad, sino qué hacer para limitar, paliar o corregir y reorientar sus manifestaciones antes de que aparezcan. La cuestión, entonces, pasa a ser: ¿cómo podemos ("nosotros": padres, educadores, sacerdotes, doctores —en suma: sujetos legítimos—) saber cuál será la sexualidad antes de que ningún acto sexual la establezca? Y, lo que es aún más importante, ¿qué puede hacerse si se descubre algún signo que anticipe la desviación en los jóvenes? Cuestiones que, como un rosario, plantean otras muchas, casi hasta el infinito: ¿deben buscarse también tales signos en la niñez?; ¿en las actitudes de los progenitores o en la estructura genética de los retoños?; ¿acaso en algún precedente familiar, y en ese caso, en la rama paterna o materna?…

Los roles de género ya eran considerados relevantes en la localización del invertido adulto, pero no constituían un asunto de preocupación social que apuntara a los chicos-no-del-todo-masculinos o a las chicas-no-del-todo-femeninas, y decididamente no eran materia de preocupación social en el caso de personas de probada heterosexualidad. Como sujetos de

la autoridad patriarcal (y gerontocrática), el estatuto de género de los y las pre-adolescentes no era problematizado de manera consistente. La masculinidad y el poder sólo pertenecían al *pater familias*. Ahora, la desviación sexual adulta será explicada en términos de seducción por un adulto acaecida tiempo atrás, pero también puede explicarse por una disconformidad inadvertida con el rol de género en la niñez, que acaso a su vez pueda explicarse por un ambiente familiar particularmente disfuncional y, en última instancia, puede ser una predisposición previa al nacimiento o una tara genética lo que desencadene todo el proceso.

"La homosexualidad" se convierte así en una realidad obsesivo-paranoica que puede aparecer en cualquier estadio de la vida; en el corazón mismo de "la propia familia"; que puede ser causada por múltiples factores inherentes al propio chico o la propia chica, o por influencia de otras personas; por influencia, por último, de los propios progenitores. Al final, "la homosexualidad" está tan cerca, y sus causas son tan numerosas y misteriosas que amenaza con aparecer en el mismísimo sujeto adulto, blanco, heterosexual. ¿Qué hacer? Dos son las fórmulas. De un lado, control y vigilancia de los menores. De otro, autocontención y cumplimiento de los roles de hombre-padre-masculino y de mujer-madre-femenina por parte de los progenitores.

La paz y la vuelta al orden

Los cambios socio-económicos que asolaron el mundo Occidental durante y tras la Segunda Guerra Mundial pusieron en jaque muchas de las incuestionadas prerrogativas masculinas. El control económico y la autoridad en el seno del hogar son elementos cruciales en este sentido. También la inédita independencia y autonomía de cientos de miles de mujeres era analizada con recelo por parte de los cancerberos del patriarcado. La situación de fragilidad de la familia patriarcal requería un esfuerzo de consolidación de sus fundamentos a escala nacional: los hombres (se dice) deben regresar a las fábricas, y las mujeres han de abandonar éstas y regresar al hogar. Dicho proyecto tiene lugar en todo el mundo occidental, pero se desarrolla siempre (y el caso de Estados Unidos es paradigmático) a escala nacional: la nación (como se explica en el artículo sobre el nomadismo) no se lleva del todo bien con la homosexualidad.

Las numerosas manifestaciones problemáticas de la sexualidad masculina (entre ellas la homosexualidad) hacen planear las dudas sobre la legitimidad misma de la autoridad patriarcal. Como escribe Evans, "la legislación sobre la edad de consentimiento reconoce a la sexualidad masculina como la principal amenaza no sólo para la infancia, sino también para

la autoridad de los progenitores, incluso para la autoridad paterna". La nueva ansiedad sobre cuestiones sexuales y de género que se pone de manifiesto en la era McCarthy se traduce en la tarea ahora social y política de localización de las figuras (colapsadas en una única figura) del homosexual oculto y del comunista oculto. Como sugestivamente reconoce Edelman, el primero constituye una amenaza fantasmática para la familia nuclear, y el segundo una amenaza fantasmática para el Estado nuclear. Familia (patriarcal) y nación se confunden igual que homosexual (depredador) y comunista.

No olvidemos que, quienes le prestaban atención a estas cuestiones, conocían desde 1948 el estudio de Alfred Kinsey *Sexual behavior in the human male*, que daba cifras jamás sospechadas sobre la frecuencia de relaciones homosexuales en (y no es un azar) los hombres (las mujeres serían estudiadas más tarde), blancos (las otras razas aún no son tenidas en cuenta), de Estados Unidos (la nación es un punto de partida incuestionado). Los adolescentes, por vez primera, son sujetos en ese periodo post-bélico a un exhaustivo escrutinio con una base preventivo-terapéutica. Y la amenazada familia tradicional (en la que ahora encontramos madres fálicas y sobreprotectoras y padres débiles, frustrados o ausentes) se convierte en el *locus* y en la causa misma de la desviación. El (riesgo de criar un) homosexual se convierte en el instrumento que permite (al menos durante algún tiempo) operar la redefinición de la familia tradicional y la consolidación de su estructura como base de la nación, a costa (aunque eso importe poco) del éxito de muchas de las otras hipótesis establecidas. "La homosexualidad", como tan a menudo sucede, es el dominio abyecto que permite tratar problemas de otra "naturaleza". De modo que la verdadera cuestión (nunca formulada) a lo largo de esos años cincuenta y sesenta es: ¿Cómo contribuye la prevención de la homosexualidad en el seno de la familia a la consolidación de ésta en términos patriarcales como pilar básico de la nación?

Ovesey, el mismo analista que había acuñado el término "pseudo-homosexualidad", criticaba en 1954 a Freud por la desatención de éste respecto a "el rol crucial de las fuerzas societales", estableciendo "la homosexualidad" como el producto de una compleja relación entre "las necesidades del individuo y las demandas sociales". Para Kardiner, que ese mismo año de 1954 había establecido la importancia de las "madres dominantes y los padres débiles" en el "enorme incremento" de la homosexualidad, era la presión sobre la masculinidad lo que contribuía a la "retirada" de muchos hombres hacia un objeto homosexual "más seguro". Como nos recuerda Lewes, Ovesey y Kardiner (junto con un tercer analista: Karush), escribían en 1959 que la homosexualidad tenía poco que ver con una disposición bisexual hereditaria, y que era la "intimidación" de los niños y el miedo a la

castración (tal y como lo había establecido Fenichel en ese prolijo año de 1954) lo que conducía a la homosexualidad.

La homosexualidad (incluso en el seno del psicoanálisis), dejaba de ser una cuestión biológica, individual (… incluso sexual); era una cuestión familiar o mejor dicho, social y política. Estas ideas fueron retomadas por Bieber y sus colegas, quienes publicaron en 1962 un libro que iba a convertirse durante décadas en el texto "oficial" sobre la etiología de la homosexualidad: *Homosexuality: A Psychoanalitic Study of Male Homosexuals*. Esta "escuela revisionista" que privilegiaba las dinámicas familiares y sociales rechazando la importancia de factores inherentes a la persona se convirtió en canónica.

Ha nacido un ("el") niño mariquita

Es en el contexto de este cambio paradigmático donde tiene lugar la aprehensión intelectual y la reinvención del "niño mariquita", expresión que entra en el ámbito académico de la mano de Richard Green, último verdadero apóstol de este credo, autor de un libro que apareció nada menos que en 1987 y titulado *El síndrome del niño-mariquita y el desarrollo de la homosexualidad*. Un libro con el que pretendía demostrar su teoría: en él publicaba los resultados de sus investigaciones desarrolladas a lo largo de muchos años. Empezó localizando "niños mariquitas", y llevó un seguimiento de éstos hasta que alcanzaron la edad adulta, para comprobar que, efectivamente, había una importante correlación entre disconformidad de género en la infancia y homosexualidad adulta. A través de la categoría ahora científica de "disconformidad de género", los niños y jóvenes afeminados y las niñas marimacho habían accedido al estatuto de enfermos. Se convirtieron en una metáfora de las incertidumbres que pesaban sobre el futuro de la familia, del país…, ¡de la civilización!

La preocupación popular sobre la no conformidad de género de los jóvenes hace de este nuevo chico "afeminado" (o "mariquita") el mismo problema social (proyectado retrospectivamente) que se cierne sobre la masculinidad. La pérdida de control de los progenitores sobre el desarrollo de sus descendientes plantea la cuestión de las responsabilidades (y amenazas) que representan esas instituciones que, cada vez más, tratan con los niños y adolescentes (las escuelas, las iglesias, los clubes deportivos…). Para Kronemeyer, "Los jóvenes que no estén muy seguros de su masculinidad o feminidad son

presa fácil de los poderes propagandísticos del grupo […] Esos chicos y chicas inseguros pueden ser homosexualmente seducidos". Pero además se plantea la cuestión de la ruptura de la unidad familiar. Internados, campamentos de verano, incluso el servicio militar entrañan riesgos de seducción que pueden actuar como co-factores sobre una predisposición subyacente. Una juventud corrompida es señal de una nación en peligro.

Sin embargo, en última instancia, el auténtico problema (el problema de "la homosexualidad" como metonimia del problema del patriarcado), se manifiesta como particularmente fértil a la hora de desatar implicaciones en la familia, y la "creación de homosexuales" se convierte en el más poderoso argumento en favor de la reconstrucción de una familia nuclear estable donde el marido y la esposa desempeñan roles precisos. Así lo expresan pertinentemente el Señor y la Señora Wyden (autores de un libro publicado en 1968 con el título *Crecer derechos* [o heterosexuales: *Growing Up Straight*]. *Lo que todo progenitor precavido debería saber sobre la homosexualidad*): "Una madre puede ser *discretamente* competitiva con el padre y muy *sutilmente* manipuladora […] Con los años, un hijo puede llegar a percibir a su madre como más efectiva, más fuerte, más atractiva que el padre, de modo que sienta la necesidad de estar más cerca de ella". Más adelante, citando a Bieber (*et al.*), defienden la idea de que "un padre constructivo, que dé su apoyo, que establezca una relación de cariño *elimina* la posibilidad de que su hijo sea homosexual; actúa como un agente protector que neutraliza los posibles intentos de seducción o intimidad de la madre".

Esta literatura psicoanalítica vulgarizada (escrita mayoritariamente por hombres, si acaso acompañados —como en el caso Wyden— por sus esposas), es particularmente insistente en el papel de la madre; un papel que se vuelve intrínseca e inevitablemente contradictorio y abocado al fracaso: no demasiado cercanas, pero tampoco distantes; no excesivamente afectuosas, pero tampoco muy estrictas… Un discurso que, en cualquier caso, hace responsables a las mujeres que aspiren a ser autónomas de los horrores, miserias y desgracias que les esperan a unos hijos que ellas mismas han contribuido decisivamente a echar a perder. Una literatura, por lo demás, que permanece bastante menos exigente (al menos en apariencia) en lo que respecta al rol o las responsabilidades del padre, y que se preocupa bien poco —en la más pura tradición— del lesbianismo.

La "sexualidad" adolescente no es tanto somatizada en sus actos cuanto socializada en la restablecida institución tradicional de la familia patriarcal. Si el "problema de la masturbación" se va desvaneciendo paulatinamente del ámbito de las inquietudes de la sexología post-bélica, los ademanes de los niños, sus actitudes y comportamiento social (así

como las relaciones en el seno de la familia y el papel de los padres como posibles inductores de éstos) pasan a ser mayores fuentes de ansiedad. Los actos sexuales entre la gente joven ya no implican identidades sexuales desviadas. Para Kronemeyer, por ejemplo, "Entre los chicos que se hacen adultos, la masturbación recíproca o las 'pajas en grupo', incluso la felación son comunes, pero dichas actividades son casi siempre parte de una fase transitoria en el desarrollo hacia una sexualidad madura, y rara vez presagian el comportamiento sexual adulto". No son pues tanto los actos, sino la estructura interpersonal de relaciones (la débil masculinidad del niño —o del padre— y la desafiante feminidad de la madre… es decir, un complejo de categorías oximorónicas), lo que ahora debe ser sometido a control.

Señales que ponen de manifiesto al niño mariquita

De este modo, llega a articularse un programa de control completo en formulaciones diversas. Un ejemplo es el que proporciona el matrimonio compuesto por los Wyden: "Sólo en los últimos años han llegado los esfuerzos de los investigadores a progresar lo suficiente como para definir una guía detallada (si bien no infalible) que permita a los padres, por sí mismos, tomar iniciativas para asegurarse de que la homosexualidad no va a afectar a sus hijos e hijas. Por vez primera, la investigación también ha identificado tempranas señales de alerta […] Nos hemos sorprendido al conocer hasta qué punto eran obvias la mayor parte de estas señales y la frecuencia con que las pistas más llamativas eran ignoradas en el hogar". La identidad sexual desviada se convierte en el signo de una familia enferma (enferma hasta el punto de no percibir lo clamorosamente evidente), más que en la excepción individual a la norma heterosexista.

De este modo, "hay ciertos criterios que deberían llevar a los padres a percibir que su hijo [*sic*.] se está desviando de la 'norma' de su grupo de edad". Esas pistas, tal y como las expone Kronemeyer en su propia versión son: "1. Si un niño[*sic*.] persiste en fantasear sobre sí mismo como miembro del sexo opuesto […] 2. Si un niño estimula una forma de hablar y unos ademanes propios de niñas y manifiesta un deseo por vestirse con ropas de mujer; si una niña quiere ser 'un chico más', si no quiere que se le confunda con las demás niñas; 3. Si un niño prefiere la compañía y los juegos del sexo opuesto […]; 4. Si un niño o niña demuestra una clara repugnancia por participar en cualquiera de las actividades generalmente asociadas con su propio sexo […]". Fácil, ¿no?

En su libro, el señor y la señora Wyden aconsejan una intervención precoz: "cuanto antes se adviertan estas tendencias, más fácil será que sean reversibles". Así, es entre los tres

y los diez años cuando los padres deben buscar tales señales y, en caso de que éstas aparezcan, comenzar a "abordar un problema prehomosexual en la familia". La asignación de un rol de género acorde con un deseo heterosexual es un proceso largo que requiere intervención y vigilancia cotidianas. La heterosexualidad, como nunca antes lo había sido, es considerada el fruto de una construcción: a través de la enseñanza y promoción adecuadas de los roles de género se puede prevenir una predisposición homosexual. En este largo proceso, como hemos señalado, los padres deben también examinar, controlar y definir sus propias pautas de actuación.

Este pánico social inducido por las hipótesis homofóbicas del psicoanálisis acaban por tener consecuencias institucionales. Los jóvenes y adolescentes se convierten en la última instancia oficialmente definida como objeto de medicalización y terapia. Tras la desaparición en 1973 de "la homosexualidad" del catálogo de enfermedades reconocidas, el *Manual de Diagnóstico y Estadística* o DSM III elaborado en 1980 incluye una nueva categoría: el "desorden de la identidad de género en la niñez". Si para las niñas (como denuncia Eve Sedgwick), dicho desorden se manifiesta en señales de hermafroditismo anatómico, para los niños se define en términos de los signos sociales de la inversión de género. ¿Por qué esa diferencia de criterio? Claro que, ¿qué más da? La juventud (pero de manera especial el género masculino) se consolida como espacio de intervención científica. ¿A quién le importa que para las niñas se consideren sólo las señales de hermafroditismo, o que la categoría de "identidad de género" se desligue completamente de cualquier dimensión social o cultural?

Habrá que esperar un par de décadas, hasta los años ochenta y noventa, para que algunos de los sobrinos y las sobrinas de ese niño mariquita o de esa niña marimacho (con suerte supervivientes) se revuelvan contra un orden de cosas que les imponía una identidad de víctimas y que apelaba a su tratamiento terapéutico. Ellas y ellos establecerán una contra-identidad a partir de otros criterios, sin duda carentes de los devastadores efectos que la primera tuvo en toda una generación de gays y lesbianas… aunque igualmente digna de interrogación. Hasta los años noventa no nacerá, en todo su esplendor, la nueva infancia y la nueva juventud gay y lesbiana. ¡Ah!, y bisexual.

Digresión. Lecturas de la Convención de los Derechos del Niño y de la Niña

Como la cosa no es fácil, y sobre todo en nuestro entorno aún estamos lejos de que se asiente la idea y el proceso social de constitución de una identidad de la infancia y la adolescencia gay, lesbiana y bisexual, habremos de ver cómo se pueden combatir los efectos

devastadores que tiene el aislamiento y victimización de niños, niñas y jóvenes patologizados. Permítasenos abordar esa tarea releyendo y extrayendo implicaciones de algunos puntos de la Convención de los Derechos del Niño y de la Niña aprobada en 1989.

Si todos los niños y niñas tienen los mismos derechos (Artículo 12), eso significa que nada de lo que los adultos quieran inferir a partir de sus gustos o aficiones en lo relativo a los roles de género, y la posible correlación de esos comportamientos con preferencias sexuales en la edad adulta será utilizado en detrimento de esos mismos derechos.

Si todos los niños y niñas tienen derecho al juego (Artículo 11), eso significa que las niñas tienen derecho a subirse a los árboles y los niños a vestir Barbies o desvestir Kens, sin ser por ello regañados.

Si todos los niños y niñas tienen derecho a la libertad de pensamiento y de opinión (Artículo 9), eso significa que podrán expresar sus sentimientos sin que se les haga comprender que éstos, en unos casos, son vergonzantes; sin que se les haga comprender que sólo ciertas ideas relativas al afecto, el deseo, las aficiones, etc., pueden expresarse orgullosa y legítimamente.

Si todos los niños y niñas tienen derecho a la educación (Artículo 8), eso significa que se les debe enseñar que hubo una poetisa que se llamaba Safo y que cantó al amor de las mujeres, que Lorca era homosexual, que la sexualidad no es sólo una función biológica destinada a la reproducción, que las madres posesivas, si no son en exceso pesadas, están muy bien, y que si los padres son violentos, alcohólicos u holgazanes, casi mejor que se ausenten…

Si todos los niños y niñas tienen derecho a un nombre (Artículo 7), eso significa que, si quieren, pueden identificarse como gays, lesbianas, bisexuales, heterosexuales…; así como renunciar a que se les llame enfermos, mariquitas, machotes, machorras, qué niña tan mona…

Si todos los niños y niñas deben estar protegidos contra los malos tratos (Artículo 6), eso significa que no se puede ejercer sobre ellos y ellas violencia física, psicológica o simbólica con el único objetivo de promocionar una identificación heterosexual o de castigar actitudes, gustos, opiniones, aficiones, etc., que se quieran interpretar como señales de disconformidad con un modelo de rol de género o con una posible preferencia sexual.

Por último, (y un poco como resumen), si todos los niños y niñas tienen derecho a la vida (Artículo 1), eso significa que debemos comprender que la vulneración constante y sistemática por parte de padres, madres, educadores, legisladores… de cualquiera de los derechos antes citados y aquí releídos, tienen efectos desastrosos en la autoestima de miles de

niñas y niños, y que con frecuencia el resultado se expresa en un desapego de éstos hacia la propia vida. La inducción al suicidio (más que la tan cacareada “pulsión de muerte”) es uno de sus posibles resultados.

KIT-KAT

Un análisis entre esperanzado y escéptico de nuestra situación actual

El tiempo de tomarse un Kit-kat es una imagen como otra cualquiera para referirse irónicamente y con cierto distanciamiento crítico al relativo período de bonanza en todos los aspectos que desde hace algún tiempo parece experimentar el colectivo homosexual. Parece que la homofobia institucionalizada ya no se permite llegar a los extremos de antaño y, mientras tanto, refrena su agresividad con un sospechoso consumo de chocolatinas. Más bien casi se diría que podemos tomarnos un respiro y vivir confortablemente un paréntesis de tranquilidad donde la sociedad y sus instituciones más representativas se prestan al diálogo y a elevar nuestra dignidad mediante campañas de sensibilización que eviten la estigmatización de gays y lesbianas. Incluso, cada vez más, y hasta que las cosas no den un imprevisto giro en sentido contrario, hasta se podría decir que ya no está bien visto ser homófobo gratuitamente: ningún político, ningún personaje de mínima relevancia en la sociedad se lo permitiría y, de darse el caso, lloverían sobre él todo tipo de críticas venidas desde los más diversos sectores salidos en defensa de una minoría injustamente tratada. Crece el número de publicaciones sobre homosexuales escritas por homosexuales o, al menos, sin un enfoque criminalizador sino meramente informativo, respondiendo a una curiosidad nacida no del morbo sino de la voluntad por salir de la ignorancia respecto de la población gay y lésbica. En definitiva, parece que de un tiempo a esta parte ser homosexual incluso puede suponer algún tipo de ventaja, una discriminación positiva, un plus de interés. No es sencillamente que lo gay esté de moda en el mundo de la cultura, el cine, el teatro, la televisión, la música, la moda, la estética, la literatura sino que parece que por fin se le presta toda la atención que se merecía sin tener que ocultar la opción sexual del individuo creador de tales manifestaciones quien, por otra parte, va perdiendo poco a poco los reparos que pudiera tener a la hora de mostrarse como es sin miedo a ser criticado o vituperado.

Hijas de una matriz heterosexual

La “revolución sexual” que asoló —en cierto modo liberando— el mundo Occidental a finales de los años sesenta, no llegó a España hasta una década más tarde. Esa revolución de

anticonceptivos y relaciones premaritales entre vapores de marihuana, y su inesperado epílogo, el movimiento de gays y lesbianas —surgido tras la mítica revuelta de las travestis del Stonewall en el *Village* neoyorkino en 1969—, llegaron tarde y algo desubstancializados a nuestras latitudes.

La cultura del "destape" y un nuevo erotismo de tortilla de patatas, fueron las manifestaciones paradigmáticas de esa modernización que nuestro entorno imponía. La triunfante —liberada— heterosexualidad, se presentaba ahora reconvertida en una abundante profusión de chicas tontas en ropa interior de lencería barata, y ostentosos machos tan patéticos como babeantes. La abundante filmografía de la época nos da las claves de las particularidades que por aquí tuvo el proceso. Los mitos sobre "las suecas" (la accesibilidad de la nueva mujer heterosexual liberada) y los "*latin lovers*" (el irresistible encanto de las secreciones de testosterona) encajan a la perfección en un eslogan que resume todo ello: "*Spain is different*".

Lesbianas y gays, en el momento en que empezaban a constituirse como tales, apenas contaban con recursos para afrontar esa inaudita reformulación del —hetero— modelo históricamente consolidado como monopólico. Y tampoco tenían medios para combatir las formas en que empezaban a ser representadas: malas y feas que ya podían ser algo perversas y mariquitas siempre grotescas. Es en este contexto donde se han gestado las posibilidades de contestación y de autodeterminación de nuestras vidas que ahora necesitamos examinar, evaluar, criticar e innovar. Y, en su caso, (re)construir, de(con)struir… Para llevar a cabo estas tareas, nos parece necesario empezar por el principio del fin; allí donde todo se dispone a acabar. O establecer, de una vez, el fin del comienzo; dar por concluida esa fase de interminables prolegómenos.

Digámoslo claramente. Podemos considerarnos hijas e hijos de una matriz heterosexual. Con ello, no sólo hacemos referencia literal al espacio fisiológico y al contexto psico-social en el que se han conformado nuestras anatomías, existencias e identidades. En sentido más metafórico, somos además deudoras de formas de hacer política, de discursos y de concepciones de la subjetividad que nos han sido impuestas. Un desazonador conjunto de prácticas y relaciones en cuyo establecimiento no hemos participado.

Pero no es éste un destino o un imponderable que no pueda ser evaluado y cuestionado. De hecho, al plantear la cuestión, ya la ponemos contra las cuerdas. Esa matriz no es el espacio en que necesariamente han de emplazarse nuestra cotidianidad, nuestras formas de conocer o las aspiraciones que podamos desarrollar. El discurso psicoanalítico o el saber socio-político, entre tantos otros, nos sumergen en cultivos que nos miden y dosifican los recursos a los que

podemos apelar. Pero con igual pericia que la que requiere nuestra supervivencia en un medio hostil, también podemos establecer otro marco distinto en el que haya más espacio para la invención de nuevas, alegres o sugestivas formas de vida.

Si en esas matrices que nos parieron y criaron no encontramos las risas, placeres o satisfacciones a que aspiramos y que nos merecemos, habremos de cambiarlas. Los ejemplos abundan. Desde esa matriz de exclusión, por ejemplo, se ha logrado que el coito heterosexual no desemboque en una fertilización. Se ha logrado igualmente que la "reproducción de la especie" no necesite del coito heterosexual (técnicas desarrolladas, no lo olvidemos, al servicio de ese mismo orden heterosexual, y de las que escasamente empezamos a servirnos de manera casi clandestina). Del mismo modo podemos establecer aparatos o tecnologías que nos permitan escapar a ese corsé. Lancémonos, pues, a inventar probetas donde inseminar nuestras frustraciones, rabias o histerias con cínico escepticismo, gozoso éxtasis o alegre inconsciencia. Viveros donde hacer germinar nuevas ideas. Medios preventivos que nos pongan a salvo de la contaminación reduccionista de un mundo plano. Cadenas de montaje donde ensamblar nuestras simbologías colectivas.

Por ejemplo. Neguémonos a reducir cualquier aproximación a nuestras psiques a lo que nos pudo suceder con papá o mamá. Desde hace casi un siglo, cualquier conceptualización del "quiénes somos" y del "de dónde venimos" tiene obligada parada y fonda en el mito de Edipo. Así ha sido desde Freud hasta la vulgarizada psicología contemporánea que practican los gabinetes más solidarios de ayuda a las lesbianas con dudas y a los maricas preocupados. Edipo y papá que está en viaje de negocios. Edipo y mamá que le hunde la cabeza entre los pechos. Edipo y la matriz heterosexual. La matriz como sustrato imprescindible a partir del que establecer su ortodoxia ("¡bien resuelto ese complejo, sí señor, estás hecho todo un hombrecito!"). La matriz a partir de la que establecer su heterodoxia ("¡error, *tilt*, algo ha salido mal; se nos desvía, y eso que lo teníamos todo previsto!"). La matriz a partir de la que sumir cualquier otra cosa incomprensible en un magma de perplejidades y paradojas ("¡Que no, que tú eres Edipa y lo tuyo es otra cosa; en fin, llamémosla Electra y ya veremos qué hacemos con ella; y entretanto, que se quede ahí quietecita!").

Vamos a empezar a reconocer y valorar otros factores hasta ahora sepultados en lo irrelevante. Vamos a reivindicar el indudable protagonismo que tienen las profesoras de gimnasia fibrosas, los tíos solteros (por parte de madre), las monjas vírgenes, ABBA y Boney M., los curas no se sabe bien qué, el marica (y el loco) del pueblo, Judy Garland y Lola Flores, el ama de llaves… Todos esos personajes que han sido y son claves en el mundo, en el edificio de la cultura de Occidente y más allá, en el subconsciente colectivo, en el auge de

las civilizaciones (y quizás también, pero menos, en su declive), en la trascendencia, en un futuro mejor para nuestros hijos… Personajes que han sido cruciales para casi todo lo que nos importa. O que en este instante empiezan a serlo. Cuidadito. El mundo del destape y la cosmovisión de la prensa del corazón están superadas, al menos en lo que se refiere a las lecturas que tradicionalmente se han hecho de ellas.

Cuando decimos que "la homosexualidad" ya no somos nosotras, nos referimos a que desde este mismo instante estamos trabajando para redimensionar y reinventar las formas de organizar nuestras sociedades. Nuevas formas de disponer los elementos de siempre y otros nuevos en espacios que están también por definir. "La homosexualidad" ya no es más que el previsible resultado de un modelo de primacía de su reverso inefable: "la heterosexualidad". Ineludiblemente, todo debe cambiar.

Para establecer la pertinencia de nuestro sacrilegio epistemológico, de nuestro pecado moral o de nuestra subversión social, nos parece pertinente empezar planteando esas bases y esos sistemas de relaciones como parte de un pasado. Que no se nos malinterprete. No estamos superando ni aspiramos a desbancar del trono del protagonismo alternativo a los dignos representantes de esa homosexualidad, hoy más que nunca oronda y satisfecha. Y por si esa deferencia no fuera suficiente, admitimos que lo que a nosotras ya nos parece arqueología, para otros, con igual valía, puede ser legítimamente considerado revolución. En este pluralismo diverso cabemos casi todo el mundo; permítasenos, pues, dejar atrás (o debajo, o a la derecha) lo que a veces se nos presenta como "progreso".

Desde el inicio de estas homografías, nos hemos apresurado, pues, no ajenas a un cierto optimismo casi cándido, a enterrar desenterrando los últimos restos de ese hombre unidimensional; a enajenar escrutándolos los atavismos de un reduccionismo que lastra el devenir de nuestro presente; a pesquisar las estrategias de nuestros propios pesquisidores; en definitiva, a sumir en la perplejidad a quienes insisten en dejarnos atónitas.

Taxodomías

Tras los turbios años de aquel río revuelto que se ha dado en llamar unánimemente "La Transición" (desde hace algún tiempo, ya dada por terminada), parecen quedar pocas cosas por hacer en el marco tranquilizador y tolerante de una democracia consolidada. Una vez que todos los derechos y aspiraciones de los ciudadanos de este país recogidos en la carta magna se hallan en mayor o menor grado custodiados y protegidos por la ley, la mayoría ya sólo

parece estar dispuesta a conceder pequeñas modificaciones para que las minorías se sientan algo más a gusto. Y ello, por supuesto, siempre que se haga dentro del marco del diálogo, alrededor de una mesa de negociación y sin excesivos aspavientos. Ya no corren tiempos de grandes manifestaciones, de reivindicaciones que tomen la calle, de incómodos activismos que perturben la paz democrática. Es el tiempo del *pride*, mucho *pride*, eso que no falte, música y carrozas, circo y pan.

Y dime tonto. La única forma asumible, tolerada y promocionada de manifestar descontento, es sentarse a desayunar amigablemente con el ministro o la ministra de turno o sus representantes en la tierra, y esperar una gracia para con el oprimido, solícito y fiel vasallo. El activismo ya no está de moda. Quizás incluso, aquí y ahora, los activistas supervivientes de la Transición ya se encuentren en un lugar y en un momento equivocados. La tarea fundamental que debemos acometer para la democratización total, no parece ser otra que el olvido (por parte de los sectores tradicionalmente díscolos: sindicatos, insumisas, grupos nacionalistas, okupas, colectivos de gays y lesbianas, etc.) de la lucha en las calles, de la prensa subversiva, de los *graffiti* por las paredes de los urinarios, de las consignas a coro, de las huelgas molestas, del alboroto callejero y otras niñerías. El aprendizaje, como demócratas, del diálogo y la súplica. O al menos, ése es el mensaje que se nos quiere inocular desde las esferas que no son la ciudadanía de a pie y sus frustraciones cotidianas.

Un modo bastante efectivo para alcanzar esta meta de paz es meter a niños, niñas y chiquilladas en el Código Penal y convertir las travesuras de la Transición en delitos contra la Democracia. Una pintada: un fin de semana en Carabanchel. Y paralelamente, otorgar subvenciones a colectivos de jóvenes tolerantes, de gays aseadísimos con la cara lavada y sin un rastro de *rimmel*, deslumbrantemente universitarios-empresarios-profesionales liberales, decorados con tantos lazos como colores adornan el plumaje de un guacamayo, interlocutores privilegiados de los partidos políticos para tratar de asuntos espinosos con gente cuya agudeza no alcanza a pinchar ni un globo. El resultado asusta un poco a esas activistas a quienes ya se llama “históricas” para hundirlas un poco más, si cabe, en un pasado del que sólo se acuerda Victoria Prego, a cachos y filtrado, para hacer de él un producto vendible, exportable y consumible.

El activismo y su forma de hacer política sufren un rápido proceso de reconversión y jubilación anticipada en esta empresa que se llama España. Sus puertas son hoy aporreadas por un sinnúmero de jóvenes dispuestos a renunciar a todo, a sus derechos, a su dignidad, a sus aires de camionera y a sus plataformones. Cualquier cosa, con tal de ocupar el espacio vacío de las históricas mari-bollos pre-jubiladas y hacerse con la subvención estatal,

nacional, regional o local que éstas rechazaban para no dejarse comprar por los muchos poderes establecidos. En democracia los remilgos están de más. La juventud (como los mayores) tiene que darlo todo por esa España S.A. que va bien, y ayudar a los gobernantes en lo que se pueda para que todo vaya, si cabe, aún mejor.

A principios de la última década del milenio, parecía que nos encontrábamos ante una imprevista bifurcación en un supuesto camino de rosas (o de amarillas baldosas) que nos conducía hacia la libertad *over the rainbow*. Nuestras reivindicaciones y nuestra lucha habían de despolitizarse y aligerarse irremisiblemente o bien, por otro lado, supervitaminarse y mineralizarse para lograr algún éxito. A no ser que encontráramos el modo de combinar unas y otras formas de hacer política. Una estrategia a dos bandas que aún hoy se intenta y que consiste en dar una de cal y otra de arena; algo así como tumbarnos a la bartola y echarnos al monte en un mismo acto.

Se trataba, en definitiva, de sobrevivir entre el fuera de juego y la adecuación a los nuevos tiempos. Parecía evidente que estábamos ante los últimos coletazos de unas políticas de radicalismo transicional en franca decadencia. Así se empeñaban en evidenciarlo las engrandecidas comunidades de lesbianas y gays que se retiraban de los espacios de la controversia pública y de la participación política con la misma velocidad con que salían del armario. Tras progresivos aumentos en las dosis de estimulantes y el logro indiscutible que supuso no ya que las discotecas cerraran tarde, sino que abrieran temprano al día siguiente, buena parte de los gays y lesbianas pasaron del desinterés diurno y la efervescencia noctámbula a la más profunda abulia de 24 horas diarias.

En esta reciente Historia del Movimiento, se han apreciado opciones estratégicas que parecen mostrar cómo hay quienes han optado por una u otras vías, con el objetivo de cumplir unas u otras de las muchas, arduas y complejas tareas que parecía imprescindible afrontar. Entre éstas, por citar algunos ejemplos: perpetuarse en el tiempo costara lo que costara. Alcanzar una representatividad nueva que mantuviera y justificara el papel interlocutor al que se aspiraba. Atraer a quienes mostraban un franco desinterés por casi todo. Propiciar una nueva movilización que respondiera a los escándalos y violencias que todavía se producían con frecuencia. Dar solución (y de este modo consolidar) las nuevas necesidades a base de crear servicios sociales…

Un breve repaso clasificatorio o, si se nos permite formularlo así, una escueta taxodomía de tales estrategias, puede arrojar algo de luz sobre la actual situación de *impasse* ideológico, pero también vivencial, en el que se encuentran, sin darse cuenta, la mayor parte tanto de la homocracia (de ese nuevo “poder homo”), como de esas nuevas comunidades que, al calor de

la tolerancia democrática, se han ido desarrollando en las grandes ciudades. Frente al sopor que se nos inocula al calor de una supuesta "nueva tolerancia", tres estrategias se han ido articulando como respuesta a esa negativa a permanecer en el promocionado coma político.

Llamemos a las primeras "organizaciones con carnet". Porque dan carnets de descuento para ir a las saunas, cobran sus cuotas a los miembros, cuentan con sedes sociales, gestionan presupuestos y ejercen en régimen de monopolio una visibilidad mediática. Constituyen, hoy por hoy, el mascarón de proa, punto de referencia y espejo en que hemos de reflejarnos quienes no compartimos la ideología familiarista y puritana del orden moral en vigor. Dada su importancia, merecen una atención especial.

Estas organizaciones se han precipitado a una participación subsidiaria en la tarea de establecer una (re)definición de "la homosexualidad". En foros oficiosos (en ocasiones ante las cámaras de televisión), entran en complejas negociaciones con las más altas instancias de un orden de exclusión. Unas y otras, ante el imperativo de consenso, han de establecer de común acuerdo qué demonios es, hoy por hoy, un gay o una lesbiana. ¿Tendrán pareja estable? —es altamente aconsejable—, ¿podrán adoptar como tales? —ya han decidido que no—, ¿llevarán corbata? —al menos ropa de marca—, ¿usarán condones? —siempre es conveniente—, ¿callarán ante ciertas humillaciones? —hombre, es que tampoco se puede hacer lo que a uno le dé la gana— … Desde el acuerdo sobre el alcance de un proyecto de ley de parejas hasta la promoción del respeto a las convenciones del género y el aspecto, las organizaciones con carnet llevan a sus espaldas la pesada carga de co-establecer qué sujetos pueden existir. Y determinan, en ese proceso, quién permanece al borde del abismo y la violencia, quién sale en los periódicos, quién puede clamar por sus derechos y quién debe permanecer en silencio.

Cada acuerdo trascendente señala la limitada capacidad de innovación de ese movimiento cada vez más en armonía con el dulce oscilar de la sociedad del bienestar. Pero además señala, sobre todo, la capacidad de permanencia y de actualización de los criterios en que se ha basado la secular exclusión de los parias del placer. Se alabarán los propios muertos, porque han sido enterrados con todos los honores sin cuestionar qué les ha llevado a la tumba (léase Versace, *Philadelphia*, *Cuatro bodas y un funeral*…). Se felicitarán por que la ley persiga formalmente (tras siglos de impunidad) a los matamaricas que resisten el imperativo de modernidad, sin entrar a debatir qué hace de lesbianas y gays objetivo de ansiedades y violencias de las que somos ajenas. Se montarán grupos de jóvenes "para mayores de 18 años", para que las bollos de 15 o los mariquitas de 17 comprendan que no son (aún) ni jóvenes, ni camioneras, ni acreedoras de reconocimiento o existencia. Y así sucesivamente.

La mayor parte de lesbianas y gays nos debatimos entre la comodidad que proporciona ese delegar en otros para que nos digan qué o cómo somos, y el estupor en que nos sumen algunas de las exclusiones y limitaciones que en esas definiciones se nos imponen.

De otro lado, tenemos a los "colectivos sin cartera". Estas asociaciones se empeñan en seguir funcionando como siempre, con su sistema asambleario, su política de calle, sus fobias históricas (el ambiente, "la identidad", los roles), su independencia. Tienen la virtud, al menos, de no erigirse en portavoces de nadie y de no imponer sus particulares concepciones sobre lo bueno y lo malo, lo conveniente y lo inconveniente. Y ése es también su punto flaco. Sin la picardía necesaria para sintonizar con el moderneo políticamente despreocupado y sin los resabios dirigistas y pactistas con que otros se abren camino, carecen de una base social sólida. Incomprendidas en su demonizado radicalismo por las *drag-queens*, fundiendo los colores del arco iris con los de las banderas de antaño, reciclando consignas anacrónicas a trancas y barrancas, son éstos los colectivos más amenazados por el desfase. Herederas de esa honestidad de la transición, de esa buena voluntad, de esa legitimidad que dan ya algunas décadas de existencia, afrontan como pueden unos nuevos tiempos que corren una barbaridad, y tratan de mantenerse al día a costa de perder ya sea sus raíces, ya sea el contacto con la realidad, ya sea un tacón en tan precipitada carrera.

Por último, no han faltado quienes se definieron como rupturistas y decidieron supervitaminarse e instalarse con todas sus consecuencias al borde de la sima, en la cima del volcán, sobre la falla de los tiempos. Son éstas las que han acabado por tornarse "disolventes", disgregándose por aquí y por allá, tras unos espectaculares logros que no pueden medirse en proyectos de ley, pero que sí pueden verse por las calles. No lograron movilizar a las masas ni tomar ningún Palacio de Invierno (y esa es su aparente derrota), pero sin ellas nada sería igual. Fueron las primeras en sacar a la calle banderas de arco iris que trascendían el victimismo de los triángulos rosas. Han defendido la pertinencia de los placeres que nadie quería nombrar (el fetichismo, el s/m, la paidofilia "bien entendida"…). Estaban del lado de las travestonas antes de que nadie supiera qué era eso de las *drag-queens*. Han clamado por la consolidación de una comunidad donde antes no había otra cosa que deseo precariamente compartido. Han lanzado una lucha contra el sida que no se limitaba a repartir condones a quienes hacen limpia cada año y tiran los que van caducando. Han colonizado los antiguos insultos con nuevos significados de autoafirmación, haciendo de "marica" o "bollera" más símbolos de desafío que señales de derrota.

Y han dado carpetazo al comprobar que, efectivamente, las cosas no están tan claras. Que lo que era subversivo deja de serlo cuando empieza a alimentar el mercado. Que las que se

tiraban de los pelos y se escandalizaban, con el paso del tiempo, se han convertido en oportunistas abanderadas de nuevas modas. Y que, fundamentalmente, en ese proceso, muchas han encontrado su parcelita de comodidad, su pedazo de alegría, su hermosa lavandería, su ración de tranquilidad, incluso su cachito de orgullo. Esa sensación de "misión cumplida", unida a la profunda negativa a continuar participando en dinámicas que hoy se emplazan en espacios de cotidianidad comercializados, es lo que explica por qué esa disolución (o "disolvencia") es más un punto de partida que el fin de un ciclo.

Acaso no se trate en esta taxodomía de una cuestión de gradación en una supuesta escala del reformismo al radicalismo. Puede que de lo que se trate sea de encontrar una nueva escala en la que medir la acción política y trascender las formas en que ésta se ha articulado tradicionalmente desde los años de la transición, y que quizás sea responsable en buena medida del *impasse* del presente. Un breve paseo por los "puntos muertos" que a diario atenazan nuestro espíritu creativo y nuestra inquietud por la participación en los espacios de lo público y lo colectivo, pueden darnos algunas claves sobre los cómos y los porqués de un nuevo activismo por venir.

La Revolución "permanente" o la "fijación" de un discurso autosatisfecho

Quizá sea llegado el momento de detenernos un instante para pensar un poco en la estabilidad de todo lo logrado hasta el momento presente. Queremos revisar en profundidad, por una parte, el discurso autocomplaciente y triunfalista del movimiento gay y, por otra, su preocupación de consolidar, poner en leyes y por escrito y hacer irreversible la consecución de unos derechos y una aceptación social. Con todo ello, se está buscando la fórmula mágica con la que hacer realidad (en lo que a maribollos se refiere) el sueño de todo el pensamiento de posguerra: ¡Nunca más otro Auschwitz! "Seguimos avanzando" es la coletilla ingenua con la que se disfraza el desconocimiento de los inescrutables vericuetos por donde se mueve el devenir de las comunidades humanas.

Pese a las tentaciones monopólicas y a la reducción por metonimia de todo el espectro de gentes que constituimos el espacio de disidencia del placer a sus más mediatizados representantes, no formamos un ejército ordenado que avanza hacia adelante, hacia un supuesto nuevo amanecer. De entrada, porque no estamos en un mismo plano, sino en dimensiones muy diversas (no hay más que salir a la calle para darse cuenta de ello). En segundo lugar, porque no nos movemos en la misma dirección, sino que seguimos rutas distintas y en ocasiones sorprendentes (unas salen del armario, otras, como se hacen famosas,

se lo reconstruyen aceleradamente). Y por último, porque nuestras trayectorias no son estables en el tiempo sino variables. Así no hay manera de hacer nada en plan masivo, pero alegrémonos pensando que tampoco nadie podrá conducirnos a todas al mismo tiempo al borde de un precipicio.

La verdad es que a estas alturas una empieza a dudar ya de la consciencia histórica de buena parte de la comunidad lésbica y gay, así como la de sus representantes de la homocracia. Todas parecen tener muy claro y haber grabado a fuego en sus corazones la consigna progresista esa de que "quien no conoce su propia historia está condenado a repetirla". Y claro, como todas creen en eso que llaman "el progreso", se nos han vuelto, paradójicamente, conservadoras. Porque, a veces, para creer en el progreso hace falta desconocer la historia o recordar de ella sólo lo que nos interesa.

A pocas luces que se tengan, una se da cuenta enseguida de que la historia no conserva nada. Nada menos conservador ni menos progresista que la historia que se lo lleva todo por delante a las primeras de cambio. Preferiblemente aquello que se consideraba más irrenunciable y asentado, empezando por los códigos civiles, penales, declaraciones de derechos humanos y sociedades perfectamente constituidas de siglos de antigüedad y máximamente tolerantes. Válganos un ejemplo tomado de la historia europea reciente sin otro ánimo que el de ilustrar la precariedad de los paraísos artificiales.

Evidentemente, no estamos en los pocos años de bonanza que supuso la República de Weimar, momento de desarrollo y auge de aquel primer movimiento de liberación sexual que dirigía un rojo, judío, gordito marica y bigotudo Magnus Hirschfeld, y que culminaría imprevisiblemente con el episodio nazi. Aquel *twist* de la historia sumió efectivamente en el estupor (o en el Ciclón B) a buena parte de aquellas maricas berlinesas que andaban loquísimas y despendoladas de bar en bar de ambiente y de fiesta en fiesta ante la aparente indiferencia de los heteros de su tiempo. Pero también hubo montones de hombretones y mujeronas con prácticas homosexuales (bien arios, eso sí, ni gitanos ni judíos y, por supuesto, nada comunistas y bien masculinos; o autoritarias, con aspecto de institutriz o de kapo de barracón) que se las apañaron para sobrevivir sin demasiadas inquietudes o aspavientos a la carnicería.

Claro está, que tampoco es comparable la estupenda Liza y sus amigos de moral disoluta y exenta de prejuicios retratados en *Cabaret* con el surrealismo de nuestras *drags* de *Priscilla* recorriendo Australia en autobús o con las *dykes on bikes* que abren las manifestaciones en muchas ciudades norteamericanas. Pero tal vez sí podamos contemplar la hipótesis delirante de que, efectivamente, unas y otras (las más descaradas) tienen algo en común: no haber sido

(o no estar siendo) muy conscientes de lo que se les podía (o puede) venir encima. No somos tontas como para establecer analogías y extrapolar relaciones de causa-efecto entre períodos históricos o espacios geográficos o contextos socio-culturales que nada tienen que ver entre sí, ni tan pesimistas o presuntuosas como para establecer amenazantes previsiones de futuro.

Pero en ese movimiento conservacionista y consolidante del proceso de "evolución" desde un pasado de horror hacia un futuro de luz, sí queremos denunciar, por ejemplo, la confirmación y perpetuación del impensado lesbiano, sin mitologías prebélicas a lo *Cabaret* o espectacularidad contemporánea a lo *Priscilla*, sin triángulos rosas, sin historia siquiera que amenace con repetirse bajo ningún otro registro que no sea el de su propio vacío. Y denunciar lo que sí parece ser una verdad histórica incontrovertible: lo tontas y confiadas que somos las maricas a poco que se relaje la hostilidad heteropatriarcal hacia nosotras y dejen de perseguirnos, insultarnos y asesinarnos unos añitos mientras se toman un *kit-kat* para volver luego a la carga. Y yo me digo: ¡menos mal que existe el *kit-kat*! Si no estas machazas no pararían de aplastarnos el cráneo ni un segundo. Y es que algunos heterosexuales y las instituciones que gestionan, en eso de la homofobia recurrente, parecen ser de piñón fijo. Como persistentes son las connivencias armariadas, los polvos de prostitución cuya discreción tiene un precio muy alto, los deslices que se ocultan tras una convincente comunión con los mismos valores que explican y justifican que se liquide el escándalo.

En fin, que estos párrafos tan eruditos no apuntaban sino a la posibilidad de que estemos viviendo dentro del paréntesis de un *kit-kat* homofóbico que durará lo que duren en ser devoradas las cinco barritas pegadas entre sí encerradas en su característico envoltorio rojo chillón. Y en este lapso de tiempo, ingenuas de nosotras, no se nos ocurre otra cosa que intentar consolidar los logros históricos del movimiento gay y lésbico y conservar, conservar, conservar aquello por lo que hemos luchado no mucho más de veinte años y que nos atrevemos a llamar nuestra historia e incluso sentirnos orgullosos de ella. Por conservar, conservamos la disolución del bollerío en el magma de lo impensado, la excomunión de las escandalosas, carne trémula de agresión o de *reality show* más que de proyecto de ley, el exilio de las jóvenes con respecto a lo que debe consolidarse…

Que nadie se asuste. No es lo nuestro adoptar un tono apocalíptico de fin de milenio para aguarles la fiesta a las lesbianas despolitizadas y maricas festivas del 28-J. Que quede bien clarito que aquí no se pretende estremecer a nadie como si sobre algunas emplumadas cabezas planeara cual buitre un holocausto marica que pudiera producirse en algún momento del nuevo milenio, para mayor mala conciencia de quienes salvaran el pellejo. Entre otras cosas porque ya está teniendo lugar, hoy mismo, sin mayor estremecimiento, en un montón

de países con legislación homófobica y tradición de escuadrones mortales y en nuestras propias calles y parques a manos de una desequilibrada pandilla de matamaricas ineducable que no ve televisión y por lo tanto no puede ser concienciada por las campañas de tolerancia gubernamentales, en los institutos donde heterosexualizan a sus hijas e hijos a golpe de *electroshock* educativo y lobotomía cultural. Ese maricidio o bollicidio es poco escandaloso y tiene menos *glamour* del que nadie con su pequeñito instinto de supervivencia puede permitirse. Y no se ve porque niega ese "progreso" en que cualquiera aspira a creer.

Se trata entonces de pensar qué sería de un nuevo activismo marica y bollero si todas fuéramos menos bobas y más escépticas (¡qué escándalo para la razón! ¡una marica lista!; ¡una bollera escéptica!); si no nos contentáramos con conservar lo logrado porque hay cosas que ni siquiera se han planteado aún; si se nos borrara de la cara la estúpida sonrisa que produce creer que la situación presente es un Progreso -con mayúscula- respecto de toda otra situación anterior y además mucho más duradero, irreversible y que nunca caerá como nunca cayó el Imperio Romano. El contento y satisfacción del discurso actual del Movimiento y la Comunidad es tan inmovilista, petrificador y falto de ideas como el pánico de creer que mañana mismo podemos estar todas detenidas en comisaría sólo por haber escrito estas líneas, dada la fragilidad de la aceptación social de las disidencias en todo momento.

Así que dejémonos de historias y de Historia y de hacer Historia, que es lo único a lo que parecen dedicarse últimamente y desde hace algunos años los más representativos, mayoritarios y de implantación estatal-nacional de nuestros colectivos. Lo mismo no sólo quieren salir en la mayoría de las fotos y artículos de prensa posibles. Acaso aspiran a que se les dedique, además, una estatua lamentable en la plaza de su pueblo en la que se caguen las palomas y alguna línea en la *Enciclopedia Larousse*. El porvenir puede siempre ser lo peor o lo mejor; en todo caso seguirá siendo imprevisible e inimaginable y, en cierta medida, siempre escapará a nuestro control.

Pero en ningún caso puede ello convertirse en justificación de una política inmovilista y conservadora de atar cabos y dejar las cosas más que amarradas, confiando en que cuando el lobo sople nuestra casita no se caerá, o de inactividad permanente porque se haga lo que se haga todo se lo lleva el viento de la homofobia. Haber desterrado de nuestras mentes el miedo y el delirio (a veces tan real) de persecución es algo sano y necesario. Sólo que no basta, todavía no, con mudarlo en cánticos de celebración. Conservar un mínimo de inquietud, de solidaria preocupación por el colectivo que anónimamente sobrevive fuera de los escasos espacios liberados con que contamos en nuestro país y en el mundo sigue siendo algo imprescindible. Nuestro porvenir aún está por conquistar. Un poco de turismo rural por

nuestra geografía, a lo *Priscilla,* tal vez nos convenciera de cuánto queda todavía por hacer y lo ardua y larga que resulta toda conquista del Oeste. Tampoco Zamora se conquistó en una hora, como dice el refrán. Al menos nosotros tenemos la oportunidad de continuar nuestro *Go West!* más alegremente al ritmo de los *Pet Shop Boys* para no desfallecer entre tanto. Himnos, desde luego, no nos faltan. Que lo contento y lo cortés no nos quite lo valiente, no vaya a parecer que nuestra más importante y principal arma sea hacer gala de una paciencia y una pasividad infinitas. Inasequibles, en nuestra inactividad, al desaliento.

POLINOMIOS

Dignidad, claudicación y matrimonios de conveniencia

El debate en torno a la ley de parejas y/o el acceso de gays y lesbianas al matrimonio civil ha dado lugar a distintas reacciones por parte de los estamentos políticos. Un lejano "sí-pero-no" del PSOE en el gobierno que ahora, en época de sequía de sufragios, trata de decantar hacia fórmulas de inequívoco compromiso. Un reiterado "no-pero-sí" de Aznar en dilatoria estrategia aún no considerada como factor de desgaste o carga de fondo de la credibilidad de su proyecto de "centrado". Y un reciente "sí, pero en fin…" de Pujol, a fin de cuentas (y por razones posiblemente ajenas a la inquietud por la desigualdad o la discriminación), el más resolutivo.

La Ley de parejas catalana de CiU (seguida por otra en Aragón), muestra (al igual que el primer Registro de parejas aprobado en un Ayuntamiento: el de Vitoria en tiempos de José Luis Cuerda como alcalde del PNV) cómo el ingreso de las parejas de gays y lesbianas en el ámbito de la ley puede no ser incompatible con las ideologías conservadoras o democristianas. No es este aspecto ideológico, en cualquier caso, el que aquí nos interesa (por más que merezca también atención), sino otro quizás más peliagudo: el que se refiere a la credibilidad de la reivindicación, al colchón social que debería apoyarla (si es que la desea), a las directrices del movimiento gay y lésbico sobre esta cuestión, a la capacidad, en suma, de actuar como ciudadanos en la construcción de las normas que rigen nuestra sociedad.

De parcos, como poco, cabe calificar los resultados obtenidos después de más de una década de discurso reivindicativo único y casi monocorde. A las comunidades de gays y lesbianas nos queda una sensación de tomadura de pelo que ya va siendo aburrida por reincidente e intolerable por su prepotencia. Un hastío que no sólo pone contra las cuerdas la actitud de los partidos políticos, sino también las estrategias del movimiento. Si dicho movimiento gay y lésbico no ha conseguido más que una pseudo-ley en Cataluña y otra en Aragón (por más que someta su discurso a una inflación de demandas haciendo entrar en la discusión la posibilidad del matrimonio civil), quizás sea el momento de plantear preguntas incómodas, de ampliar el debate y de hacer entrar en él nuevas estrategias.

Tras años de discusiones, deberíamos empezar a considerar otros foros menos "serios" y oficialistas. Por ejemplo, una asamblea de travestis exquisitamente maquilladas, lesbianas de cabezas afeitadas, maricas de bigote, músculo y cuero, transexuales

hormonadas, adolescentes gays, niñas marimachos y el amplio colectivo de “disimuladores” (funcionarias homosexuales con falda de tubo y carmín, o con traje y corbata… que disfraces hay para todos los gustos). Todas discutiendo el cómo o el porqué de la legalización del matrimonio heterosexual. Debatiendo con los datos en la mano sobre la conveniencia de dejar que traten con menores (a la luz de las alarmantes cifras del abuso heterosexual que sufren las niñas)… En suma, planteándose si se les debe reconocer como ciudadanos o personas. Porque eso es, a fin de cuentas, a lo que asistimos desde hace años sin que parezca cundir el escándalo.

Pero, para qué engañarnos, no parece que la convocatoria de tal asamblea tenga muchos visos de llevarse a la práctica. A falta de un foro bien armado de ironía que subvierta el trasfondo del debate, seguiremos escuchando cómo las tímidas y respetuosas reivindicaciones del movimiento gay y lésbico continúan apelando a esa “humanidad” sin darla por sentada de antemano, y cómo tales demandas quedan reducidas a una curiosidad exótica o a una verborrea incomprensible. Como el ladrido de un perro al que no se saca de paseo, el berrinche de un niño a quien no se le compra la piruleta, o la protesta de un turista japonés frente a una pequeña estafa de picaresca.

Recordemos, de paso, que los animales, los menores y los turistas también tienen sus derechos, y que, en tanto que sujetos de ciudadanía precaria, tampoco se les escucha con demasiada atención, aunque aquí unos y otros tengan su lugar. Y permítasenos recordar también que la pancarta que abría la manifestación del *pride* madrileño de 1999, y tras la cual desfilaban hasta 30.000 personas, decía: “Los derechos de gays y lesbianas son derechos humanos”. Un lema informativo. Pero, ¿a qué interlocutor se dirige tal aserto? O (lo que es aún más preocupante), ¿qué tipo de interlocutor predemocrático y cavernario es reconocido implícitamente por un lema de este tipo?; ¿con quién y sobre qué bases estamos negociando?

Quizás si abrimos el debate a nuevos planteamientos o lo subvertimos por completo con estrategias del tipo “nuevo foro” encontremos la dignidad que hace falta para exigir lo que nos corresponde de manera convincente, en lugar de mantener postulados informativos que ponen de manifiesto los límites de nuestra ambición. Acaso no encontremos en ese camino leyes concedidas graciosamente por unos u otros Parlamentos. Pensando, pensando…, no parece del todo una barbaridad considerar que los avances legislativos (desde la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social hasta el Código Penal) no se han debido tanto al furor reivindicativo de los colectivos, cuanto a una inequívoca y generalizada dignidad de gays y lesbianas en unos u otros aspectos, creadora de un estado de

opinión que ha acabado haciendo inconcebible que se mantenga esta o aquella discriminación.

Por otro lado, puede que abriendo el abanico de reflexiones tampoco encontremos el amor de nuestras vidas. Y si ya lo tenemos, puede que no sepamos bien qué hacer con ese amor antes (o después) de que se le otorgue reconocimiento institucional. Recordemos, si acaso, que hasta la fecha no hay en el Estado español ni una sola pareja de gays o lesbianas, pero ni una, con una cierta presencia pública o trascendencia social, política o cultural que sea conocida como tal y que se haya implicado en esta campaña. Así pues, a falta de parejas significativas, acaso podamos en ese lance aperturista y renovador de un debate apolillado e inerte dar con un amor propio que aún tanto nos cuesta imaginar, y poner en evidencia de manera clamorosamente colectiva la desvergüenza de quienes dilatan la atención a nuestras reivindicaciones, por más que éstas no tengan el apoyo de casi nadie a la hora de encarnar y personificar una demanda.

¿Queremos reconocimiento oficial para nuestros afectos? ¿Anhelamos implicaciones legales para nuestras relaciones? ¿Exigimos un trato igual por parte de las leyes? ¿Y no nos basta para lograrlo con las reuniones de las cabezas de los colectivos con las cabezas de los sub-grupos de las sub-comisiones de las Cámaras? Pues intentemos otras vías de actuación.

Esa seguridad en los planteamientos, esa inflexibilidad en la defensa de nuestras razones, esa certeza de que no solicitamos lo que tanta ilusión nos haría, sino que exigimos lo que nos corresponde… darían firmeza a nuestras reivindicaciones y las harían aparecer como de ineludible cumplimiento; como imposibles de ignorar. Si nos toman el pelo es, sencillamente, porque no estamos del todo convencidos de que nos corresponda nada. Al menos, nada más de lo que ya tenemos (por ejemplo, y como asimismo comentamos por estas páginas, un territorio).

Nos toman el pelo porque se nos nota que es más fuerte la posibilidad de satisfacción por un logro eventual en un futuro en exceso indefinido, que la indignación por una discriminación demasiado real ya en el presente. Y en ausencia de indignación, seguridad en los planteamientos y confianza en nuestras razones, esa satisfacción puede dilatarse, como hacen los niños que guardan una chocolatina para diferir el placer disfrutando en el ínterin sólo de la dilación del gozo. O la dichosa Ley de Parejas no es, en el fondo, tan importante; o al final lo que pasa es que no tenemos novio, y si lo tenemos lo escondemos (o se esconden ellos), o en esa dilación hay quienes están sacando partido manteniendo un rescoldo político, dejando a las parejas necesitadas de ley, por decirlo finamente, en la estacada.

En torno a la cuestión de las parejas se ha articulado, en suma, una estrategia de solicitud de acceso a la ciudadanía que implica tantas renuncias como logros pretende obtener. Renuncias y logros relativos tanto a quienes defienden la demanda, como a quienes dilatan la atención a dicha demanda, como, por último, a quienes supuestamente la desean o la necesitan. Abundemos en el debate sobre la dignidad y las reivindicaciones (o sobre las estrategias negociadoras y sus trasfondos de claudicación) al hilo del trabajo que ha sido considerado como el más valioso fundamento moral e intelectual de la demanda de reconocimiento de las parejas de hecho; es decir, a partir de la obra de Boswell. Una voz entre muchas en el mundo académico anglosajón, pero de las pocas que han sido abundantemente traducidas al castellano. A pesar de ello, su trabajo sigue siendo poco conocido.

Afán reconciliatorio

John Boswell pertenece, por derecho propio, a esa casta de investigadores y agitadores culturales que merecen admiración, reconocimiento y respeto. Producto genuino de la *gay liberation* estadounidense; hijo pródigo por su compromiso consecuente, pero en cierto modo ilegítimo por sus controvertidos presupuestos, Boswell trabajó a lo largo de los años setenta en una obra ya clásica: *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*. Su tesis es bien sencilla: el prejuicio en contra de gays y lesbianas no nace de la tradición cristiana. Se establece a partir del siglo XIV y se articula en discursos y prácticas eclesiásticas ni más ni menos que en el prejuicio popular, las leyes civiles o, más tarde, la medicina, la psiquiatría o el psicoanálisis.

El subtítulo del libro de Boswell (*Los gays en Europa occidental desde el comienzo de la Era Cristiana hasta el siglo XIV*) ha sido considerado ya toda una declaración de principios de los postulados esencialistas (de ahí parte del contenido polémico de su trabajo: ¿cómo hablar —sin un cierto pudor ante el peso del anacronismo— de “gays” en el comienzo de la Era Cristiana?). En cualquier caso, reconciliar la tradición cristiana con “los gays” (del presente) y meter a éstos, de golpe, en el corazón mismo del orden moral no iba a ser fácil. En la primera década *post-Stonewall*, ambos términos parecían irremisiblemente divorciados. A ello contribuyó el primer movimiento reivindicativo, público y ruidoso, surgido de los enfrentamientos con la policía de las travestis neoyorkinas en el *Village*. Un conflicto que podría asimilarse, y valga —sólo por esta vez— la metáfora animalística, al que se estableciera entre una ratita de biblioteca y unas ratitas presumidas.

La sublevación de aquella —hasta entonces— sumisa clientela, fue la respuesta inaudita a una de esas humillantes redadas periódicas que, aquel 28 de junio de 1969, de manera particularmente inoportuna, no había tenido en cuenta la muerte de Judy Garland. El sentido homenaje, el recogimiento de sus admiradoras más fervientes, no podía ser interrumpido por unos bárbaros insensibles que no entendían… nada de nada. Y el culto de la Garland (a diferencia de la mitología cristiana) era básicamente pagano y marginal. Irrecuperable desde los códigos morales vigentes. Radicalmente ajeno también a las inquietudes que hoy priman en buena parte del movimiento gay. Y la revuelta fue el fruto de un espíritu resueltamente digno, seguro de sus razones, inflexible y batallador, dispuesto incluso a afrontar la ruptura de una uña y el torcimiento de un tacón. Un amor propio que llevaba a hacer frente a los traumas más inimaginables porque no estaba dispuesto a callar ante semejante humillación.

Si se defendiera la Ley de Parejas con la convicción con que aquellas mariconas defendieron su noche de luto, otro gallo nos cantaría. (De acuerdo, esta es la última referencia animal… de momento). Otro gallo, decíamos, de Morón y peleón, altivo y borde, arrogante pese a haber perdido alguna que otra pluma, ruidoso hasta el punto de despertar de su sueño feliz a los guardianes de las leyes anunciando el nuevo albor de la igualdad… Y no tanta gallina clueca (¿… se nos permitirá un *lapsus* para poder escribir "gallina chueca"?).

Dejemos por un instante a las gallinas y a las locas plumas de las travesto-gallitos de *Christopher Street* para volver a lo que ya entonces inquietaba al joven Boswell. Durante la primera década de la *gay liberation*, nadie cuestionaba que la historia del Cristianismo era una historia de represión secular, fraguada en dos pilares básicos. De un lado, las sentencias de los Textos Sagrados (del radicalismo del libro del Levítico en el Antiguo Testamento, a las no menos explícitas palabras del Evangelio de san Juan); preceptos y máximas que desde el mundo antiguo habían ido dando tumbos, siglo tras siglo, por la agitada historia de Occidente. De otro lado, la persecución e inmolación de los sodomitas, culminación penal excepcional que desde el Medioevo y a lo largo de la Edad Moderna se asienta en muchos puntos de Europa. Los cristianos, digámoslo claramente, no se han portado bien con nosotros. No, no han sido buenos.

Si con el devenir de los siglos (… bueno, fundamentalmente a partir de la década de los sesenta), el "mundo heterosexual" había pasado del ideal de pareja única y para siempre a la experimentación prematrimonial y las parejas sucesivas, fuera de sus fronteras, en tierra de nadie, se seguían construyendo modelos inéditos (ahora sí, desde tiempos inmemoriales, por más que no queden demasiados testimonios o pruebas documentales). Tal había sido el

extrañamiento de los antecesores de gays y lesbianas respecto a la vida pública, y su expulsión de la organización simbólica de sus vidas a la que podía acceder la ciudadanía legítima…, el caso es que el modelo casi único de pareja comprometida de por vida no era más que una opción asequible. Asequible, ciertamente, pero tan ilegítima como muchas otras. No gozaba, pues, a diferencia de su equivalente heterosexual de privilegio alguno; ni institucional, ni legal, ni simbólico.

Polinomios audaces

En esa secular marginalidad donde se evitaba recrear el victimismo o caer en el sopor de la ortodoxia de contención y discreción tolerables, se construían relaciones y formas de vida difícilmente clasificables. De la teoría de las catástrofes a los fractales, pocos modelos podían ser susceptibles de aplicación a la hora de explicar los polinomios inauditos que se constituían aquí o allá. De entre ellos (y apelemos, si acaso, a la "teoría de juegos"), algunos se han hecho famosos; por ejemplo: Andy Warhol / Liz Taylor / Jackie Onassis / Joe Dallesandro (o, más cerca, Costus / Sara Montiel / Alaska)… Se mezclaban, según la ocasión y en combinaciones de varios elementos, iconos y personas reales con personajes de ficción; admiración con cariño y atracción erótica más o menos correspondida; representaciones con sensaciones o anhelos; chaperos y artistas de poca monta con estrellas consagradas; jóvenes y viejos con señoras casadas, clase obrera y aristocracia con emergente burguesía…

En suma, una verdadera matriz de relaciones múltiples que iban siendo exploradas, que se inventaban a diario, que se reformulaban con igual cotidianidad, que nada tenían que ver, en definitiva, con el proyecto establecido en la sociedad integrada. Verdaderos laboratorios de nuevas fórmulas de convivencia, de compromiso y de consolidación o desvanecimiento de afectos se montaban en un santiamén. Surgían tales centros de experimentación en espacios más o menos estables como la Factoría de Warhol; o se establecían en emplazamientos meramente ocasionales, como unas Ramblas barcelonesas, o el madrileño Rastro dominical —con la Bobia como centro de operaciones—, o el pisito en Malasaña de las Costus, o en fin, en cualquier otro centro de lo que se dio en llamar "la movida" (… y así hasta la consolidación del Territorio-Chueca, sede del ordenamiento y promoción de un modelo menos inexplicable *ergo* más asimilable).

Pero en aquellos tiempos de indefinición las cosas no eran tan sencillas. La credibilidad y el reconocimiento del incipiente movimiento se emplazarían paulatinamente en una acción política y en una investigación académica poco sensibles a los arreglos

establecidos en los espacios de la mitomanía, el nomadismo y el exilio. Ajenas a la contracultura o a las subculturas del *underground* y "la movida". A fin de cuentas, se trataba de conocer los cómos y porqués de la represión de lesbianas y gays para poder establecer una lucha eficaz y un proyecto de revolución sexual "viable". Y eso requería "seriedad" más que imaginación, autonomía, curiosidad o ganas de experimentación y cachondeo.

Esa seriedad iba a traer —supuestamente— mayor convicción en la defensa de los planteamientos. Pero a la luz de los acontecimientos, como aquí defendemos, quizás no fuera ése el caso. Puede incluso que, en su bulimia (en su vocación acaparadora de toda la representatividad), el nuevo movimiento acabara, paradójicamente, perdiendo capacidad de convicción… por más que se plegara a los intereses de la nación (con o sin Estado); por más que se plegara a todos los convencionalismos burgueses, abandonando el componente obrero (o, en cualquier caso, *déclassé*) del que surgió la militancia en sus dos facetas de rebeldía espontánea y de organización política.

En esa profesionalización, las enlutadas travestis del *Village* (como las que acudieron a rendir un sentido homenaje a Lola Flores cuando murió La Faraona —aunque en este caso no había conflicto político; bien se cuidaron los guardianes del orden de dejarlas tranquilas—), dejaron de reconocerse en el movimiento reivindicativo. Un movimiento que ellas mismas desencadenaron. En esa misma vena apolítica, también los travestones madrileños y catalanes, gallegos y andaluces… dieron los primeros pasos de visibilidad escandalosa en los carnavales muy a principios de los años ochenta, y antes incluso; tan antes como se quiera.

Los movimientos que tanto en USA como aquí acabarían consolidándose, al abrazar sus representantes un proceso de promoción social, les daban ahora la espalda acusándolas, a veces, de frívolas e intrascendentes, y en otras ocasiones de patéticas, poco sofisticadas, indignas incluso de ser invitadas a un mitin electoral o a un *reality show*. Acusándolas veladamente, en una palabra, de "pobres". Los respectivos movimientos les marcaron a fuego el estigma de "no representativas". Peor aún, las tatuaron (¡a ellas!; hace falta ser muy miope… o asimilar la miopía del orden excluyente) con las señales de la indignidad.

El matrimonio como condición de absolución

La obra de Boswell (un joven historiador que hace gala de un apabullante dominio de fuentes documentales, que escribe de forma clara y amena, y que pasea a sus lectores por el mundo antiguo como quien se lleva a sus sobrinos al zoo —a ver sólo animales; sin metáforas—), es ejemplar desde el punto de vista de este proyecto de integración de las

demandas de gays y lesbianas en los derroteros de la respetabilidad. Con el coraje de un pionero de los "estudios gays" y una competencia académica irreprochable (aunque ideológicamente contestada, entre tantos otros, por David Halperin), reescribió esa supuesta historia de desamor radical, establecida por traducciones e interpretaciones interesadas de los textos clásicos y sagrados. Y acabó absolviendo al Cristianismo de esa imputación de sistema de creencias esencialmente homofóbico y redimiendo al mismo tiempo a los gays ante el mundo. Esos "gays" cultivados e inquietos y en plena promoción social dejaban de compartir trinchera con las locazas. La vuelta al redil de la respetabilidad estaba servida.

Su segunda gran obra, *Las bodas de la semejanza* (elegante, comercial, interesada e infiel traducción de la fórmula que aparece en el título original —*Same sex unions*—), sigue la misma línea de excelencia estilística y exhaustividad documental. En ella cuestiona otra supuesta evidencia histórica: la inexistencia de antecedentes socialmente reconocidos y ceremonialmente consagrados a lo que hoy llamamos "parejas de hecho". Efectivamente, un buen número de "uniones del mismo sexo" (que no "bodas"), así como los ritos que las establecían, los efectos que tenían y diversas interpretaciones sobre su significado, aparecen repertoriados en su libro.

Ni la tradición cristiana ni ahora el modelo de pareja les son extraños a los gays. Tanto polinomio, al final, no tenía razón de ser. Desde siempre, nos dice Boswell, hemos estado (… un poco, si acaso, de aquella manera) casados. Puede que hasta Noé nos hubiera dejado pasar al Arca, con la misma dignidad que la más ínfima y despreciable especie del orden animal. Un insulto para las travestonas, esposas de sus chulos… o, como dice Genet (a propósito de las Carolinas de Barcelona), "Hijas de la vergüenza"; nombre que se daban a sí mismas tirando así por tierra (en lo que paradójicamente constituye un acto de extremada dignidad), esa misma dignidad, antes de darles a otros el gustazo de poder hacerlo ellos mismos…

Al cuestionar el "divorcio" entre lo que las fuentes documentales muestran y las creencias establecidas, se apunta a un objetivo preciso: fundamentar históricamente la reivindicación de un estatuto legal para tales uniones en el presente. El matrimonio era, sobre todo, un acuerdo sancionado sobre propiedades y sobre la gestión de la descendencia. El amor podía ser un subproducto del contrato, pero no constituía (como en la actualidad) ni su razón de ser ni siquiera un prerrequisito imprescindible. De hecho, y como lo demuestra toda la tradición literaria europea, plagada de bodas sin amor y amores sin boda, el matrimonio entre un enamorado y una enamorada es una invención muy reciente.

Otras formas de compromiso entre dos hombres o dos mujeres (donde sí cabían reconocimiento social, amor y sexo) se canalizaban, evidentemente, por vías alternativas. Y lo importante no es tanto la vía en cuestión cuanto el hecho de que fueran susceptibles de canalización. Aun a riesgo de caer en un anacronismo irresoluble (una vez más; cosa que en ningún momento parece preocupar al autor), Boswell califica tales relaciones de "parejas gays". El antecedente del que carecemos en la actualidad (al menos por estos pagos), a falta, acaso, de dignos representantes de carne y hueso.

El lujo de la falta de compromiso

Ahora que todavía sólo existe un amor susceptible de ser reconocido y sancionado institucionalmente, las parejas no-heterosexuales plantean situaciones inéditas que comprometen (aún no lo suficiente) los sistemas legales… y hasta las buenas conciencias de las democracias liberales. Porque si bien no se trata de olvidar los experimentos polinómicos y polisémicos establecidos en esa tierra de nadie, tampoco podemos ignorar que la pareja es un modo válido (aunque extremadamente discreto) de estructurar una relación para muchos gays y lesbianas.

A lo largo de tantos años de pandemia de sida, el feroz individualismo de los años setenta ha dado paso en muchos casos a unas comunidades que no se podían permitir ese lujo. Irónicamente, mientras los y las heteras accedían a posiciones de independencia y a valores como la autonomía, las comunidades gays se veían en la tesitura de renunciar a buena parte de sus señas de identidad. Estas comunidades no han tenido más remedio que consolidar sus lazos y fortalecer sus compromisos, aun dentro de un cierto margen de posibilidades.

Y así, al igual que sucedía en los albores de *Stonewall*, pero con razones si acaso aún más ineludibles, han surgido relaciones de dos, de tres o de cuatrocientas personas, como las asambleas de colectivos como *Act Up*. Verdaderas comunidades de afecto, solidaridad y lucha "de hecho". Uniones de amor y sexo o sólo de amistad; o de amor sin sexo, de cariño y sexo sin amor. Compromisos íntimos o públicamente provocativos; para toda una vida —en ocasiones bien breve— o fugaces, pero igualmente intensos… Las palabras claves de un contexto hipertraumático son, en suma, compromiso, estabilidad, solidaridad. Conceptos que estructuran relaciones polinómicas, pero que también remiten, de uno u otro modo, a la pareja.

La pareja, único vínculo simultáneamente negado y susceptible de ser tolerado (el único institucionalizado en términos restrictivos; el único que se reclama y que se niega), ha buscado en este tiempo el modo de acceder a formas de reconocimiento social. Junto a los imponderables e imprevistos desencadenados en la organización de la vida social y afectiva de la comunidad gay por la pandemia de sida, otro factor incide en la búsqueda de fórmulas susceptibles de ser reconocidas institucionalmente. Se trata de la melancolía por un modelo familiar abandonado; nunca del todo abandonado, y nunca del todo definitivamente perdido. El fantasma que acecha cada intento de legitimación de un modelo alternativo a la pareja. Claro que, comparadas con las urgencias que plantean situaciones de emergencia como las que plantea el sida, este tipo de veleidades freudianas (desveladas —como por estas páginas comentamos— por "pesquisas" que responden a estrategias en ocasiones bien poco misteriosas), casi carecen de importancia.

Efectivamente si esas pequeñas nostalgias apenas son consideradas dignas de atención, la pandemia, por su parte, sí plantea cuestiones difícilmente desestimables, y sólo el pudor (o el armario) de sus protagonistas, o la censura y la mala conciencia "heterosexuales" coartan su acceso a la lista de escándalos públicos. En casi dos décadas de sida, el prejuicio homofóbico ha dado lugar a situaciones alegales violentamente injustas, cuya conceptualización en términos de injusticia ha ido ganando peso a medida que tales situaciones se hacían escandalosamente visibles… en buena parte del mundo Occidental del que esta Iberia se desmarca. Muchas de éstas han afectado tanto a las uniones establecidas entre dos personas como a cualquier otro vínculo afectivo. Aunque es en esa dimensión de la pareja que no puede acceder al privilegiado estatuto del "matrimonio" donde se han hecho más patentes.

¿Ejemplos? Visitas al hospital prohibidas al novio de un enfermo que no puede hacer valer un vínculo no reconocido para justificar su presencia junto a la cama de aquél. Pertenencias materiales o sentimentales de la pareja fallecida arrebatadas por su familia a quien las compartió con él. Y (por no extendernos demasiado), el absurdo de no encontrar una palabra con la que designar en las esquelas o en cualquier otro lugar al superviviente de la relación truncada (en Estados Unidos cundió el eufemismo *longtime companion*, título de la primera película sobre sida, cuya irónica traducción —en cierto modo conmovedora— es "compañeros inseparables").

Todos estos elementos (pero también muchos otros ajenos a la pandemia —y sin el *plus* de dramatismo que se nos exige a la hora de justificar cualquier reivindicación; compasión ajena, de nuevo, más que dignidad— como la adopción o el reconocimiento de la

nacionalidad a la pareja extranjera…), establecen el contexto en que el proyecto teórico de Boswell resulta pertinente.

¡El destino otra vez!

John Boswell murió de sida en 1994. Como en tantos otros casos (Michel Foucault o Alberto Cardín, por no salir del mundo académico —aunque sí de la reivindicación de la pareja—), su vida y su talento han sido desperdiciados por un orden de exclusión socio-sexual tan mezquino como necio. Un orden que aún no sabe valorar la riqueza y la diversidad humanas, que echa por la borda sin un atisbo de resquemor siquiera a quienes no encajan en sus presupuestos morales, y que todavía se permite ignorar con indolencia las necesidades de prevención y atención sanitaria de las comunidades e individuos expulsados de su estrecha moral.

(Expresemos esto mismo en palabras homofóbicas, para que se comprenda de una vez lo susceptible que es cualquier evento de traducción ideológica, y para que se evidencien los diferentes efectos de una y otra interpretación: "Boswell, Foucault y Cardín fallecieron porque estaban desde siempre imbuidos de pulsión de muerte; su óbito representa, pues, el cumplimiento de su destino").

Nuestra desavenencia fundamental con la estrategia de Boswell (al margen de la encendida polémica con otros clasicistas que no ven excesivo rigor en sus postulados relativos a la trascendencia simbólica de las uniones que documenta, y que han rebatido muchos de sus presupuestos y conclusiones), estriba en su apelación a la tolerancia del mundo antiguo como estratégicamente útil en la actualidad. Las formas y modos de operar de esa exclusión requieren, en nuestra opinión, una base teórica (una ética y una política contemporáneas) que fundamente la exigencia de respuestas a la altura de los retos planteados.

La defensa de esas vidas devaluadas (también por la curia romana, Madre Teresa a la cabeza, que sólo acoge a los moribundos, que arbitrariamente tacha de "inmorales" amores y placeres, que niega los símbolos de autoestima, de cuidado de uno mismo y de la persona amada —como el preservativo—…) y la lucha contra las injusticias de un orden de exclusión plantean desafíos inéditos. Retos que van más allá de un reencuentro más o menos riguroso con un pasado, en todo caso, eurocéntrico, ignorante de las vidas de las lesbianas y poco atento a la historia y la actualidad de las mujeres, de otras etnias y tradiciones culturales.

Retos como la imaginación de otras formas de establecer compromisos afectivos, de construir relaciones personales y de articular otros modos de vida que no se limiten al modelo de pareja. Si la obra de Boswell y su apología de la compatibilidad del Cristianismo con un modelo restrictivo de organización de las comunidades de lesbianas y gays se han hecho accesibles, aún hay muchas otras propuestas en los libros, en el panorama del activismo y, sobre todo, en las calles (territorio de travestonas y *déclassées*), que deben ser tenidas en cuenta a la hora de plantear no sólo la cuestión de la Ley de Perejas, sino, lo que es más importante, el debate sobre la ciudadanía, sobre los derechos y sobre las libertades. Planteamientos a los que, acaso, debamos prestar un poco de atención, porque —de nuevo, acaso—, podamos encontrar en ellos una convicción y un rigor con los que no se pueda jugar frívolamente.

PESQUISAS

Las maricas frente a la curiosidad científica: de mujeres barbudas a conejillos de Indias

Desde el más temprano despertar de las ciencias humanas, desde el albor de la psicología y la psiquiatría, en la mente del investigador pareció encenderse una luz que le guiaba diciéndole: todo lo que no sea la heterosexualidad es interesante, digno de tu atención, clama a voces ser estudiado y, con toda seguridad, lo más probable es que sea aberrante y patológico. Mucho se ha escrito a partir de entonces a lo largo de la historia y sobre todo en los últimos tiempos acerca de la homosexualidad bajo muy diversas perspectivas y enfoques y con muy diversa intención. Algo que aparentemente a nadie interesaba o que prefería ser ignorado o sencillamente condenado, de pronto conoció un auge enorme en lo que a la curiosidad científica se refiere. Desde todos los campos del saber acerca de lo humano comenzó a considerarse el caso de la homosexualidad como merecedor de una investigación detallada y pormenorizada. Interesaba saberlo todo acerca de ella con tanta prisa, que el rigor pasaba, con frecuencia, a un segundo plano. Luego vendría la utilización más o menos tendenciosa de las investigaciones. "El homosexual" se convirtió, así, en objeto privilegiado de estudio y centro de todas las miradas: se lo interrogó, se lo observó, se lo medicó, se lo electrocutó, se lo hipnotizó, se lo recluyó, se lo lobotomizó, no se dejó sin escudriñar un solo rincón de su cuerpo ni de su alma, ni de sus genes. ¿Quiénes son?, ¿de dónde vienen?, ¿cómo surgen?, ¿cuál es la causa última de que existan los homosexuales?, ¿es posible reconducirlos por el buen camino? Y todo ello desde el punto de vista del poder dominante, es decir, heterosexuales estudiando homosexuales.

Mucho tiempo debió transcurrir para que invertidos, sodomitas, uranistas, etc., dejaran el campo de la literatura y la poesía donde se los había dignamente arrinconado y pasaran a establecer un discurso científico en primera persona (estrictamente hablando, esto no ocurrirá hasta bien pasada la mitad del siglo veinte), comenzaran a escribir ensayos y hacer ciencia e investigar sobre la homosexualidad de un modo diferente, obteniendo resultados, por supuesto, también muy distintos. ¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿cómo nacemos o nos hacemos?, ¿es la homosexualidad innata, genética o adquirida?, ¿existe una causa o múltiples causas de nuestra opción o nuestra condición?, ¿nos interesan este tipo de preguntas?, ¿las pesquisas acerca de la etiología y del por qué somos como somos y la peligrosa disyuntiva de si tenemos o no arreglo responden a una verdadera inquietud científica o más bien son ellas mismas incitadoras, portadoras y generadoras de los

seculares prejuicios contra la homosexualidad, contra lo no-heterosexual en general, so capa de ciencia empírica? Sin estar en contra de la ciencia, ni mucho menos, no podemos evitar pensar que quizás un poco menos de curiosidad y de pulsión por "sanar" por parte de los investigadores les hubiera ahorrado no poco de tortura y de quebraderos de cabeza (en sentido literal y figurado) a muchos homosexuales sometidos a tratamiento. Afortunadamente, las cosas se pueden hacer de otra manera y no siempre pesquisar implica pisotear al sujeto -que está siendo objeto- de estudio. Y ya que la ciencia se ha ocupado todo el tiempo de observarnos, observemos también nosotros un poco a vuelapluma cómo nos han observado ellos, los psicólogos y psiquiatras, más en concreto; pesquisemos cómo nos ha observado el psicoanálisis desde su fundación. Será una historia que comienza bien y acabará en desastre, valga la advertencia para aquellos a quienes no les agradan los finales escasamente felices.

La declaración de buenos principios que precede a toda barbarie

Uno de los más grandes, si no el más grande pesquisidor sobre este asunto, Sigmund Freud, inventor del psicoanálisis para más señas, con todo lo burgués, conservador, amante de las buenas costumbres, falocéntrico, machista y victoriano que pudiera ser, se hacía en 1920 la siguiente reflexión que parecía prometer otro desenlace menos funesto: "La empresa de mudar a un homosexual declarado en un heterosexual no es mucho más promisoria que la inversa, sólo que esta última jamás se intenta, por buenas razones prácticas" (*Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*). Y es que, como toda persona inteligente que piensa, intentaba liberarse de falsos prejuicios a la hora de investigar e investigaba también para liberarse de prejuicios infundados. Llevaba su asombro y su ignorancia hasta límites insospechados, algo que después, por desgracia, el tropel de sus seguidores se ha apresurado a olvidar y nos ha obligado a meter a mentes preclaras y respetuosas (hasta cierto punto) en el mismo saco que a los inquisidores. Freud tenía bastante claro que "en el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento" (*Tres ensayos de teoría sexual*). No se trata de rehabilitar la figura de este pensador convertido -por obra y desgracia de sí mismo, su hija, algunos amigos y multitud de seguidores norteamericanos en especial y de todas las partes del globo en general- en la bestia negra para muchos homosexuales que no quieren ni oír hablar del psicoanálisis porque conocen la

leyenda negra asociada a esta disciplina y que, para más inri, es cierta. Más bien se trata de ver cómo fue y acaso sea posible en un futuro sentar las bases para una investigación acerca de la homosexualidad sin que ello nos resulte ofensivo, funesto o discriminador y sí, por el contrario, esclarecedor y útil (aunque, como suele suceder, luego no se cumplan ninguno de estos buenos propósitos). Es de justicia reconocer que el psicoanálisis ha aportado un punto de vista irrenunciable y hasta indiscutible en lo que a la sexualidad humana se refiere y que mejor es conocer lo que dice, que desconocerlo. Siempre se aprende algo leyendo. Como no se aprende nada es criticando sin leer.

Freud, en la medida en que le fue posible y sin olvidar que escribió a caballo entre fines del siglo pasado y principios de éste, hizo un buen intento para pensar todo esto y hacerlo casi por primera vez. Algunas de sus afirmaciones resultan recuperables incluso hoy día. Sobre todo, porque nosotros escribimos cuando escribimos y nos resulta a la vez curioso, triste y revelador poder citar palabras pronunciadas hace casi cien años por alguien a quien habitualmente se lo cuenta entre nuestros enemigos y que pueden resultar en un momento dado, el nuestro, de lo más tolerante y conciliador: “Entre otras cosas, me parece fuera de lugar que un médico, al escribir sobre los extravíos de las pulsiones sexuales, aproveche cada oportunidad para intercalar en el texto la expresión de su personal repugnancia frente a cosas tan despreciables. Estamos frente a un hecho y es de esperar que nos habituemos a él sofocando nuestros gustos. Tiene que ser posible hablar sin indignarse de lo que llamamos perversiones sexuales, esas transgresiones de la función sexual tanto en el ámbito del cuerpo cuanto en el del objeto sexual. Ya la imprecisión de lo que ha de llamarse vida sexual normal en diferentes razas y en épocas diversas debería calmar a los que dan pruebas de tanto celo. Tampoco deberíamos olvidar que la más despreciable, para nosotros, de esas perversiones, el amor sexual entre hombres, en un pueblo que tanto nos aventajaba en cultura como fue el de los griegos no sólo era tolerada, sino que se le atribuían importantes funciones sociales. Y cada uno de nosotros, en su propia vida sexual, ora en esto, ora en estotro, transgrede un poquito los estrechos límites de lo que se juzga normal. Las perversiones no son bestialidades ni degeneraciones en el sentido patético de la palabra” (*Fragmento de análisis de un caso de histeria*). Es evidente que lo que Freud pensara acerca de la homosexualidad no le impedía sacudirle el polvo cada vez que podía a las buenas conciencias de la época en una batalla que tal vez no era la suya.

Su misma hipótesis de partida, que planteaba sin concesiones la existencia de una sexualidad infantil, hasta llegar a caracterizar célebremente a los que hasta entonces no eran sino tiernos infantes como “perversos polimorfos”, no dejó de resultar un escándalo entre la

mojigatería de la época, la cual no ha desaparecido aún hoy día. Todavía hay quienes se resisten a aceptar que la sexualidad se forja y cultiva muchísimo antes de haber alcanzado la mayoría de edad (por no hablar de la batalla de cifras de la edad de consentimiento y lo curioso del hecho diferenciador, o sea, discriminador de que la misma varía para relaciones homosexuales y heterosexuales según los países). Lo mismo que se sobrecogen ante la perversión, cosa inmunda e infamante, cuando la practican diariamente, con el sencillo gesto de darle un beso de buenos días a su esposa de toda la vida. En efecto, el beso es el acto perverso casi por excelencia, ya que entra dentro de lo que podemos considerar "*transgresiones* anatómicas respecto de las zonas del cuerpo destinadas a la unión sexual" , así como de las "*demoras* en relaciones intermediarias con el objeto sexual, relaciones que normalmente se recorren con rapidez como jalones en la vía hacia la meta sexual definitiva". Sólo que besarse, depende de quién, cómo y dónde, está más aceptado socialmente que otras prácticas igualmente perversas[1], pero que todo el mundo practica aunque no se atreva a confesarlo, salvo si se lo pide el Congreso de los *States* y ha de hacerlo ante la humanidad entera (no sé, respecto de este asunto, por qué nos parece que es más fácil confesar televisivamente y hacerse perdonar una felación extramatrimonial heterosexual que un beso homosexual y el tropiezo que una y otro supondrían para una carrera presidencial cualquiera). Estrictamente hablando, toda relación sexual no destinada a la reproducción y que busque como única meta el placer es, en sí misma, perversa. Como diría un confesor de los antiguos: "Sí, podéis acostaros juntos tu esposa y tú siempre que sea para traer niños al mundo, que todo sea rapidito, que no lo deseéis y que no os lo paséis bien. Lo demás es perversión".

[1] Respecto del beso, Freud hace un singular comentario que tiene más enjundia y más fuerza crítica e irónica de lo que puede parecer en un principio: "A uno de estos contactos, el de las dos mucosas labiales, se le ha otorgado en muchos pueblos (entre los que se cuentan los de más alta civilización) un elevado valor sexual, por más que las partes corporales intervinientes no pertenezcan al aparato sexual, sino que constituyen la entrada del tubo digestivo". Curiosamente, en la enumeración de las transgresiones anatómicas perversas, la primera que aparece es el "Uso sexual de la mucosa de los labios y de la boca" e, inmediatamente después, compartiendo los mismos honores y rango, el "Uso sexual del orificio anal", y comenta Freud nuevamente: "En lo que respecta al empleo del ano, se reconoce con mayor claridad todavía que en el caso anterior que es el asco lo que pone a esta meta sexual el sello de la perversión. Pero no se me impute partidismo si observo que el hecho de que esta parte del cuerpo sirva a la excreción y entre en contacto con lo asqueroso en sí -los excrementos- no es, como fundamento del asco, mucho más concluyente que el aducido por las muchachas histéricas para explicar su asco hacia los genitales masculinos: que sirven a la micción" (*Tres ensayos de teoría sexual*).

Las curvas de Edipo

Precisamente, el estudio de las perversiones y de los niños (que son perversos porque sólo buscan placer y no se reproducen) llevó a Freud a convencerse de que ni la meta ni el objeto sexual, ni el sexo del *partenaire* estaban predeterminados ni respondían a patrones naturales invariables. No hubiera sido Freud muy propenso a tragarse lo del Xq28, el supuesto gen homosexual, sin mucha agua. Para él, el debate entre la homosexualidad innata o adquirida no tenía sentido. Lo zanjaba sin más optando por su carácter adquirido, aduciendo buenas razones para ello: el psicoanálisis entero. A lo largo de su dilatada obra encontramos, así, diversas hipótesis explicativas que intentan dar cuenta de cómo surge la homosexualidad.

1) Una de ellas comienza por el de sobra conocido lazo erótico-afectivo del niño con su madre, la creencia en que la madre tiene asimismo un pene, el descubrimiento de que ello no es así y el horror ante este hecho, lo que provoca una angustiosa huída de los mutilados genitales femeninos y el refugio en los más reconfortantes genitales de los varones donde no parece haber ocurrido semejante escabechina. El Edipo no es así resuelto y se produce un retroceso defensivo hacia fases anteriores en el desarrollo sexual, como el autoerotismo, el priveligio de la zona anal tan cara a los niños, el narcisismo del infante encerrado en su microcosmos donde sólo existe él y su madre con-fundidos, lo que provoca una elección narcisista de objeto siguiendo el propio cuerpo como patrón, etc.

2) Una variante complementaria ocurre cuando, en lugar de correr espantado ante la madre castrada, el niño se identifica con su amada madre hasta tal punto que le gusta todo lo mismo que a ella, y como a ella le gusta su príncipe, a él también le gustarán en adelante los príncipes y otros personajes masculinos no necesariamente de sangre real.

3) En otra explicación, el caso del llamado Edipo invertido, el deseo se orienta hacia el progenitor del mismo sexo y nace un sentimiento de odio y celos hacia el del sexo opuesto. Lo mismo que el Edipo de toda la vida, pero al revés. Lo que le ocurre al niño es que en vez de identificarse con el padre o sentir celos de él porque se interpone entre él y su madre, decide convertirse en su objeto de amor, decide ser amado por el padre y se identifica con la madre para ser amado como ella, como una mujer. Todo esto puede suceder, evidentemente, por la bisexualidad originaria postulada por Freud y por lo voluble y maleable de los deseos y pulsiones del niño, que le permiten con la misma facilidad adoptar una posición masculina que una femenina, según le convenga, menos dificultades le acarree en su relación con los padres y más provecho pueda sacar del amor de uno y de otra.

4) Una última teoría vendría a centrarse no ya en la identificación con la madre o el padre, o la angustia de castración y el aludido horror ante la visión de los genitales femeninos, sino, más bien, en el sentimiento de rivalidad con los hermanos y el padre que podrían disputarle al crío la exclusividad del amor materno. Tal será la virulencia de estos celos, que surgen deseos de eliminar a todos los rivales posibles. Entonces se produce un cambio curioso, lo que Freud llama una "formación reactiva" o la conversión de un sentimiento en exactamente su contrario, y lo que eran ganas de eliminar a todos los competidores, pasa a convertirse en amor por quien antes se odiaba. Esto tampoco es tan raro. Todo el mundo ha sospechado alguna vez de la obsesión y el odio intenso sentido por sí mismo o por otra persona hacia alguien que no se le va de la cabeza, para enmascarar, precisamente no se sabe muy bien qué. La cosa es pensar todo el día en esa persona, bien o mal, y convertirla paradójicamente en el centro de nuestra vida en vez de pasar sencillamente de ella. Un complemento a todos estos esclarecimientos, que se complementan entre sí dependiendo del caso, puede encontrarse en el capítulo titulado *Falucine*.

Tanta explicación no dejaba de tener, sin embargo, multitud de lagunas y, a ciencia cierta, la verdad es que la homosexualidad surgía no se sabe muy bien cómo en cualquier circunstancia y sólo después se podía reconstruir la trayectoria seguida por cada individuo. Pero predecir de qué contexto familiar nacería un homosexual y de cuál no, evidentemente, no era ni es posible. Y como no se puede predecir, afortunadamente, tampoco se puede prevenir. Los bandazos que daba Freud en este punto iban de un lado a otro y es difícil saber con qué carta quedarse. Hablando de prevención de la homosexualidad, dando, como siempre, una de cal y otra de arena y señalando como quien no quiere la cosa, reduciéndolo a un aspecto marginal, dónde se halla la gran verdad del asunto, podemos oírle decir: "El gran poder que previene una inversión permanente del objeto sexual es, sin duda, la atracción recíproca de los caracteres sexuales opuestos [...] Pero este factor no basta por sí solo para excluir la inversión; vienen a agregarse toda una serie de factores coadyuvantes. *Sobre todo, la inhibición autoritativa de la sociedad: donde la inversión no es considerada un crimen, puede verse que responde cabalmente a las inclinaciones sexuales de no pocos individuos* [...] La educación de los varones por personas del sexo masculino (esclavos, en el mundo antiguo) parece favorecer la homosexualidad; la frecuencia de la inversión en la nobleza de nuestros días se vuelve tal vez algo más comprensible si se repara en el empleo de servidumbre masculina, así como en la escasa atención personal que la madre prodiga a sus hijos" (*Tres ensayos de teoría sexual*). Años más tarde dirá justamente lo contrario, a saber, que la homosexualidad masculina no viene favorecida porque sea la figura masculina quien

críe al niño, sino que, precisamente, la ausencia de ésta es lo que la favorece. La cosa se pone aún peor si la madre es más cariñosa de la cuenta, sobreprotectora, como suele decirse: "Todos nuestros varones homosexuales habían mantenido en su primera infancia, olvidada después por el individuo, una ligazón erótica muy intensa con una persona del sexo femenino, por regla general la madre, provocada o favorecida por la hiperternura de la madre misma y sustentada, además, por un relegamiento del padre en la vida infantil. Sadger ha destacado que la madre de sus pacientes homosexuales era a menudo un marimacho, una mujer con enérgicos rasgos de carácter, capaz de expulsar al padre de la posición que le corresponde [...] De todos modos, parece como si la presencia de un padre fuerte asegurara al hijo varón, en la elección de objeto, la decisión correcta por alguien del sexo opuesto" (*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*). Uno no puede dejar de preguntarse por qué no somos más, si todo nos favorece: madre ausente o padre ausente, padre cariñoso o madre cariñosa, padre con lluvia o madre en días de viento, al final el niño será mariquita.

No es de extrañar que, leyendo estas cosas, Magnus Hirschfeld y la intelectualidad homosexual de la época no le hicieran mucho caso a un señor que, en estos primeros momentos en que estaba intentando inventar algo nuevo y daba palos de ciego, pasaba con tanta celeridad de una opinión a otra, o sostenía tesis contradictorias a la vez. Este señor, Magnus Hirschfeld, paladín del movimiento de liberación homosexual o "uranista", el equivalente a lo que podía ser un militante gay de la época, culto como él solo, llegó a entablar amistad con Freud y se leían mutuamente. Las tesis "científicas" que defendían Magnus y su grupo acerca de un "tercer sexo" (que habría nacido así, sin que ni padre ni madre tuvieran nada que hacer para influir en sus preferencias sexuales) no eran compartidas por Freud, quien no era partidario del innatismo, aunque sí participaba de la no discriminación legal por la que éstos luchaban: "Los varones homosexuales que en nuestros días han emprendido una enérgica acción contra la limitación legal de sus prácticas gustan de presentarse, por boca de sus portavoces teóricos, como una variedad sexual distinta desde el comienzo, como un grado sexual intermedio, un 'tercer sexo' [...] Así como miramientos humanos nos llevan a suscribir de buen grado sus reclamos, de igual modo acogeremos con reserva sus teorías" (*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*). En su fuero interno hasta podríamos decir que se lamentaba del, a su juicio, despiste teórico de la militancia homosexual de su tiempo que, de estar más instruida, quizá hubiera obtenido mejores resultados -es bastante improbable, consiguieron lo suyo, sólo que nadie se esperaba hasta dónde podían llegar los largos cuchillos de los nazis: "Uno no puede más que lamentar que los representantes de los homosexuales en la ciencia no atinen a aprender nada de las

certificadas averiguaciones del psicoanálisis" (*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*). Ahora ya vamos sabiendo más cosas pero, de todos modos, se agradece el paternal consejo.

Y, ya puestos a ver lo que Freud daba de sí en lo tocante a la homosexualidad a nivel personal y de "miramientos humanos", ofrecemos la respuesta que le dio en 1935 a una indignada y angustiada madre que le había escrito pidiéndole consejo sobre qué hacer con su hijo homosexual: "Adivino por su carta que su hijo es homosexual. Pero estoy más impresionado por el hecho de que usted no mencione este término en la información que me da acerca de él. ¿Puedo preguntarle por qué lo evita? La homosexualidad evidentemente no es una ventaja, pero no es tampoco nada de lo que avergonzarse, ni un vicio, ni una degradación, ni puede clasificarse como una enfermedad; la consideramos como una variación de la función sexual producida por una cierta detención [la leyenda negra comienza aquí, camuflada de "buen rollito" y de "detención" en todos los sentidos] del desarrollo sexual. Muchos individuos profundamente respetables de la antigua cultura y de la moderna han sido homosexuales, entre los cuales encontramos algunos de los que se consideran grandes hombres (Platón, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, etc.). Es una gran injusticia perseguir la homosexualidad como un crimen y es también una crueldad". Esta carta, explícita e inequívoca, supondrá más tarde un problema para la hija de Freud, Anna, también psicoanalista, a su modo, pues se dedicó a tratar de transformar a sus pacientes homosexuales en magníficos padres de familia heterosexuales. En 1956 le pidió a una periodista que por favor no publicara este escrito de su padre arguyendo: "que los lectores podrían ver en ello una confirmación del hecho de que todo lo que puede hacer el psicoanálisis es convencer a los pacientes de que sus defectos o 'inmoralidades' no son graves y que deberían aceptarlos con alegría". Una definición del psicoanálisis *en negativo*, que a nosotros nos resulta de lo más cautivadora, sólo que otros eran los propósitos de Anna. La de cosas que se pueden querer olvidar y sepultar en veintiún años. Por supuesto, papá ya no estaba allí para reprenderla.

El inicio de la santa cruzada homofóbica

Con Anna Freud (cuya relación lésbica con su intimísima amiga Dorothy Burlingham era un secreto a voces) nos metemos de cabeza en los comienzos de la leyenda negra. Y con otro muy buen amigo suyo, Ernest Jones, también psicoanalista y ultraconservador, el cual tuvo sus problemillas con Freud precisamente acerca de la homosexualidad. Hagamos un

pequeño *flash-back*. Corría diciembre del año 1921 cuando el comité que dirigía por aquel entonces la *International Psychoanalytical Association (IPA)* se vio en la necesidad de tratar una cuestión crucial que desde ese momento quizás haya sido el factor determinante de la estigmatización y segregación de los homosexuales dentro del campo profesional psicoanalítico. Dicha cuestión no era otra que la aceptación o no de psicoanalistas homosexuales en el seno de la IPA. El comité aludido estaba integrado, bajo la égida del propio Freud, por el dichoso Ernest Jones y otros psicoanalistas de muchísimo renombre como Otto Rank, Sandor Ferenczi y Karl Abraham. Entre estos pocos escogidos, las guerras intestinas eran el vivir cada día y la mala sangre parecía ser el combustible de tan selecto grupo de poder. Pero, aparte de las barbaridades, zancadillas, calumnias y dramáticas exclusiones, suicidios, rupturas, dimisiones y apartamientos que han acompañado y son la compañía habitual aún de gente tan equilibrada y respetable como es la que constituye la cúpula dirigente del psicoanálisis, lo que nos interesa aquí, en este momento, es que el hecho de haberse puesto sobre la mesa tan candente cuestión volvió a enfrentarlos una vez más.

Como en todas partes, había gente muy conservadora, otros que lo eran menos y otros que no lo eran nada. Vale decir, que la homofobia se encontraba allí repartida en todos sus grados. El más peligroso era Jones, a quien la bestialidad de su prejuicio homofóbico le condujo a encabezar la cruzada antihomosexual dentro del movimiento psicoanalítico (ello no fue óbice para que, en privado, diera rienda suelta a su afición, al parecer nada terapéutica, por la más tierna infancia. Tan inocente pasatiempo le costó un día de cárcel en Gran Bretaña con su proceso incluido, del que salió impune, todo sea dicho, lo que pareció animarle a seguir con el divertimento en Toronto, adonde se había trasladado tras el escándalo británico y donde fue nuevamente acusado de lo mismo). Pelillos a la mar en lo que a la pederastia heterosexual de Jones (a quien sólo le gustaban las niñas) se refiere, y pasando también por alto la acusación que se le hizo de antisemitismo y colaboracionismo con los nazis unos años después, Jones consultará a Freud acerca de qué hacer con los homosexuales dejando bien claro que, para él, la homosexualidad era: “un crimen repugnante: si uno de nuestros miembros lo cometiera, ello nos supondría un grave descrédito”. Dado el breve y malicioso, pero documentado, itinerario biográfico de este individuo, lo que Jones consideraba un crimen y lo que consideraba como indigno y acarreador de desprestigio ha de ser mirado con bastante cautela. Freud, no obstante, así como Otto Rank y, con menos fervor, Ferenczi (quien, por otra parte, en 1906 había defendido públicamente en Budapest a los homosexuales de la persecución y las acusaciones de las que eran objeto) no estaban por la labor de excluir sin más a los homosexuales del ejercicio del psicoanálisis.

En un texto firmado por Rank y Freud, éstos le responden al insólito Jones de la manera siguiente: “Hemos considerado tu pregunta, querido Ernest, acerca del futuro ingreso de los homosexuales como miembros [en la IPA] y estamos en desacuerdo contigo. En efecto, no podemos excluir a esas personas sin otras razones suficientes, del mismo modo que no podemos estar de acuerdo con su persecución por la ley. Sentimos que una decisión en tales casos depende de un examen completo de las otras cualidades del candidato”. Rank, brillante, atormentado y para nosotros simpático *enfant terrible* del psicoanálisis, del que acabó abjurando, por no decir algo más fuerte, provocó la cólera de Jones, que se dedicó el resto de su vida a calumniarlo, insultarlo, levantarle falso testimonio y cosas peores. No se podía esperar menos de él. Hasta Freud acabó mirándolo mal. La verdad es que Freud acabó peleado con todo el mundo. Menos con Jones. Es una lástima. Como lástima también fue que la homofobia se impusiera finalmente en esta disputa y, a falta de razones teóricas extraídas de la propia doctrina psicoanalítica, se optó por la tajante decisión política de prohibirle a los homosexuales el ejercicio del psicoanálisis, al menos, como psicoanalistas pertenecientes a la IPA. Todo para que el descrédito no se cerniera sobre la Asociación. Si hay una razón de fondo es ésa. Y es comprensible, dado que todavía el valor terapéutico del psicoanálisis ni estaba entonces ni está reconocido ahora por las instancias públicas y sólo se ejerce privadamente. Y nadie iba a llevar a su niñito o iba a acudir él mismo a la consulta de un psicoanalista sin saber a ciencia cierta si quien pretende curarle de sus sufrimientos es un heterosexual puro o no. Terrorífico.

En resolución, que si en un inicio las posturas de los magnates del psicoanálisis estaban enfrentadas y al final llegaron a esta penosa decisión, no es que los escritos del propio Freud hubieran terciado en el asunto, sino que pesaron más los condicionamientos y prejuicios morales, religiosos y, cómo no, económicos y de prestigio para una institución que quería perpetuarse en el tiempo y ser respetable. Todas las buenas intenciones que pudiera tener Freud para con la homosexualidad no fueron suficientes para admitirnos como psicoanalistas de pro, al igual que el resto de la demás gente. Es lo de siempre. Nadie es racista ni homófobo hasta que el negro o el maricón, o el negro maricón se le cuela en casa y pretende llamarlo suegro. Obras son amores y no buenas razones, como diría el otro. Y algo así es lo que le ha pasado al psicoanálisis desde sus primeros pasitos. Una de las consecuencias de no habernos dejado entrar en su círculo es que, a diferencia de la misoginia y el machismo psicoanalíticos de los comienzos que fueron matizados y erradicados por las mujeres psicoanalistas a quienes no se les negó el paso o el “pase”, la homofobia quedó intocada por no haber psicoanalistas homosexuales que la cuestionaran.

Vano es insitir en el horror que vendrá después. Señalemos algunos tópicos que tanto daño han hecho, pues ahondaron más, si cabe, en el prejuicio homofóbico que ya estaba instalado en la sociedad y lo acrecentaron dándole un baño de cientificidad. Toda palabra salida de la boca de psiquiatras y psicoanalistas parecía sospechosamente venir a responder y colmar una demanda social explícita de depuración de individuos indeseables y saneamiento de costumbres. Oigamos algunos insultos nacidos de lo más profundo de la psicología y convenientemente agitados antes de ser utilizados en nuestra contra: la homosexualidad es fruto de una detención en el desarrollo sexual; corresponde a una fijación, a un quedarse anclados en fases pre-edípicas; responde a una formación de compromiso, a una estrategia de huida y miedo ante la castración y la aceptación de la diferencia de los sexos; es un fracaso a falta de algo mejor por no haber podido llegar a alcanzar una virilidad o una feminidad plenas; no hay homosexuales felices, pues todos ellos portan en sí la culpa interiorizada de su perversión; viven en un mundo triste, marginal y oscuro donde el amor es imposible y sólo les queda la promiscuidad y la depravación; el suicidio, el crimen, la droga, la rebeldía violenta del psicópata y otros comportamientos antisociales son las salidas más frecuentes; odian a las mujeres porque nunca serán como ellas y porque su vagina dentada les recuerda la posibilidad de su propia castración; odian a todas menos a su mamá, por supuesto: papá está ausente; ni siquiera se dejan curar por su perversidad recalcitrante y su resistencia a la terapia; el colmo es que ni siquiera acuden a consulta; como dijo Freud, sin escándalo y sin indignarse: “es difícil que los perversos satisfechos tengan razones para acudir al análisis” (*Pegan a un niño*). En fin, en algún momento es preciso acabar con esta enumeración. No se trata de ridiculizar las sesudas investigaciones que han dado flores como éstas por resultado, ni ofrecer una imagen de los psicoanalistas tan absurda como la que ellos han dado de nosotros, aunque tampoco esté mal el hacerlo para desahogarse un poco, sin ninguna pretensión argumentativa ni de crítica seria. Basta con señalar que el paso del tiempo lo único que logró fue un brutal retroceso hacia posiciones pre-freudianas y pre-psicoanalíticas y una vuelta a la teoría de la degeneración, la criminalización y persecución de la homosexualidad.

Algunas concesiones de cara a la galería

Hubo, no obstante, algún logro con escasas repercusiones en la práctica terapéutica del día a día en el diván. El primero fue la aparición del célebre informe Kinsey (*Sexual Behavior in the Human Male*) en 1948 que hizo temblar la buena imagen de sí que tenía la sociedad norteamericana al afirmar que un 37% de los varones estudiados había tenido

alguna vez al menos una experiencia homosexual acompañada de orgasmo. Demasiada gente y demasiados homosexuales. La respuesta fue fulminante. Las críticas llovieron de todas partes. La ignorancia y el silencio fueron sepulcrales. La reacción general fue una desmentida brutal del informe como si no hubiera jamás existido ni salido a la luz pública. Incluso hoy en día puede servir para discriminar de qué psicoterapeuta nos podemos fiar y de cuál no viendo su reacción al escuchar estas letras, pronunciándoselas una tras otra: K-I-N-S-E-Y. La otra buena noticia ocurrió, muchísimo más tarde, tras el negro período que hemos ridiculizado más arriba, pero que nada tiene de ridículo ni de gracioso, en el año 1973, cuando la *American Psychiatric Association* decidió por votación borrar la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales (lista más conocida por las siglas DSM III).

Se mantuvo, no obstante, la homosexualidad ego-distónica, a saber, la que le causaba algún tipo de problema al sujeto en cuestión. Los debates previos a la votación dejaron salir a la luz tanto los prejuicios de quienes estaban en contra de dejar de considerarnos enfermos, como la "neutralidad" e inutilidad de la teoría para justificar dicha decisión, ya que, todos, psiquiatras y psicoanalistas, se apoyaban en los mismos argumentos para defender posturas absolutamente distintas. Esta vez ganamos. Pero la decisión fue exclusivamente política también esta vez, por así decirlo. No saben los sabios muy bien aún si estamos o no enfermos o cómo de enfermos estamos: unas veces ganamos las votaciones, donde sólo votan ellos, en las que se decide acerca de nuestro grado de aberración, peligrosidad y patología, y otras veces las perdemos. Eso es todo. Digamos asimismo que el resultado de la votación no cambió mucho o no cambió nada la práctica clínica de los perdedores. Su resultado no era vinculante. Si alguna vez nos tropezamos con un psiquiatra recalcitrante, es absurdo utilizar este hecho como argumento. Le dará igual y seguirá a lo suyo. Lo mejor es no discutir con esta clase de personas. Con la ley en la mano, tampoco conseguiríamos impedirle el ejercicio de la profesión. En 1987, como quien no quiere la cosa, por una de estas decisiones extrañas, desapareció también de la lista negra la homosexualidad distónica y, además, dejamos de ser perversos, ocupando el lugar de la "perversión", el término "parafilia", donde, ¡qué cosas!, ya no se encontraba la homosexualidad. Nos borraron de sus listas de trastornados. Renunciaron más tarde a la promoción de terapias que trataran de heterosexualizarnos (algo que Freud dijera ya el año 20. Para que luego hablen de progreso). Y, en cierto sentido y sólo hasta cierto punto, qué más nos da. Aunque está bien que lo hagan. No se trata de ir hiriendo sensibilidades ajenas, así, gratuitamente.

Como conclusión de tantas idas y venidas, bueno será que centremos el problema que la psiquiatría, la psicología o el psicoanálisis, todos revueltos, pueden llegarnos a suponer en

un momento dado. El único y mayor conflicto que puede tener una marica con el psicoanálisis es el mismo al que se enfrentaría en el caso de querer pertenecer a cualquier otra institución declaradamente homofóbica. A nivel institucional, la IPA nos prohíbe ejercer el psicoanálisis y pertenecer a ella: estamos excluidos sin más, según vimos. Para empezar a cambiar la situación habría que sentarse con un buen puñado de influyentes psicoanalistas homófobos y empezar a discutir y negociar, poniendo sobre la mesa la pregunta del millón: ¿por qué no pueden los homosexuales ejercer el psicoanálisis? Y dar el pistoletazo de salida a años de debates que, supuestamente, llegarían a buen término. Afortunadamente, es una tarea que deben realizar los y las psicoanalistas gays y lesbianas, armados de estómago y paciencia. No es ésta nuestra labor, ni existe una razón suficiente en este mundo por la que tengamos que compartir mesa con un atajo de homófobos para convencerlos de lo desagradable que es que nos pisoteen y, eso, sin perder la compostura ni elevar la voz. Es menos agotadora la vía de la denuncia. No sabemos por qué no se pone más en práctica. Incomprensible nos resulta también la pereza de los psicoanalistas homosexuales para modificar un entorno de trabajo tan homófobo, aunque se van asociando y alguna que otra reivindicación ya van haciendo con mayor o menor éxito. Siempre allende los mares, claro. Aquí, en la piel de toro, los divanes de psiquiatras y psicoanalistas siguen recordando y mucho a la silla de Cambises. Este rey persa, tras descubrir que uno de sus jueces prevaricaba, decidió despellejarlo vivo y tapizar con la piel de su señoría la silla sobre la que habría de sentarse su sucesor para disuadirlo de toda posible tentación de pronunciar una sentencia injusta. No se trata de llegar a estos extremos de tapicero taxidermista para acabar con la homofobia y el *furor curandi* de estas almas caritativas, ni de hacer divanes con la piel de nadie, ya sean psicoanalistas homófobos o maricas necesitadas de algo de ayuda. Aunque muchas de estas últimas se hayan dejado la piel en las consultas de más de un psicoterapeuta.

Si lo que se pretende no es ser psicoanalista colegiado, sino demandar un poco de ayuda a un terapeuta para arreglar algún cable que se haya soltado, hay que ir caso por caso, prevenidos como estamos de la poca simpatía corporativa que nos tienen. Siempre es posible encontrarse con algún fascista peligroso que ejerza esta profesión, desde una orientación ya sea psicoanalítica, cognitivista o de modificación de conducta. También hay muchos que no pertenecen a la IPA y que son buena gente que se dedica a subirnos la autoestima y a desembarazarnos de los complejos que un ambiente represivo nos ha podido causar, lo que ponía de los nervios a Anna Freud, empeñada en heterosexualizarnos. Y, por supuesto, siempre podemos acudir a un psicoanalista homosexual. Los menores lo tienen más crudo por no disponer de tanta información ni de la autonomía necesaria para elegir a quien más les

guste: sólo les queda confiar en que sus progenitores tengan algo de sentido común o un mínimo de cariño hacia sus vástagos.

Lo más sangrante de todo es, en el fondo, la exclusión institucional. Si se quiere ser gay y sacerdote, o gay y militar, o gay y psicoanalista, el problema es el mismo. La institución nos condena al silencio, al armario, nos discrimina. Pero que nadie crea que esto impide que haya psicoanalistas homosexuales. Haberlos, haylos, muchos y de todos los colores, buenos y malos. Lo único que tienen en común, si quieren estar en la IPA y que otros colegas no les retiren la confianza ni el saludo, es tener que callar: la imposibilidad de salir del armario profesionalmente. A los psicoanalistas homosexuales les queda al menos este consuelo que les hace todo más llevadero: ya que callar y dejar que el otro hable es parte integrante de su profesión. Aunque se supone que, en cierto modo, les hará daño tal marginación y pisoteo de sus derechos. Más allá de que nos echen una mano o nos traten bien sea cual sea su opción sexual, no cabe olvidar que esta disciplina está marcada desde su raíz por la prohibición de pertenecer a ella: siempre estaremos del otro lado, a saber, del lado de los pacientes, de los enfermos, de los necesitados de tratamiento. Nunca del lado bueno, sano, capaz, sentado en la butaca y no tendido en el diván. La homosexualidad sigue siendo ese carácter adquirido o esa esencia funesta o maravillosa, que se distingue por la particularidad de nunca poder ejercer el psicoanálisis, al menos en voz alta.

YOGURINES

El temprano inicio del camino hacia la identidad

> "La sensación de que a uno le chupen el pene es realmente agradable, dado que la boca es suave y cálida. Si eres tú quien chupa, toma el pene de la otra persona con la mano e introdúcelo suavemente en la boca. Es una sensación agradable y suave. Desliza la lengua de arriba a abajo, e intenta que los dientes no se interpongan demasiado en el camino… son muy duros. No te preocupes por tragar el semen. Sólo tiene un sabor salado. Y es perfectamente inofensivo".

Grupo de profesores y estudiantes gays de Melbourne, 1980

Además de su evidente (casi obscena) dimensión pre-sida, hay algo en la cita con la que abrimos este epígrafe que es digno de mención. La identidad (homo)sexual, según el libro y la asociación de la que éste surgió (¡hace ya dos décadas!), se desarrolla antes de que tenga lugar cualquier actividad sexual. De hecho, al igual que sucede con la identidad de género o étnica, se puede rastrear su presencia, como poco, hasta el estadio pre-adolescente.

Dicha hipótesis ha conducido a la elaboración de manuales como el citado de Melbourne, donde se enseña a alguna gente joven cómo desarrollar y disfrutar ciertas prácticas sexuales (gays o lésbicas; también heterosexuales), del mismo modo que a otra gente joven se le instruye respecto a la ética del modelo de familia, las funciones de la reproducción biológica de la especie humana, o la física, química y mecánica del control de la natalidad; todo ello en el marco de una paradigmática identidad heterosexual que se presenta como predeterminada, incuestionada y, sin embargo, todavía no del todo manifiesta. Y lo que es más importante, estos manuales enseñan cómo asentar (bien sea reconociéndola, bien desarrollándola) una identidad sexual particular (y socialmente problemática).

Cierto es que esa identidad (hetero)sexual ortodoxa apela cada vez menos al criterio de la reproducción biológica efectiva, y considera su mera posibilidad como el signo válido de la heterosexualidad. De igual modo, como veremos, (y a pesar de los detalles que proporciona el manual australiano), los actos homosexuales tienen cada vez menos importancia en la definición de la identidad lesbiana/gay/bisexual, mientras que "los sentimientos" van concentrando progresivamente una parte cada vez más importante del "sentido" de dicho proceso. La crisis del sida (y la consiguiente percepción de los riesgos que

implica el ejercicio de la sexualidad), como en tantos otros aspectos, demuestra ser un factor decisivo en esta "platonización" de la identidad. Una identidad, en cualquier caso, que echa por tierra la identificación impuesta con el modelo enfermo y susceptible de intervención que representan las categorías del niño mariquita y de la niña marimacho.

Razones para la promoción de una identidad nueva

Desde siempre, o al menos —cuidémonos de caer en anacronismos—, desde que se consolidan clandestinas comunidades homosexuales adultas, los jóvenes gays (y más claramente aún las jóvenes lesbianas) han sido históricamente negados y alienados. Básicamente, como hemos comentado, unas y otros no han sido nunca considerados como sujetos de su propio deseo. A no ser que queramos sugerir que, como tales, ni siquiera existían; que sus deseos no requerían una articulación discursiva pública, y que su "sexo" (cualesquiera que fueran los placeres o frustraciones que lo pusieran de manifiesto), no constituía un elemento crucial de su identidad. Esta es, precisamente, la hipótesis que aquí queremos explorar. Una "inexistencia" que, en un contexto preciso, ha dado paso a una identidad "nueva".

Ese establecimiento en el periodo post-bélico de una nueva categoría social (el "niño mariquita" y la "niña marimacho") es, junto con el desarrollo del movimiento gay y lésbico, el contexto donde surge una identidad sin antecedentes. Una vez más, la hipótesis foucaultiana del carácter "positivo" del poder pone de manifiesto su capacidad explicativa. De no haber sido categorizados como enfermos, o de no existir esa amenaza de modo patente, acaso estos y estas jóvenes no hubieran tenido la necesidad de definirse (de construirse) en función de factores tan estrictos y reduccionistas (aunque a menudo reconfortantes) como los que se imponen (también) a los y las jóvenes heterosexuales.

Como hemos visto, si no había sido ya descubierto en una actitud sospechosa o un acto de significado inequívoco, y sometido a la pertinente "reconducción", el discurso científico a menudo establecía el niño pre-homosexual retrospectivamente al preguntar a los gays adultos si jugaban de pequeños con muñecas o si se vestían con la ropa de mamá. Desde su aparición, el movimiento gay y lésbico alentará también (claro que por motivos exactamente opuestos) la constitución de una identidad gay, lésbica o bisexual que tendrá muy poco que ver con el victimizado, patologizado, desesperanzado y señalado niño mariquita. Una identidad que servirá, de hecho, para neutralizar esa amenaza cada vez más presente de catalogación de los y las jóvenes como enfermos necesitados de intervención.

En definitiva, el movimiento social estructurado tras los eventos del *Stonewall Inn* favorecerá la estrategia de promoción de dicha "identidad" como medio para permitir a las potenciales víctimas de este proyecto reaccionario el acceso a un punto de resistencia frente a los efectos de esa categorización establecida en términos de desviación. Pero, ¿cuál es el contexto que explica la construcción y promoción de un nuevo sistema de identificación; de una nueva concepción de sí, que antes no existía?

Muchas habían sido las consecuencias que desde mediados del siglo XX habían tenido las teorizaciones que hemos visto relativas a los "niños mariquitas". Entre los efectos de esa patologización, podemos citar: las terapias impuestas de forma más o menos coactiva por parte de adultos (incluyendo muchas opciones no médicas —aunque igualmente traumáticas— destinadas a animar a los niños a "que se vuelvan hombres" y las niñas "unas señoritas"); el acoso, la humillación y la violencia por parte de compañeros que percibían rápidamente la nueva victimización; la violencia doméstica; la huida del hogar; el abuso del alcohol y de otras drogas; la prostitución y el sexo de supervivencia (heterosexual en las jóvenes lesbianas, homosexual en los jóvenes gays); las tendencias suicidas y los intentos de suicidio, fallidos o no; los riesgos de infección por VIH y otros agentes patógenos; la resistencia frente a las campañas de prevención de tales riesgos; el acceso insuficiente a la información y el material preventivo; la ausencia general de un adecuado cuidado de la salud; la depresión crónica…

Cualquiera de estas situaciones afectan a gays y lesbianas jóvenes en mayor proporción de lo que les corresponde estadísticamente. Cualquiera de las políticas educativas, sociales o familiares destinadas a limitar sus efectos, si no tienen en cuenta las particularidades de unos chicos y chicas que se enfrentan, además, a un estigma y una exclusión (cuando no un escarnio y una violencia) muy particulares, están destinadas a fracasar. De hecho, fracasan. La mayor parte de las lesbianas y los gays adultos son verdaderos héroes; supervivientes de contextos donde no había autoestima posible. Otros se han quedado (han sido empujados) en la cuneta. Y nos corresponde ahora —razonará el movimiento—, allanar el camino a quienes están empezando a abandonar la infancia para entrar en el peculiar proceso de establecimiento de una identidad pre-adulta que ya debe ser "sexual".

De manera (sólo aparentemente) paradójica, todas las inquietudes por la llamada "protección de la infancia" (y la "curación" de los y las jóvenes —pre— gays y lesbianas) tienen efectos mortales. El proyecto de patologización de la juventud no heterosexual, por lo demás, ni siquiera sirve para los fines que en su momento lo impulsaron. La tan temida crisis

de la familia nuclear continúa inexorable su camino, empujada sobre todo por imperativos de orden económico contra los que ese proyecto de exterminio de los niños mariquitas (nunca formulado explícitamente; democracia obliga), tiene escasa influencia. O ninguna.

La homo-paido-fobia satisfecha o ignorante de su propio éxito

El movimiento gay y lésbico descubre (a menudo por introspección retrospectiva) una realidad de opresión, violencia y muerte asignadas que, en ocasiones, se presenta como portadora de efectos "beneficiosos". El impudor no tiene límites. Por ejemplo, como escribía un tal Joseph Harry en 1982: "Basando nuestras interpretaciones en los descubrimientos de otros investigadores que han averiguado que durante la adolescencia muchos jóvenes gays se encuentran aislados y alienados respecto a la cultura adolescente, establecemos la hipótesis de que ese aislamiento puede tener algunos efectos positivos. En la medida en que esos jóvenes gays no se interesan por las relaciones heterosexuales y los deportes, pueden inclinarse desproporcionadamente por la consecución de otras alternativas intelectuales, artísticas o culturales".

Dicho clima de homo-paido-fobia, la mayor parte de las veces, no es siquiera tenido en cuenta. De hecho, ha sido necesario sacar a colación sus efectos y denunciarlos públicamente para que se empiece a tomar conciencia de sus drásticos efectos. Pero incluso cuando se toma nota de ese aislamiento y de esa alienación con respecto a la cultura adolescente, generalmente se minimizan sus consecuencias o, como hemos visto, en el colmo de la desfachatez, se definen los supuestos efectos positivos de tal vacío.

En el campo de las ciencias sociales, algunos investigadores, influidos por la política *post-Stonewall*, trabajarán para recabar los datos necesarios que demuestren el alcance de ese proyecto "homocida". Si algunas de las manifestaciones de esa exclusión (como la prostitución) eran ya conocidas, los devastadores efectos de otras eran relativamente recientes (como las posibilidades de "terapia"), o absolutamente nuevos (como el sida). Por último, no es fácil determinar hasta qué punto otros efectos están generalizados (el acoso, la violencia doméstica, el abuso del alcohol, el suicidio o la huida del hogar). En especial, las formas de opresión menos "espectaculares" de las jóvenes lesbianas (al estar la disconformidad con el género femenino menos estigmatizada), revela un proyecto lesbofóbico de elisión y aislamiento que nunca hasta fechas muy recientes ha sido denunciado.

Las especificidades de estas cuestiones (por ejemplo: la educación sexual o sanitaria "general", centrada en la biología de la reproducción y la mecánica del control de la natalidad, no aborda adecuadamente las necesidades de los y las adolescentes gays y lesbianas, por no decir que los empuja al abismo de la irrelevancia y la inexistencia), plantean el tema de la identidad en el centro mismo del debate. Muchos estudios sobre la juventud desarrollados a lo largo de los años ochenta y noventa (en el mundo anglosajón, bastante más sensible a las cuestiones identitarias) abordarán estas cuestiones para confirmar la necesidad (ética y política) del establecimiento de una identidad de resistencia y de una comunidad de solidaridad intergeneracional.

Si un conocimiento sexual particular conduce a la clasificación, regulación, control y, en última instancia, opresión de los y las jóvenes disconformes con el género y la preferencia sexual que se les asigna, cualquiera que sea el objetivo de dicha imposición (por ejemplo, la consolidación del modelo de familia patriarcal), un contra-discurso igualmente político (e ideológicamente determinado), e igualmente científico (que apela —datos en mano— a la legitimidad científica), es considerado entonces como el único medio posible de "liberación".

Excursus. Jóvenes y prevención de sida en España

En el Estado español nunca ha habido demasiada inquietud por la situación de los y las jóvenes gays y lesbianas, ni se han llevado a cabo estudios que pongan de manifiesto sus problemáticas, ni se ha postulado la necesidad de promover una identificación de resistencia. A falta de estudios más amplios y precisos, sólo en el contexto de la pandemia de sida ha surgido alguna que otra iniciativa. Las razones son obvias. En nuestro entorno, el número de casos de sida que se sitúan en la franja de edad 20-29 años es muy elevado. Una abrumadora mayoría de tales casos responde a procesos de transmisión del VIH que han tenido lugar durante la adolescencia.

Un caso de sida en un gay de 25 años responde, con una altísima probabilidad, a una transmisión del virus que se produjo cuando éste tenía en torno a los 15 años. Proteger a esos jóvenes adolescentes para que sigan con vida diez años después supondría, creemos nosotros, ayudarles a que, si ya mantienen relaciones sexuales, lo hagan en las mejores condiciones de autoestima y seguridad posibles; y si aún no las han tenido, ayudarles a que estén preparados para hacer uso de los medios de prevención cuando las vayan a mantener.

Como ya hemos señalado, la educación sexual que se imparte en los centros de enseñanza consiste (cuando la hay) en una biomecánica del coito heterosexual, de la

fecundación, del embarazo y del parto. En el mejor de los casos, se añadirá una biotécnica de los medios anticonceptivos. La sexualidad queda en general inscrita en un contexto simbólico aséptico completamente alejado de las inquietudes de la gente joven. Para quienes no se sienten heterosexuales, dicha información, sencillamente, carece de interés o les sume en el limbo de lo indecible. Es más, la confusión entre prevención de embarazos no deseados (sólo posible —recordemos— en relaciones heterosexuales), y prevención de enfermedades de transmisión sexual aleja de la recepción de los mensajes preventivos a los jóvenes gays y lesbianas.

De toda la aproximación que llevan a cabo las autoridades sanitarias a la prevención del sida entre la juventud, causa verdadero estupor la elisión radical de las formas de afecto y placer no heterosexuales. Un estudio realizado en Francia por Mendès-Leite muestra cómo los jóvenes gays tienden a localizar el sida (y el riesgo de contraer el virus de inmunodeficiencia) en una franja de edad bastante por encima de la suya, de modo que, de manera harto conveniente pero sumamente peligrosa, los jóvenes gays tienden a borrar el sida del amplio catálogo de preocupaciones implícitas en el despertar a una sexualidad estigmatizada.

Pero aún hay más. Cabe preguntarse qué significa para un joven gay integrarse en una "homosexualidad" consistentemente asociada en los *mass media* con la desdicha y la muerte. Es imprescindible reconocer que el tabú en torno a las formas de placer o afecto fuera de la norma socio-sexual induce a los jóvenes gays bien a poner en práctica estrategias de avestruz, bien a la asunción de un modelo política, social y culturalmente privilegiado por los discursos de la homofobia y que es un modelo de enfermedad y muerte. En cualquiera de los dos casos, se mantiene a los jóvenes gays en situación de riesgo.

Si bien parece evidente que la sexualidad de las y los jóvenes debe ser tenida en cuenta a la hora de diseñar políticas de prevención, a lo largo de los años ochenta no se realizó en España prácticamente ningún estudio sobre el comportamiento sexual de los jóvenes. Durante los primeros años noventa, no obstante, parece que esa sexualidad empieza a ser tenida en consideración, al menos a título de inquietud científica; otra cosa es su traducción en políticas precisas. Estos estudios, que provienen de las más diversas instituciones, no suelen tenerse en cuenta unos a otros, de modo que una política de juventud coherente apenas puede ponerse en práctica.

Efectivamente, quizás lo más grave es que después de una década de sida, la repentina inquietud por saber cómo follan los y las jóvenes no tiene efectos consistentes en el diseño y desarrollo de políticas preventivas eficaces. Como veremos a continuación, tales estudios no

hacen sino demostrar la insuficiencia de la información que se da sobre sida, la inexistencia de una correlación necesaria entre información y cambio de hábitos o adopción de comportamientos "seguros", las dificultades de acceso a los medios preventivos, el fracaso, en suma, de toda la política de prevención dirigida a las y los jóvenes… y en particular a los gays y lesbianas.

En el Foro Internacional sobre Medicina para Adolescentes celebrado en 1992, Rafael Nájera, director del Instituto de Salud Carlos III y reconocida autoridad en esta materia, insistía en que la mayor parte de las transmisiones de VIH se producían entre jóvenes, y declaraba: "es vital que se inicien campañas de información para los niños en las escuelas, de la misma manera y con la misma naturalidad que se les enseña a cruzar una calle". Y añadía: "la única lucha posible contra el sida es que cuando los jóvenes sientan la llamada del sexo o deseen probar las drogas sepan desde muy pequeños que hay medidas para no contagiarse ni contagiar al resto" (*Ya*, 28-6-92).

En la VIII Conferencia Internacional sobre el sida celebrada en Amsterdam ese mismo año, los expertos afirmaban que la mitad de la población que en ese momento estaba más expuesta al VIH la constituían los y las menores de 25 años. Ya entonces, representantes de asociaciones juveniles reclamaron un mayor grado de participación en los programas educativos y de prevención que desde las instancias oficiales se les dirigían. En sus conclusiones se podía leer: "queremos ser informados de forma responsable por gente joven; ser sexualmente activos cuando queramos, dónde, con quien y tan a menudo como queramos" (*El País*, 24-7-92).

La Consejería de Salud de la Comunidad de Madrid realizaba un estudio también en 1992 cuyos resultados no se harían públicos hasta dos años después (*El País*, 15-2-94). Podría pensarse que el sida y la sexualidad no constituyen un problema grave, y sin embargo, ya había bastantes datos que indicaban lo contrario. El mismo diario (20-8-93) informaba (también con retraso, pues se refiere a datos de 1990), que "el sida mata al doble de madrileños entre 25 y 34 años que el tráfico". Si los datos oficiales tardan años en salir a la luz, las medidas que tales estudios exigen se hacen esperar aún más. Entre tanto, la pandemia progresa al calor de la desidia y la irresponsabilidad. Al calor de la homofobia.

Madrid es la tercera ciudad de Europa en cuanto a tasa de personas seropositivas. En este contexto, el estudio sobre hábitos sexuales de los y las jóvenes muestra cómo a los 16 años, más de la mitad ya han tenido relaciones sexuales. Por encima del 20% había tenido relaciones con diez o más personas, y otro 15% superaba los seis amantes. Un 81% tomó medidas para evitar el embarazo (lo que no indica que tales medidas previnieran también de

la transmisión del VIH). Un 18% no tomó medida preventiva alguna, explicándose este dato por “no tener preservativos a mano” y por creer que “la primera vez no pasa nada”. Este estudio, excepcionalmente (y pese a asociar consistentemente prevención con posibilidad de embarazo), da datos relativos a la frecuencia de las relaciones homosexuales. Éstas constituyen un 2,6% del total; cifra que sube al 4,3% para los y las jóvenes de “clase acomodada” y a un 5,9% para quienes “trabajan”.

De entre las campañas oficiales para la prevención de la transmisión del VIH entre los jóvenes programadas en la segunda década de la pandemia de sida en el Estado español, algunas de las que llegaron a prometerse ni siquiera fueron llevadas a la práctica. En 1994, Francisco Parras, secretario del Plan Nacional sobre el Sida (PNS), anunció en el Congreso de los Diputados que se llevaría a cabo una campaña de promoción del uso del preservativo dirigida a jóvenes. Trece años después del inicio de la epidemia y siete después de la primera campaña informativa, el Ministerio de Sanidad reconocía implícitamente que el uso de condones en este sector de la población podía tener algo que ver con la posibilidad de pagarlos. Así, Parras anunciaba la subvención del precio y la puesta a disposición de las y los jóvenes de cajas de dos o tres condones con una “presentación joven para atraer a los jóvenes” a cien o doscientas pesetas.

El plan del PNS se anunciaba para el año siguiente, es decir, para 1995, y su duración quedaría limitada a los tres meses de verano, “porque los jóvenes tienen una mayor actividad sexual coincidiendo con la época estival”. Durante ese verano de 1994 no habría pues plan, ni en el otoño, invierno y primavera siguientes. Pero tampoco llegaría durante el anunciado verano del 95, ni en el siguiente, ni en los sucesivos, pese a que Parras anunció que “la campaña se repetirá un año tras otro durante esos meses” (*El País*, 15-6-94).

Los datos de la Comunidad de Madrid vendrían a ser oficialmente confirmados como válidos para todo el Estado ese mismo año. Con motivo de la Semana de la Salud de la región de Murcia, Francisco Parras presentaba las últimas estadísticas del PNS, según las cuales el sida era (y sigue siendo) la primera causa de muerte entre jóvenes de 25 a 34 años en todo el Estado. Según datos de agosto de 1994, el número de casos notificados entre personas de 25 a 34 años de edad ascendía a 15.182. Pero también habían sido notificados 2.766 casos entre los 20 y 24 años y 268 casos entre jóvenes de edades comprendidas entre 13 y 19 años.

En ausencia de las campañas decididas y generalizadas a las que parecía apelar la estadística, lo que sí hubo ese verano de 1995 para el que se había prometido la subvención general de los preservativos para jóvenes fue una campaña europea en la que participaban

veinte países, y que consistía en el reparto gratuito de preservativos acompañados por un folleto “no agresivo” en los albergues de juventud y en puntos de encuentro de jóvenes. Es decir, la escasísima prevención seguía dirigiéndose a la juventud integrada en estructuras asociativas, a la juventud que está en estrecho contacto con el mundo institucional, a la juventud informada.

En una encuesta del Departamento de psicología social de la Universidad de Santiago de Compostela realizada a 7.580 jóvenes entre 14 y 19 años de todo el Estado español (excepto País Vasco y Andalucía), un 75% se declaraba poco informado. La actividad sexual se iniciaba en torno a los quince años. De entre quienes habían mantenido relaciones sexuales con penetración, el 50% no había utilizado preservativos. El estudio aduce como posibles explicaciones a este hecho la desinformación, las dificultades de acceso a los medios de prevención o la inclusión del sexo en el marco simbólico del amor romántico. El estudio, una vez más, hace un llamamiento a una actuación más decidida por parte de “instituciones y agentes sociales” (*El País*, 16-2-96). palabras, de nuevo, que se lleva el viento.

Como los mencionados, podríamos citar un largo etcétera de estudios inconexos que igual servían para promocionar una marca de vaqueros (Levi’s hizo su propio estudio), que para confirmar hipótesis optimistas sobre los efectos de las políticas de prevención dirigidas hacia jóvenes o, en el mejor de los casos, para hacer brindis al sol en espera de que alguien recogiera el guante. Estudios que, casi siempre, obvian la existencia (con o sin identidad) de una juventud gay y lesbiana; o la existencia incuestionable de relaciones homosexuales entre jóvenes. Estudios que, cuando se realizan con cierto rigor, sacan a la luz datos escalofriantes. Estudios que, cuando no confirman la despreocupación general, instan a “actuaciones más decididas” que nadie pretende saber quién o cómo han de implementarse.

Ingredientes para la elaboración de una identidad inédita

Hay en los estudios que por aquí se desarrollan una escandalosa dimensión nefanda en lo que se refiere a la sexualidad entre jóvenes gays y lesbianas. No sólo se pasan por alto las prácticas homosexuales (sólo un estudio de los que hemos encontrado trata de ponderar su prevalencia), sino que no se tienen en cuenta siquiera como hipótesis de trabajo a la hora de diseñar las parcas, breves, tacañas y limitadas campañas preventivas. En otros aspectos (los estudios sobre suicidio entre adolescentes son ejemplares a este respecto), tampoco se tiene en cuenta no ya la existencia de relaciones sexuales, sino la posibilidad de que entre los y las

jóvenes se produzcan procesos de identificación con una minoría socialmente discriminada, criminalizada o victimizada.

El *aveu* foucaultiano (cuanto más hablamos, más quedamos sujetos a regímenes de "verdad" cuyo control se nos escapa), se convierte en una paradoja: cuanto menos hablamos, más se nos imponen tales regímenes de todas formas. Los y las jóvenes pre-homosexuales muestran el carácter insalvable de esta paradoja. La negación de la sexualidad adolescente (entendiendo por ésta la subjetividad adolescente; no el "sexo"), acabará siendo desafiada en el mundo anglosajón por un nuevo discurso sobre (y muy pronto desde) la juventud misma.

El resultado de esta estrategia es el (auto) descubrimiento y, en cierto sentido, la (auto) creación de la juventud gay y lésbica (y enseguida bisexual) que aún desconocemos por estos pagos. Los principios de esta nueva identidad pueden ser resumidos en varios puntos. Para establecer tales epígrafes, nos apoyamos fundamentalmente en diversos manuales publicados en los últimos años en Estados Unidos y Australia. Son los escritos por Bass y Kaufman, Cranston y Thompson, el ya citado del Grupo de estudiantes y profesores gays de Melbourne, y el elaborado por Herdt y Boxer. Más allá del sexo (o, mejor dicho, antes del sexo), tales principios podrían ser los siguientes:

- La nueva identidad es pertinente en asuntos de "amor" y "sentimientos". "Ser gay, lesbiana o bisexual es una etiqueta que define de quién nos enamoramos". No se requiere, consecuentemente, ninguna experiencia sexual previa; la "atracción" (o el "deseo"), y no la "experiencia" (o el "placer") es la llave de dicha identidad: "tu orientación sexual se refiere más a quién te atrae que a lo que ha sido tu experiencia". "Si crees que puedes ser gay, hazte las siguientes preguntas: Cuando sueño o tengo fantasías sexuales, ¿se refieren a chicos o a chicas? ¿Alguna vez me he enamorado de un hombre o de otro chico? ¿Me siento distinto del resto de los chicos? ¿Son mis sentimientos hacia los chicos y los hombres claros y verdaderos?".

- Así pues, no se trata de un "estilo de vida" (adulto), sino de un elemento central de la identidad en espera de revelarse: "es parte de tu ser; es lo que realmente eres en el fondo de ti". "En el instituto, como en la vida adulta, una persona de cada diez aproximadamente tiene poderosos sentimientos gays. Muchos no se darán cuenta aún de que son gays; la presión para adecuarse a la norma heterosexual es muy fuerte". "A medida que empiezas a escuchar tus sentimientos más profundos, y a medida que empiezas a aprender más cosas sobre lo que supone ser gay, empezarás a sentirte cómodo con tu sexualidad. Este proceso se denomina salir del armario" [*coming out*].

- “Salir del armario”; el ritual de aceptar y compartir una nueva identidad que fue establecido por adultos en los años sesenta (y que lo llevaban a cabo los gays hacia los 22 años y las lesbianas hacia los 25), se ha convertido en sólo dos décadas en un proceso que afrontan hoy día los adolescentes que viven en las grandes ciudades de los Estados Unidos”. Definido como un proceso más que como un acto, implica un auto-descubrimiento (asumir quién o qué “es” uno o una realmente), y una auto-aceptación (admitir esa “verdad”). Se trata de ser “sincero con uno mismo”. “Es de crucial importancia ser honesto con uno mismo. Al igual que negarse uno mismo tiene un coste, también salir del armario tiene ventajas. La mayoría de los chicos y chicas que aceptan su sexualidad dicen sentirse más tranquilos, alegres y confiados”. Supone desaprender “el imperativo de heterosexualidad universal”, desaprender “los estereotipos homosexuales”, así como reconstruir “por completo el yo” en términos gays, lésbicos o bisexuales.

- Pero “salir del armario” también significa descubrir esa “verdad” a los demás: un proceso delicado pero necesario que requiere “mucho coraje”; una prueba de “honestidad” y, en última instancia, un “regalo” a familiares y amigos. En un grupo de noticias de internet que sirve de foro para jóvenes gays, lesbianas y bisexuales de Estados Unidos (o de cualquier parte del mundo), podemos leer mensajes como el siguiente: “Soy un chico de 18 años y acabo de salir del armario conmigo mismo […] Soy gay y es la primera vez que lo digo a alguien (¡a este grupo de noticias!) […] Si alguien puede darme algún consejo, por favor, hacedlo; ya me habéis ayudado si habéis leído este mensaje. GRACIAS. Necesitaba sacar algo de esto fuera”. Lo que acaso no perciban (aún) estos jóvenes es que salir del armario se establece como un proceso inacabable. En un contexto de presunción generalizada de heterosexualidad, “para que funcione el ritual, deben presentar ante los demás ese nuevo yo gay o lésbico una y otra vez, y en todas y cada una de las dimensiones en las que el actor social tiene derechos y obligaciones. De otro modo, esa transformación intencionada, deseada, íntima y abierta a los demás no llega a completarse”.

- Esa “salida del armario” como descubrimiento / revelación es entonces considerada como un *rite de passage* hacia una felicidad “madura” y una integración social en una nueva comunidad: “una vez hayas encontrado apoyo y te aceptes cómodamente, te das cuenta de que ser gay no sólo está bien, sino que a menudo es sensacional […] Una vez te sientes realmente bien con tu orientación sexual te conviertes gracias a tu experiencia en una persona más sabia y fuerte”. La autoaceptación conlleva un sentimiento de entereza y fuerza: “compartir tu verdad en un ambiente seguro en que te sientas apoyado es un paso de gigante

para sentirte mejor contigo mismo". Ser gay, salir del armario y ser feliz van de la mano en un proceso investido de sentido.

- Si todas las instituciones sociales enseñan a odiarse a uno mismo, es sin embargo necesario resistir hasta que una comunidad afectiva (aun en el seno de una sociedad hostil) sea accesible. Salir del armario es un proceso que va del "conflicto íntimo" a la "auto-aceptación". "Casi todos los jóvenes atraviesan al principio un periodo de negación y conflicto íntimo hasta que se aceptan, salen del armario y, en última instancia, celebran ser quienes son". La identidad se establece a partir del sufrimiento y de la resistencia frente a experiencias desagradables que con suerte acaban siendo superadas. La promesa de un proyecto de vida satisfactorio en el contexto de la comunidad gay, lésbica y bisexual hace que merezca la pena asumir los riesgos que entraña el acto de auto-identificación y de descubrimiento público. De hecho, la participación en dicha comunidad exige salir del armario: "el homosexual nunca se revela como tal, mientras que el gay o la lesbiana siempre lo hacen" o. por decirlo de otro modo, no es lo mismo ser homosexual (lo que implica "no revelarse" en términos de preferencia sexual) que gay o lesbiana (que sí exige esa manifestación). .

- El establecimiento / descubrimiento de la nueva identidad no tiene por qué constituir un proceso aislado. Quienes hacen frente al nuevo imperativo de auto-identificación deben saber que "no están solos". Dicha aserción implica que el joven cuyos sentimientos ponen de manifiesto su problemática inserción social (que no está "fuera del armario" y que no está integrado en una comunidad gay, lésbica y bisexual) se encuentra necesariamente aislado. Se trata, pues, de una identidad establecida idealmente, y de una identidad esencialmente comunitaria.

- Las nuevas tecnologías, y en particular internet (pero también las líneas telefónicas de ayuda), constituyen en la actualidad el más poderoso medio de promoción de la nueva identidad como medio de romper con el aislamiento de los jóvenes que se sienten gays y lesbianas. Una "comunidad virtual" de apoyo se constituye en espera de que las redes sociales "reales" de gays y lesbianas se hagan accesibles a los menores. Un mensaje del foro de debate en internet antes citado (y que respondía a otro titulado "Socorro. Necesito ayuda. Soy un suicida"), decía así: "He intentado matarme dos veces en mi vida. Cada vez que quería matarme me sentía tan solo y abandonado… Sé lo que es estar solo, he pasado diez años emocionalmente solo. Claro que tenía gente alrededor, pero no llegaba a encajar. Hay ayuda ahí fuera, gente como tú y como yo. Yo encontré un grupo de jóvenes gays cerca y empecé a asistir a las reuniones. Me vino muy bien. Empecé a darme cuenta de que no estaba

solo. Antes de intentar cualquier cosa, procura encontrar un grupo cerca de ti. O al menos vete a un centro de urgencias antes de que hagas algo de lo que te puedas arrepentir […] No te rindas porque, si lo haces, nunca llegarás a saber si al final podrías haber llegado a lograrlo".

El poderoso requerimiento de la comunidad de adultos

Por razones probablemente ajenas a su dinámica intrínseca, el requisito de definición sexual ha llegado a convertirse en la actualidad en algo que debe afrontarse antes incluso de la adolescencia. Seguimos en el grupo de noticias de internet: "Creo que puedo ser gay. Tengo miedo. Necesito ayuda, o me moriré. Sólo tengo 12 años". ¿Pero acaso no siempre ha sido así?

Parece que sólo desde hace unos pocos años este reconocimiento de los deseos descastados llega antes de que sea necesaria una identificación social, públicamente abierta y políticamente establecida. La salida del armario "personal" y la salida del armario "social" no estaban colapsadas en un único acto a la vez de consciencia y revelación. El deseo y el placer no quedaban inmediatamente fundidos y confundidos en la identidad. Muchos chicos gays (y heterosexuales) podían jugar con sus identidades sexuales no etiquetadas (aunque a menudo consistentemente coherentes) durante algún tiempo. Una revelación íntima no era asaltada por una demanda social de definición particular. Antonio, de 16 años, al que se cita en el manual de Cranston y Thompson, lo expresa así: "Un día estaba hojeando una revista, había un chico guapo y ¡pum! lo supe". Y en la novela de James Baldwin *Giovanni's room* podemos leer: "Sentí algo que nunca antes había sentido, y que de forma misteriosa pero inevitable le incluía a él". Los ejemplos literarios podrían multiplicarse indefinidamente. ¡Pum!

Los criterios de definición de la identidad sexual establecidos por el discurso científico a partir de la invención del "niño mariquita" pueden ser irrelevantes, del mismo modo que el requisito de la actividad sexual es en la actualidad considerado obsoleto. Pero la tarea que debe afrontarse inevitablemente para resistir a estas determinaciones es el auto-establecimiento de una identidad sexual igualmente fija, pero ahora autónoma o, al menos, no radicalmente heterónoma… y, en cualquier caso, no hostil. Dicha identidad no se construye a través del reconocimiento (o la puesta en práctica) de un deseo íntimo. Requiere, más bien, una auto-identificación con un deseo socialmente establecido, políticamente relevante y categóricamente definido. "Seguramente encuentres que la definición de tu experiencia te

resulta fortalecedora. Poder ponerle un nombre a tus sentimientos te puede ayudar a asentarte mejor y a conectar mejor con quienes tienen experiencias similares".

"Esta juventud constituye un nuevo fenómeno social: una generación de jóvenes que se identifican como gays y lesbianas, la primera en hacerlo en la historia de la humanidad. Pero no podrían haber llegado tan lejos de no haber mediado los cambios sociales y políticos que permitieron establecer una comunidad adulta nueva y más poderosa". Aunque todos los "manuales de identidad" aclaran en uno u otro momento que "no tienes por qué ponerle una etiqueta a tu orientación sexual inmediatamente", resulta difícil imaginar cómo podría nadie escapar a esa presión. Sobre todo si consideramos que la presión por etiquetarse como "hetero" es bastante más agobiante… La diversa y no necesariamente hostil (ni necesariamente heterosexual) "comunidad de adultos" es, sin lugar a dudas, poderosa en sus requerimientos. Heterosexual, gay, lesbiana, bisexual, *queer*… o nada. No hay ya, al parecer, ninguna otra alternativa viable.

Una última referencia literaria. Querelle, el personaje creado por Jean Genet en 1953, no tiene una identidad marginal hasta que culmina una relación sexual con Nono. Antes incluso de que ésta tenga lugar, el personaje le reconoce a dicho acto la capacidad de alterar drásticamente su concepción de sí mismo: "¿En qué se transformaría? En un dao por culo. Lo pensó con terror. ¿Qué es un dao por culo? ¿De qué madera está hecho? ¿Qué iluminación especial le destaca? ¿En qué monstruo nuevo se transforma uno y cómo es el sentimiento de esa monstruosidad?". Y cuando finalmente Norberto le penetra, la reflexión de Querelle —así la imagina Genet— discurre en estos términos: "Sentía aflorar en él, instalándose allí, una nueva *naturaleza*; tomaba exquisitamente conciencia de que se estaba produciendo una alteración que le convertía en un dao por culo".

Este pobre Querelle, que sólo puede identificarse como "*enculé*" una vez le han follado, se sentiría hoy día, casi con toda seguridad, completamente fuera de onda.

Epílogo. Me acerco a mi 32 cumpleaños…

Este proceso que hemos descrito queda abierto a racionalizaciones retrospectivas. Al grupo de noticias de jóvenes g/l/b llegaba el siguiente mensaje: "La depresión se ha manifestado en ocasiones porque me acerco a mi 32 cumpleaños y sólo ahora estoy empezando a admitir ante mí mismo la verdadera naturaleza de mi sexualidad; que soy gay. Muchos de los mensajes de los jóvenes me hacen ver cuánta vida se me ha ido escapando mientras me negaba la auténtica naturaleza de mi yo. […] Mi felicidad se deriva de la lectura

de esas experiencias compartidas en este grupo de noticias y al comprobar el apoyo que reciben quienes comparten ese conflicto sobre la naturaleza de su identidad. […] También me hace feliz darme cuenta de que puedo también compartir mi experiencia, de que puedo reconocer mi identidad, ojalá que para beneficio de otros así como de mí mismo. […] No puedo quererme mientras siga negándome. Mi camino en este momento es un camino de auto-descubrimiento, de descubrir quién soy. […] Ya sé que este grupo de noticias es un foro para gays, lesbianas y bisexuales jóvenes, y que yo ya no soy joven, pero creo que mis sentimientos en la actualidad encajan en lo que por aquí se dice, y me parece que es un lugar 'seguro' para que yo dé un primer paso".

OUTING

La cólera de los gays[2]

No hay nada más temido por quienes están en el *armario* que pensar en el día en que su homosexualidad llegue a ser conocida por todos. El *outing* consiste precisamente en aprovecharse de este terror para amenazar y, llegado el caso, sacar del armario a todo gay o lesbiana que haya actuado en contra de nuestra comunidad. En una versión menos dramática, consistiría en animar a que asuman públicamente su homosexualidad aquellas personas que pueden contribuir por su relevancia a una mayor visibilidad de la comunidad gay y lesbiana.

En diez años, esta práctica revolucionaria nacida en EEUU ha cruzado el Atlántico, ha hecho furor en Inglaterra, saltó a Francia en 1999 y puede estar a punto de atravesar nuestras fronteras.

El *outing* es una práctica política, una estrategia de lucha premeditada, consistente en "sacar del armario", o sea, hacer pública la homosexualidad de personajes reconocidos socialmente con algún tipo de poder político, moral, religioso, económico, cultural o mediático, quienes, a pesar de ser homosexuales, en ocasiones se manifiestan públicamente en contra de dicha opción sexual y oprimen al mismo colectivo al que ellos pertenecen utilizando su privilegiada posición. Otras veces, sencillamente, no se comprometen con los derechos y libertades de lesbianas y gays como se considera que sería su obligación ética.

Como es de suponer, dicho proceder tiene algo de violento ya que afecta a lo que se considera la vida privada de los individuos, sólo que su violencia no nace, como podría parecer, del hecho de hacer pública la condición homosexual de éste o aquel sujeto, sino del estigma social que ello tristemente aún lleva implícito. Los defensores de esta práctica consideran que declarar en público que alguien es homosexual debe tener las mismas consecuencias que declarar en público que alguien es heterosexual y que mientras ello no sea así será un síntoma claro de que en la sociedad aún existen resquicios de homofobia. En contra del *outing* se sitúan quienes optan por la defensa a ultranza de la privacidad de la vida de las personas y su derecho a mantener en secreto lo que consideren más oportuno.

De este conflicto se pueden extraer numerosas conclusiones que darán una idea más o menos definida de la tesitura en la que se encuentran tanto gays como lesbianas en el seno de la sociedad y de lo problemático que a veces resulta luchar por una causa justificada sin cometer excesos o caer en la propia persecución intestina de quien se intenta paradójicamente

[2] Artículo aparecido, en una versión más reducida, en la revista *Zero* (nº 10, septiembre de 1999).

defender. Las distinciones entre los gays y lesbianas sin más, los gays y lesbianas que no salen del armario, y los gays y lesbianas que actúan según los parámetros de la homofobia, empiezan a resultar relevantes.

Born in the USA

El término *outing* es un vocablo importado del inglés, concretamente de norteamérica, como tantos otros que los *gays, butchs, drags, bears, queers, leathers, bottoms* utilizamos corrientemente. Si en nuestro país el *outing* puede resultar algo nuevo, en USA tampoco es que lleve mucho tiempo en circulación. La primera vez que aparece utilizada esta palabra en un medio de comunicación con el sentido preciso, que poco a poco iremos matizando, de "sacar a un personaje público del armario respondiendo a una estrategia política de lucha antihomofóbica pensada de antemano" (o sea, dar a conocer la opción homosexual de una personalidad relevante de la vida política, de la jerarquía eclesiástica o militar o simplemente famosa sin más) fue en Enero de 1990 en *Time magazine*. *Outing*, si lo miramos en el diccionario, significa "paseo, excursión, gira". Irse de *outing* a Cáceres es, pues, según el diccionario, darse una vuelta por la capital extremeña. Nada que ver, por otra parte, con lo que nos ocupa aquí.

La práctica del *outing*, además de fecha de nacimiento, tiene un padre: Michelangelo Signorile, periodista y activista gay que fue el primero en hacer pública la homosexualidad de conocidos personajes de New York, Washington y Hollywood (el asistente del Secretario de Defensa, Pete Williams, la propia Jodie Foster...) desde la páginas de la revista *OutWeek*. Esta práctica se ha extendido luego de modo formidable por el norte del nuevo continente y raro es el día en que en aquellas latitudes no se desayunan con el *outing* de este o aquel político, actriz, juez o alcaldesa. Salta a la vista que ver aparecer de un día para otro, proclamada a los cuatro vientos en los periódicos o en la televisión, la homosexualidad que se mantenía en secreto no le hace demasiada gracia a nadie. Y menos si se cree que de ello depende la propia carrera profesional, el prestigio social, el reconocimiento público, el acceso a puestos de privilegio; menos aún si el *outing* desvela una actitud hipócrita, homofóbica o, en el mejor de los casos, más que tibia en el compromiso con una comunidad a la que se maltrata.

Ésta es precisamente la fuerza del *outing*: el horror que a todos los que están en el armario les produciría verse sacados de él violentamente ante millones de personas. Por este motivo, inicialmente, sólo se le hacía *outing* a personajes célebres o con algún tipo de poder político, moral, económico o religioso que, siendo gays o lesbianas, se hubieran pronunciado en público en contra de la homosexualidad, hubieran votado en favor de leyes discriminatorias contra el

colectivo gay o hubieran hecho cualquier otra cosa atentatoria o difamatoria contra los y las homosexuales: Pete Williams, por no combatir la exclusión de lesbianas y gays en el ejército; Jodie Foster, por participar en la muy homofóbica película *El silencio de los corderos*...

"Outing" a la americana y "outing" a la inglesa

Naturalmente, esto sólo fue al principio. Al *outing* como estrategia política de algunos individuos o de colectivos de gays y lesbianas como *Queer Nation* pronto se le unió otro estrictamente mediático y que respondía no ya a los buenos propósitos a los que apelaba Signorile, sino a otros que más tenían que ver con el beneficio económico que procuraba el escándalo. Así, la cosa comenzó a salirse de madre y por menos de nada, si se consideraba relevante o capaz de incrementar la tirada o la audiencia del medio, se sacaba a quien fuese del armario en virtud de las concepciones vigentes en EEUU sobre el derecho a la información y la libertad de expresión. El *outing* "a la americana" consistiría, entonces, en sacar del armario a casi cualquiera con casi cualquier motivo sin que ello implique responsabilidad alguna ante los tribunales de justicia; igual que si se tratase de la revelación de la heterosexualidad.
El caso más representativo es el del hoy desaparecido colectivo *Queer Nation*, pionero del *fax-outing*, esto es, mandar faxes a todo el mundo con una lista de nombres de personajes famosos para sacarlos así del armario; o haciendo referencia a su homosexualidad con pintadas sobre los anuncios publicitarios donde esos famosos recomendaban éste o aquél producto; o persiguiéndolos con pancartas y a voces recomendándoles salir del armario. Tom Selleck, Whitney Houston o (de nuevo) Jodie Foster aparecieron en carteles con el lema "*Absolutely queer*" impreso bajo sus fotografías. Corría el año 1991.

En Inglaterra, el *outing* también constituye una práctica muy difundida aunque con un matiz muy importante respecto del caso americano. En este país, el colectivo *Outrage!*, que es el único que se dedica a hacer *outing* con una cierta regularidad, tiene muy claro que esta práctica sólo está justificada si la "víctima del armario" en cuestión ha tenido comportamientos o actitudes declaradamente homófobos, convirtiendo así a otros gays y lesbianas en víctimas de su homofobia. Lo contrario lo consideran un atentado contra la persona injustamente sacada a la fuerza del armario. Éste fue el caso del ministro de agricultura del primer gobierno de Tony Blair, Nick Brown cuya homosexualidad salió a la voz pública por intereses oscuros. *Outrage!* condenó este *outing* porque Nick Brown no era, según Peter Tatchell, dirigente de esta organización, ni "un hipócrita ni un homófobo" y además "en las tres cuestiones más

importantes concernientes a los derechos civiles de los gays -edad de consentimiento, servicio militar y la sección 28- votó a favor de la igualdad de los gays". Al ministro de agricultura simplemente no le apetecía salir públicamente del armario, aunque vivía con su novio, cosa que tampoco ocultaba, y jamás hizo nada en contra de la homosexualidad.

Muy diferente es el caso de los diez obispos anglicanos y, más en concreto de David Hope, antiguo obispo de Londres (después Arzobispo de York) a quienes *Outrage!* practicó un *outing* sin contemplaciones o les puso las cosas tan difíciles como para obligarles a hacer un *coming-out* improvisado antes de caerse con todo el equipo. En esta ocasión, según los parámetros del *outing* "a la inglesa", esta práctica sí estaba justificada. Por diversos motivos (por activa o por pasiva; por acción u omisión): por hipocresía, estos obispos condenaban la homosexualidad en sus sermones y pastorales siendo gays; apoyaban la discriminación de gays y lesbianas mientras ellos no la sufrían en el blindaje de sus cargos; incitaban a la curación y al arrepentimiento a los homosexuales, disfrutando entre tanto los monseñores de lo lindo; sostenían cualquier tipo de cruzada homofóbica y le negaban el acceso a los homosexuales a su Iglesia, estando ellos ya dentro...

David Hope, oliéndose lo peor, convocó un buen día una rueda de prensa y salió del armario. A partir de esta acción de *Outrage!* ha habido una infinidad de "espontáneos" *coming-outs* entre el clero anglicano y la conservadora jerarquía se ha abierto al diálogo con los colectivos gays y ha condenado explícitamente la homofobia y cualquier forma de discriminación para con los homosexuales. Y algo de lo que *Outrage!* se muestra muy contento es que el obispo Hope no sólo no ha sido apartado de su cargo sino que se ha visto promocionado al arzobispado de York, que digo yo que será algo bueno. Su salida del armario no sólo no ha arruinado su vida ni su carrera eclesiástica, sino que toda la jerarquía ha cerrado filas en torno a él.

Según Peter Tatchell, el *outing* no pretende destrozar la existencia de nadie, sino mostrar muy al contrario que no pasa nada malo por declararse gay en público. Sólo hay que vencer el miedo, la hipocresía y la propia homofobia que podamos albergar en nuestro interior cada uno de nosotros. En cualquier caso, esta fórmula "a la inglesa" es compatible con una práctica del *outing* por parte de los medios de comunicación que cuenta con una larga y fructífera historia; una historia que encaja más en los parámetros norteamericanos, aunque los tabloides británicos están a menudo muy lejos de buscar el fin de la homofobia y la invisibilidad.

Partidarios y detractores

Sea como sea, "a la americana" o "a la inglesa", el *outing* como estrategia de los colectivos de lesbianas y gays es siempre una cuestión controvertida y que suscita las más apasionadas reacciones a favor y en contra. E incluso se defienden posturas contrarias según qué caso o como reconoce Philippe Mangeot, Presidente de *Act-Up Paris*, se cambia de opinión con el paso del tiempo. En una entrevista concedida a la revista *Têtu* en el año 1999 declaraba: "Hace ocho años, cuando discutimos del principio del *outing*, yo estaba personalmente en contra. Me acuerdo de haber lanzado amenazas líricas del tipo: 'El que nunca haya tenido miedo de decir su homosexualidad que tire la primera piedra'. Todavía hoy suscribo estas amenazas. No olvidemos que el diputado en el que pensamos es un caso particular: no hemos hablado de hacerle un *outing* a todas las personalidades homosexuales".

Efectivamente, la asociación había considerado la posibilidad de hacerle un *outing* a un diputado del conservador RPR, que había participado en una masiva manifestación en contra de un proyecto de Ley de Parejas. En dicha manifestación, conservadores y democristianos coincidieron con la ultraderecha del Frente Nacional de Le Pen y con el integrismo católico, judío y musulmán. Allí se gritaron consignas como "Maricas a la hoguera", "Moríos de SIDA" y otras lindezas sin que el parlamentario gay pareciera inquietarse mucho. Al final, sólo consideraciones relativas a la supervivencia de la asociación (que se vería amenazada por la cuantiosa multa a la que hubiera sido condenada caso de haberse hecho el *outing*) llevó a *Act-Up* a desistir de la iniciativa. Esto ha ocurrido en el país vecino en 1999; hace escasamente un año. Es decir, que el *outing* no responde a una particular paranoia de la sociedad anglosajona. El debate ya está en el continente. Veremos cuándo llega a nuestro país y cómo se adapta a nuestra dieta mediterránea.

El *outing* levanta ampollas no sólo entre el sector homófobo del colectivo heterosexual, que curiosamente siempre sale en defensa del gay o la lesbiana víctima del *outing* (tal vez porque fueron ellos quienes lo o la metieron en el armario y no les agrada que vengan otros a sacar a quienes ellos encerraron). Entre los gays también hay mucha gente en contra del *outing* en su versión americana o europea, y los portavoces de *Outrege!* y *Act-Up*, como hemos visto, matizan sus posiciones. Que cada cual piense lo que quiera: la *diversity* siempre ha sido característica del colectivo gay. Aunque sí querría señalar que todo depende de cómo se valore y hasta qué punto y cómo se defina eso de la "vida privada". ¿Pertenece o no la opción sexual a la

vida privada? La heterosexualidad no pertenece a la vida privada de nadie porque todo el mundo es heterosexual hasta que no se demuestre o se diga lo contrario. Entonces, si publicar en primera página que el Papa es heterosexual no constituye ningún *outing*, ¿por qué el hecho de publicar que la mitad de los obispos anglicanos son homosexuales suscita tanta controversia? Son preguntas difíciles que debemos hacernos antes de tomar una postura apresurada a favor o en contra.

El argumento más poderoso y difícilmente rebatible en contra del *outing* es precisamente esta defensa a ultranza de la vida privada de cada cual. Si alguien piensa que su opción sexual pertenece al ámbito de su vida privada, nadie en ningún caso se encontraría legitimado para hacerla pública, fuese ésta homo o hetero. Éste es el principal dilema en el que se encuentran enfrascadas ambas posturas: la delimitación estricta de lo que se entiende por “vida privada”, la diferencia palpable que existe entre declararse hetero u homo y si en el caso de personajes notorios han de hacerse o no excepciones a su intimidad.

Por otro lado, se plantea también otra pregunta relevante: ¿es ser gay o lesbiana una cuestión sólo pertinente en el ámbito –privado– de la práctica sexual? ¿No es también relevante en la esfera –pública– de, por ejemplo, la obra cinematográfica de Almodóvar, o de las canciones de k. d. lang? No afecta también a las posturas políticas del diputado francés, a las consignas que lanzan los obispos anglicanos, etc.? A falta de ceremonias, símbolos y referentes; sin, pongamos por caso, una Ley de Parejas que consagre amores y afectos; en una sociedad que no reconoce nuestros estilos de vida o nuestra cultura, ¿no quedan –curiosamente– relegadas todas las posibles dimensiones del ser gay o lesbiana al estrecho haz de los asuntos sexuales, es decir, íntimos y privados?

En las actuales circunstancias, es difícil simpatizar con el modelo "americano" de *outing*; aquél que considera que ser gay o lesbiana es algo bueno y que busca, precisamente, incrementar la presencia pública y reconocida de gays y lesbianas entre quienes pueden servir de puntos de referencia positivos para la comunidad. Es, sin duda, más difícil de justificar, porque no puede apelar al argumento de la "defensa propia". El modelo de *outing* que suscita más comprensión es el que hemos denominado "inglés"; el que se presenta como un castigo para los despreciables que atentan contra nuestra integridad. Siendo éste el que más apoyo genera tanto entre heterosexuales progresistas como entre algunos militantes, habremos de considerar, sobre todo, el *outing* de esos homosexuales despreciables que hacen todo lo que está en su mano para hacerles la vida imposible y la enfermedad y la muerte más fácil a lesbianas y gays.

Con esto en la cabeza podremos juzgar qué hay en el *outing* de difamación, de chantaje, de delación, de macartismo, de terrorismo, de canibalismo o de fascismo. Estos calificativos son muy duros y los defensores de este proceder les salen al paso denunciando a su vez el dominio conservador del que proceden. Por ejemplo, la sociedad ultraconservadora norteamericana, británica o francesa, los medios de comunicación más declaradamente homófobos o los cabecillas de los movimientos fascistas. Dichos sectores de opinión siempre han abogado por la represión y la censura, pero, sintomáticamente, corren a ponerse del lado del gay al que se le acaba de hacer un *outing* para evitar el escándalo y seguir defendiendo una secular estrategia de silencio, negación de la palabra y ocultamiento de la homosexualidad.

En este sentido, considerar el *outing* como un chantaje o una delación implica seguir considerando la homosexualidad como algo vergonzoso, casi delictivo, que mejor conviene mantener oculto. Éste es el segundo dilema: los partidarios del *outing* consideran que sus adversarios consolidan la estrategia del miedo y el silencio con su defensa de la intimidad, mientras que éstos arguyen, también con razón, que mientras no vivamos en la sociedad ideal donde ser gay no resulte problemático para nadie, el *outing* será una práctica violenta y denigrante, un modo más de darle carnaza a la homofobia. A los practicantes del *outing* se los compara frecuentemente y reveladoramente con judíos denunciando a otros judíos para ser gaseados en los campos de concentración de hace medio siglo, sin mencionar de dónde salía el antisemitismo o quiénes construían las cámaras. Renegados y traidores. Maricas denunciando a maricas. La homofobia social crea un ambiente irrespirable para los gays y luego encima acusa a éstos de hacerse *outing* entre sí, responsabilizándolos de las (posibles) consecuencias. Lo único que nos faltaba es que los homófobos además de llamarnos "maricón de mierda", encima nos tachen de "traidores y renegados", "son tan despreciables que se denuncian entre ellos". Muy en su línea.

El problema es saber si la criatura a la que se le hace *outing* está con los homófobos o con los gays y lesbianas; si quiere estar en misa y repicando, es el perro del hortelano, sirve a Dios y al diablo, anda él caliente y encima se ríe de la gente o quiere que se le dé pan y no se le diga ni tonto, ni gay, ni nada. Y lo mejor es que, aparte del sofoco, al final no pasa nada. El ministro inglés Ron Davies, después de que le robaran la cartera, el coche y no sé qué mas en una zona de *cruising* frecuentada por gays en Londres, decidió dimitir y la prensa todavía se sigue preguntando por qué. Sobre todo cuando hay otros cuatro colegas homosexuales que siguen siendo ministros y que han abandonado el armario.

El dedo en la llaga

Vaya con nosotros esto de desenmascarar a esa gente poderosa que vive feliz y sin problemas su opción homosexual mientras nos fastidia cuanto puede o estemos en contra del *outing* y de todo aquello que recuerde a vigilancia policial dentro de la comunidad gay, es indiscutible que el *outing* logra sacar a la luz toda la hipocresía y la homofobia explícita e implícita de la sociedad. Tal vez lo más importante del *outing* no sea el morbo o el consuelo de saber cuántos ministros entienden o cuántos obispos o cuántos generales o cuántos príncipes y principesas. Quizás lo más relevante de esta provocadora práctica sea cómo logra dinamitar la buena conciencia de la sociedad y dejar al descubierto lo hipócrita que es la opinión pública y la moralina cristianoburguesa dominante.

Sea o no censurable el *outing*, saca a relucir lo indiscutiblemente censurable que son los homosexuales que juegan a dos bandas y pretenden no llevarse un escarmiento, éste u otro, y lo censurable que es una sociedad que sólo acepta y promueve referentes de la homosexualidad asociados a esperpentos grotescos o figuras delictivas, y que deja cualquier dimensión de las vidas de gays y lesbianas sumida en lo nefando de una intimidad sobreprotegida con el único objetivo de mantener la invisibilidad y el prejuicio.

El armario colectivo está comenzando a hacer aguas y cada vez sirve menos de refugio. Basta darse un paseo por Internet y descubrir cuántos *outings* encontramos en sus páginas. Mientras la lucha contra la homofobia siga avanzando, la homosexualidad se haga cosa de cada día y se acepte cada vez más, el *outing* dejará de ser una amenaza y un problema. Sencillamente no tendrá sentido. Ya hemos comenzando a darnos cuenta de que el hecho de revelar públicamente la homosexualidad, sea a lo *outing* o a lo *coming-out*, arruina cada vez menos la vida de la gente, incluso resulta algo estupendo. Véase si no el *coming-out* forzado de Steven Gately, del grupo irlandés de pop *Boyzone*, que tanta solidaridad ha despertado entre los profesionales de la música y entre sus *fans*.

Darle de su propia medicina a los homosexuales homófobos quizás sea un tanto primitivo: quien a hierro mata a hierro muere, donde las dan las toman, ojo por ojo, etc., pero ello no nos debe incitar a comulgar con ruedas de molino y seguir impasibles sin hacer nada ante escándalos como los que se han expuesto aquí. El *outing* es un intento imaginativo algo radical de cambiar las cosas, una especie de catalizador y acelerador del cambio social, pensemos otras alternativas si no estamos de acuerdo con ésta, suscribámosla si nos agrada, pero en todo caso, salgamos de la indiferencia, de la pasividad, de la resignación... ¡y del armario! Por lo que pueda pasar.

TERRITORIO

Chueca: laboratorio de la Comunidad Contenta

Federico Chueca, el célebre compositor de zarzuela, da nombre a una céntrica plaza madrileña. En torno a esta plaza —antes desacomplejadamente popular y que se da hoy aires de exclusivismo, de coquetería y de zona renovada—, se localiza un espacio urbano mal delimitado en el barrio de Justicia que se conoce como "barrio de Chueca" o "zona de Chueca". Para los turistas: [Chew-eh-kah]. Detrás de la Gran Vía hasta la calle de Fernando VI, y entre las calles de Fuencarral y Barquillo (*grosso modo*), ha surgido lo más parecido a un "territorio gay y lésbico" que puede encontrarse en el Estado español. Es el paradigma de "lo gay" llevado al terreno de la sociología urbana y allí donde, de manera sólo aparentemente contradictoria, esas dimensiones "popular" y "exclusiva" se confunden en un experimento de amplia trascendencia.

La importancia de este territorio es tal que de no haber mediado ese satisfecho asentamiento, nadie tendría la sensación de que algo ha cambiado profundamente en las formas de vida, hábitos y costumbres de "los homosexuales" y, de paso, en toda la sociedad. La comunidad gay y lésbica es reductible metonímicamente a su territorio, del mismo modo que (como también decimos por estas páginas) los derechos gays y lesbianos son mutables metafóricamente en derechos de los animales. Sin Chueca no hablaría tanto la prensa de "nuestra comunidad", ni podríamos haberla construido como la "Comunidad Contenta", ni los integrantes de dicha comunidad reconocerían siquiera la existencia de ésta o su pertenencia a la misma. Dicho así, ¿cómo íbamos a ignorar tan apasionante cuestión?

Lo que aquí ha sucedido (podríamos aventurar) era casi previsible a la luz del crecimiento de la capital, de la tradicional parquedad de espacios de sociabilidad para gays y lesbianas, a la luz, en suma, de lo que iba sucediendo en otro lugares, de lo viajeros —nómadas— y emprendedores que somos… Las ciudades ejercen, al menos desde el siglo XIX, un poderoso atractivo sobre los disidentes del orden de la heterosexualidad. Dicho atractivo viene dado por una compleja y abundante mitología sobre el espacio urbano; o, mejor dicho, sobre las posibilidades que encierra una considerable aglomeración humana donde el anonimato es un punto de partida y donde las posibilidades de interacción con otras personas (en condiciones, precisamente, de anonimato), se multiplican potencialmente hasta el infinito.

¿Quién no ha escuchado historias increíbles de Amsterdam, París, Londres o Nueva York? ¿Y qué gay de pro no ha fantaseado alguna vez con visitar las calles de San Francisco? ¿Quién, de los que cuentan con esa consistente formación religiosa en el catolicismo que por aquí es tan frecuente, no ha soñado en uno u otro momento con abandonarlo todo, como en su momento hiciera Paco (de Asís), y partir, desnudo de riquezas —y de trapos—, pero también, sobre todo, desnudo de miedos y prejuicios mucho más lejos de lo que lo hizo el santo, para llegar, por ejemplo, a la costa californiana?

Go West!

La "capital gay del mundo" cuenta con una población de varios cientos de miles de homosexuales, un tercio de las cuales son lesbianas y el resto gays. Dicen algunos estudios (por ejemplo, el de Manuel Castells, que ha estudiado dicha comunidad en detalle) que esa cifra supone un 17% de la población total de la ciudad, y un 24% de los hombres que en ella residen. Puede que en pocos lugares las estadísticas sean tan atractivas y magnéticas y dejen el voluntarioso y optimista 10% de Kinsey tan en mantillas. Pero no es ésta sólo una cuestión de números o de prevalencia. En esta ciudad de empinadas colinas barridas por los vientos del Pacífico ha surgido la que probablemente sea la comunidad gay más compleja, independiente y poderosa económica, política y culturalmente del mundo. Un referente que acaso actúe como ejemplo a seguir.

¿Tiene sentido hablar de los orígenes? ¿Por qué surge en San Francisco una comunidad gay? Sería muy complejo encontrar todas las razones, aunque sí hay ciertos factores que son determinantes y que se remontan muchas décadas atrás. Por ejemplo, nos recuerda Castells, su carácter de ciudad de paso, aunque todas las ciudades gays —y no gays— se definen siempre como emplazadas en encrucijadas de carácter estratégico. Otros factores, como que fuera centro de atracción de aventureros en busca de oro y no excesivamente preocupados por los códigos morales vigentes en la puritana Nueva Inglaterra, así como el hecho de estar situada en el extremo Oeste, o sea, al final de un país conquistado a la naturaleza y a su población originaria, permiten comprender que aquélla fuera, ya en el siglo XIX, una ciudad de relativa flexibilidad moral.

Pero es la Segunda Guerra Mundial la que desencadena un imparable proceso. Durante el conflicto, muchos cientos, acaso miles de soldados fueron expulsados del ejército por mantener en el frente del Pacífico prácticas homosexuales. O por hacer el amor con más empeño (dirían los Torquemadas) del que empleaban para hacer la guerra. Licenciados de los

cuerpos armados con un expediente “deshonesto” y un gran mancha policiaco-administrativa en el expediente, a aquellos muchachos antes uniformados se les arrebataron los galones y, marcados por el estigma, fueron desembarcados en el puerto de San Francisco. Buena parte de ellos fijarían allí su residencia para no tener que volver a su ciudad o pueblo de origen con un *curriculum* un tanto comprometedor.

Dicen sus habitantes que la comunidad gay de San Francisco le debe mucho a un bar, *The Black Cat*, y a José Sarriá, travesti descendiente —según clamaba él— de los condes de Sarriá de Barcelona (otro emigrante forzoso), y animador indiscutido del citado local. Desde allí, y apoyándose en una cultura propia en la que la diversión y el humor eran elementos esenciales, se construyó paulatinamente una respuesta reivindicativa para hacer frente a la represión policial y al acoso de las autoridades que caracterizaron la existencia del bar en los años cincuenta. Algo muy parecido a lo que años después se produciría con efectos imparables en el *Stonewall Inn* de Nueva York.

Durante los plomizos años cincuenta y sesenta, se entró en una dinámica en la que a crecientes niveles de represión se respondía con una creciente militancia y actividad reivindicativa. No es que se les estuviera tocando los derechos (que no los tenían). Más bien se les estaban tocando los postizos. O la dignidad, como argumentamos en el artículo “Polinomios” desde estas mismas páginas. Entre tanto, se iba extendiendo el mito de aquellos bares semiclandestinos y de aquel germen de orgullo, y la ciudad pasó a ser centro de atracción no ya de aventureros y *marines* descarriados, sino directamente de “homosexuales” de todos los puntos de los Estados Unidos. Se lograron las primeras victorias legales y desde los bares surgieron las primeras asociaciones gays. Los movimientos *beatnik* y *hippy* contribuyeron al desarrollo de un movimiento en expansión en el marco de un ambiente “contracultural” más “tolerante”.

Sin embargo, fue del *Stonewall* de la costa Este de donde llegó el impulso fundamental que hizo catalizar todas las potencialidades de la ciudad californiana en un imparable mito. Del “diviértete gay” se pasó al “vive gay”, “compra gay”, “vota gay”… El barrio conocido como Castro pasó de ser gueto a ser considerado “zona liberada”. Durante los años setenta se desarrolló la batalla política, con la entrada de concejales abiertamente gays en el ayuntamiento y la denuncia sistemática de la represión policial, de la discriminación y de la violencia homofóbica. La década de los ochenta ha marcado, por un lado, el retorno del movimiento gay a su base social y, por otro lado, su profunda diversificación.

La extensión del sida en un momento en que se desconocían las medidas preventivas (y se hablaba de cáncer rosa) incidió brutalmente en la comunidad gay francisquita que, sin dejar de ser comunidad de ocio y reivindicación, pasó a ser también comunidad de duelo y solidaridad. Desde sus principios y recursos organizativos y financieros, se impulsó la investigación, se facilitó la información más clara y se denunció la discriminación de todas las personas afectadas. La comunidad gay es la que más consecuentemente ha apoyado y facilitado el "sexo seguro", y la que ha constituido las asociaciones de atención y apoyo a seropositivos y enfermos más importantes, al margen del tipo de prácticas sexuales que desarrollen.

El proceso de consolidación de la comunidad gay en las tres décadas pasadas, se produce paralelamente al de constitución de un territorio gay: el *Castro Valley*, en el centro geográfico de la ciudad; un barrio con muchas viviendas disponibles y alquileres baratos (por ser vecino del "conflictivo" o "marginal" barrio latino de *Mission District*); un barrio estéticamente agradable (con casas de estilo victoriano que fueron restauradas con esmero); un barrio que, en definitiva, no era feudo de familias de clase media ni de Iglesias de moralidad estricta. Allí se instalaron los gays y proliferaron bares, comercios de todo tipo, centros culturales y asociaciones políticas, todo ello con un marcado carácter gay.

Mientras el movimiento crecía (y con él el barrio de Castro), también se diversificaba. En este proceso surgieron (al menos) otras dos zonas gays bien definidas. En el *South Market* (situado en una zona portuaria económicamente muy deprimida y socialmente "marginal"), se impuso una cultura del cuero importada del sadomasoquismo heterosexual pero que pronto dejaría tales referentes en meros juegos infantiles… como comprobaba Michel Foucault cada vez que lo invitaban a Berkeley. Allí se establecieron aquellos que rechazaban la militancia política y la reivindicación social, primando el aspecto sexual y constituyendo, al mismo tiempo, el grupo que llevaría a cabo la más feroz destrucción de los valores socialmente bien considerados.

La postura inversa fue mantenida por aquéllos que se establecieron en *Pacific Heights*, zona de moda, no exclusivamente homosexual; zona cara en la que intelectuales y artistas se hicieron un espacio *chic* y permisivo: un espacio en el que la actividad laboral y la condición económica garantizaban una tolerancia discreta por parte de la población heterosexual y una sensación de integración relativamente ventajosa para los gays.

Así pues, la conquista de diferentes espacios urbanos y la presencia de las ahora diversas realidades homosexuales en varios ámbitos de la sociedad, la cultura y la política (desde los momentos puramente lúdicos como puede ser la celebración del *Halloween* hasta

los politizados *Prides* de junio, pasando por la asistencia social del sida) marcan la realidad del movimiento y la comunidad gay y lésbica de San Francisco en la actualidad. Veamos cómo los procesos de la ciudad californiana tienen paralelismos en los que se han producido por estas latitudes.

Go Mad! El Centro de la Comunidad Contenta

Cierto es que muchos no podemos matar el mito visitándolo, y hemos de conformarnos con vecindarios más próximos. Es cierto que el barrio que nos ocupa no tiene ni los orígenes travesto-aristocráticos, ni un pasado de soldados expulsados del ejército y sin nada que perder, ni la dimensión legendaria que la capital del Norte de California se ha labrado a lo largo del último medio siglo. Pero, poquito a poco —y un poco a lo tonto—, Chueca ha ido ganando puestos en el *ranking* internacional de *villages* reconocidos. En la más tímida de las hipótesis, podemos decir que se ha convertido en el referente de barrio gay más claro del país.

La importancia del barrio se la han dado, en primer lugar, sus gentes. De manera lenta pero inexorable, desde los años ochenta y sobre todo a lo largo de la última década del siglo, una inmigración de gays y lesbianas escapados de sus pueblos y ciudades se ha venido a instalar por estos pagos, bien de manera permanente fijando aquí su residencia, bien de forma esporádica, articulando sus momentos de ocio en sus bares e incluso su jornada laboral en alguno de los negocios que han ido floreciendo.

Efectivamente, Chueca se ha convertido en el lugar de residencia de muchos gays y lesbianas exiliadas para siempre tras huir de sus localidades de origen. Por ende, para buena parte de esta pseudo-comunidad, es la indiscutible sede de distintos y hoy día abundantes puntos de encuentro, ocio, militancia, cultura y trabajo. El emplazamiento ya habitual y cotidiano de esos sujetos construidos a partir de su exilio post-adolescente, o el lugar donde, por un periodo más o menos breve, cristalizan las subjetividades de otros seres nómadas, pasajeros en tránsito que hacen del barrio una terminal de aeropuerto mientras se resuelve la lista de espera que ha de llevarlos a cualquier otro lugar.

La consolidación de la zona como punto de referencia de emigrantes sexuales y trashumantes de identidades llegó con la diversificación de la oferta y la consiguiente multiplicación de su atractivo. Los negocios, y las posibilidades que éstos proporcionan a las gentes que por aquí deambulan, son el segundo factor que conforma este territorio rosa. A los primeros bares y a los más recientes cafés y terrazas, con el tiempo, se les unieron una

librería, decena y pico de restaurantes, y varias tiendas de ropa, decoración, flores… así como centros sociales de colectivos y servicios de asesoría, fontaneros, inmobiliarias, video-clubs, una joyería, etc. Todo ello entre una adscripción ideológico-sexual abierta y militantemente *rainbow* y el espíritu franca y sinceramente *gay-friendly* con que tales negocios se inauguran. En suma, toda una microsociedad.

Espacio de libertades… y controles

En estas calles se respira una vaga y acaso no muy sólida sensación de libertad. Si dos chicas van por la calle de la mano; si un muchacho suelta una pluma escandalosa, es probable que sea por estas calles. Actitudes tan cotidianas y banales resultan aún hoy llamativas por aquí, y suscitan reacciones de asentimiento y solidaridad, de admiración y empatía. Pero tales actitudes continúan siendo radicalmente excepcionales fuera de estas cuatro calles, y las reacciones a que dan lugar pueden ser bastante menos amistosas. Así pues, justo es todavía señalarlas como reconfortantes.

Es un barrio donde eso de mostrarse gay o lesbiana da un cierto "buen rollo"; las demostraciones de afecto catalizan una cierta ansia de visibilidad bastante extendida. Aunque ese reconocimiento no siempre fue tan evidente. Desde que —como decimos pertinentemente en otro artículo— un urinario público en la plaza favorecía encuentros clandestinos, hasta la muy reciente consolidación abierta y ruidosa de Chueca como barrio gay y lesbiano a los ojos de todo el mundo, mucho han cambiado las cosas.

Ha cambiado, fundamentalmente, la organización simbólica y física de nuestra presencia en los espacios públicos. Un aprendizaje que para muchos ha durado toda una vida (medir las distancias, calcular el arco de la pluma, los decibelios del chillido, la distancia entre unas y otras partes del propio cuerpo con respecto al de quien nos acompaña; calibrar las posibles adhesiones y hostilidades de cada lugar o situación…) se ha visto reformulado acelerada y paulatinamente. Sólo en estos espacios aparentemente conquistados a la risa, la burla, el insulto, el acoso o la violencia homofóbicas se ha podido desarrollar esta reformulación algo más laxa de los límites que aún se imponen a nuestras libertades.

Esa evolución, por mucho que nos parezca propia del paso de una tortuga, no puede dejar de señalarse como decisiva en el devenir de esta comunidad contenta. Aunque sólo sea para resucitar, una vez más, esa sempiterna polémica que atenaza las reflexiones de colectivos y militantes desde la transición. ¿Se encierran nuestros afectos en espacios acotados?; peor aún: ¿No estamos encerrando nosotros mismos nuestros afectos en guetos?

Unas inquietudes muy propias de las asociaciones; cualquiera puede ver que quienes llenan los locales de Chueca no están particularmente preocupados por tales disquisiciones. Estamos, repitámoslo, en el corazón de una comunidad satisfecha.

Para zanjar la polémica, digamos que inundar la ciudad, el país o todo el planeta de plumas (o, por expresarlo en términos menos "identitarios", de posibilidades de expresión del afecto entre personas del mismo sexo), no es un objetivo incompatible con el mantenimiento de un territorio gay. Precisamente, ese espacio es, insistimos, el laboratorio en donde esa reconversión puede llevarse a cabo de manera relativamente poco traumática. De no ser así, el barrio nunca se habría consolidado como polo de atracción, como centro de re-aprendizaje de libertades, como lugar de recuperación de una autoestima dañada. Chueca permite ensayar nuevas cotas de autonomía que, después, cada cual, habrá de llevarse a su propio barrio, pueblo, lugar de vacaciones, centro de trabajo etc.

Pero como no todo va a ser una historia de color de rosa, asumamos que, del mismo modo que el barrio actúa de laboratorio de nuevas libertades, también es el espacio donde toman cuerpo nuevas formas de control. Las que se ejercen, en primer término —y sobre todo—, desde dentro de la propia comunidad (o, por ser más precisos, de lo que metonímicamente la pone de manifiesto y simbólicamente la genera: sus negocios). Las selecciones de clientelas que se establecen en función de unos u otros criterios son el factor de control más evidente. De éstas, la más patente (que no la única) es la selección impuesta por el poderío económico, que deja un tanto fuera de onda, sobre todo, a los más jóvenes, condenados a acudir a la litrona y a tirarse en esos columpios de la plaza que tuvo a bien instalar el Ayuntamiento para solaz de los pequeños cada día más escasos en el centro de la ciudad.

Pero hay más criterios, equiparables en cada caso a los que funcionan fuera del "gueto". No nos engañemos ni caigamos en la autoflagelación (onanismo y s/m nunca se han llevado bien…): no nos hemos inventado nuevos sistemas de exclusión. Bien es cierto que tampoco hemos sabido limar las injusticias o las discriminaciones de los que nos han llegado ya bien consolidados. Pero sin dejar de tener en cuenta tales reflexiones, no dejemos tampoco de plantearnos otra cuestión igualmente trascendente pero bastante menos tenida en cuenta.

Si "Chueca" representa "la homosexualidad" ante la sociedad; si es aquí donde la comunidad se representa a sí misma, ello significa que (como sucede en todo lugar de representación), funcionan en el barrio (y si no lo hacen poco tardarán en imponerse) normas que definan ese modo de representación. Al hablar (en el contexto del barrio) de comunidad gay y lésbica, se nos viene a la cabeza una imagen bastante precisa. La imagen de una

comunidad que nosotros estamos aquí calificando de “contenta” o “satisfecha”. Una comunidad que se divierte y gasta dinero, que no ambiciona nada más, que ha claudicado en las luchas que se plantearon hace un par de décadas (o que presiona en favor de nuevos logros educadamente, sin estridencias). Una comunidad despolitizada, asimilable a toda la sociedad en una imagen pulcra, trabajadora y rentable, y en el mismo modelo de pareja estable que funciona (con achaques) en el seno de la comunidad heterosexual.

En definitiva, siendo el barrio la cara pública de una comunidad que sólo recientemente ha accedido a tener una imagen pública, Chueca está sujeta a los imperativos del resto de la sociedad en cuanto a control de sus excesos, promoción de su respetabilidad, etc. Y esos nuevos códigos de comportamiento, de organización de la vida, de gestión censora de lo que se hace son ya patentes en sus calles. Empatía genera la pareja de la mano, pero una loca dando chillidos ocasiona una cierta desconfianza o una abierta crítica. Admiración surge de una tertulia de los empresarios de la zona, pero censura suscita ver a fulanito, que tiene novio, deambulando sin éste por las calles…

Momentos (1). Carnaval (de la clandestinidad a la visibilidad)

Desde hace años, el calendario ha venido marcando fechas con las que podemos asociar diferentes momentos en la vida del barrio y de la comunidad que ha acabado por conformarse en el contexto simbólico de sus calles. Efectivamente, desde finales de la dictadura y, sobre todo, a lo largo de los años ochenta, en Chueca se han ido consolidando varios grandes momentos cada año.

Acaso el que más tradición tiene (si es que tiene sentido hablar de “tradición” para hacer referencia a un periodo tan breve) es el de Carnaval, con un ya típico corte de tráfico por parte de las travestonas (hoy *drags*), que vacilan a los conductores desprevenidos que circulan por la calle Hortaleza en el cruce con la de Augusto Figueroa, con el café homónimo como base de operaciones. Si en lugar de una manifestación de chufla, ironía y transgresión hubiera sido ésta una manifestación de barricadas y piedras contra la policía (sin abandonar los tacones), tendríamos nuestro propio *Stonewall* en este lugar. Pero por estos lares la política y la toma de las calles no confluyeron nunca en un mismo evento… y hasta los 28-J se han hecho masivos cuando se han despolitizado.

En cualquier caso, esa salida a la calle cuando el calendario autoriza la transgresión fue, quizás, la primera acción o *performance* colectiva que hizo que propios y extraños se dieran cuenta de que aquél era un barrio distinto, por no decir “rarito”. Hasta entonces, los

bares semiclandestinos que habían ido abriéndose prudentemente, junto con el reclamo de las actuaciones de las travestis y los cuartos oscuros lo eran todo. Hoy, con una toma de la calle cada vez menos excepcional, esos locales están en franca decadencia o acelerada reconversión. De hecho, es la toma de la calle en otros momentos (pero según parámetros equiparables) lo que ha hecho que el carnaval no sea ya el momento clave en la vida del barrio.

A lo largo del último lustro del milenio, y gracias a esa toma de las vías públicas, Chueca ha salido del armario y se ha hecho visible a un ritmo vertiginoso. La clientela habitual de los locales semisecretos siguió siéndoles fiel, pero empezó a frecuentar nuevos establecimientos. Una abundantísima nueva generación prescindió de tales bares casi desde su ingreso en el barrio, para abarrotar otros nuevos. La estructura arquitectónica del ambiente cambió significativamente. Se fueron abandonando las tinieblas y los locales cerrados a puerta y timbre, en beneficio de nuevos espacios de ocio iluminadísimos, con grandes ventanales a la calle que ahora exhiben a su clientela ante los indolentes peatones.

Efectivamente, vistos desde la calle, alguno de los nuevos cafés parece una pecera, y algunos de los nuevos clientes parecen peces exóticos. Los nuevos comercios parecían casi avergonzados de ese pasado de discreción y ocultamiento, y apostaban por la sobre-exposición de una clientela encantada de haberse conocido. Todo un derroche de luz para los antaño esquivos vampiros hoy iluminados no por la luna o por un triste foco, sino por decenas de bombillas en batería, o por el mismísimo astro rey. El espacio público ahora se construía detrás de las cristaleras, y si bien las calles aún no eran del todo seguras, esa misma visibilidad desacomplejada que ahora se buscaba podía construirse al abrigo de las inclemencias del tiempo… o de la homofobia.

Momentos (2). Pride (orgullo y diversificación)

Si la nueva clientela de los bares y cafés de Chueca se mostraba encantada con esa exposición de su libertad, es porque una sensación de orgullo inédita se apoderó en muy pocos años a mediados de los noventa de la identidad gay y lesbiana. Orgullo o, digámoslo en inglés, *pride*. Más que liberados, los nuevos habituales de la zona empezaron a mostrarse orgullosísimos de construir aquí su hogar o su vida social. Las fechas en torno al 28 de junio pasaron a ser el segundo gran momento del calendario rosa. Las calles fueron de nuevo tomadas, pero no ya en un fugaz y espontáneo sábado de carnaval, sino a lo largo de varios días de programada y promocionada celebración.

Si el carnaval marcó el inicio de la visibilidad, el *Pride* la confirmó y actuó además como desencadenante de la diversificación del barrio, y de su consolidación como espacio de interacción de muchas sub-comunidades. Todo se hizo un poquito más mixto y surgieron algunos bares para chicas. Las lesbianas entraron por la puerta grande y se hicieron con sus propios espacios en la plaza misma y con sus preceptivas terrazas. En otros locales donde antes no eran bienvenidas, se les abrieron las puertas. Se articuló una integración de gays y lesbianas en los mismos lugares; una coexistencia de la que no había precedentes.

Y con la abundancia llegó la especialización. Bares para petardas mitómanas, bares mixtos de jovencitos chillones y chochi-*music*, bares de jovencitos de alquiler y maduros potencialmente clientes, bares donde pillar, bares con *dress-code* donde vale cualquier uniforme (salvo el del Colegio de las Irlandesas), bares donde se aboga por el nudismo y donde éste se fomenta en varias fases, bares con sesiones *bear* para osos y admiradores… Pero también cafés a la catalana para aprender tendencias en interiorismo, cafés con *brunch* a la americana, cafés con mantelito bordado y el cafelito de toda la vida, restaurantes al rococó de inspiración gala, tascas cutres, disco-pubs para jovencitas más bien *femme*… El *pride* saca a todas las comunidades a la calle en una confluencia de diversidades en general poco perceptibles.

Pero más que de una novedosa interacción entre las sub-comunidades que se iban precisando dentro del magma rosa, acaso lo más importante de todo este fenómeno fue la consolidación de excusas y momentos de encuentro entre la comunidad contenta y ese resto del mundo heterosexual. Los miembros de la comunidad gay y lesbiana más seguros de sí mismos empezaron a llevar por el barrio a sus amistades heterosexuales para demostrarles que “el gueto” no era tal. Era y sigue siendo evidente que más bienvenido es un hetero en Chueca que una mariquita (o un educado homosexual) en casi cualquier otro lugar. Una verdadera lección de tolerancia por nuestra parte, y una lección de diversidad para ejemplo de los discursos progresistas.

Curiosamente, la comunidad gay y lésbica cada vez más consolidada en su diversidad produjo una nueva comunidad heterosexual por antonomasia: los vecinos. Pero no los nuevos vecinos instalados al calor de los envolventes cantos de las sirenas rosas. Los otrora escépticos residentes del barrio de toda la vida (el vecindario heterosexual) contemplaron con cierta desconfianza durante un tiempo este *boom* rosa, hasta que se entregaron a él en cuerpo y alma. Ya son, hoy día, el referente inevitable de la tolerancia y la integración heterosexual en los aún escasos dominios de los gays, y el ejemplo de tolerancia que desde todas partes se potencia.

Con motivo del 28 J, antaño fecha de lucha y denuncia, el barrio hoy se pone en fiestas y se organizan en plena calle actividades de todo tipo. Unas fiestas de barrio que se desarrollan para horror de las autoridades municipales. El consistorio había denegado repetidamente la petición de cortar la circulación en la calle Pelayo. Una vía mucho más trascendental para el tráfico urbano, la vecina calle de Hortaleza, se corta al tráfico cuando, por San Antón, muchos madrileños llevan a bendecir a sus periquitos y caniches ante el santo. Claro que los animales domésticos tienen a los ojos del Excelentísimo Ayuntamiento más derechos que "los homosexuales" (…y sobre el particular, basten las reflexiones del artículo encabezado con el exótico título de Quetzal).

El caso es que, con la colaboración municipal ganada un tanto al calor del chantaje electoral (junio del 99 fue fecha de elecciones municipales), las fiestas de Chueca (ahora escindidas en dos comités, barriendo cada cual para sus locales: Plaza de Chueca y Calle Pelayo), se celebraron a las puertas mismas del nuevo milenio y por vez primera con el beneplácito del consistorio. Y acaso sea ese reconocimiento institucional lo que acabó desencadenando todo un rosario de manifestaciones populares, en la línea de lo que acontece en cualquier celebración que cuente con el apoyo de las administraciones públicas.

Es decir, las fiestas se hicieron fiestas del pueblo (homosexual) con todo lo que tienen éstas de banal y tradicional. Fiestas del pueblo y fiestas de pueblo. Populares en sentido de amplia participación, pero también en sentido de afectos compartidos y sentimientos de pertenencia colectiva. Fiestas, en suma, donde se escenificaron rituales patrióticos, como la actuación de Olvido-Alaska, que cantó "nuestro himno" (como ya había sido calificada la canción de "¿A quién le importa…?" años atrás por parte de un destacado líder gay). ¿Banderas? Por supuesto; gran despliegue de estética *rainbow*. Seguramente tampoco falte mucho para que los que también van siendo ya "nuestros" colores rojo y gualda, se unan a los irisados reflejos de "nuestra" bandera —como quien dice— de toda la vida. A fin de cuentas, como no se cansaron de repetir organizadores y promotores, eran las fiestas del barrio, y todo el barrio (sin importar las preferencias sexuales) estaba invitado a participar. Para tolerantes, nosotros.

Momentos (3). Terrazas de verano (estilos de vida)

Una despreocupación autocomplaciente sin precedentes sumió a los habituales y al nuevo público llegado de cualquier lugar del mundo en un exhibicionismo despreocupado. Las numerosas terrazas de la Plaza de Chueca y los tórridos veranos de la villa consolidaron

un espíritu de pasarela permanente, de cotidiano mirar, cotillear, ser visto, mostrarse, no querer verlo todo, esconderse, apreciar más de la cuenta, pensar que algo se nos escapa, ligar con charlas, risas y amistades interpuestas en lugar de con miradas de deseo o urinarios, pasear con perritos de razas inauditas, reconocer conocidos en poses desconocidas, coquetear sin llegar a ligar, ligar sin concretar nada… Y es que, desde que el 28 de junio anuncia que la llegada del verano ya es irreversible, el barrio se echa a la calle, por las fiestas primero, y ya todo el verano sin otro motivo que el de llenar todo aquello de gente en busca de interacciones de algún tipo.

Visibles y diversos, el verano (cuando la mitad de los gays residentes en Madrid se ha ido a Ibiza, y cuando la mitad de quienes pasean por Chueca ha venido de fuera), marca el momento en que se exploran todas las posibilidades de interacción que tanto ha costado conseguir. Se trata ahora de disfrutar de lo obtenido (de "rentabilizarlo"), aunque se haga lo posible por ignorar lo que en tal lance se ha perdido. El barrio, como ya sucedió en el *Marais* parisino o el *West Village* de Nueva York, y sin duda en el *Castro* de San francisco, se revalorizó. Subieron los precios de los pisos y locales, y donde había un espacio urbano degradado, no sólo proliferaron tolerancias y negocios, sino que también se revitalizó el mercado inmobiliario… Volvió, en una palabra, la esperanza.

Efectivamente, se escucha a menudo que "los gays" con su mera presencia han llevado a cabo una operación limpieza que por enésima vez ha mudado el "camelleo" a otros lares. Por eso está el barrio (el de toda la vida; el heterosexual) tan encantado. Han desaparecido —al menos relativamente— las drogas socialmente más desprestigiadas, pero pocos podrán decir que no campan aquí por sus respetos todas las substancias del catálogo de drogas legales (tabaco, alcohol…), o que no circulan igualmente a raudales, a poco que se las busque, cualquiera de las ilegales… exactamente igual que en los lugares de ocio que frecuentan los y las heterosexuales. En todo caso, nada excesivamente estridente. Quienes muestran excesivas dependencias forman parte de los criticados; de los que dejan de dar buena imagen, y acaban ocultándose.

Por más que los precios sean más altos que en los barrios vecinos, que la decoración o la buena planta suplante la calidad del servicio o del producto, y por más que también los trabajadores del gueto tengan condiciones laborales escandalosas (de nuevo, nada exclusivo de la comunidad contenta), el barrio progresa; el turismo de casi todos los puntos del Estado (y cada vez más del extranjero) aumenta, y todo parecen ser motivos de satisfacción. Se siguen produciendo actos de homofobia, pero no muchos ni excesivamente sangrientos; el *safe-sex* va quedando en el armario de los recuerdos de épocas más difíciles, pero un

horizonte incierto de vida cotidiana atiborrada de cócteles de pastillas no parece asustar demasiado a nadie. Nada, en suma, tan importante como para comprometer las credenciales con las que la comunidad (y a través de su territorio, el propio movimiento gay y lesbiano), se presenta hoy ante la sociedad como valiosa, positiva, conveniente y rentable.

NEFANDARIOS

El "Diccionario" de la Real Academia o el espejo del alma de una sociedad "tolerante"[3]

Este artículo podría ser calificado con rigor por alguien que se sintiera molesto al leerlo, desde su inicio y en toda su extensión, como una "mariconada", a saber, como una "acción propia del maricón", pero también como una "mala pasada", una "acción malintencionada o indigna contra otro" que, en este caso, no pasaría de ser una ofendida pataleta contra el uso, la autoridad y la norma lingüísticas sin mayores consecuencias. No vamos a entrar a discutir aquí qué sea y no propio de la conducta de los maricones, aunque la Real Academia, por si la primera acepción del término "mariconada" resultase demasiado ambigua, bien se apresura a aclarar que siempre tiene algo que ver con acciones indignas o movidas por la mala intención. No es ello lo que nos ha movido a escribir estas líneas, sea la escritura propia o no de nuestra condición, sino el afán por investigar el tratamiento que el *Diccionario* de la Real Academia, concretamente en su última edición de 1992, hace de la homosexualidad y, llegado el caso, poner de relieve cuánto de discriminatorio, prejuicial, injusto e infame o, por el contrario, acertado, encontremos entre sus páginas. Asimismo, no renunciamos a hacer algunas propuestas que, en la medida de lo posible, puedan paliar, mitigar y corregir lo que, desde este mismo momento, anticipamos no va a ser un panegírico de la homosexualidad. Aunque no esté en manos de la Academia volver a arrasar con una lluvia de bolas de fuego la tan rancia y siempre nueva Sodoma, la cual define como "antigua ciudad de Palestina, donde se practicaba todo género de vicios deshonestos", para mayor claridad, la "sodomía", o sea, el "concúbito entre varones o contra el orden natural", sí que es capaz la Academia de dejarnos de piedra si, compartiendo la curiosidad femenina de la mujer de Lot, volvemos la cabeza para escudriñar con detalle cuál es la suerte que corren Sodoma, sodomitas y homosexuales en su Diccionario.

Homosexual versus *heterosexual*

Comencemos nuestra aproximación abordando precisamente los términos "homosexualidad" y "homosexual", estableciendo un paralelismo[4] con las entradas

[3] Artículo redactado en colaboración con Manuel Andreu Cuevas.

[4] Aunque, por razones estratégicas, establezcamos aquí este paralelismo, no podemos olvidar que uno y otro término en absoluto deberían ser objeto de tratamiento análogo pues su estatuto es bien distinto. "Homosexual"

“heterosexualidad” y “heterosexual”, entre otros motivos, porque las definiciones de cada uno de los vocablos se presenta o quiere ser simétrica, casi idéntica, con la de su opuesto en la formulación de sus contenidos. Así:

> “**homosexual.** (De *homo-* y *sexual.*) adj. Dícese del individuo afecto de homosexualidad. Ú. t. c. s. **2.** Dícese de la relación erótica entre individuos del mismo sexo. **3.** Perteneciente o relativo a la homosexualidad”; y “**heterosexual.** (De *hetero-* y *sexual.*) adj. Dícese del individuo que practica la heterosexualidad. Ú.t c. s. **2.** Dícese de la relación erótica entre individuos de diferente sexo. **3.** Perteneciente o relativo a la heterosexualidad”.

A simple vista, ambas definiciones parecen superponerse una sobre la otra sin que se dejen traslucir más diferencias entre ellas. La simetría es perfecta salvo un pequeño detalle que a nosotros nos parece harto significativo: el sujeto homosexual es un “individuo *afecto* de homosexualidad” mientras que el sujeto heterosexual es un “individuo que *practica* la heterosexualidad”. Las consecuencias que pueden extraerse de esta desemejanza, que bien podría pasar desapercibida, no son en absoluto banales. Y, por supuesto, no obedecen a ninguna estrategia de sobreinterpretación de un texto que, como el *Diccionario*, sabemos mide muy bien cada uno de sus términos calibrándolos primorosamente.

La primera distinción que cabe señalar es la de la antigua oposición aristotélica actividad/pasividad que parece dividir ambas definiciones: el individuo heterosexual practica la heterosexualidad, la cual es una actividad y los individuos que la ejercen son individuos activos que, por su propia voluntad, hasta diríamos libremente y de mejor o peor gana, pero siguiendo su albedrío, la ponen en ejercicio; el individuo homosexual, por el contrario, ni ejerce ni practica la homosexualidad, sino que la padece, la sufre, se ve afectado por ella pasivamente. No es dueño de su homosexualidad, ésta lo afecta irremisiblemente y no puede sino doblegarse a esta afección de su alma, espíritu, cuerpo o como se quiera. El homosexual no es un sujeto activo en lo que a su condición sexual se refiere porque queda claro que la homosexualidad aquí es una condición, no una opción sexual del individuo que pueda o no

---

y “homosexualidad” tienen un uso bien concreto en el lenguaje corriente designando, describiendo y caracterizando a una minoría que se aparta de la “norma”. “Heterosexual” y “heterosexualidad” son vocablos mucho menos utilizados, casi pertenecientes exclusivamente al ámbito de la clínica, y que, por designar a la mayoría no necesitan de mayor explicación, se dan por supuestos y no necesitan ser explicitados a cada paso (hasta tal punto ello es así, que una encuesta televisiva maliciosa preguntaba a pie de calle: “¿Qué haría usted si tuviera un hijo heterosexual?” no faltando, más bien eran mayoría, quienes, confundiendo el término con su opuesto, se mostraban dispuestos a echar de casa a su hijo por heterosexual o bien se mostraban tolerantes con la heterosexualidad de la criatura). El silencio de lo evidente, de lo que se impone, la presunción de heterosexualidad hasta que no se demuestre lo contrario, hace la comparación difícil. Sólo pensar en la posibilidad de encontrar una entrada en el diccionario que comenzase: “Dícese del hombre heterosexual...”, provocaría la estupefacción y la hilaridad de la mayoría. Sin embargo, la contraria no provoca semejante reacción. En fin, dejémoslo. A buen entendedor...

practicarla según se le antoje por decisión propia. Efectivamente, si, no muy conformes con lo que pudiera querer decir la expresión, sin duda curiosa, de "afecto de homosexualidad", decidimos pedir ayuda al mismo diccionario que tenemos entre manos, y consultamos el vocablo "afecto" nos encontramos que, de las cinco acepciones que presenta, la única válida para nuestro caso es la última, que reza como sigue: "*Pat.* Que sufre o puede sufrir alteración morbosa". La abreviatura del comienzo se refiere a todo lo relacionado con el ámbito de la *patología*. El contexto ya está dado. La alteración morbosa de la que se ve afectado el individuo homosexual es la homosexualidad misma relegada al campo de lo patológico, de lo mórbido. El homosexual es un enfermo y las enfermedades no se practican, se sufren en la pasividad y con resignación. El heterosexual no es un enfermo porque la heterosexualidad no tiene nada de patológico y como tal, no es algo que haya de ser sufrido sino que se ejercita a voluntad. La heterosexualidad no se padece.

Las implicaciones metafísicas, científicas, éticas, legales, políticas y morales de todo ello saltan a la vista. La posición de la Academia, más o menos meditada, más o menos documentada, más o menos prejuicial, más o menos irreflexiva o a conciencia, es inequívoca y no cabe duda de que es una posición de fuerza que suponemos sabrán justificar y argumentar. En cualquier caso es una opción singular que no cabe respaldar con criterios puramente lingüísticos y referidos al uso que de estos términos hacen los hispanohablantes. Definir al homosexual como afectado por una alteración morbosa que sólo puede ser padecida, sufrida y al heterosexual como practicante de una actividad no es un mero consignar lo que estos términos significan dentro de nuestra comunidad de hablantes, es una apuesta cargada de ideología y de implicaciones científicas y filosóficas cuando menos discutibles. Contar al homosexual entre los enfermos supone excluir la homosexualidad del campo de la ética, de la naturaleza "sana" del deseo y llevarla al terreno de la clínica y, de éste, al ya consabido estudio etiológico y terapéutico de la misma. El homosexual lo es, o bien por haber contraído este extraño mal, o bien por llevarlo inscrito en sus alterados genes, pero jamás será homosexual por decisión propia, como consecuencia de una opción libre emanada de su voluntad. O será homosexual como decisión no libre al emanar de una voluntad enferma. El homosexual lo es por naturaleza, una naturaleza, eso sí, mórbida. Puede que el heterosexual también lo sea por naturaleza, ello no se especifica ni siquiera indirectamente, pero a éste le está permitido la práctica y el ejercicio de su inclinación; se hace hincapié en la *práctica*, mientras que en el caso del homosexual, aunque no se le niegue explícitamente la práctica -más adelante veremos que la homosexualidad también es una práctica-, ésta se ve relegada a un segundo plano por la pasividad de la *afección morbosa*: sea

como sea, no es lo mismo que la naturaleza nos deje en herencia una inclinación que luego sea puesta en práctica, a que nos deje en herencia una enfermedad y las prácticas -o efectos secundarios- subsiguientes que pudieran derivarse de este origen natural ya mórbido.

Naturaleza tan mórbida que se vuelve contra sí misma; recordemos que la sodomía era definida como "concúbito entre varones o contra el orden natural". *Natura contra natura*. Un orden natural que se ve corrompido. Así piensa la Academia pensando como han pensado los espíritus bienpensantes desde hace siglos haciendo caso omiso del inmenso debate que esta cuestión suscita actualmente en todos los ámbitos. No creemos necesario insistir más sobre las paradojas que todo este aparataje ideológico lleva consigo, aunque sí resulta indispensable exponer el trasfondo sin el cual no se sostendrían las definiciones que venimos comentando. No creemos, por otra parte, que fuera imposible definir ambos términos sin tener que recurrir implícitamente a estos tópicos pseudocientíficos y moralizantes[5], es más, es justo y necesario definirlos de otro modo que no estigmatice al individuo de forma tan gratuita. Para ello, para dar una definición de "homosexual", "homosexualidad", "heterosexual" y "heterosexualidad" quizás no baste con ser académico, ni filólogo, ni literato o, siéndolo, procurar estar mejor documentados, aunque no sólo esto baste ni sea lo más importante, sino el abandono de la homofobia en el quehacer "lingüístico" de los académicos, y hacer menos gala de una buena conciencia ignorante, sumida por ello en la más culpable de las inocencias.

Homosexualidad versus *heterosexualidad*

[5] Hacemos hincapié en "estos" tópicos, que nos parecen, por su falta de respeto y carácter difamatorio, inaceptables. Evidentemente se podría recurrir a otros tópicos aparentemente mejor fundados pero del mismo modo infamantes y que, en última instancia, también forman parte de lo opinable. Véase, por ejemplo, el artículo "Homosexualidad: lenguaje, biología y legislación" cargado de buenas intenciones de Antonio Guillamón (*El País*, 9 de junio de 1998) donde critica desde presupuestos psicobiológicos y estudios realizados sobre "cómo se conforma un cerebro masculino y femenino en los mamíferos" las definiciones que da el diccionario de la homosexualidad: "Hay conceptos erróneos sobre la naturaleza que perviven a lo largo del tiempo porque están incrustados en palabras que, en algunos de sus significados, custodian el error. Esta parece ser la situación actual con respecto a la homosexualidad (...) El tema no es baladí, y supone una interpretación biológica de la homosexualidad que no se sostiene desde un punto de vista científico". Es claro que el soporte científico al que habría de recurrir la Academia para fundamentar sus definiciones hace aguas por todos los lados pero también lo es que en la actualidad y por mucho tiempo aún no vamos a disponer, porque no existe, de una "explicación verdadera y definitiva" sobre esta cuestión que no esté impregnada de ideología. La ciencia no es neutra. Quizás, como el propio Antonio Guillamón apunta y con las reservas que quepan hacerle a sus planteamientos de partida, la clave esté en el respeto y en acabar de una vez por todas con el lenguaje heterosexista y homófobo: "Si lo que he comentado hasta el momento es cierto, es decir, que el lenguaje sobre la homosexualidad, ya provenga de hetero o de homosexuales, no se corresponde con la biología homosexual, sería necesario un esfuerzo de reflexión y respeto por parte de la sociedad y de los legisladores. Todos sabemos que el sol no se pone, pero hablamos de puestas de sol sin que le cambie la vida a nadie. A la minoría homosexual, hasta una puesta de sol afecta a su expresión".

Dirijamos ahora nuestra atención hacia el par homosexualidad/heterosexualidad:

> "**homosexualidad**. f. Inclinación hacia la relación erótica con individuos del mismo sexo. **2.** Práctica de dicha relación".
> "**heterosexualidad.** Inclinación sexual hacia el otro sexo. **2.** Práctica de la relación erótica heterosexual".

De nuevo nos vemos sumidos en la confusión, cuando no en la perplejidad por lo complicado, rebuscado y oscuro de ambas definiciones. Nos vemos obligados a preguntarnos ahora por qué la heterosexualidad es una "inclinación *sexual*" mientras que la homosexualidad es una "inclinación *hacia la relación erótica*". Es de suponer que habría una multitud de respuestas posibles para solucionar esta disimetría que de nuevo separa ambas definiciones, pero no se puede negar que la homosexualidad ha sido sorprendentemente privada de un rasgo nada despreciable: el de ser una inclinación *sexual*. Es una inclinación, sí, pero no sexual o, al menos, no se dice y si no se dice tal vez sea porque se piensa que no lo es, que es otro tipo de inclinación *no sexual*, o no se dice porque se da por supuesto, en cuyo caso sería un mal proceder a la hora de confeccionar un diccionario. Quizás, siguiendo un extraño criterio, al ser descrito el término "sexo" como "condición orgánica que distingue al macho de la hembra en los seres humanos, en los animales y en las plantas" no haya parecido conveniente aplicarlo a la homosexualidad. No creemos que así sea. Sí parece que a la inclinación homosexual le es de este modo arrebatada su pertenencia al ámbito del sexo, de lo sexual, del instinto que, de nuevo, sólo tal vez, se confunda, se asimile demasiado rápidamente con la heterosexualidad. La inclinación *sexual* propiamente dicha es heterosexual. El sexo es heterosexual. Otro tipo de inclinación no es propiamente sexual. Otro tipo de sexo no es sexo, propiamente hablando, si acaso será "una inclinación hacia la relación erótica" no nacida de lo sexual, del sexo. Nos queda, amén de la confusión y de la inevitable sospecha, una indescriptible sensación de que todo podría ser mucho más sencillo, claro, didáctico y, sobre todo, menos ambiguo. No acabamos de ver por qué la simple lectura de estas cuatro definiciones ha de producir un efecto de extrañeza por el raro modo como son expresadas las cosas. Ya ni siquiera hablamos de lo tendencioso e ideológico de las mismas.

Pero aún nos queda un largo camino que recorrer para elucidar el peculiar "retrato robot" del homosexual masculino que la Academia lleva a cabo en su diccionario en la cincuentena larga de términos relacionados con el tema que, naturalmente, no vamos a recorrer en detalle[6]. Dos son los propósitos fundamentales que nos van a guiar a partir de

[6] Por precaución y porque desde otra sensibilidad esta tarea sería más efectiva, hemos preferido no tratar simultáneamente la homosexualidad femenina, siendo por lo demás la problemática del lesbianismo

aquí: el primero, configurar, a partir de las distintas entradas que analizaremos, lo que podría ser el concepto global, la más extensa definición del homosexual que contendría todos los matices que sus diversos sinónimos o palabras emparentadas le aportan y ver cuánto de prejuicial hay en ello; en segundo lugar, estudiaremos el estatuto de muchas de estas palabras con una fuerte connotación peyorativa, la advertencia o no que de este hecho hace la Academia y el enorme problema que supone "recoger" sin más estos insultos en el *Diccionario*, asépticamente y sin más consideraciones, juzgando asimismo si esta asepsia del "lingüista que se limita a recoger usos" no comporta también su granito de ideología.

Afeminados, mariposas e invertidos

No hemos hasta ahora sino analizado con algo de detenimiento el término "homosexual", el cual, dentro de lo que cabe y hechas las reservas pertinentes, casi podríamos considerar, viendo lo que se avecina, que no desbarra en demasía y hasta podría llegar a considerárselo un término "descriptivo", más o menos neutro o, al menos, donde dicha intención se hace patente, aunque sólo sea formalmente. Sólo que al consultar otras entradas diferentes de ésta, la homosexualidad aparece como definidor o, sencillamente, como sinónimo de estos términos, con lo cual la homosexualidad se va tiñendo de otros matices que no estaban presentes en su definición como tal. Así, por ejemplo:

> "**afeminado, da.** (De *efeminado.*) p. p. de **afeminar**. **2.** adj. Dícese del que en su persona, modo de hablar, acciones o adornos se parece a las mujeres. Ú. t. c. s. **3.** Que parece de mujer. *Cara, voz* AFEMINADA. **4.** p. us. Inclinado a los placeres, disoluto. Ú. t. c. s. **5.** Dícese del hombre homosexual. Ú. m. c. s.**"**.
> "**mariposa.** (De *Mari*, apóc. de *María*, y *posa*, 2ª pers. sing. del imperat. de *posar*) (...) **8.** m. fam. Hombre afeminado u homosexual".
> "**inversión.** (Del lat. *inversio, -onis.*) (...) **2.** Homosexualidad".

El primer rasgo que se va a ver asociado de modo directo y constante con la homosexualidad va a ser la afeminación, el amujeramiento: el homosexual se parece a las mujeres en todo, en su persona, acciones, modo de hablar, adornos, en su "poco ánimo y esfuerzo", en la pérdida de "la energía atribuída a su condición varonil", etc. Esta asociación, aparte de ser cómoda para introducir en un mismo saco aquello que, por uno u otro motivo, será objeto de denuesto y desprecio, a saber, homosexuales y mujeres, comienza a configurar

---

completamente distinta a la de la homosexualidad masculina en lo que al tratamiento, a la violencia o al silencio que el *Diccionario* hace de ella se refiere, la sutileza de sus definiciones, la ausencia de términos que la designen frente a la profusión de vocablos que remiten a los maricones, la calidad de insultos que éstos tienen frente a la inocuidad aparente de aquéllos, etc.

el “retrato robot” que del homosexual hace el *Diccionario*. Ya tenemos un primer rasgo que viene a mitigar la abstracción de la entrada “homosexual”. Y, junto a él, pasando como en silencio, pero que cabe ir sumando, la cualidad de “inclinado a los placeres, disoluto” (esta vez la Academia sí nos advierte de lo poco usado de esta acepción). El afeminamiento propio del homosexual será, por lo demás, el rasgo característico único y suficiente, definitorio de otras muchas entradas como: “fileno”, “lindo”, “muñeco”, “enerve”, “marimarica”, “mariol”, “sarasa”, etc.

La consulta del vocablo “mariposa” profundiza en la facilidad con que van a yuxtaponerse en calidad de sinónimos la homosexualidad y el afeminamiento: “Hombre afeminado u homosexual”. Tanto da. No hay diferencia, siquiera de matiz, entre lo uno y lo otro. Ser homosexual es ser afeminado. Todos los homosexuales son afeminados y todos los afeminados son homosexuales. Aquí quizás la Academia no hace sino constatar lo que en la sociedad de los hispanoparlantes parece ser moneda corriente, es decir, la validez universal de esta curiosa ecuación, aunque la gente ya va estando más avisada y advertida de que las cosas no son tan fáciles y de que no es oro todo lo que reluce y de que el oro a veces ni siquiera reluce. En todo caso, a la hora de hacer un diccionario cabe hacer la reflexión previa acerca de si las definiciones serán más o menos objetivas, descriptivas, basadas en criterios científicos o se limitarán a hacerse eco de los prejuicios sociales vigentes tengan o no éstos fundamento racional o base empírica y cumplan una función discriminatoria que pase directamente también, junto con el prejuicio, a enriquecer el papel político de la Academia en la sociedad como transmisora de ideología.

Lo que pensamos nosotros en lo tocante a la inconveniencia de asimilar homosexualidad y afeminamiento, creemos, no necesita de mayor aclaración y si algo necesita ser aclarado y explicitado es sobre qué argumentos y sobre qué datos contrastables, a partir de qué estudios e investigaciones se puede llegar a afirmar esta identidad tan despreocupadamente para que adquiera valor de información para un hipotético lector homosexual u heterosexual y no de adoctrinamiento y educación en el prejuicio y el mantenimiento de un *statu quo* discriminatorio. La clave, una vez más, no está sólo en lo documentado, objetivo o fundamentado de las definiciones, lo cual, por lo demás siempre es exigible, sino en el respeto de las mismas hacia quienes pretende definir para no convertir a aquéllas sin más en armas arrojadizas.

Algo semejante ocurre con la equiparación de la homosexualidad y la inversión. Por una apelación implícita a una apoyatura pseudocientífica decimonónica o, simplemente, al “sentido común”, el homosexual, dado su amujeramiento, incluida su inclinación por el sexo

al que se inclinan las mujeres heterosexuales (no creemos errar si consideramos que el afeminamiento sólo hace referencia al parecido con la mujer heterosexual y no con la lesbiana), hace las cosas al revés, las altera, las trastorna o cambia su orden. Todo muy sencillo. Y, de paso, no sólo se logra describir en qué consiste la homosexualidad, sino que, además, se consigue una primera aproximación psicológica, bastante definitiva, a su etiología. Homosexual, afeminado e invertido y de invertido, sin más obstáculo, se nos remite a "sodomita". El campo de matices se va ampliando insensiblemente y cada vez el lector recopila más y más información y se va instruyendo acerca del qué, el cómo y el porqué de la homosexualidad. Ahora recibirá un juicio moral referido a la misma.

> "**sodomita.** (Del lat. *Sodomita.*) adj. Natural de Sodoma. Ú. t. c. s. **2.** Perteneciente o relativo a esta antigua ciudad de Palestina. **3.** Que comete sodomía. Ú.t.c.s.".
> "**sodomía**. (De *Sodoma*, antigua ciudad de Palestina, donde se practicaba todo género de vicios deshonestos.) f. Concúbito entre varones o contra el orden natural.".

Habría muchas formas de hablar de Sodoma y referirse a ella en dos líneas. Evidentemente, no se puede hacer caso omiso del referente que supone esta ciudad en nuestra tradición judeo-cristiana y la interpretación moral que, de lo que se dice sucedía allí, hacen dichas religiones. Sin esta información no se comprendería la asimilación de sodomía y homosexualidad[7]. Sólo que el Diccionario no cree necesario hacer referencia alguna a este hecho y da por sentado que cuanto se hacía en Sodoma, principalmente el "concúbito entre varones o contra el orden natural" es un "vicio deshonesto". Es patente el acuerdo tácito con esta forma de pensar que persigue, condena y erradica la homosexualidad así como tantos otros vicios. Aquí la Academia emite un juicio moral y no halla óbice en calificar subrepticiamente a la homosexualidad o a la sodomía de vicio y de deshonesta. Podría haber establecido algún tipo de distanciamiento con la moral judeo-cristiana, pero prefiere

[7] Recordemos que la definición exacta de *sodomía* era "concúbito entre varones o contra el orden natural", que es lo mismo que "concúbito entre varones, que es un concúbito contra el orden natural", pues no cabe duda de que la conjunción *o* tiene aquí un valor explicativo y no disyuntivo. Pensar en la viabilidad de este segundo valor resulta realmente difícil, y es que nos llevaría a algo demasiado sorprendente. A saber, si la conjunción tiene valor disyuntivo, nos encontramos con dos definiciones excluyentes, homónimas y que denotan un mismo acto, el concúbito, aunque, eso sí, de diferente tipo: en un caso, entre varones y, en el otro, contra el orden natural (no importa en este caso entre quiénes, siempre y cuando no sea entre varones); esto es, "concúbito entre varones" frente a "concúbito contra el orden natural". Lo que conduce a que el concúbito entre varones nunca lo es contra el orden natural, mientras que cualquier otro, el heterosexual por ejemplo, sí puede serlo. En fin, quien crea que la RAE quiere decir esto cuando define *sodomía*, que levante la mano. (Tampoco es posible legitimar este segundo valor aduciendo que el concúbito heterosexual puede ser contranatural por caber en él la sodomía –penetración anal–, ya que ello significaría que la sodomía heterosexual es contranatural y la practicada por varones, en cambio, no [?]).

inscribirse dentro de su ámbito sin más explicaciones. Es una opción. Eso sí, absolutamente discutible por la confesionalidad espontánea de una institución que no debiera serlo.

Asimismo, no creemos que pueda definirse la sodomía, el concúbito entre varones, calificando dicha práctica como contraventora del "orden natural" sin que por ese mismo gesto no vuelva a inscribirse quien así la define dentro de una línea de pensamiento muy precisa, la cual debería poder justificar qué es eso del "orden natural" y no darlo por sentado. Haciéndolo, se limita a consignar en el *Diccionario* su inclinación por unos ciertos presupuestos ideológicos, por unas creencias, por una tradición filosófico-religiosa, aquélla, precisamente, que defiende la existencia de un "orden natural" y que, discutible o no, cierta o no, siempre está sujeta a la opinión y, desde luego, no tiene por qué ser compartida, de hecho no lo es, por la universalidad de los hispanohablantes. Que exista un orden natural y que la homosexualidad sea una conducta en contra de dicho orden es una forma entre otras de ver las cosas y en ningún caso puede ser impuesto este punto de vista so capa de una definición objetiva del *Diccionario*. Aunque sea difícil pretender que la definición de un término no pase de ser la exposición de un punto de vista concreto y sea igualmente imposible aspirar a desnudar de toda ideología dicha definición, sí cabe señalar en este caso, lo mismo que en todos los anteriores, la unidad de criterio moral de la Academia y la línea de pensamiento único y su adscripción a determinadas instancias de opinión que guían su parecer respecto de la homosexualidad.

La gravedad del asunto no estriba, pues, en la superioridad de unas opiniones respecto a otras, en lo desusado y sorprendente que pueda resultar defender determinados puntos de vista hoy en día que han quedado relegados por otros de mayor aceptación. La gravedad del asunto es la difamación, el insulto, la ofensa que la adopción de esta forma de pensar respecto de la homosexualidad supone para el colectivo homosexual. Y si las definiciones que vamos contemplando al respecto resultan de hecho ofensivas para los homosexuales no creemos necesario aducir otras razones más que la falta de respeto y la discriminación que ello supone para exigir que sean modificadas. No se trata de establecer un debate ideológico con la Academia para ver quién tiene la razón en última instancia. Se trata de no ofender, juzgar ni condenar cuando la instancia que lo hace no está legitimada para ello, son otras las atribuciones y cometidos de la Academia, y menos aún cuando es la dignidad del homosexual lo que está en juego y es un valor y un derecho en absoluto cuestionable y para nada sujeto a este tipo de juicios de valor.

Nefandarios y maricones

Por los mismos derroteros discurre la definición del término "**nefandario, ria.** (Del b. lat. *nefandarius*.) adj. Aplícase a la persona que comete el pecado nefando", que nos remite para su comprensión a estos otros dos: "**nefando,da.** (Del lat. *nefandus*.) adj. Indigno, torpe, de que no se puede hablar sin repugnancia u horror"; "**(pecado) nefando.** El de sodomía, por su torpeza y obscenidad". Es claro el contexto religioso en el que nos estamos moviendo y quiénes han promovido y promueven el uso de estos términos, pero, una vez más, no se señala y ello hace pasar lo que no es sino la opinión y la calificación que el poder religioso hace de la sodomía por un hecho objetivo sin más, una valoración aceptada y aceptable socialmente y partícipe de un consenso mayoritario. Amén, de nuevo, de que la falta de distanciamiento de la Academia la hace cómplice y partícipe de dicha valoración. La homosexualidad es una conducta indigna, obscena y torpe (en las acepciones de "deshonesto, impúdico, lascivo" e "ignominioso, indecoroso, infame") de la que no se puede hablar o mejor es no hablar de ella pues el sólo hecho de traerla a la mente produce repugnancia y horror. Algo así no puede quedar consignado en el *Diccionario* sin más advertencia ni precaución para el lector que se enfrenta a estas palabras. Pero está ahí y su sola lectura es insultante. El hecho de haber sido redactado de este modo y haber sido aprobado para su impresión trasciende cualquier descuido y no admite más excusas que su corrección y rectificación.

Y ya que hablamos de insulto, bueno será comentar la observación que ofrece el *Diccionario* al respecto en una de las pocas ocasiones en que se advierte al lector del uso de estos términos. La encontramos en las entradas:

> "**maricón.** m. vulg. Hombre afeminado, marica. Ú. t. c. adj. **2.** vulg. Invertido, sodomita. **3.** Insulto grosero que se usa con o sin su significado preciso".
> "**marica**. (d. de *María*, n. p. de mujer) (...) **3.** m. fig. y fam. Hombre afeminado y de poco ánimo y esfuerzo. **4.** fam. Hombre homosexual. **5**. Insulto empleado con o sin el significado de hombre afeminado u homosexual"[8].

Es la única vez que, en el sinnúmero de términos empleados para designar al homosexual, se dice usarse éste como un insulto. No sabemos exactamente qué estatuto tendrán los términos: "bujarrón", "sarasa", "sodomita", "mariposón", "pederasta",

[8] En el vocablo "puto, ta" encontramos una advertencia parecida aunque no parece afectar más que a la primera acepción y no extenderse a las restantes: "**puto, ta.** adj. Dícese como calificación denigratoria (*Me quedé en la* PUTA *calle*), aunque por antífrasis puede resultar encarecedor (*Ha vuelto a ganar. ¡Qué* PUTA *suerte tiene!*). **2. necio**, tonto. **3.** m. El que tiene concúbito con persona de su sexo."

“afeminado”, “mariquita”, aunque su utilización va casi siempre acompañada de sorna, amenaza o violencia. Por la información que extraemos del *Diccionario* parecen ser vocablos como cualesquier otros no usados habitualmente como insulto. Evidentemente, ello no es así y debería advertirse.

La inclusión o no de términos discriminatorios en el *Diccionario* es una cuestión compleja. Según el propio DRAE, un diccionario es un “libro en que por orden comúnmente alfabético se contienen y explican todas las dicciones de uno o más idiomas”. Partiendo, pues, de esta imposible definición, al menos en lo que al *todas* se refiere, parece ser que no se pueden sustraer del DRAE los vocablos discriminatorios. Esto es, si se quiere hacer un léxico de la lengua española tal y como la lengua española entiende lo que una obra de estas características es (sería demasiado, no entra en nuestros planes, replantear el concepto de *diccionario*), las voces discriminatorias, como dicciones del idioma español que son, deben tener cabida en él.

Ahora bien, ¿cómo debe el DRAE explicar estos vocablos? De nuevo nos acercamos a él y descubrimos que *dicción*, aquello que el diccionario debía contener y explicar, es el “sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea”. Con esto podemos concluir que la Real Academia sólo tiene que transcribir esas realidades anteriores a la composición del léxico que son las ideas asociadas a unos sonidos o conjunto de sonidos. Sin embargo, en este transcribir no parece ser que se acabe el trabajo académico, ya que, en el caso que nos ocupa, aún hace algo más: estigmatiza. Porque no todo se queda en una mera transcripción de lo que, de primera instancia, sólo sería responsabilidad de un mundo anterior al diccionario.

Y es que, habida cuenta de la infinidad de ideas que, en ese mundo, pueden asociarse a un sonido o conjunto de sonidos, ¿es capaz el diccionario de recogerlas todas?; y, si no puede recogerlas todas, ¿no necesita un criterio de selección?; y, si necesita un criterio de selección, ¿cuál escoge?; y, en el caso de que escoja uno (el DRAE ha escogido uno desde el momento en el que está en la calle), ¿no estará ya haciendo responsable la irresponsabilidad que parecía comportar la mera transcripción de ideas?; y, si esto es así, ¿no son los lexicógrafos, cuando menos, responsables subsidiarios de las discriminaciones que su trabajo recoge? Esto es, por poner un ejemplo, si el conjunto de sonidos articulados que es la palabra *sodomía* podía expresar en el mundo anterior a la composición léxica, las ideas, entre otras muchas, de “concúbito entre varones contra el orden natural” y “concúbito envidiable entre dos chulazos que se lo pasan estupendamente”, la Academia es única responsable de que en su obra sólo quede recogida la primera de ellas, la discriminatoria.

Así que la RAE es transciptora, corresponsable y robustecedora de discriminaciones. Pero aún hay más. Porque el proceso descrito hasta ahora es, sin duda, un proceso diacrónico de ida y vuelta, ya que el DRAE no sólo recoge parcialmente los significados de los significantes, sino que convierte en norma esta parcialidad; ello lleva a que el camino ahora se invierta y sean las palabras y sus significados los que tengan que, para ser usados correctamente, ajustarse a la norma del DRAE, quedándose fuera de la corrección léxica los significados que los académicos no hayan tenido a bien recoger. De tal forma que, siguiendo con el ejemplo propuesto, si la sodomía en ese mundo anterior (o ajeno) al diccionario podía ser el concúbito entre varones contra el orden natural o el concúbito envidiable entre dos chulazos que se lo pasan estupendamente, ahora, gracias al lexicógrafo que únicamente recoge el primer uso, sólo va a poder ser lo primero, quedando el segundo uso borrado del mundo en el que existía, y sigue existiendo, pero ya sin la autorización léxica que requieren las ideas cuando el mundo se convierte en un mundo de diccionario. Un replanteamiento del quehacer lexicográfico que lleve a una redefinición de las voces en la que tengan cabida definiciones más completas, ajustándose más, así, al uso real de los vocablos, parece entonces, inaplazable.

Aunque no parece ser la voluntad de la Academia descender a tanta sutileza, ni su propósito el de modificar, como venimos exigiendo aquí, lo insultante de sus definiciones. Don Fernando Lázaro Carreter, miembro ilustre de la misma, sabedor de que las palabras son dardos, se mostraba ya en el año 1985 inflexible en su actitud de seguir utilizando éstas con semejante fin y contra todo aquel colectivo, sexo, raza, nación o religión merecedores en su opinión de ser acribillados por él y por quien más guste de hacerlo. En su dardo titulado "Lenguaje depurado" se permitía con cínica ironía, y dando muestras de su talante democrático, despreciar nada menos que una proposición no de ley del Parlamento invitando a la Real Academia "a revisar su *Diccionario* con el fin de eliminar todos los términos atentatorios contra la condición femenina". Su argumentación para hacer caso omiso de tal recomendación se despliega en un doble frente. En primer lugar, considera que dichos términos ofensivos no son sino el reflejo en el acervo de la lengua de modos de pensar y actuar presentes en la sociedad y que, eliminando los términos que se consideran ofensivos, no se logrará terminar con dichas conductas y opiniones misóginas. Evidentemente, no parecía ser la pretensión del Parlamento "eliminar el espejo para que la fealdad se esfume", como dice el propio Lázaro con sarcasmo sin caer en la cuenta de que hay otros medios legales para ello, para enjuiciar, penalizar y condenar la misoginia que siguen su curso y que, paralelamente, lo que se pretendía con la proposición no de ley era borrar la misoginia del

Diccionario, un hecho de por sí ofensivo para todo el mundo, para las mujeres en especial, que no tenían por qué soportar ver reflejada la misoginia y el machismo militante de la Academia en el espejo que es el diccionario elaborado por ella.

Por otra parte, esta misma metáfora del lenguaje como espejo y sedimentación del estado de opinión y creencias de una sociedad es, cuando menos, un tanto maniquea. Ya que siendo indiscutiblemente ello así en parte, no se puede negar ni soslayar el hecho de que, a su vez, la inmutabilidad de un vocabulario machista y misógino retroalimenta dichas actitudes y ejerce un papel "educativo" o, mejor, adoctrinador y manipulador de notable importancia. Amén de la ingenuidad de considerar a estas alturas que pueda existir algo así como un espejo perfecto donde venga a reflejarse la realidad sin sufrir distorsión alguna. Y que ese espejo, visto lo visto, sea el *Diccionario* resulta aún más increíble[9]. Más les valdría trasladar su sede al Callejón del Gato.

Pero, aparte de esta discutible argumentación, el plato fuerte del escrito de Lázaro y aquello que a nosotros más nos afecta es el escándalo que le produce tener que quitar asimismo del Diccionario otros términos discriminatorios para con otras comunidades y grupos, a saber (y no es casual la mezcolanza hecha de la "fauna" que constituyen los agraviados): los homosexuales, los cornudos, las gordas, los animales mamíferos y otros grupos zoológicos, los negros, chinos, etc. Parece asustarle el trabajo que supondría modificar (que no suprimir) las definiciones de tantos términos insultantes para gente cansada y que ya se ha ganado el pan y el prestigio por otros caminos y méritos sobradamente. En vez de horrorizarse por la vergonzante lista de términos que él mismo confecciona y que heriría la sensibilidad y la dignidad de cualquiera, lo que le espanta es tener que suprimirla o modificarla para que no resulte ofensiva en tan alto grado. Un desmedido amor por la palabra a veces parece ocultar o conducir a un no tan desmedido afecto por las personas. Es preferible el agravio a los individuos antes que el agravio a La Lengua. La de la Academia, por supuesto, porque a estas alturas uno comienza a preguntarse si no hablaremos lenguas distintas y si haremos de ellas o no idéntico uso.

En todo caso, debemos confesar que no hemos sido capaces de encontrar rastro alguno de "homofobia" en el Diccionario. Búsquenla si quieren que no la hallarán, como no la hemos hallado nosotros. Quizás ya vaya siendo hora de que sea recogido este término por la Academia, aunque sólo sea para reflejar la homofobia imperante en nuestra sociedad, que

[9] A este respecto resulta indispensable la lectura del informe elaborado por la comisión asesora NOMBRA para el Instituto de la Mujer que lleva por título *Lo femenino y lo masculino en el Diccionario de la lengua de la Real Academia Española*. Un extracto de los resultados de dicho informe puede encontrarse en el artículo *Expulsadas del diccionario* aparecido en *El País* del 19 de septiembre de 1998.

no por evitar incluir el vocablo “homofobia” en el Diccionario (la resistencia a hacerlo ha sido y sigue siendo numantina) vamos a lograr que ésta desaparezca de las calles y de nuestras instituciones[10].

Como conclusión, y para los que aún crean que los maricones últimamente estamos haciendo gala de una susceptibilidad exacerbada y salida de madre, nos hacemos eco del artículo “La Academia se ‘enrolla’ y deja paso a los que ‘entienden’” aparecido en la primavera de 1999 en el diario *El País* donde parece ser que la Academia ha decidido, eso sí, con moderación y en un alarde de “buen rollito”, prestarle algo de atención a estas denuncias y, para la próxima edición de su diccionario, los vocablos “sodomita” y “lesbianismo” van a experimentar algunas modificaciones en su definición y el verbo “entender” recogerá, por fin, la acepción que lo vincula tan estrechamente con nosotros. Será que, a fin de cuentas, nuestras mariconadas no están tan faltas de razón. Mucho camino queda, no obstante, hasta que todas las inquietudes recogidas en estas páginas y muchas otras que se le ocurrirán a aquéllos que decidan pasearse por nuestro *Diccionario* reciban una respuesta adecuada, más allá de lo que pueda tener de conciliador el gesto amable y caritativo de lavado de cara, o de manos, que parece tener preparado la Academia.

[10] Carlos Martín Gaebler, de la Sección de Español del Instituto de Idiomas de la Universidad de Sevilla, da pormenorizada cuenta de las gestiones emprendidas por este organismo ante la Real Academia sugiriéndole a ésta la posibilidad y la necesidad de incluir el término “homofobia” en el *Diccionario* en el artículo “Homofobia en el diccionario” (*Stylistica*. nº 4 , 1995-1996). Propone, concretamente, dos entradas: “**homofobia**: (del griego *homo*, igual, semejante y *fobos*, horror, aversión) odio o antipatía hacia las personas homosexuales o rechazo de su estilo de vida” y “**homófobo** u **homofóbico**: dícese de quien siente o manifiesta odio o miedo irracional hacia personas homosexuales; afectado de homofobia. SIN. antihomosexual”. La respuesta a de la Real Academia a esta propuesta fue la negativa a incluir dichos términos en el *Diccionario* debido a “que esos términos están todavía poco documentados en nuestra lengua”.

NOMADISMO

Los colores de mi bandera

> "En cierto modo, todo el propósito de mi artículo está ya planteado en una cuestión preliminar: ¿en qué idioma habrá de formularse? Ni mi idioma ni vuestro idioma, sino más bien un dialecto entre el francés y el inglés; un dialecto especial, que no entrañe identificación alguna con ningún grupo".
>
> Jacques Rancière, 1995

> "La conciencia nómada es un imperativo epistemológico y político de cara al establecimiento de un pensamiento crítico en el fin de este milenio".
>
> Rosi Braidotti, 1994

Quienes dedicamos parte de nuestro trabajo a examinar nuestras sociedades y analizar cómo en ellas encajan (o desencajan) las vidas, identidades e inquietudes de lesbianas y gays, rápidamente comprendemos las palabras de Rancière. Nos hace falta, escribe él —en inglés—, partir de un dialecto dual; establecer una interacción dialéctica entre dos idiomas: el inglés y el francés. Idiomas en los que, curiosamente, se articulan buena parte de las reflexiones sobre las realidades cotidianas, las vidas o las problemáticas lésbicas o gays consideradas "de recibo" en el mundo académico y el contexto cultural de eso que se llama Occidente.

A la hora de afrontar esa tarea, quienes trabajamos fuera de ese área franco-anglosajona, nos vemos en la necesidad de introducir en nuestros *a prioris* un tercer término, que en nuestro caso sería "español" o "castellano". Por más que esos términos no despierten en nosotros sentimientos de filiación de ningún tipo, si hemos de nombrar un posicionamiento idiomático, ésos son los términos que se nos ocurren. A través de ellos hacemos accesibles las palabras, previamente traducidas, de Braidotti y Rancière en un espacio distinto. Términos que, como cualesquiera de los dos anteriores —y como cualquier otro que se nos ocurra—, plantean de inmediato muchas cuestiones que van más allá de la lengua. Cuestiones de contenido político, económico o simbólico. Cuestiones de nacionalidad, de ideología y de intercambio cultural. Cuestiones, también, de dependencia, influencia, dominación, interacción, solidaridad, mutuo enriquecimiento…

A menudo nos empeñamos en considerar las experiencias y sensaciones del cuerpo, del deseo o del sexo como íntimas; como domésticas o locales. Como pertinentes, en suma, en el ámbito físico o geográfico —pero también social— más próximo. Pero ese localismo, por poco observadores que seamos, se nos queda pequeño, y en definitiva resulta insuficiente a la hora de dar cuenta de la multiplicidad de factores que, para no pecar de ingenuidad, debemos tener en cuenta. Digámoslo claramente. El sexo y el afecto, el gozo y el sentimiento amoroso están determinados, además de por estos factores inmediatos, por políticas públicas, por leyes, por hábitos y costumbres sociales, por prejuicios y estereotipos… Factores que plantean dimensiones colectivas de orden cultural o idiomático pero, sobre todo, de orden político y de orden "nacional".

Las naciones y sus símbolos, las banderas, acaban saliendo a relucir en el último reducto de la privacidad: en la intimidad del lecho. Por más que nos cubramos con las sábanas del arco-iris, a poco que las agitemos; a poco que miremos al interior del tambor mientras las centrifugamos, comprobaremos que la ley óptica que debiera fundir sus colores en un blanco universal, omnicomprensivo y transversal falla. Y las disposiciones cromáticas de los colores de unas u otras banderas nacionales se nos aparecerán irremisiblemente, poniendo de manifiesto la ingenuidad de considerar resueltas las cuestiones de la pertenencia afectivo-sexual y de la pertinencia de la identidad gay y lésbica en el contexto de la diversidad internacionalista que es la base de la "nación *queer*".

Sin embargo, dedicarse a los estudios gays y lesbianos o a la teoría *queer* / torcida, exige un posicionamiento subjetivo muy peculiar. Ésta sería, sin duda alguna, utilizando la terminología de Braidotti, una labor propia de un sujeto nómada. De nuevo, en nuestro caso, un sujeto que no es propiamente ni español en España, andaluz en Andalucía o madrileño en Madrid (porque adolece de heterosexualidad menos de lo necesario), ni *American in the USA* o *français en France* (por igual razón, y añádase un cierto acento delator). Por no ser —aunque en este caso el "no ser" es un lujo—, ni siquiera sería un *Latino in California* o un *sans papiers à Paris* (por todo lo antedicho y, además, por europeo, por blanco, por burgués). Un sujeto, en definitiva, improcedente por distintos motivos en varios espacios simbólicos. Prácticamente en todos los espacios donde se define la pertinencia de la subjetividad misma. Ya sea ésta una subjetividad política (o una ciudadanía) privilegiada, ya sea una subjetividad discriminada o en lucha por establecer, legitimar y hacer que se reconozca su relevancia.

En cualquier caso, articular una identidad colectiva o un ámbito de referencia simbólico, o tratar de desentrañar cómo pueden éstos establecerse, es un proceso que, cuando hablamos (de) gays y lesbianas, entra siempre en conflicto con muchas de las dimensiones en

que tales procesos son autorizados. En conflicto con la lengua, la nación o el Estado; en conflicto también con la raza y la clase social… Conflicto tanto más relevante cuanto que es en esos ámbitos de establecimiento de la subjetividad o la ciudadanía donde (no por casualidad) también se articulan en tantas ocasiones los registros de la discriminación, el odio y el prejuicio.

Y sin embargo, es éste un conflicto que afrontamos con mucha frecuencia de un modo peculiar. Como a menudo nuestros pueblos se nos quedan pequeños y en ellos estamos también como de visita, muchos viajamos a otros lugares. Nos instalamos en uno u otro momento lejos de nuestro terruño. Para la mayoría, esa emigración no es vocacional, sino que equivale a un requisito de supervivencia. Otros nos enfrentamos a otras lenguas, tradiciones y culturas porque en las nuestras no es más fácil que en cualquier otro lugar encontrar las respuestas o las experiencias que anhelamos. Somos nómadas, en definitiva, por necesidad o vocación. E incluso en ese nomadismo encontramos nuevas razones para el cruce de más fronteras. De Constanza a Berna. De Estrasburgo a Friburgo. De San Diego a Tijuana. Acaso un inmigrante norteafricano que se instale en la costa levantina deba emigrar también de esa comunidad magrebí ya desplazada si en ella no puede articular una identidad gay que, de pronto, se le plantea como posible. En definitiva, somos siempre un poco turistas, aunque nos quedemos en nuestras comunidades de origen.

Nacionalización y política gay y lesbiana en Francia y Estados Unidos

Nuestro nomadismo, evidentemente, tiene razones que, la mayor parte de las veces, pueden ser consideradas legítimamente como mucho más banales y se articula, en este caso, en torno a la búsqueda de ideas y reflexiones, inquietudes y aspiraciones que surgen y se desarrollan en sociedades y culturas distintas de la nuestra. Recursos que nos parecen relevantes y que aspiramos a incorporar, traducir, adaptar o importar a nuestro contexto más próximo porque es en éste donde la homofobia se traduce en disposiciones institucionales o estereotipos nacionales. Porque nos interesa la “literatura militante” de Larry Kramer o la teoría *queer* de Lee Edelman y aquí es difícil encontrarlas; porque en cambio sí llegan propuestas conservadoras como las del “prácticamente normal” Andrew Sullivan, o libros sobre “el carnicero de Milwaukee”. Porque también allende las fronteras se plantean debates que consideramos interesantes y creemos que pueden ayudarnos a la hora de establecer metas o análisis de nuestras realidades colectivas. Porque, por poner sólo un ejemplo, tenemos que

ir lejos a buscar inquietudes y análisis que afronten las realidades de aislamiento y violencia en que viven las y los adolescentes lesbianas y gays.

En esos dos ámbitos que aquí examinamos (los mundos académicos francés y anglosajón), se ha producido (y nos parece interesante señalarlo) un proceso de "nacionalización" de la política gay y lesbiana, así como de sus aproximaciones intelectuales y tradiciones culturales que se opone al nomadismo. Un proceso que identifica dos modelos, uno francés y otro americano (valga sólo a efectos estilísticos la metonimia), que serían coherentes y perfectamente diferenciables uno del otro. Que se diferenciarían, precisamente, en su oposición recíproca. Un proceso que —como turistas que aspiran a serlo un poco menos— nos sume alternativamente en el estupor y en la indignación porque, lejos de afrontar la especificidad nacional de la homofobia, se confunden con esa nación sin cuestionar sus fundamentos.

Esta estrategia de inscripción de la política gay y lesbiana en el subtexto de la nación ha alcanzado en las sociedades consideradas un notable atractivo. Y no es que sea en modo alguno universalmente compartida: los casos de Rancière y Braidotti, entre tantos otros, ilustran los límites de su éxito. Pero sí es evidente que tiene bastante predicamento, tanto en los "medios de comunicación" como en la "cultura popular" de las sociedades norteamericana y francesa. Y ello se debe, creemos nosotros, a que cada una de ellas identifica en su "otro contrario" una determinada amenaza a las especificidades de la nación. De este modo, ambas estrategias contribuyen a la consolidación de una identidad nacional que consideramos entre ficticia y hostil según el grado de credibilidad que alcance.

Encontramos en estas posturas la misma "nacionalidad" que a nosotros nos parecía irrelevante o alienante, y que nos llevó en uno u otro momento a tratar de aproximarnos a otros mundos. Nuestra hipótesis de partida, por lo tanto, es que la identificación nacional es un factor que adquiere en el presente un peso específico a la hora de articular proyectos, estrategias o análisis que se establecen desde el seno de los individuos, grupos o comunidades gays y lésbicas, o que se dirigen a éstos.

Este proceso de "seducción por la nación" merece ser cuestionado. Aunque sólo sea porque en cualquier manual de historia podemos reconocer procesos en los que las crisis nacionales se saldan con la promoción de una ciudadanía patriótica y un modelo familiar-patriarcal de los que casi siempre quedan fuera los gays y lesbianas. Las dictaduras, que a lo largo del siglo XX con tanta frecuencia han recompuesto a sangre y fuego los sistemas de valores en los momentos de crisis, apelan siempre a la nación. Y la construcción de un pueblo unido en un destino común da pie al extrañamiento, al acoso y (al final) a la

persecución de las minorías y las diferencias. Frente al nomadismo; frente a un sano escepticismo y una conveniente desconfianza respecto a la entrega de gays y lesbianas a las mitologías nacionales, han surgido en Francia y Estados Unidos voces que defienden desde dentro de las comunidades lesbiana y gay, precisamente, la pertinencia de la inscripción de la política gay y lésbica en el libreto de las respectivas naciones.

Permítasenos dar —de modo muy sucinto— dos ejemplos. En un libro muy alabado (pero también profundamente criticado), titulado *Le Rose et le Noir: Les Homosexuels en France Depuis 1968*, su autor, Frédéric Martel, defiende una "vía francesa" para la política gay y lesbiana que diferiría radicalmente del modelo "comunitario" (léase "americano"). Martel nos cuenta los orígenes "universales" del movimiento gay y lesbiano francés, que tendría sus raíces en los sucesos que sacudieron el país en el mayo del 68. Unos acontecimientos que él asocia con una explosión "general" de los deseos.

El autor evita cuidadosamente tomar en consideración una matización posible: en efecto, también podría mantenerse la idea de que —al menos públicamente—, esa catarsis nacional y esos deseos fueron sobre todo (aunque no de modo exclusivo) masculinos, urbanos, blancos, de clase media… y heterosexuales. Por no decir homofóbicos. ¿Un ejemplo? El comité de ocupación de La Sorbona puso un servicio de vigilancia en los baños de la Universidad, porque aquello era una revolución, y no una excusa para el desmelene de la lubricidad homosexual. Un ejemplo "de urinario" que seguramente el autor no tiene en cuenta.

Si seguimos el argumento de Martel, a lo largo de los años setenta (y a pesar de las críticas de Michel Foucault hacia las políticas de reconocimiento público y autoidentificación —*l'aveu*—, y pese a los límites que intuía en los proyectos de liberación), el modelo "americano" de "salida del armario" se abrió paso en el movimiento de gays y lesbianas en Francia. Martel culpa a esas "políticas de identidad" de la estrategia de avestruz que, en lo que se refiere a la epidemia de sida, caracterizó todas las estructuras que se identificaban como gays (bares, revistas, colectivos…) a lo largo de los años ochenta. Francia es, recordémoslo, el país europeo donde la comunidad gay se ha visto más duramente afectada por la crisis del sida. En última instancia, la epidemia acabó siendo confrontada por una nueva oleada de política identitaria (cuyo máximo exponente es el colectivo reivindicativo *Act Up*-París, con nombre, simbología y estrategias inspiradas en otra asociación nacida en Nueva York), y cuyo éxito, siempre según el autor, debería ser cuidadosamente examinado.

La conclusión de Martel: "Sólo la violencia del VIH nos permite comprender este movimiento; sin la epidemia, el modelo francés de la asimilación (la sociedad integra a los

individuos pero no reconoce a los grupos), posiblemente se hubiera impuesto sobre el modelo comunitario americano". Ignora Martel que ese movimiento comunitario fue el que se enfrentó al sida en Estados Unidos; y que la victoria del "modelo republicano" francés hubiera supuesto dejarle al sida el camino abierto para que devastara, aún más de lo que ya lo estaba haciendo, a la comunidad gay francesa. O —mejor dicho— a sus individuos, aparente y precariamente integrados en una comunidad nacional, pero que al final (en ausencia de políticas de prevención y de asistencia sanitaria que debían surgir, precisamente, de ese ámbito nacional), hubieran seguido muriendo por maricones.

El desasosiego evidente que Martel pone de manifiesto respecto de una estrategia política "extranjera" que surge de una sociedad que "cultiva cada vez más su propia fragmentación estableciendo comunidades yuxtapuestas", tiene sus equivalentes al otro lado del Atlántico. Si los actos organizados en el "Día del Orgullo Gay" (que se celebran en Francia con el nombre inglés de *Gay Pride* conmemorando como en todo el mundo los sucesos acaecidos en Nueva York) dan muestra del riesgo de "americanización" "que amenaza el modelo de integración individual de Francia", podemos encontrar voces que, desde los Estados Unidos, mantienen exactamente todo lo contrario. En este caso, la oposición no se articula en torno a las cuestiones del movimiento, sino respecto al ámbito académico.

En un ensayo sobre "La corrupción de las Humanidades en los Estados Unidos", la célebre Camille Paglia afirma que "la decadencia de la vida intelectual en América" está íntimamente relacionada con la tríada "Teoría Francesa-Corrección Política-Estudios de Minorías". Es difícil imaginar cómo podría culparse a la teoría "universal francesa" de ese "declive" o de lo que la autora considera uno de sus efectos fundamentales: la "política de minorías estadounidense". Pero éstas son, precisamente, las implicaciones más poderosas de la argumentación de Paglia. "La liberación gay dio paso a la segregación sexual". Durante los años setenta ("la era de las orgías de cuarto oscuro y sauna"), "se perdió el principio femenino"; "extrañas enfermedades parasitarias empezaron a aparecer y en 1981 se identificó un 'cáncer gay' […] Sinceramente, debemos admitir que el intento de los gays de crear un mundo sin mujeres fracasó catastróficamente". Veamos de dónde surgió ese proyecto catastrófico.

Tales exclusiones, siempre según Paglia, tendrían sus raíces académicas en los Departamentos de Estudios de Mujeres, de Gays y Lesbianas o de Estudios Negros, y en "los Departamentos de Literatura aquejados de foucaultismo". "La epidemia de teoría francesa" (una curiosa expresión; otros de cuyos "síntomas" llevan los nombres de Paul de Man,

Jacques Derrida o Jacques Lacan), sería responsable del hecho de que "los centros de estudios de humanidades estén ahora controlados por pequeños cuadros amorales estrechamente relacionados a nivel nacional por el amiguismo, el favoritismo, la cooptación y la connivencia". La sugerencia de Paglia: "Es esencial para la vida intelectual americana someterlos a un riguroso escrutinio".

La política y la academia (o las comunidades sociales e intelectuales), no sólo están íntimamente relacionadas, sino que tienen, a los ojos tanto del uno como de la otra, un carácter nacional específico. También tienen sus grandes nombres, apóstoles, acaso inadvertidos, de las virtudes que tanto uno como otra atribuyen a las especificidades de sus respectivas patrias.

Martel defiende un retorno a Guy Hocquenghem ("el derecho a la indeterminación y la polisexualidad"), a Simone de Beauvoir (un feminismo "alejado del odio a los hombres y del lesbianismo separatista"), a Jean Louis Bory (representante de "la banalización y la indiferenciación"), y a Michel Foucault (el rechazo del *aveu*, la crítica de la "identidad homosexual" y de las "políticas de liberación"). Por su parte, Paglia lamenta la retirada de Susan Sontag a los campos "del preciosismo y la irrelevancia francesas", ya que "ella podría haber puesto de manifiesto hasta qué punto Hélène Cixous, Luce Irigaray y la legión de imitadoras surgida en América, son intelectuales empalagosas y de tercera clase". Las "apasionadas y proféticas voces [que] encontramos en los trabajos fundamentales de Allen Ginsberg, Norman O. Brown, y Leslie Fiedler, herederas de la tradición visionaria de Emerson, Whitman, y Hart Crane, han tenido escasos sucesores". Tras la bandera del arcoiris, en definitiva, se esconden dos disposiciones distintas de los mismos colores: blanco, rojo y azul. La lavadora *queer* aún no centrifuga a la velocidad necesaria.

Estos dos ejemplos muestran someramente la pertinencia de nuestra hipótesis. Muchos otros podrían examinarse para comprobar hasta qué punto esa "dialéctica perversa" está extendida. En los casos mencionados, podemos comprobar cómo dos figuras intelectuales respetadas fuera de la comunidad gay y lesbiana —aunque también controvertidas dentro de ésta— ilustran la amenaza que pesa sobre "el modelo francés de la asimilación" y sobre la "vida intelectual en América". Y cómo esa amenaza la encarna una determinada influencia extranjera. El objetivo fundamental de cualquier aproximación crítica a la relación entre el nacionalismo y la política / academia gay y lesbiana, debería ser demostrar las contradicciones internas de estos modelos. Unos modelos que apelan a los valores universales y que critican las exclusiones, pero que permanecen en el contexto —problemático— de un marco nacional. Ese marco nacional permite definir cualquier cosa que

no guste (ya sean los efectos de la pandemia de sida o la misoginia de la "escena gay") como efectos de las estrategias importadas del extranjero. En la apología de la nación, sus análisis buscan reconciliar a los gays y lesbianas patriotas con sus conacionales.

Hay otros mundos, pero están en éste

Parece evidente que tanto las tendencias "universales" como las "comunitarias", tienen defensores en Francia y en Estados Unidos; tanto en el seno del mundo académico como en el ámbito militante. Atribuir al mundo intelectual francés —como hace Paglia— un protagonismo fundamental en el desarrollo de la política de minorías estadounidense es una exageración. Factores muy intrínsecos de la historia y la sociología de aquel país explicarían de manera mucho más plausible esa tendencia a la constitución de minorías y comunidades. Responsabilizar a la academia gala del corporativismo del ámbito universitario es, sencillamente, un acto de mala fe. O de defensa interesada de los valores nacionales. Criticar el moderado éxito de la política "identitaria" de *Act Up*-París en la lucha contra el sida, sin reconocer que antes de que se articulara ese colectivo la situación era bastante más catastrófica, y que las denuncias de esa asociación han desbloqueado las políticas de prevención y de atención sanitaria, responde a la misma estrategia interesada.

En última instancia, ¿por qué no iban a poder estar de acuerdo o a pensar igual los intelectuales de uno y otro país?; ¿por qué no iban a luchar las asociaciones de uno y otro lado del Atlántico según las mismas estrategias?; ¿por qué se supone que en uno y otro ámbito hay un modelo "nacional" y otro "de importación" que supondría, además, una traición del primero?

Y, sobre todo, ¿por qué no admitir que existen los mismos problemas en unos y otros lugares, y que éstos no vienen de fuera? Efectivamente, también los efectos de integración y exclusión que una y otra estrategia tienen o pueden entrañar, se encuentran simultáneamente en la política y en la academia gay y lesbiana que se hace tanto en Francia como en Estados Unidos. Pero es más fácil señalar esos efectos indeseables como propios de un modelo extranjero que asumir que, en cada sociedad, una y otra estrategia tienen consecuencias, en ocasiones, negativas.

En cualquier caso, a la vista de la extensión y los problemas que este debate plantea en dos sociedades precisas —que no coherentes—, podríamos esperar encontrar los mismos elementos en cualquier otro país. El caso español tiene especial interés desde este punto de vista por varios motivos. Primero, porque en el Estado español, el movimiento gay y lésbico

sólo emergió una década después de que lo hiciera en la mayor parte del mundo occidental. En consecuencia, se ha mantenido un tanto a la zaga de lo que se iba haciendo en otros países. Tenemos, pues, la ventaja de poder anticipar posibles conflictos, y la posibilidad de aprender de los errores que en otros lados se han cometido y de los aciertos que se han alcanzado.

En segundo lugar, porque el movimiento gay y lésbico y —más lentamente— el debate intelectual han alcanzado o están logrando en el presente una relevancia social y una visibilidad que permiten que se formulen las mismas cuestiones. Esa mayor presencia autoriza también el desarrollo "en casa" de los mismos recelos sobre la especificidad y la independencia que han surgido allende las fronteras.

En tercer lugar, porque en él se desarrollan crecientes aspiraciones internacionales. El co-Secretario General de la ILGA (Asociación Internacional Lesbiana y Gay) ha sido hasta hace poco un catalán, y varios colectivos desarrollan de manera cada vez más consistente una política transnacional, atenta especialmente a las comunidades de América Latina y a las cuestiones de derechos humanos. Bien sea por razones de idioma, o por cualesquiera otras (se puede apelar a —y acaso convenga poner en cuestión— una cierta proximidad cultural, a una historia compartida, etc.), el aislamiento y el andar a la zaga parecen tocar a su fin.

En cuarto lugar, porque desde hace muy pocos años, pero en un proceso acelerado, han surgido en el marco de los partidos políticos grupos de gays y lesbianas. En Izquierda Unida, en el Partido Socialista, incluso en el Partido Popular (aunque de momento al margen de sus estructuras) se están organizando los y las militantes con el objetivo de actuar desde dentro en pro de unas u otras reivindicaciones. También queda dentro de lo previsible a muy corto plazo la inclusión de algún gay o alguna lesbiana fuera del armario en las listas electorales. En definitiva, las esferas gay/lesbiana y candidato/elector/ciudadano, tan secularmente divorciadas, empiezan a asociarse en nuestro entorno.

Y en quinto lugar porque, además, el que nos ha tocado en suerte es un Estado plurinacional, de modo que también dentro podrían plantearse cuestiones de este tipo. Un Estado y una ficción de nación (¿no tienen todas las naciones un fondo de de ficción, de convención?) cuya unidad se forjó, conviene recordarlo, contra los moros, contra los judíos y, más significativamente para este análisis, contra los sodomitas. Un Estado/nación encarnado en una pareja heterosexual y cristiana: los Reyes Católicos. Un Estado, en definitiva, donde otras naciones acalladas y negadas de manera particularmente violenta a lo largo de la dictadura franquista han recuperado un papel protagonista desde la transición, y

un Estado en el que durante ese periodo autoritario se generó una legislación nacional-homofóbica contra la que se constituyó el movimiento reivindicativo.

De este modo, la introducción en el debate del tercer término "español" o "castellano" que anunciábamos al principio, plantea nuevas e interesantes cuestiones. ¿Es el carácter plurinacional del Estado un antídoto frente a la posibilidad de que se articule una "vía española"? ¿Hasta qué punto puede este carácter plurinacional dar lugar a parecidas querellas entre unas y otras naciones y posibles "vías" —catalana, castellana, vasca, canaria, andaluza, gallega…—? ¿Clamarían éstas en contra de posibles "influencias extranjeras", o en defensa de una particularidad que podría construirse como "nacional"? ¿Estarían afectadas por contradicciones internas parecidas a las que hemos señalado? Y si resultara que tampoco pueden inventarse modelos nuevos, ¿serían "los nuestros" modelos a la francesa, o a la americana?

¿Podría esa hipotética o no-nata "vía española" —o cualesquiera otras— proponerse como válida para contextos culturales pretendidamente próximos, como las comunidades hispanoparlantes de América o las otras comunidades y naciones ibéricas?; ¿Germinará, en suma, esa inquietud nacional hasta empapar, también aquí, las estrategias o análisis? Una última pregunta. ¿Son realmente tan interesantes todas estas cuestiones?

Los "estudios gays y lesbianos" nacieron oficialmente en nuestro entorno en 1995, con la organización pionera a cargo de Xosé Buxán de un ciclo de conferencias en la Universidad de Vigo. Se trataba de presentar conjuntamente los trabajos excepcionales y dispersos que se han ido llevando a cabo en diversos ámbitos académicos. Las intervenciones y alguna otra propuesta fueron publicadas en Barcelona con el título de *(Con)ciencia de un singular deseo*. El subtítulo, significativamente, decía: *Estudios lesbianos y gays en el Estado español*. ¿Responden éstos a métodos o aproximaciones "nacionales" o "del Estado" equivalentes a las que señalábamos en los trabajos de Martel y Paglia? ¿Es la escasa tradición de esos estudios, o la combinación necesaria de referentes teóricos de uno y otro lugar un antídoto contra la tentación de postular uno o varios modelos nacionales? ¿Es la "estatalización" del proyecto una precaución, o un reflejo de —relativa— diversidad nómada?

Por otro lado, en noviembre de ese mismo año de 1995, tenía lugar en Madrid la primera manifestación de gays y lesbianas convocada a nivel de todo el Estado. Un primer acto de visibilidad colectiva de una comunidad estatal que nunca antes se había manifestado conjuntamente o "unida" (aun en la diversidad ideológica y, sobre todo, nacional, como la abundancia de ikurriñas por la Calle de Alcalá mostraba gráficamente). Hasta entonces (pero

—también significativamente— desde el mismo momento en que empezó a haber colectivos relevantes), esa dimensión "estatal" era tan solo cuestión de las élites políticas de los grupos, que se reunían más o menos regularmente. La llamada Agrupación Homófila para la Libertad Sexual, fundada clandestinamente en Barcelona en 1972, pasó enseguida a llamarse Movimiento Español de Liberación Homosexual, para cambiar su nombre en 1975 por el de *Front d'Al.liberament Gai de Catalunya*.

En aquella manifestación convocada dos décadas después, se planteó una "agenda" que difería substancialmente de las que se articulaban en otros lugares. Es significativa la negativa de buena parte de los colectivos agrupados en la histórica Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español (La COFLHEE, fundada en 1977), de manifestarse con un lema relativo a la "Ley de Parejas". Ésta era, efectivamente, la preocupación fundamental de los grupos más recientes (y más importantes en términos de reconocimiento institucional). Y era, asimismo, la inquietud primordial del movimiento en buena parte del mundo Occidental.

Pero en ese Estado español que ponía de manifiesto la Coordinadora, se habían articulado demandas específicas que no tenían parangón en ningún otro lugar. Entre ellas, el rechazo del servicio militar obligatorio, y la apelación una "conciencia marica" como factor relevante de insumisión a la mili. En esos mismos años, los colectivos de Estados Unidos reclamaban el derecho de gays y lesbianas de acceder e incorporarse a las Fuerzas Armadas. O, por poner otro ejemplo, las campañas de apostasía; la solicitud o exigencia de que la Iglesia católica reconociera a todos los efectos la no pertenencia a su estructura a partir del reconocimiento de la inexistencia de un consentimiento válido en el momento del bautismo. Una Coordinadora de Pueblos del Estado español se negaba a ser considerada parte del Pueblo de Dios.

Estas resistencias plurinacionales al estamento militar (representante, por lo demás, de la "unidad de la patria"), o a la Iglesia (consistente promotora de una familia patriarcal unida; unida también en el rechazo de gays y lesbianas), reflejaban esa diversidad de luchas y estrategias tanto como construían, inesperada y acaso paradójicamente, una dimensión que, desde fuera del Estado español o desde fuera de la comunidad gay y lesbiana, podría considerarse "española".

Acaso no sea una casualidad que una parte fundamental del movimiento gay y lésbico (la que se ha desarrollado desde la transición misma, sobre todo en Cataluña y el País Vasco, pero también en Valencia, Galicia, Baleares o Andalucía) haya estado estrechamente ligada a las reivindicaciones nacionalistas. Quizás eso explique también la hostilidad que con tanta

frecuencia se ha expresado en casi todo el movimiento de gays y lesbianas frente a cualquier política identitaria "a la americana" que defendiera una "nación *queer*". Las respectivas naciones catalana, vasca, etc., en proceso de reconstitución tras décadas de silencio forzado, se refundaban (indudablemente) sobre bases menos homofóbicas de las que inspiraron a la malencarada nación española.

En definitiva, aquí (salvo quizás en algunos colectivos descastados y efímeros que surgieron en el centro de la meseta), todo el mundo parecía tener ya su cupo de identidad completo con la pertenencia nacional; una pertenencia que autorizaba también una práctica de resistencia al centralismo y que, aparentemente, no planteaba conflicto alguno con el desarrollo de unas prácticas homosexuales de las que ninguna comunión podía legítimamente derivarse. Las filiaciones se establecían (y aún se establecen) —un poco "a la francesa"— en el seno de naciones que —a diferencia del ejemplo galo— reclaman derechos y soberanía, por más que luego las coordinadoras (y, sin ir tan lejos, las redes de amistades) se las compusieran para desarrollar programas políticos cuya originalidad y relevancia se podían medir en términos de todo el Estado.

En última instancia, y ya que aquí se plantean más preguntas (reflexiones y retóricas) de las que somos capaces de resolver, nuestra posición sería favorable al establecimiento de un intercambio multifacético de influencias, símbolos, estrategias y aproximaciones, que atravesaran las fronteras de los proyectos "nacionales". La lucha contra la exclusión, las prácticas de avestruz o la falta de compromiso de las instancias académicas o políticas, en ese caso, no podrían solventarse con la actitud sobradamente simplista de culpar a un "otro nacional". El nomadismo debería suscitar nuestra desconfianza respecto a las bases excluyentes con que tan a menudo se construyen los proyectos nacionales. El nomadismo debería ayudarnos a aprender de otros pueblos y de otras luchas, a compartir esfuerzos y a fomentar una cultura de la solidaridad. Pero ese nomadismo no debe ocultar que es en el marco del Estado donde se resuelven muchas de las exclusiones, y que es en el marco de las convenciones nacionales donde se estructuran las dimensiones ciudadanas… y aún, en muchos casos, la subjetividad misma.

Este intercambio multifacético y fructífero a través de las fronteras que imponen los Estados, las naciones, las tradiciones, las culturas y los idiomas (y también, al menos potencialmente, a través de los sexos, las clases sociales, los grupos étnicos…) no sería sólo una mera defensa, en el contexto de un mundo (occidental) progresivamente interrelacionado, de particularidades de minorías de uno u otro signo que merecen ser tenidas en cuenta. Sería, además, un factor de resistencia de cara a la posible determinación

exclusivista de una “agenda única” por parte de las organizaciones más poderosas dentro de un mismo país o a nivel internacional. Y un factor de modestia que nos permitiera aprender y colaborar con otras gentes, tanto mejor si no son sólo las gentes o las comunidades más poderosas o aventajadas. La tentación de “nacionalizar” perspectivas académicas o estrategias activistas se vería entonces, en cierto modo, conjurada en beneficio de un espíritu menos imperialista, pero también menos localista.

FALUCINE

Bastos o espadas: durmiendo con su enemigo

El falo está por todas partes, anda en boca de todos, aunque esté mal el decirlo y, en apariencia, resulta ser más o menos comprendido en su sentido más grosero y evidente por una amplia mayoría sólo con pronunciarlo o sacarlo a relucir. El hecho de que en ocasiones pueda producir sonrojo su solo nombre y llegar a ser motivo de escándalo para los más bienpensantes oídos no es impedimento para que, no obstante, suponga, entre otros, un elemento o el elemento operativo y estructurador de nuestra cultura en sus más distintos estratos y ocupe cada resquicio de la misma, articulándola desde la base hasta la cúspide, rigiendo todas y cada una de las relaciones sociales, laborales, políticas, económicas, religiosas, deseantes y familiares. Rigiendo también la moral, el buen gusto y las mejores maneras, el oído que se escandaliza y el ojo que se cierra espantado cuando algún insensato osa pronunciar su nombre o sacar el falo de las profundidades en las que debería haber permanecido para siempre, aunque su poder y su influencia se dejen notar en el más cotidiano vivir cada día. Por ello, por la omnipresencia de este particular dedo hecho huésped de nuestra sociedad, no resultará nada extraño que, en el ámbito del que nos ocupamos aquí, también tenga el falo una especial relevancia. Sobre todo cuando es el género y la opción sexual las que están en juego, cuando es la propia heterosexualidad la que pretende ser cuestionada y el falo del varón blanco heterosexual el que está siendo, por así decirlo, sacudido desde las instancias y grupos que no pueden soportar por más tiempo su sólida hegemonía. Ya veremos las consecuencias que puede tener semejante operación: si consigue derribar las estatuas elevadas por suscripción popular a este dios que, como todo dios, sólo existe porque beneficia a unos pocos, los que le dan culto y creen en él, o si, por el contrario, sacudirlo sólo conduce a la erección de nuevos templos para darle culto y confirmarlo aún más, si cabe, en su magnífico pedestal.

El falo como eje estructurador de la cultura

Si las mujeres ya comenzaran en su día a no sentirse para nada a gusto girando alrededor de una cultura falocéntrica que las relegaba a un segundo plano, los homosexuales se ven ahora, se han visto siempre, sólo que ahora parece habérseles concedido el derecho a quejarse, en una tesitura semejante. Y, dentro de los homosexuales, la cosa se complica

todavía más con el papel que este concepto puede representar para quienes desde siempre se los calificó de afeminados por referencia a ese falo rector que servía de guía y orientación (el falo ocupa un lugar importante, crucial, dentro de la economía deseante de la homosexualidad masculina. Sin embargo, ese mismo y sensual falo es a la vez el principal adversario para quienes le rinden culto a este dios-diablo que ven cómo sus bastos se metamorfosean en amenazantes espadas y cómo se quedan tan plácidamente dormidos junto a, pegados a su mayor enemigo); complicada es también la relación con el falo para las lesbianas, que nada quieren saber de una falicidad que ellas jamás ponen en juego o juegan con ella a su manera porque la consideran opresiva y superflua; para los transexuales, que convierten la sacralidad de este término en un atributo de quita y pon; para la cultura *leather*, donde el falo quizás no ocupe el mismo lugar ni tenga la misma relevancia que para quienes deciden travestirse, etc. Sea como sea, el falo siempre representa y alberga cabe sí todo lo más horroroso (y lo más deseado; de nuevo, la paradoja) a lo que el colectivo homosexual ha de enfrentarse. Por él, con él y en él se dan la mano el machismo, la misoginia, la homofobia, la heterosexualidad como *télos* ideal del hombre.

No se necesita ser muy astuto ni muy culto para darse cuenta de lo que todo el mundo ya sabe: que, en una cultura falócrata como la nuestra, el falo tiene carta blanca para pasearse a sus anchas por aquí y allá y, cual varita mágica, dejarnos a algunos de piedra, conceder tres y más deseos a otros o darle un poco de vidilla, carroza y zapatos de cristal a otras tantas, pero sólo hasta las doce. No es que el falo estructure, gobierne, castigue o discrimine, es que él mismo es la condición de posibilidad de cada una de estas operaciones de poder, la condición de posibilidad de toda estructura, de toda reglamentación, de todo sistema, de todo orden, de toda norma: dios, el poder y la ley misma. Para quienes no practicamos tan antigua religión, un culto pagano que las diversas iglesias no han podido o no han querido erradicar y más bien lo fagocitaron vistiéndolo de diversos ropajes, el falo siempre representa un límite, una barrera infranqueable que nos relega a la herejía, a la marginación de los descreídos. Lo que no deja de ser injusto. Porque no es que no creamos en su divina majestad, cosa imposible ya que todo el mundo cree en el falo porque le supone un beneficio o sufre sus consecuencias, sino más bien es que, creyendo en él, no nos gusta demasiado el trato que de él y de sus portadores, forofos falóforos, recibimos.

Y aquí hay que ser muy claros. Sólo muy pocas bestias pardas se declararían falócratas-machistas-homófobas-misóginas en público sin vergüenza alguna, henchidas de sangre y omnímodo poder las venas de su cuello. La corrección política, quieras que no, va surtiendo sus efectos a nivel lingüístico, aunque, en lo que a los hechos se refiere, nada o

muy poco haya cambiado. El falo sigue teniendo los mismos adeptos de siempre, sólo que ahora cultivan la hipocresía y les trae sin cuidado que el gallo de san Pedro se desgañite tropecientas veces denunciando su traición: como el apóstol, son más papistas que el papa -y el apóstol fue papa-, aunque nadie les arrancará una confesión de simpatía fálica. Y su número es notable. Siempre son mayoría. Pero no nos dejemos engañar por cortinas de humo. Mayoría es mayoría. El falocentrismo no distingue entre derechas ni izquierdas: quizás haya que decir muy clarito que el falo no es un atributo exclusivo del conservadurismo. Ni del varón, anatómicamente hablando. Ni de monárquicos. Ni de dictadores. Revolucionarios, comunistas, empresarios, guerrilleros de Sierra Maestra, mujeres (también anatómicamente hablando), republicanos, sindicalistas, demócratas y alguna que otra marica y lesbiana despistada, todos se cuentan entre sus adeptos. El enemigo es *grande* en poder y número, siempre lo ha sido, y no es cuestión de asustarse ahora por su *tamaño*. Pero, de su poder *inmenso*, lo que más nos inquieta ahora, a nosotros, es su papel regulador, instituyente, limpiador, pulimentador y fijador del sexo, de los sexos, de la sexualidad, de la diferencia sexual e incluso de las anatomías que, sólo provisoriamente, nos habían servido hace un instante para diferenciar a la mujer del hombre, a la hembra del varón.

Cuando se comienza a hablar de una noción así, demasiado a la ligera tal vez, de una noción que a todo el mundo le dice algo y que *penetra* nuestras vidas lo queramos o no; cuando se habla de una noción nacida de *disciplinas* como la antropología, el psicoanálisis o la filosofía y se la toma en su sentido metafórico de principio estructurador y distribuidor de las relaciones de poder en la sociedad, es difícil decir algo mínimamente interesante e inteligible acerca de ella sin emprender, casi sin darnos cuenta, un discurso de demasiados altos vuelos que a todos nos deje fríos. Sobre todo porque, a la hora de discutir con falócratas impenitentes, con aquellos que utilizan el falo del poder para ejercer una coacción y una presión brutales sobre, por ejemplo, formas de sexualidad que no responden exactamente al patrón del falocentrismo, es inútil hacerlo en términos de estructuralismo, etnología, psiquiatría o fenomenología de las religiones. La gente empieza a no entender nada, la opresión subsiste, el discurso que pretendía ser liberador al final se hace antipático y excesivamente intelectualista incluso para quienes en un principio estarían dispuestos a aceptarlo, y los prejuicios del macho permanecen intactos.

En efecto, el macho siempre sostiene un discurso más populista y facilón, y como se dirige a una enorme masa cautiva de convencidos y beneficiarios, desde quien se sienta en el Congreso hasta quien se come tranquilamente su bocata en el andamio, triunfa sin esfuerzo.

Sin esfuerzo y, en cierto modo, gracias a la fascinación falófila de quienes precisamente deberían estar interesados en derribarlo de su atalaya. Insoluble paradoja ésta que es incapaz de distinguir entre bastos o espadas. Insoluble contradicción la de quien duerme con su enemigo. En otras palabras, la dificultad que acarrea la separación del falo como dinamizador del ámbito del deseo y como principio rector de la ideología más opresora. Dicha contradicción ¿acaso? sea irresoluble pero no debe resultar paralizante ni dejar *petrificada* toda observación crítica. Intentemos pues hacer por nuestra parte un ejercicio de cortesía intelectual, sabiendo de antemano que nuestro público es menos numeroso. Y que, más que ofrecer pingües beneficios a la mayoría, pretendemos robarles su rica ganancia y mejorar un poco nuestra desastrosa situación. Para ello nos armaremos de argumentos que, no por su sencillez, dejen de mostrar muy a las claras lo absurda y corta de miras que resulta la visión del falocentrismo acerca de la diferencia sexual entendida como algo meramente derivado de la distinción anatómica de los genitales y no más bien como una construcción socio-cultural dependiente de la opción de cada cual, lleve lo que lleve entre las piernas. La identidad sexual o de género es más flexible que la anatomía, por muchas contorsiones y retorcimientos circenses a las que ésta pueda someterse.

Variaciones sobre un chiste popular de dudoso gusto

Comencemos así por contar un chiste conocido por todos, muy antiguo, tanto como Jaimito, que nos introduzca en este juego de los sexos y que no tendría gracia alguna en un contexto no falócrata. Quien se ría o se sonría levemente ha de saber que se halla inmerso hasta las cejas en la cultura que estamos criticando. Quien no lo haga, por comprender muy bien las implicaciones del mismo y por haberlas sufrido en sus carnes o no, que abra, no obstante, los oídos y que se sepa desde entonces nuestro amigo. Quien no lo comprenda en absoluto, está negado para los chistes, quizás tenga problemas de dislexia y lo mejor es que consulte a algún especialista. Ahí va, pues, lo prometido: «Están Jaimito y su hermana uno frente a la otra, desnudos. Jaimito va y le dice a su hermana, orgulloso de su miembro : “¿A que tú no tienes uno como el mío?”. Ella entonces le responde, señalándose sus genitales: “No, pero mamá me ha dicho que con uno como éste puedo conseguir de ésos todos los que yo quiera”».

Es difícil condensar en menos espacio la escena fundacional de eso tan complicado que se llama falocentrismo y que a algunos tanto nos estorba en la vida diaria. Para empezar,

lo peor del asunto es la inscripción del suceso en la edad más temprana. Tanto que, por haber aprendido las reglas del juego que instituye el falo desde pequeñitos vivimos en su ámbito de influencia sin darnos cuenta, como si fuera lo más natural del mundo y como si no hubiera otra cosa, como si no fuera posible pensar en otras variantes del mismo chiste y en otras respuestas de la hermana de Jaimito. Porque aunque su contestación pretende ser inteligente y dejar pasmado a su hermano, la pobre, con sus palabras, se traga todo el anzuelo de la primacía del falo sobre su propio sexo y, pese a dejar cortado a Jaimito, se inscribe en el juego que él le propone donde el falo es el centro absoluto, aquello más preciado que, por supuesto, ella no tiene y que, por lo tanto, desea y envidia desde la carencia, desde su sexo como carencia, desde su sexo como ausencia de sexo o, como dirían algunos, castrado. La niña se ve de cabeza metida, educada, indoctrinada por su madre, en los vaivenes de la economía sexual donde es el falo el codiciado objeto de deseo, de su deseo y del de su madre, del deseo de quienes están anatómicamente desprovistas de él. La mujer empieza así una labor penosa de búsqueda, de persecución del falo, girando en torno a él y a quien lo tiene, mientras que los hombrecitos se quedan quietos y no dan un paso porque ellos son y tienen el ce(n)tro.

Bien podría la hermana haber dado otra respuesta: “Mamá me ha dicho que con uno de éstos puedo conseguir tantos como quiera de ésos. Pero es algo que me trae al fresco. Me gustaría saber cómo puedo conseguir más como el mío”. Información que ya le podía haber dado su madre en vez de aplastar su lesbianismo incipiente y enseñarle que con uno como el suyo puede conseguir cuantos quiera de la clase que quiera. Por ejemplo: “Mamá me ha dicho que está harta de vosotros los hombres y que por mi bien me busque a alguien que no tenga uno como el tuyo”. O bien, menos rencorosa, la madre en cuestión podría ser lesbiana y tener o no tener su pareja de hecho, haber adoptado a Jaimito y a su hermana sin nombre y, desde luego, no haberle dado tales consejos. Porque la presuposición de la familia heterosexual de padre y madre que educan a los hijos en la heterosexualidad también resulta indispensable para la primera versión del chiste que cada vez tiene menos gracia, si alguna vez la tuvo. Lo que sí hace reír de espanto es el terror de los defensores de la familia tradicional, horrorizados por creer que, en una “familia” donde el vínculo sea homosexual, la educación será homosexual. Confiesan así una idea que no necesariamente compartimos, pero que a ellos les atormenta y es que la heterosexualidad tanto como la homosexualidad son menos innatas de lo que se cree y más bien son cosa de corrupción o, mejor, de educación de menores.

Porque en el chiste el papel primordial lo tiene la autoridad del consejo materno. Dependiendo de dónde ponga la madre (o el padre) el lugar del falo y cómo lo valore y qué importancia le dé, así abrirá o no un espacio más o menos amplio donde se desarrollen sexualidades distintas, un espacio que permita jugar a otros juegos que no sean siempre dar vueltas alrededor del falo, o a ver quién consigue más falos o hacer de su consecución una carrera de relevos pasándolo de mano en mano. También se puede jugar, juego violento y también falocéntrico, a darle patadas al falo, como en el fútbol, donde las patadas encubren el hecho de que todos corren en pos de él para lograr el mayor tiempo posible de posesión fálica y penetrar el agujero enemigo: yo lo tengo, tú no lo tienes y, además, te lo meto en tu orificio cuando me apetece. Y, sobre todo, en fútbol, lo que no se puede es tocar el balón (o sea, el falo) con la mano. En fin, dejémoslo. Sería mucho más beneficioso, productivo y creativo inventar juegos del tipo: "¿Jugamos a que no hay falo?". Y que, de ser un juego, una simple ficción teórica, llegara con el tiempo a ser la condición indispensable para todo tipo de juegos, incluyendo cómo no, los juegos entre los sexos. Que no haya falo no es un juego, visto así, es el requisito previo a todo juego, la posibilidad de que haya muchos y múltiples juegos y no sólo EL juego de la heterosexualidad falocéntrica. O el juego de la homosexualidad falocéntrica. De nuevo, en este aspecto, los gays duermen a (entre)pierna suelta con su enemigo-amigo, según les convenga por cuestiones de política o deseo, disociando y mezclando churras con merinas con la mayor despreocupación.

Jaimito: de machirulo incipiente a transexual en lista de espera

Pero estábamos contando un chiste y, gracias a la ruptura de la economía falocéntrica, habíamos comenzado a dar de él muchas versiones aparte de la oficial y legítima. Ahora podemos explorar algo más el estupor del lado de Jaimito. Porque también él puede tener serios problemas por verse inscrito en una situación semejante. Partamos de la versión original del chascarrillo tal como la contamos en un inicio y, esta vez, prolonguemos el diálogo: «... "Mamá me ha dicho que con uno de éstos puedo conseguir de ésos tantos como quiera". Y Jaimito contesta a su vez: "¡Tú sí que tienes suerte, hermanita! ¡Ya me gustaría a mí conseguir más como el mío! Pero a ver cómo"». Otra vez la falta de información y un horizonte de posibilidades que se le cierra a nuestro Jaimito, gay incipiente, que conoce la ley fálica, que sabe que tiene falo, pero, pese a ello, quiere tener más porque eso de tener sólo un falo, el suyo, el falo, no le satisface lo más mínimo. Y menos aún que la ley fálica implique

la exogamia, el extrañamiento, la discordia, la lucha entre los falos, Él no quiere tener el falo, sino muchos falos, viéndolos más como amigos que como rivales, y su padre no le ha dicho cómo conseguirlos. Es de creer que le ha dicho que debe conseguir cosas como la de su hermanita y no cosas como la suya. Es de creer también que ni siquiera se le ha planteado la posibilidad de que a Jaimito le pueda apetecer otra cosa. Es de creer asimismo que si Jaimito le hubiera preguntado cómo podía él conseguir más miembros como el suyo, hubiera recibido un bofetón descomunal o, como mucho, si el padre fuera un heterosexual no fascista y de mentalidad abierta... Hipótesis descartada e inimaginable lo que un padre así le diría a un hijo así. Pero consuela pensar que es posible imaginar un diálogo semejante en estos tiempos u otros venideros, no tan rancios como los que le tocó vivir a Jaimito.

Ahora que ya estamos entrenados y nuestra imaginación liberada del falo está deseosa de entregarse a ensoñaciones y descubrir que existen otros mundos, otros falos, podemos seguir recreando una y otra vez la misma situación que, en cada ocasión, será muy distinta. Veamos otro Jaimito que, después de la situación descrita, prosigue la conversación: « "... puedo tener de ésos tantos como quiera". Y Jaimito, contrariado: "Que no, tonta, que siempre estás con la escopeta cargada. Yo te lo enseñaba porque ahora me lo escondo y ya no se ve y ya soy como tú y ya puedo conseguir, si lo escondo, todos los que quiera como el mío". Y la hermana: "Sí que es verdad. Pero de todas formas se nota un poco. Ven, vamos al tocador de mamá. Con la peluca y unos toques de pintura se te notaría mucho menos". Jaimito: "¡Qué idea! Gracias, hermanita. Y tú te vistes de hombre, como yo". La hermana, démosle un nombre, Rocío: "No, a mí eso no me va, pintarse es mucho más divertido" ». No queremos aburrir, pero sólo a partir de algo tan simple como un chiste se puede construir un discurso más o menos inteligente que ponga un poco en tela de juicio el falocentrismo más grosero. Para discutir con especialistas habría que emplear otros términos y empezar a distinguir falo y pene, etc. Pero ello se queda para otra ocasión. Permítasenos, sin embargo, una última versión de la escena. Quien la adivine tiene premio. Quien no la adivine debería entrenar algo más su mente con ejercicios similares que le permitieran salirse del sota, caballo y rey de toda la vida.

Esta versión es un poco más seria que las otras, que tampoco dejan de serlo, pero toca de lleno la cuestión de la diferencia sexual en su aspecto de mayor radicalidad. Volvamos a nuestro escenario de siempre: «Jaimito y Rocío, desnudos. Dice Jaimito: "Mira lo que tengo que tú no tienes". Y Rocío responde: "Ya, pero parece que más que estar contento estás un tanto triste". Y Jaimito: "Sí, es que no me siento a gusto en mi propio cuerpo. Me miro al espejo o así, directamente, y no me reconozco con esta cosa que cuelga. Echo de menos un

cuerpo como el tuyo, mi verdadero cuerpo que nunca he tenido. No sé por qué he nacido dentro de éste". Rocío: "Eso sí que es un problema. ¿Y de quién será ese cuerpo que tienes ahora?". Jaimito, desolado: "Ni lo sé ni me importa. Lo que me gustaría saber es qué ha sido del mío". Rocío: "Ya. Es difícil, pero creo que te voy comprendiendo"». Los padres en este caso no sé si serían de mucha ayuda. No se suele hablar mucho de sexo entre padres e hijos y, cuando se hace, lo único que se les ocurre a los progenitores es reproducir e inculcar a lo bruto el modelo heredado y excluir cualquier otra opción posible. Que Jaimito vaya a discutirle a su padre que la diferencia sexual no tiene nada que ver con la diferencia anatómica de los sexos es algo que se sale de todo pronóstico. Que ella, Jaimito, haya de portar un falo y un nombre de varón sacude hasta tal extremo la matriz falocéntrica que lo que era un chiste se convierte en tragicomedia hasta que la Seguridad Social no decida tomar cartas en el asunto. En Andalucía parece haber desde hace muy poco un rayo de esperanza y hasta el momento, en teoría, la necesaria intervención que le haría justicia al sexo de Jaimito sería cubierta por la sanidad pública, vale decir, autonómica. Irresoluble conflicto entre espadas y bastos que en el sur se ha acometido con justa valentía.

Que el género o la identidad sexual y el sexo genital no comparten vínculos demasiado estrechos es algo ya muy antiguo como para desmentirlo sin más y reducirlo a la patología de meros casos aislados. La plasticidad y ductilidad del falo es un continente por descubrir para mucha gente y muchas de sus posibilidades, traslaciones, cambios de lugar, quitas y pon llevan ejercitándose desde siglos. Michel de Montaigne, filósofo francés, narraba un par de historias que le contaron en el transcurso de un viaje por Europa el año del Señor de 1580. La primera dice como sigue: "siete u ocho jovencitas de los alrededores de Chaumont en Bassigny decidieron, hace algunos años, vestirse de hombres y continuar así sus vidas por el mundo. Una de ellas vino a este pueblo de Vitry bajo el nombre de Mary y se ganaba la vida como tejedor y siendo un hombre de buen carácter y que se hacía amigo de todo el mundo. Se hizo novio en Vitry de una mujer que aún vive, pero por algún desacuerdo que sobrevino entre ellos, su relación no fue más allá. Habiéndose marchado luego a Montier-en-Der y trabajando siempre en lo mismo, se enamoró de una mujer con la que se casó y vivió cuatro o cinco meses. Ella estaba muy contenta, según se dice; pero, habiendo sido reconocido por alguien de Chaumont y llevándose el asunto ante la justicia, se la condenó a la horca: lo que ella decía prefería sufrir antes que volver a la condición de mujer. Y se la ahorcó por causa de invenciones ilícitas para suplir la falta de su sexo." (*Journal de voyage*).

La segunda historia es aún más curiosa y sin desperdicio alguno: “De paso por Vitry-le-François, pude ver a un hombre al que el obispo de Soissons había puesto por nombre Germain en su confirmación y que todos los habitantes de allí habían conocido y visto como mujer hasta la edad de veintidós años, llamándose Marie. Ahora era muy barbudo y viejo, no habiéndose casado. Haciendo, decía, un esfuerzo saltando, sus órganos viriles le salieron; y todavía es corriente, entre las jovencitas de allí, una canción en la cual se previenen de no dar grandes zancadas por miedo a convertirse en hombres como Marie Germain. No hay que maravillarse por que esta suerte de accidente ocurra con frecuencia ya que, si la imaginación interviene en estas cosas, está tan continuamente y tan fuertemente apegada a este tema que, para no tener que recaer de continuo en el mismo pensamiento y en un deseo tan fuerte, le trae más cuenta incorporar de una vez por todas esta parte viril a las mujeres” (*Essais I, 21*). Esta última reflexión de Montaigne seguro que hubiera hecho las delicias de Freud y, si alguno nos lee, fascinará a más de un psicoanalista, pues viene a anticiparse siglos atrás y punto por punto a la célebre hipótesis de la madre o de la “mujer fálica” que tanto tiene que ver con la etiología de la homosexualidad. Y ya que hemos contado algún que otro chiste y un par de sabrosas historias para hablar del falo, salpicando nuestro discurso de amenidad y simpatía, tal vez sea éste el mejor momento para, de un gran salto, aproximarnos a grandes zancadas -no es lugar ni hay tiempo para mayores sutilezas- al discurso que la clínica sostiene sobre la homosexualidad y el falo. Malo será si en nuestro esfuerzo por este salto vertiginoso nuestros genitales no sufren alguna transformación en el entretanto. Tan voluble es el falo.

El falo de Mr./Mrs. Potato

En efecto, en la raíz de la homosexualidad (al menos en la masculina) se encuentra esta atribución imaginaria de un falo a la madre. Según decía Montaigne, para que la imaginación no tenga que recorrer este camino una y otra vez, opta por ponerle a la madre un falo de una vez por todas, y a otra cosa, mariposa. Como el muñeco ése con forma de patata, al que se le pinchan todas las partes de su cara y cuerpo según plazca al consumidor, ofreciéndole a los niños mayores de tres años (para que no engullan las piezas, sobre todo algunas) insólitas posibilidades de travestismo y transexualismo que, naturalmente, ponen en práctica sin vacilar. Porque, al hacer esto, al poner el falo o el bigote “donde no es”, no cabe la menor duda de que ha nacido una linda mariposa. Freud parte de la hipótesis de que la

primera teoría sexual del niño es que todo el mundo, hombre o mujer, tiene un pene, empezando por mamá, y le es imposible representarse siquiera la idea de que alguien no lo tenga. Y, si no lo tiene, es porque se lo han cortado: lo han o la han castrado. De nuevo, espadas o bastos. Ante este hecho terrible de la castración, las mariposas, aún crisálidas, ponen en juego una estrategia admirable: la desmentida, es decir, por una parte se dan cuenta de que la mujer no tiene pene, está castrada y se horrorizan porque los siguientes pueden ser ellos por obra y gracia de papá; por otra parte, desmienten esta percepción y fantasean a la madre fálica para conjurar el horror. La diferencia sexual se queda así un tanto desdibujada y se hace más flexible y menos estricta: una especie de *continuum* unisexual. A partir de entonces subsistirán estas dos representaciones contradictorias de la realidad en el sujeto y no se influirán para nada entre sí. Para que ello sea posible, el sujeto ha de escindirse, su mente tiene que fabricar dos compartimentos estancos donde albergar, por un lado, la aceptación de la castración y, por otro, su desmentida, lo que resulta inconciliable.

Y todo porque el falo-pene se nos hace irrenunciable, imprescindible e imperdible: "En quienes después serán homosexuales hallamos la misma preponderancia infantil de la zona genital, en especial del pene. Más aún: esta elevada estimación por el miembro masculino se convierte en destino para ellos. Escogen a la mujer como objeto sexual en su infancia mientras presuponen en ella la existencia de esa parte del cuerpo que reputan indispensable; cuando se convencen de que la mujer los ha engañado en este punto, ella se les vuelve inaceptable como objeto sexual. No pueden prescindir del pene en la persona destinada a estimularlos para el comercio sexual y, en el mejor de los casos, fijan su libido en la 'mujer con pene', el jovencito de femenina apariencia" (*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*). De aquí se deriva la supuesta misoginia de las maricas: "Con el discernimiento, adquirido sólo más tarde, de que la mujer no posee pene, esa añoranza a menudo se vuelca súbitamente a su contrario, deja sitio a un horror que en la pubertad puede convertirse en causa de la impotencia psíquica, de la misoginia, de la homosexualidad duradera" (*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*). Así como se explica la adoración y veneración sin límites por la mujer, por la madre, en el caso de que se le perdone el engaño y nuestro afecto nazca sólo de ese reducto psíquico que daba culto a la madre fálica.

Y, para terminar, una palabra para explicar el prejuicio de las peluqueras mariquitas y la afición por los zapatos de tacón y los plataformones. La afición a la peluquería, a "cortar trenzas" vendría a ser una puesta en escena teatral, metafórica de la castración de la madre, sólo que en vez de cortarle el pene, se le corta el pelo que, afortunadamente, vuelve a crecer y la despedida sólo es hasta el mes siguiente, donde se repite la misma operación. Jugamos

inconscientemente a castrar a la mujer porque, haciéndolo, reforzamos, por una parte, nuestra creencia de que ella tiene un falo y se lo podemos cortar, pero, al mismo tiempo, aceptamos en cierta medida que la castración existe y que la mujer no tiene falo. Curiosa sí que es la explicación y merecedora de ponerse al lado de los relatos de Montaigne, por lo menos: "La fijación al objeto antaño ansiosamente deseado, el pene de la mujer, deja como secuela unas huellas imborrables en la vida anímica del niño [...] La veneración fetichista del pie y el zapato femeninos parece tomar a aquél sólo como un símbolo sustitutivo del miembro de la mujer otrora venerado, y echado de menos desde entonces; los 'cortadores de trenzas' desempeñan, sin saberlo, el papel de personas que ejecutan el acto de la castración en los genitales femeninos" (*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*). Ya sabemos algo más de las plataformas de las *drag-queens* y de por qué cuanto más grandes, mejor. Sobredosis de falo, o mejor, atracón, donde la psicoanalista descubrirá por un lado, la comilona brutal y, por otro, la posibilidad de perder nuestro falo en un robo con atraco. Hay que reconocer, pese a todo, que en lo que a derroche de ingenio se refiere y en su habilidad para contarnos, en cierto modo, de qué van nuestras vidas, los psicoanalistas están muy bien dotados (MBD).

IDENTIDAD

Moverse y salir en la foto: el tocino y la velocidad

"*Yo no sé cómo hay gente de izquierdas*
con lo bien que vivimos los de derechas"
(Chiste de derechas)

El hecho de hablar a todas horas del colectivo homosexual, de intentar dar una imagen de unidad ante los medios de comunicación o las instancias políticas, o más bien, el hecho de que desde las instancias de poder se nos unifique bajo el apelativo genérico de la población homosexual o gay tiene como consecuencia el establecimiento de una categoría: el o la o los o las "homosexuales" que uniformiza, homogeneiza y hace más fácil el trato con lo que se considera a partir de entonces un bloque uno y único con las mismas reivindicaciones, inquietudes y aspiraciones. Ello, sin embargo, no necesariamente es así, dado que dentro de eso que se llama lo "homosexual", no sólo entran por igual gays y lesbianas, sino también bisexuales, transexuales, *drags*, travestidos, pederastas y todo cuanto se quiera hacer caber en este particular cajón de sastre. Buena muestra de lo anterior es el presente libro. Basta con darse un ligero paseo por el índice a velocidad de tocino para caer en la cuenta de lo estrechos que se quedan los parámetros de "la homosexualidad" o "los maricones" a la hora de querer establecer un concepto unitario e idéntico en el que quepamos todos, todas y todo. Esta diversidad va a tener implicaciones de muy diverso tipo, aparte de lo desquiciado de nuestro índice y de lo irónico que pueda resultar hablar a estas alturas de "identidad", dado lo fragmentario de estas *homografías*. La polémica en torno a la identidad, no es, sin embargo, una cuestión baladí.

Por un lado, porque en lo tocante a lo que desde las instancias político-legales se refiere, se borra de un plumazo cualquier tipo de diferencia entre los individuos que pasan a ser etiquetados como formando parte de una misma clase que el poder se inventa y cuya denominación impone. Desde otras instancias ético-religioso-morales la denominación de origen homosexual es suficiente para enmarcar dentro de ella todo lo relacionado con la perversión, el desorden en la conducta y lo pecaminoso. Y, por último, porque dentro del propio colectivo, surgen disputas acerca de si esa identidad que se nos impone desde fuera realmente existe o no, si formamos un cuerpo social unitario o nos dividen más cosas de las que nos unen; si hablar de un sujeto homosexual o de un sujeto heterosexual tiene algún sentido, como no sea porque se ha producido una inflación de todo lo relativo al sexo y al poder estructurador que éste se supone tiene en la personalidad y el carácter de los

individuos. O por qué se suele hablar con más frecuencia del sujeto homosexual que del heterosexual, como si la homosexualidad influyera más que su contraria en la conformación de las personas o como si el homosexual fuera un ser hipersexualizado, cuyos comportamientos, actitudes, capacidades y habilidades se centraran en y se vieran gobernadas por su opción sexual; o cuánto hay de verdad y cuánto de hipocresía en la total negación de la identidad homosexual por aquellos sujetos que declaran abiertamente que no son homosexuales, ni gays, ni lesbianas, sino que sencillamente tienen una preferencia sexual por personas de su mismo sexo sin que ello les afecte lo más mínimo en su vida.

Heteroidentidad

Antes de comenzar siquiera a considerar las diferentes posiciones y discursos surgidos en torno a la identidad homosexual es preciso dejar constancia de un hecho que se suele pasar por alto, tal vez por ser, en el fondo, tan obvio. A saber, que jamás partimos de cero; que no se trata de decidir si queremos o no queremos, si es o no conveniente forjar, fomentar y consolidar una identidad homosexual o si, por el contrario, lo más beneficioso para nosotros es que tal identidad homosexual no exista en absoluto. Porque la identidad homosexual en nuestro contexto histórico-cultural *existe ya desde siempre*. La homosexualidad y el o la homosexual son instancias que preexisten a nuestro debate, en cuya definición y establecimiento no hemos podido tomar parte porque estaban ya ahí antes que nosotros. El mito de la no-identidad, la creencia de que los y las homosexuales no comparten identidad alguna es tan sólo eso, un mito, un acto de fe. Se podrá o no estar de acuerdo con lo que el término “homosexualidad” implica pero es absurdo pretender que no existe y que no influye en la vivencia que cada cual tenga de sí mismo a nivel personal y/o colectivo.

Lo queramos o no, al venir al mundo o al ingresar, cuando y como sea, en el mundo de la homosexualidad, inmediatamente heredamos o se nos impone una identidad previamente constituida, una etiqueta que dice muchas cosas sobre nosotros aunque nosotros no hayamos dicho ni hecho ninguna de esas cosas que se nos atribuyen. Esto no es un estigma que tengamos en propiedad gays y lesbianas. Le pasa a todo el mundo: existen identidades predeterminadas acerca de todo, prejuicios que no dejan nada ni nadie sin clasificar, v.g.: la andaluza vaga y folclórica pero encantadora, la catalana roñosa y burguesa pero trabajadora, la castellanoleonesa cerrada y seca pero honesta, los guapos tontos, los feos simpáticos, etc. Esto supuesto, se tratará entonces, en el mejor de los casos, de cuestionar o desmontar o fortalecer el prejuicio pero nunca pretender que no existe o hacer como si no

existiera. Normalmente, quien decide que no es homosexual o gay o lesbiana, la única estrategia que sabe poner en marcha es negar repetidas veces, tres y trescientas, este hecho mientras el gallo cacarea incesante su traición para que el coro de gallinas quede advertido y comente con guasa que fulanito o menganita, además de homosexual, es una absurda.

A nadie le gusta que su identidad, algo supuestamente personal e intransferible, le venga dada de fuera como *heteroidentidad* y que no pueda hacer nada para cambiarla. Por mucho que uno se esfuerce en dejar de ser sevillano o baturro, algo siempre queda y al hacer amigos en círculos nuevos uno se da cuenta, desolado, de que debe iniciar todo el trabajo de desmontaje del prejuicio desde el comienzo otra vez. Y si es gay o lesbiana, lo mismo. Es una tarea incesante y agotadora. Aunque, si nos hemos dado cuenta, ni siquiera nos quedan ya energías, empeñados en desmantelar mínimamente los equívocos a los que conduce la etiqueta social de "homosexual", cuando aún no hemos empezado ni remotamente a hablar de identidad, a plantearnos el problema de construirnos nuestra propia identidad a partir de un discurso riguroso o si preferimos, una vez echado por tierra provisionalmente el prejuicio de la "homosexualidad", dejarnos de historias y no definirnos como nada ni pertenecer a colectividad o grupo alguno porque eso de las identidades y afinidades no va con nosotros, espíritus libres.

Una comparación con nuestros vecinos heterosexuales quizás pueda resultar esclarecedora sobre el asunto de por qué la identidad se convierte para nosotros en algo tan básico, incluso inevitable, por mucho que pretendamos comportarnos como si nos resultara completamente ajeno. Y digo vecinos heterosexuales porque, cenando tranquilamente mientras debatíamos sobre este tema, en uno de esos momentos de privacidad absoluta de los que uno disfruta mientras roe con insistencia una costilla con salsa barbacoa, interrogándose si no habrá en ello alguna reminiscencia adámica reprimida que aflora como parte de nuestro inconsciente heterosexual colectivo, alcé la vista más allá de los despojos bovinos sabiamente aderezados que tenía frente a mí y pude fijarme en los vecinos, empeñados en labor semejante e igual de nutritiva que la mía. Dos parejas, que me figuré heterosexuales, que me figuré no hablaban en absoluto sobre su identidad heterosexual y que, también me lo figuré, puede ser que jamás hubieran hablado de ello ni, por supuesto, lo harían nunca. Me sentí distinto de ellos sólo por este detalle, porque a mí me preocupaba mi identidad como homosexual y a ellos su identidad heterosexual parecía traerles al fresco.

La despreocupación (figurada) de mis amables vecinos por su identidad no me pareció en absoluto equiparable a la despreocupación de algunos homosexuales por la suya. La espontaneidad y naturalidad de ese desinterés no son las mismas. Las consecuencias

tampoco lo son. Incluso el no poder darse cuenta mis vecinos de que podrían estar planteándose preguntas sobre la identidad heterosexual y no lo hacían también es diferenciador. ¿Sabe el lagarto que es lagarto? ¿Sabe el delfín que es delfín? ¿Sabe el ciprés que es ciprés? El grado de autoconciencia del heterosexual *qua* heterosexual parece discurrir asimismo por estos tranquilos derroteros de no hacerse preguntas estúpidas. Que yo, mi novio que comía conmigo, el amigo con quien escribo este libro y muchos y muchas como nosotros tres nos interroguemos y quebremos la cabeza acerca de nuestra identidad no tiene nada que ver con un supuesto mayor grado de autoconciencia y reflexividad que el de los lagartos, delfines, cipreses o heterosexuales. La respuesta ha de estar en otro sitio y la capacidad de reflexión y autoconciencia de los homosexuales ha de ser puesta, cuando menos y provisionalmente, entre paréntesis.

¿Acaso no existe una identidad heterosexual, una *heteroidentidad heterosexual* que, como nosotros, también ellos reciban nada más venir al mundo o ingresar en el mundo heterosexual? Efectivamente sí. Venir al mundo y recibir una heteroidentidad heterosexual es prácticamente lo mismo. Como comentó en una ocasión Judith Butler, nadie nace y recibe una heteroidentidad homosexual: "Señora, ha dado usted a luz una lesbiana de tres kilos y cincuenta gramos". A lo mejor sólo por esto nos encontraremos más tarde a esa misma lesbiana royendo costillas en un restaurante cualquiera haciéndose algunas curiosas preguntas. Por tener que desembarazarnos de la presunción de heterosexualidad universal, lo que se ha dado en llamar "heterosexualidad obligatoria", llega un momento en que nos planteamos cómo rellenar ese hueco, encontrándonos con que ya está relleno con una supuesta "homosexualidad obligatoria" por el hecho de haber renegado de la atribución primera. Teniendo que vaciar otra vez el hueco y, por fin, rellenarlo como más nos guste o dejarlo vacío, vivir con la ilusión de que está vacío cuando no lo está nunca.

Decíamos que existe una identidad heterosexual. Y que dicha identidad también viene impuesta desde fuera. La primera diferencia estriba en que esa heteroidentidad no lo es tanto porque son los propios heterosexuales quienes la han promovido y establecido a su imagen y semejanza, así que, en cierta medida, se sienten menos incómodos siendo sus portadores, llegando a identificarse más o menos con ella. Tal vez haya algunos pocos heterosexuales que no se reconozcan en esta etiqueta y que también discutan a su modo la existencia de una identidad heterosexual que no comparten. Ese día no fueron a cenar al mismo restaurante que yo. Sea como fuere, la heterosexualidad se ha constituido históricamente como identidad, puede ser que contingente, aunque hegemónica y normativa. Ha englobado una serie de caracteres definitorios de lo que ha de ser el varón y la hembra heterosexual ciertamente muy

positivos en su mayoría (las mujeres, también muchas de ellas disconformes, andan asimismo a la greña con esto de las etiquetas impuestas desde el pasado). Tanto ha englobado que podríamos decir que casi cualquier rasgo de carácter, cualquier predicado (bueno) atribuible a un sujeto, es heterosexual. La identidad heterosexual parece serlo todo y abarcarlo todo. Tiene la apariencia de un todo homogéneo y sin fisuras, una totalidad que ha excluido de su interior lo no-heterosexual y lo ha llamado, por ejemplo, "homosexual".

Sin embargo, las cosas no son tan simples. Considerar que la heterosexualidad lo es todo, menos algunos que somos el resto, es creer en lo que se nos quiere hacer creer. La identidad heterosexual no es un todo homogéneo ni tiene la solidez y firmeza que aparenta. Considerarla una plaza fuerte amurallada que habría que tomar al asalto es participar de su juego de dicotomías y exclusiones, de identidades construidas por oposición y repudio. La identidad heterosexual, a diferencia de la nuestra, más que por rasgos definitorios que tengan que poseer los individuos pertenecientes a esta categoría, se constituye a partir de negatividades, de cosas que un heterosexual jamás debe hacer, pensar, ni decir. De este modo, paradójicamente, la identidad heterosexual necesita de la identidad homosexual para tener alguna consistencia: heterosexual es lo no-homosexual, no tener pluma, no practicar el sexo con determinadas personas y de una forma concreta, vestir como no visten ellos, etc. Heterosexual no es quien se siente atraído por el sexo diferente del suyo, sino quien no se acuesta con gente de su mismo sexo, quien no se traviste, etc. El heterosexual está siempre inscrito dentro del imperio de la ley y de la prohibición. Para ser hetero basta con no transgredir ciertos dogmas y mandamientos: en cierto modo, si te quedas en casa y no haces nada ni te juntas con nadie y no vas a ninguna parte y estás parado, si tu vida se caracteriza por la inactividad más absoluta y la pasividad más recalcitrante, entonces, sin duda, eres heterosexual. Para ser homosexual, sin embargo, hay que hacer ciertas cosas, hay que cumplir con un mínimo de requisitos indispensables. Hace falta bastante actividad y poner mucho de tu parte para ingresar en esta categoría, incluso hay que llegar a llamar la atención porque, de lo contrario, podrían confundirte con un heterosexual.

Una de las paradojas que conlleva la identidad es que hay que cumplir con las prescripciones que impone dicha identidad: hacer todos más o menos lo mismo para que se nos pueda identificar y establecer entre nosotros algún parecido. Por eso hay tanto gay y tanta lesbiana que no se consideran idénticos a nadie ni quieren ser confundidos con nadie. Como si pertenecer a un grupo fuera necesariamenete un estigma. Nunca he visto a un heterosexual indignado porque lo llamaran así. Queda por explicar por qué tantos gays conservadores corren asustados ante la eventualidad de que alguien crea que ellos son como Paco Clavel,

Freddy Mercury, Shangay Lili o Boris Izaguirre cuando ningún heterosexual de izquierdas hace lo mismo temeroso de que lo identifiquen con Tony Blair, Concha Velasco, Victoria Abril o El Cordobés por el mero hecho de compartir la misma orientación sexual. En el fondo, en esto de las identidades, parece imperar la estética *drag*, a saber, una ridiculización de un supuesto canon primigenio que dice cómo deberíamos ser los homosexuales y los heterosexuales, pero que nadie cumple y cada cual es homo o hetero a su manera. Lo mismo que las *drag* llevan a cabo una operación de crítica del canon femenino reduciéndolo al esperpento por imposible de cumplir incluso siendo mujer, el macho hispánico pecholobo cumple el mismo papel y, a su modo, hace de *drag* del canon heterosexual del varón, resultando igualmente risible, pero sin intencionalidad política el pobre y con mucho menos arte. Al final, va a resultar que la identidad homo y heterosexual no son sino entelequias fantaseadas por unos y otros, la supuesta originalidad y originariedad del homosexual homosexual y del heterosexual heterosexual de las que ni siquiera seríamos malas imitaciones porque ese pretendido patrón originario ni siquiera existe. Lo más sensato a la hora de identificarnos como homos o heteros no es preguntarse a quién estoy imitando, a qué me estoy pareciendo, qué pautas estoy siguiendo, si estoy desplegando fenotípicamente mi gen Xq28 o si me estoy construyendo como homosexual. Lo más oportuno será ver en cada momento la utilidad política de cada acto y la conveniencia de este uso práctico o este otro de nuestra identidad o si, por el contrario, es mejor negarla frente a este interlocutor homofóbico que cree que todos somos iguales.

Un debate muy eighties: esencialismo versus constructivismo

Con esto de las identidades se corre siempre el riesgo de lo que aquí podríamos bautizar técnicamente como *la paradoja de Charlot*. Dicha paradoja consistiría en que el Charlot original, Charles Chaplin, se parecería bastante menos a Charlot, o sea, a sí mismo, que mucha otra gente. En efecto, se dice como cosa verdaderamente acontecida, que Charles Chaplin gustaba de presentarse a los por entonces muy populares concursos de Charlot en los que un jurado determinaba quién de los concursantes se parecía más físicamente e imitaba mejor al célebre humorista. Pues bien, a uno de estos concursos acudió Charles Chaplin y quedó el tercero. Como diría el filósofo francés Jacques Derrida, la copia es antes que el original, incluso en un concurso de a ver quién es más original, si el original o la copia, gana la copia, otra copia queda en segundo lugar y el original queda en una deshonrosa tercera

posición. Se ve que Charlot no andaba muy fino aquel día y no se parecía mucho a sí mismo. Si hiciéramos un concurso parecido a ver quién es más homosexual o más heterosexual, para empezar no se sabe muy bien qué criterios estableceríamos (ni siquiera una investigación psicológica provista de interminables baterías de *tests* parecería ser de mucha ayuda) y, si llegáramos a ponernos de acuerdo, ¿seguro que los ganadores serían prototipos de su categoría?, ¿no se nos colaría alguna marica o algún bollo entre los diez primeros varones y hembras heterosexuales y al revés? Lo mismo ganaban cuatro transexuales: al mejor gay, a la mejor lesbiana, al mejor varón y a la mejor hembra heterosexual. Las actas de semejante concurso, manuscritas es un libro de pastas carmesí, tampoco aportarían mucho al problema de las identidades y, como siempre, quedaría demasiada gente inclasificable y mucha otra enfadada porque no las dejaron concursar en todas las categorías simultáneamente.

Bromas aparte, pero sin menospreciar el sesudo trasfondo de cada una de estas bromas, el problema de la identidad, muy vinculado con el de la etiología y llegando a confundirse ambos, salta siempre a la palestra cuando hay una realidad que se considera molesta, peligrosa o indeseable y se quiere acabar con ella. Por ello, aunque tal vez la identidad heterosexual exista, no constituye un motivo de debate público ni tiene relevancia política, jurídica, sociológica o psicológica alguna. Nadie quiere acabar con ella así que nadie se pregunta acerca de la identidad ni de la etiología de la heterosexualidad. Desbarremos un poco. No sucedió lo mismo con el problema que en su día supusieron y aún hoy suponen los perros de presa: *rodweilers,* dogos argentinos y *pitbulls* a la cabeza. ¿Es su identidad innata o adquirida? ¿Son así genéticamente o su comportamiento es fruto de la educación? ¿Realmente existe una identidad *pitbull*? ¿Son todos los *pitbulls* iguales? ¿Los censamos? Esta serie de preguntas no surge por azar. Nunca se habían planteado. Sólo que un buen día alguien decidió que los perros de presa constituían un problema que había que erradicar y con el que había que terminar definitivamente. Y para luchar contra un problema lo primero que se hace es identificarlo e indagar sus causas. La cuestión de la identidad, lo que conduce a investigar las causas, surge como una necesidad impuesta por la voluntad de exterminio o, digámoslo más suavemente, de control, de aquél que la suscita. Sólo un espíritu genocida es el que instila la necesidad de averiguar si la homosexualidad es un todo homogéneo y si es innata o adquirida para acabar con ella y con nosotros como con los pobres (algunos no tan pobres) *pitbulls*. Todos iguales, todos diferentes. Dijimos que íbamos a acabar con las bromas y lo hemos hecho: que nadie se tome a broma la comparación con los *pitbulls.* La analogía es tan brutal que tal vez pueda herir la sensibilidad de algún lector o provocar en otros una defensiva risa histérica. De momento los están censando, fichando y pasando un

test a la familia que los acoge en su seno, responsable de su existencia y de haberlos educado así.

La pregunta sobre la identidad homosexual no puede de este modo surgir *nunca* de los gays ni de las lesbianas. Es algo que debe traerles al fresco. Que a mí me trae al fresco. Participar en este debate es sólo una necesidad surgida *a posteriori* para paliar en la medida de lo posible sus nefastas consecuencias. Pero es un debate que no es nuestro y en el que tan sólo tomamos parte para que las cosas no vayan a peor. Los únicos individuos que pueden tener un mínimo interés o un exacerbado interés en saber si la homosexualidad es innata o adquirida y, a partir de aquí, deducir si existe o no una "identidad homosexual" sólo pueden ser heterosexuales homofóbicos deseosos de acabar con todos los gays y lesbianas de la tierra y prevenir en el futuro el nacimiento de muchos otros. La utilidad de saber si la homosexualidad es un rasgo heredado genéticamente se traduce de inmediato en la posibilidad de desarrollar una higiénica política eugenésica cuando las circunstancias lo permitan. Si se descubriera que la homosexualidad se localiza en el lóbulo frontal o que se aloja más bien en la parte baja del páncreas bastaría con extirpar una u otra parte del individuo en cuestión o, mejor dicho, en persecución. Caso de averiguarse que se debe a una determinada configuración familiar o a una educación singular, se atacaría el problema desde los más variados tratamientos psicológicos y psiquiátricos y se podría asimismo establecer una política educativa adecuada para evitar que los niños se descarríen. Si no se sabe la causa a ciencia cierta, siempre cabe el genocidio a gran escala, sólo que el problema se reproducirá años más tarde. En cualquier caso, jamás se trataría de mera curiosidad científica. La curiosidad científica es un mito en cuyo nombre se han cometido las mayores monstruosidades del mundo moderno. Cuando alguien quiere llevar a cabo una felonía de largo alcance, lo más aséptico es poner como excusa la curiosidad científica. ¿Hay algún científico que haya tenido la curiosidad científica de investigar el por qué de la curiosidad científica? ¿En qué parte del cerebro se aloja? ¿Influye la calidad buena o mala de la leche materna en el grado de curiosidad científica que desarrollará el bebé? Sí ha habido quien investigue este tema y, normalmente, la curiosidad científica tiene mucho que ver con las subvenciones estatales, de multinacionales o de grupos de presión que hacen que, en un momento dado, la curiosidad se despierte y discurra por estos senderos más bien que por estos otros. Pero no es éste el lugar para extenderse acerca de los peligros de la ciencia y sus buenos usos y abusos.

En esta polémica, ya iniciada desde el despertar de las ciencias hace mucho tiempo, vino a inscribirse, como un litigante más y como parte afectada e interesada en el asunto, el

movimiento homosexual. Pero su participación en dicho debate no se debía a la curiosidad, ya que el resultado de las discusiones no iba a cambiar en absoluto su manera de vivirse y sentirse homosexual, sino que se debía y se debe a la necesidad de reorientar dicho debate, de posicionarse estratégicamente y de inventar tácticas de liberación desde un polo u otro de la discusión. Los estudios gays y lésbicos entraron pues en el debate acerca de la etiología de la homosexualidad, inclinándose parte de ellos del lado de la posición esencialista o naturalista y otra parte del lado de lo que se vino a llamar el constructivismo. Posicionamientos que, claro está, influyeron en lo que uno y otro grupo entendieron por "identidad".

El esencialismo da una visión de la homosexualidad como una entidad más o menos constante a lo largo del tiempo y un hecho del que se pueden rastrear rasgos comunes a lo largo de la historia y de las diferentes culturas. En cierto modo, la homosexualidad vendría a ser una "esencia" con un núcleo irreductible invariable que permitiría calificar de homosexuales a sujetos y relaciones en los más diferentes puntos del globo y en situaciones históricas y culturales por completo diferentes. Naturalmente, dentro de lo que se podrían denominar posiciones esencialistas existe un amplio abanico de posturas, desde las más radicales que defenderían un concepto de esencia a prueba de cualquier relativismo cultural, histórico o social y otras que introducirían modificaciones en dicha esencia, haciéndola más susceptible a variaciones y cambios y evitando transposiciones absurdas que equipararan sin más la homosexualiad de Sócrates, la de Shakespeare y la de Elton John, por ejemplo. El esencialismo tiene asimismo tendencia a buscar una causa común para el fenómeno de la homosexualidad ya sea desde el lado de la psicología del individuo, su constitución psíquica o desde su fisiología, del lado de la genética. De este modo, dentro del vocabulario particular de esta posición teórica, hablarán de la homosexualidad como de una "orientación" o una "tendencia", vinculándola con la naturaleza física, biológica o psíquica del individuo y como tal, independiente de la voluntad de éste al ser una manifestación más, como cualquier otra, de su naturaleza o de su esencia que, necesaria e inevitablemente, ha de producirse, lo quiera o no el sujeto.

El constructivismo, por su parte, no considera la homosexualidad como una sustancia fija e inamovible, sino que, por supuesto, varía hasta hacerse irreconocible de un período a otro de la historia y de un emplazamiento geográfico a otro. Frente al énfasis que el esencialismo ponía en la naturaleza, aquí la clave será lo que en todo momento hay de cultural en la homosexualidad como una entidad construida socialmente. Es importante no confundir el postulado constructivista con un voluntarismo extremo del sujeto libre que configuraría su propia sexualidad artificialmente sin influjo alguno de su entorno. Todo

depende de las relaciones políticas, sociales, económicas, institucionales que determinan en un momento dado el entramado de una sociedad y los diferentes roles, espacios de poder, comportamientos y conductas a que ello da lugar, entre ellas, la homosexualidad. Todas estas variables conforman al sujeto homosexual y hacen surgir en un determinado contexto la aparición de un término, de un concepto, que dé cuenta del lugar que determinados individuos ocupan en el organigrama social. Así, por ejemplo, no será lo mismo la pederastia en Grecia, que la sodomía en la Edad Media, que la homosexualidad en el XIX o los gays y lesbianas de nuestros días: rastrear entre estos diversos fenómenos una raíz común es algo que se antoja no sólo imposible, sino carente de todo rigor científico y, en último extremo, absurdo, al pretender imponer a toda la historia de la humanidad una categoría, la homosexualidad, nacida en un contexto histórico muy determinado, la Europa de fines del XIX, sólo válida para este período y dentro de sus fronteras. Decir que Sócrates era gay se revela tan absurdo como pretender que, políticamente, perteneciera al centro reformista. El constructivismo tenderá a hablar de "preferencia" u "opción" sexual a la hora de referirse a la homosexualidad, evitando de este modo el anclaje en la naturaleza o en lo irrecusable de la pulsión de trasfondo biológico de los esencialistas.

Esta podría ser una caracterización de los planteamientos teóricos en conflicto, hecha naturalmente muy a prisa y sin poder detenernos excesivamente en demasiados detalles. Pero, en cierto sentido, tampoco valdría mucho la pena hacerlo ya que, como hemos señalado, es un debate que, con el tiempo, se ha mostrado, cuando baldío o carente de interés, sí inútil, si no se retomaba desde el punto de vista político. A saber, en qué medida una y otra posición, aparte de poder servir a intereses higiénicos de la sociedad por librarse de la "lacra" de la homosexualidad, puede servir al movimiento de gays y lesbianas en la lucha por sus derechos, contra la discriminación y como estrategia liberadora de conjunto.

El valor de uso de la identidad

El agotamiento de la polémica esencialismo *versus* constructivismo no sólo ha tenido repercusiones a nivel teórico, sino que también se ha dejado sentir dentro de los colectivos homosexuales de los que había surgido, los cuales, viendo el callejón sin salida al que los estaba conduciendo esta querella, han tenido que reorientar sus tácticas políticas y discursivas. Volviendo, a menudo y lamentablemente, a presupuestos muy anteriores a esta disputa teórica y que, perteneciendo al siglo pasado, se quieren hacer pasar por novedosos. Sin embargo, antes de comentar más pormenorizadamente esta incipiente política de borrón y

cuenta nueva, de olvido apresurado de la historia, de oportunismo facilón, de culpable ignorancia de lo que las posturas esencialistas y constructivistas y sus respectivas estrategias de liberación pusieron de relieve, veamos en qué consisten éstas y cuál es el rendimiento político de una y otra opción.

El esencialismo edifica su labor reivindicativa desde una larga historia de siglos y, dada la esencialidad de lo homosexual, tiene más fácil encontrar referentes históricos bien sea de liberación, integración y tolerancia, bien de discriminación y persecución. La palabra clave del esencialismo en este campo es "diferencia". En efecto, si la homosexualidad es una esencia, si tiene que ver con la naturaleza biológica o psíquica del individuo y es, por así decirlo, inevitable, los sujetos homosexuales son por ello mismo, diferentes al resto. Su esencia, es decir, su identidad es distinta y debe ser respetada en su diferencia. De ahí se pasará a un asociacionismo en virtud de esta identidad esencial que los hace diferentes a los demás pero que los hace iguales entre sí. Cualquier medida que pretendiera una reeducación del instinto o del deseo homosexual se verá como una amenaza a la propia integridad personal pues es un ataque directo a la propia naturaleza inmodificable. Los derechos y libertades serán reivindicados desde esta especificidad propia y se reclamará asimismo una protección y una defensa del grupo como tal, que jamás podrá diluirse en el todo social, precisamente por su diferencia, en todo punto irrenunciable.

El constructivismo, por su lado, hará hincapié en lo particular de cada situación concreta y será reacio a transplantar, sin más, estrategias de liberación de un período a otro de la historia o importar tácticas de uno a otro continente, procedimiento cuyos efectos podrían resultar violentamente desastrosos. El término clave del constructivismo será el postulado de la "igualdad", ya que los sujetos no están diferenciados por una dotación biológica o natural en cuanto a su sexualidad, contemplada, como recordaremos como "preferencia" u "opción". El asociacionismo para reivindicar los propios derechos no se hará así en virtud de una esencia diferente compartida, sino que responderá a la necesidad de luchar como grupo contra un régimen de control opresivo, unas instituciones y leyes discriminatorias. La identidad homosexual nacerá de este modo también como proyecto político, como necesidad eventual de formar una comunidad, un grupo reivindicativo y así tener más fuerza frente a las instancias de poder. Dentro de la identidad homosexual, que se postula como factor de cohesión frente a una agresión externa, subsistirán así una multitud de diferencias económicas, de clase, de raza, de deseos polimorfos, sólo agrupadas temporalmente bajo el imperativo de la lucha política.

Existen múltiples combinaciones de uno y otro paradigma, vinculando la igualdad y la orientación o la diferencia y la opción sexual, así como el discurso, del que hasta ahora no hemos hablado, que propone abiertamente la *disolución de todas las categorías* y etiquetas. Dicho discurso ha existido desde siempre pero se ha visto reactivado como reacción contra la polémica que venimos exponiendo, en parte por estar en completo desacuerdo con el postulado de la identidad homosexual desde el esencialismo o el constructivismo, en parte por hastío y por no tener nada mejor que ofrecer. Las críticas de quienes defienden la disolución de las categorías sexuales frente a la defensa de una identidad homosexual como esencia o como proyecto político suelen estar dirigidas contra los postulados esencialistas y en esto se solapan con el constructivismo. Pero las objeciones más interesantes son las que se centran en lo que el discurso identitario pueda tener paradójicamente de discriminador queriendo ser una opción liberadora. Postular una identidad homosexual, unos rasgos comunes, unas afinidades, por muy débiles y fluctuantes que sean, puede implicar el establecimiento y la consolidación de un "canon", de un "modelo" de homosexual en el que quizás no quepan las innumerables diferencias que representa cada sujeto en particular. La identidad gay y lésbica puede resultar, a juicio de esta opinión, peligrosamente homogeneizadora. El proyecto identitario, en efecto, requiere de una "educación" de todos sus partidarios y hacerles pasar por el aro de la identidad, interfiriendo en sus opciones y hábitos sexuales. Ser partícipe de la identidad homosexual tiene como requisito indispensable un "aprendizaje" y un "entrenamiento" para llegar a ser un gay o una lesbiana comprometidos y políticamente activos. Por otra parte, cabe señalar que ello es así en cualquier otra asociación, club o colectivo deportivo, cultural, sindical o de lo que se quiera. La insistencia en la identidad puede acarrear, además, una cierta automarginación del resto de la sociedad y la reclusión en el propio gueto. Asimismo, continúan argumentando quienes postulan por la disolución de las categorías, insistir en la propia diferencia, tal vez implique facilitar la estigmatización y el etiquetado desde fuera, lo que, a su vez, puede generar una heterofobia como contrapartida.

No debemos ni podemos ocultar nuestro rechazo a estas insustanciales críticas que se caen por su propia inconsistencia. Si ser de determinado equipo de fútbol o de un partido político en especial no genera automarginación, no vemos por qué habría de ser automarginador declararse gay o lesbiana. La marginación más bien procede de fuera. Y para evitar la estigmatización y la discriminación, la solución no está en no declararse homosexual y volver al armario, sino en luchar para que las cosas cambien un poco. Plantear como tarea política inmediata para los gays y lesbianas la disolución de las categorías y la renuncia a la

identidad es una propuesta que no se sostiene. Para empezar, sin identidad y con todas las categorías disueltas, nos quedamos sin fuerza política ¿En virtud de qué nos agruparíamos si todos somos individuos no agrupables bajo categoría alguna?, ¿estamos hablando de una lucha unipersonal? Eso poco o nada tiene que ver con la política y menos con resultados.

La identidad es la única forma de resistencia colectiva y la única forma de poder establecer un frente común. Salvo sea decir que todo lo que se ha conseguido en lo referente a derechos y libertades ha sido aportación de los colectivos que, en su momento, apostaron por la identidad. Disolver las categorías es reducir la homosexualidad de nuevo a la esfera de lo privado, íntimo y personal. Y la homofobia institucionalizada y social se disgrega entonces en actos vandálicos aislados contra individuos: la disolución de categorías lo único que consigue es disfrazar la represión, la discriminación y la homofobia de ataques esporádicos contra sujetos individuales que nada tienen que ver entre sí. Creemos además que este postulado peca gravemente de insolidaridad y egoísmo y nace de los estratos más favorecidos y privilegiados de la sociedad a los que les resulta muy fácil tener prácticas de tipo homosexual sin considerarse por ello gays o lesbianas, pues jamás sufrirán las consecuencias de serlo al estar blindados económica y socialmente contra cualquier forma de discriminación. La disolución de las categorías parece convenir sospechosamente a la burguesía más acomodada, que se permite las relaciones sexuales con personas del mismo sexo como un entretenimiento de lujo.

En fin, quizás lo más grave de este planteamiento sea lo atractivo que pueda resultar por lo que tiene de promesa de un mundo perfecto y feliz. Todos estamos de acuerdo que en un mundo perfecto nadie necesitaría agruparse para luchar contra quienes quieren pisotearlo. El problema es que ese mundo no ha llegado ni llegará nunca y sólo una mente delincuente puede promover la creencia de que ese mundo perfecto es el que vivimos hoy en día, sin categorías, sin agresiones, sin discriminación, sin homosexuales, sin heterosexuales, sin blancos ni negros enfrentados. En el trasfondo de esta postura se esconde una falacia: las cosas no deberían ser así, luego no son así. El problema es que sí lo son y mientras tanto hay que hacer algo aparte de ser apóstoles del mundo feliz. Como decía la cita que encabeza este capítulo: *no sé por qué hay homosexuales con lo bien que vivimos los heterosexuales*. No sé por qué existe la identidad homosexual con lo bien que viviríamos sin identidades.

BIBLIOGRAFÍA

Bass, Ellen y Kaufman, Kate (1996), *Free your mind. The book for gay, lesbian and bisexual youth —and their allies*, Nueva York, Harper Collins.

Blasius, Mark y Phelan, Shane (comps.) (1997), *We are everywhere. A historical sourcebook of lesbian and gay politics*, Nueva York y Londres, Routledge.

Boswell, John (1992), *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, Barcelona, Muchnik

Boswell, John (1996), *Las bodas de la semejanza*, Barcelona, Muchnik.

Braidotti, Rosi (1994), *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*, Nueva York, Columbia University Press.

Buxán, Xosé (comp.) (1997), *(Con)ciencia de un singular deseo. Estudios lesbianos y gays en el Estado español*, Barcelona, Laertes.

Castells, Manuel (1993), *La ciudad y las masas*, Madrid, Alianza Universidad.

Consejería de Sanidad, Región de Murcia (1991), *Sida y Adolescencia*.

Consejería de Sanidad y Bienestar Social, Junta de Castilla y León (1994), *Sida y Jóvenes*.

Cranston, Kevin and Thompson, Cooper (1997) *I THINK I MIGHT BE GAY ... NOW WHAT DO I DO? A Brochure for Young Men--Information for gay youth and young men questioning their sexuality*, BAGLY, Boston Area Gay and Lesbian Youth, redhead@youth.org.

Dirección General de Prevención y Promoción de la Salud, Comunidad Autónoma de Madrid (1993), *Estudio de actitudes, opiniones y comportamientos sexuales de los jóvenes de la Comunidad de Madrid*.

Edelman, Lee (1994), «Tearooms and sympathy, or, Epistemology of the water closet», en *Homographesis*, Londres y Nueva York, Routledge.

Evans, David T. (1993), *Sexual citizenship. The material construction of sexualities*, Londres y Nueva York, Routledge.

Fernández, Lluís (1998), *Una prudente distancia*, Madrid, Espasa Calpe.

Llamas, Ricardo (1998), *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a "la homosexualidad"*, Madrid, Siglo XXI.

Mendès-Leite, Rommel (1992), «Pratiques à risque: les fictions dangereuses», *Le Journal du Sida*, núm. 42 (agosto-septiembre).

Mensajes del grupo de noticias de jóvenes gays, lesbianas y bisexuales (13 de enero - 25 de marzo de 1997). glb-youth@ucsd.edu

Gay Teachers and Students Group of Melbourne (1980), *Young, Gay and Proud!* También publicado por Alyson Publications, Boston (Massachusetts), 1980.

Gebhard, Paul H.; Gagnon, John H.; Pomeroy, Wardell P. y Christenson, Cornelia V. (1965), *Sex offenders*, Nueva York, Harper & Row / Paul Hoeber Medical Books.

Genet, Jean (Traducción de Felícitas Sánchez Mediero) (1983), *Querella de Brest*, Madrid, Debate.

Genet, Jean (Traducción de María Teresa Gallego e Isabel Reverte) (1985), *Diario del ladrón*, Madrid, Planeta.

Green, Richard (1987), *The 'sissy boy syndrome' and the development of homosexuality*, New Haven y Londres, Yale University Press.

Harry, Joseph (1982), *Gay children grown up. Gender culture and gender deviance*, Nueva York, Praeger.

Herdt, Gilbert y Boxer, Andrew (1993), *Children of Horizons. How gay and lesbian teens are leading a new way out of the closet*, Boston (Massachusetts), Beacon Press.

Humphreys, Laud (1970), *Tearoom trade*, Londres, Gerald Duckworth y Chicago, Aldine Publishing Co.

Hyde, H. Montgomery (1976), *The Cleveland Street scandal*, Londres, W.H. Allen / Harford Productions.

Kronemeyer, Robert (1980), *Overcoming homosexuality*, Neuva York, Macmillan.

Lewes, Kenneth (1988), *The psychoanalytic theory of male homosexuality*, Nueva York, Meridian.

Martel, Frédéric (1996), *Le Rose et le Noir. Les Homosexuels en France Depuis 1968*, París, Le Seuil.

Paglia, Camille (1994), *Vamps and Tramps. New Essays*, Nueva York, Vintage.

Rancière, Jacques (1995), "Politics, Identification and Subjectivization", en John Rajchman (comp.) (1995), *The Identity in Question*, Nueva York y Londres, Routledge.

Sedgwick, Eve Kosofsky (1993), «How to bring your kids up gay», en Warner, Michael (comp.) (1993), *Fear of a queer planet. Queer politics and social theory*, Minneapolis (Minnesota), University of Minnesota Press.

Weeks, Jeffrey (1989), «Inverts, perverts and Mary-Annes: Male prostitution and the regulation of homosexuality in England in the XIXth and XXth Centuries», en

Duberman, Martin; Vicinus, Martha y Chauncey Jr., George (comps.) (1989), *Hidden form history. Reclaiming the gay and lesbian past*, Londres, Penguin.

Wittig, Monique (1973), *El cuerpo lesbiano*, Valencia, Pretextos.

Wyden, Peter y Wyden, Barbara (1968), *Growing Up Straight. What Every Thoughtful Parent Should Know About Homosexuality*, Nueva York, Stein and Day.